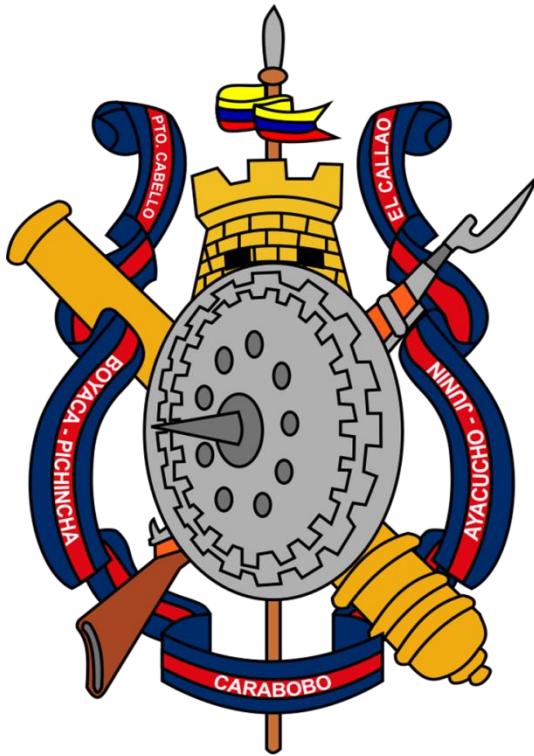


REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA DEFENSA
FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA
EJÉRCITO BOLIVARIANO



**MANUAL DE ÉTICA Y MORAL MILITAR
PARA EL EJERCITO BOLIVARIANO**

Caracas, 29 de julio de 2025.

Elaborado por el Grupo de Trabajo Organización y Doctrina de la Dirección de Apresto Operacional del Ejército Bolivariano y aprobado por la Subtarea “Terrestre”.

NO CLASIFICADO

NO CLASIFICADO

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA LA DEFENSA
FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA
EJÉRCITO BOLIVARIANO

CARTA DE PROMULGACIÓN

DEL: Comandante General del Ejército Bolivariano.

ASUNTO: Manual de Ética y Moral Militar para los miembros del Ejército Bolivariano.

I. PROPÓSITO:

Proporcionar un marco integral de principios éticos y morales que orienten la conducta, el liderazgo y la formación del personal militar, fortaleciendo su compromiso con la defensa de la soberanía nacional, la Revolución Bolivariana, la Defensa Integral de la Nación y el bienestar del pueblo venezolano, buscando consolidar los conocimientos y valores necesarios para que los soldados de la Patria, en todos grados y jerarquías actúen con disciplina, lealtad, abnegación y conciencia histórica, aplicando de manera correcta lo establecido en las leyes y reglamentos vigentes, en contextos tradicionales y contemporáneos para formar un combatiente integral, capaz de cumplir su deber con virtud, proporcionalidad y un profundo sentido patriótico.

II. VIGENCIA:

Esta publicación entrará en vigencia a partir de la fecha de su promulgación y tendrá un lapso de aplicación de tres (03) años para su primera revisión.

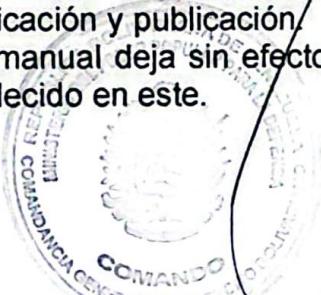
III. DISTRIBUCIÓN:

Efectúese de acuerdo con la lista de distribución.

IV. INSTRUCCIONES ESPECIALES:

- A. Las observaciones y aportes a este documento deberán enviarse por escrito al grupo de Organización y Doctrina de la Dirección Apresto Operacional del Ejército Bolivariano, para el análisis, revisión, modificación y publicación.
- B. Este manual deja sin efecto cualquier otro documento que colide con lo establecido en este.

Caracas, 01 de Julio de 2025.


JOHAN ALEXANDER HERNÁNDEZ LÁREZ
Mayor General
Comandante General del Ejército Bolivariano

NO CLASIFICADO

ÍNDICE

	PÁG.
INTRODUCCIÓN.....	2
CAPÍTULO I ADOCTRINAMIENTO PROFESIONAL, EDUCACIÓN MORAL.....	3 – 23
CAPÍTULO II EL JEFE.....	25 – 43
CAPÍTULO III LA GUERRA EN SUS RELACIONES CON LA PSICOLOGÍA Y LA MORAL.....	45 – 55
CAPÍTULO IV FACTORES DE DETERIORO Y MEJORAMIENTO DE LA MORAL.....	57 – 61
CAPÍTULO V ALISTAMIENTO DE LA TROPA.....	63 – 64
CAPÍTULO VI LAS PERTURBACIONES DE LA GUERRA.....	65 – 79
CAPÍTULO VII LAS FUERZAS MORALES EN LA GUERRA.....	81 – 103
CAPÍTULO VIII ESTUDIO PSICOLÓGICO DEL COMBATE MODERNO.....	105 – 143
CAPÍTULO IX LAS MULTITUDES Y LA TROPA.....	145 – 163
CAPÍTULO X LA MORAL EN LA FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA.....	165 – 171
CAPÍTULO XI LA EDUCACIÓN MORAL.....	173 – 179
CAPÍTULO XII EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN MILITAR.....	181 – 195

1

NO CLASIFICADO

INTRODUCCIÓN

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana, heredera del legado del Libertador Simón Bolívar y fortalecida por la visión revolucionaria de nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez, se erige como garante de la soberanía, la independencia y la dignidad del pueblo venezolano. En su misión de defender la patria y consolidar el proyecto socialista, la moral y la ética militar constituyen los pilares fundamentales que guían el espíritu y la conducta de cada soldado. Este Manual de Moral y Ética Militar se presenta como una guía esencial para la formación integral de Oficiales, clases y soldados, reafirmando los valores que sustentan nuestra institución armada.

Inspirado en las palabras de Bolívar, quien afirmó que "moral y luces son nuestras primeras necesidades", este manual recoge los principios éticos que han orientado a los ejércitos patriotas a lo largo de la historia, adaptándolos a las realidades contemporáneas. Desde el adoctrinamiento profesional y la educación moral hasta el estudio de las virtudes filosóficas y la conciencia antiimperialista, el contenido aquí presentado busca formar un soldado bolivariano íntegro: disciplinado, consciente de su rol histórico, y comprometido con la defensa integral de la nación frente a amenazas internas y externas.

Esta edición aborda temas cruciales para la Fuerza Armada Nacional Bolivariana en la era moderna, como la ética en el uso de las tecnologías digitales, la formación ideológica revolucionaria, el estudio de la virtud como principio rector, y la conciencia antiimperialista como baluarte de la dignidad nacional. Las adiciones responden a la necesidad de preparar a nuestras tropas para enfrentar no solo los desafíos del combate tradicional, sino también las nuevas formas de agresión que caracterizan el imperialismo contemporáneo.

El Manual de Moral y Ética Militar no es solo un compendio de normas, sino un llamado a la reflexión y al compromiso. Es un recordatorio de que el uniforme bolivariano lleva consigo la responsabilidad de encarnar los más altos ideales de justicia, lealtad, abnegación y patriotismo. Entendiendo que la principal arma en cualquier campo de batalla, es la conciencia del combatiente. Que cada página de este manual inspire a los hombres y mujeres de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana a ser guardianes de la patria, faros de virtud y vanguardia de la Revolución.

CAPÍTULO I

ADOCTRINAMIENTO PROFESIONAL, EDUCACIÓN MORAL.

1. LOS PILARES FUNDAMENTALES DE LA FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA: DISCIPLINA, OBEDIENCIA Y SUBORDINACIÓN

Como lo establece el Artículo 328 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, nuestra institución castrense se erige sobre los pilares fundamentales de la obediencia, la disciplina y la subordinación, elementos esenciales que no solo definen la conducta del militar, sino que constituyen la base de toda la carrera de las armas y garantizan la Defensa Integral de la Nación. Estos tres elementos, intrínsecamente ligados, conforman la espina dorsal de la moral militar y son el cimiento para la consolidación de todas las demás virtudes y capacidades que se esperan del soldado bolivariano. En efecto, todo el presente manual, en su afán de proporcionar un marco integral de principios éticos y morales, se fundamenta y desarrolla a partir de la comprensión y la vivencia profunda de estos tres pilares trascendentales, que cohesionan y dan sentido a la vida militar. Sin ellos, la estructura militar carecería de la cohesión y la eficacia necesarias para cumplir con su sagrada misión.

La disciplina, es mucho más que la simple observancia de reglamentos; es una disposición interior, una educación moral profunda que forja el carácter del combatiente, es la organización, la pulcritud, es el conjunto de deberes que, en todos los grados y jerarquías, deben cumplir los militares respecto de sus superiores, iguales y subordinados. Esta virtud cardinal no se impone por temor, sino que emana de la convicción y del entendimiento de su necesidad para el funcionamiento armónico y eficaz de la institución. Por lo que, el soldado disciplinado es aquel que ha internalizado el sentido del deber, la abnegación, el honor y el espíritu militar. La educación militar bolivariana tiene como norte fundamental el desarrollo integral del carácter, entendido como el conjunto de hábitos forjados a través de la disciplina y el esfuerzo constante. Es a través de la disciplina consciente que se templa y se forja la voluntad, dotando a los hombres y mujeres de armas de la capacidad de hacer grandes cosas y lograr la victoria a pesar de la adversidad.

Del mismo modo, la subordinación está intrínsecamente ligada a la disciplina, constituyendo una de las fuerzas morales fundamentales que la integran y sustentan. Esta virtud esencial une los diferentes escalones de los grados y jerarquías militares, asegurando la comunicación fluida y precisa, la transmisión inequívoca de las órdenes y la ejecución oportuna de las mismas. La subordinación se fundamenta en el respeto irrestricto que el superior debe profesar al grado o jerarquía que representa y a la dignidad del subordinado, así como en la obediencia indiscutida del subalterno a la orden legítima del superior y su consagración absoluta al cumplimiento de sus deberes.

Por consiguiente, la obediencia debe ser completa e incondicional en lo referente a la misión y a las órdenes legítimas, esta ha de ser esencialmente

activa, inteligente y consciente, propia del soldado, de la tropa profesional y del Oficial que tiene confianza en sí mismo, en sus capacidades y en sus Jefes, emanando de la convicción y del deseo sincero de poner toda la energía, inteligencia e iniciativa en la ejecución de las órdenes recibidas, buscando siempre el mejor medio para alcanzar el objetivo propuesto.

Estas tres virtudes cardinales, deben ser cultivadas desde el inicio de la formación y a lo largo de toda la carrera, permitiendo al militar desarrollar un profundo sentido del deber para con la Patria y un compromiso inquebrantable con la defensa de su soberanía e integridad. Son la base de la confianza recíproca entre superiores y subalternos, un factor determinante para la moral y la eficacia de cualquier Unidad Militar. Son la expresión viva de la ética y la moral militar heredadas de nuestros Libertadores. Son la garanta de que cada hombre y mujer de uniforme actuar con la rectitud, la lealtad y la eficacia que demanda la sagrada misión de servir a la República Bolivariana de Venezuela.

2. EL EJERCICIO DEL MANDO

El soldado de la patria, está consagrado a la función militar; su deber es dedicar su persona, voluntariamente y en absoluto, a las tareas que corresponden a la misión sagrada de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. El mando que ejerce es impersonal, y no deberá usarlo, jamás, para satisfacer sus intereses personales o grupales. Este principio se arraiga en el legado de nuestros Libertadores, como Simón Bolívar, y en el pensamiento humanista y patriótico de nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez, quienes antepusieron siempre el bienestar de la Patria a cualquier interés particular.

Deberá ver en sus jefes, en sus subordinados y en sus iguales, colaboradores suyos en el cumplimiento del deber, con quienes está obligado a prestar ayuda leal y apoyo constante, no pudiendo engañarlos, abandonarlos ni desconocerlos, sin incurrir en traición.

Profesional del deber militar y Jefe de unidades en el conjunto de la nación en armas, el soldado está obligado a demostrar capacidad y seguridad en el mando que se le ha confiado. Con relación a los demás integrantes del Ejército Bolivariano, tiene que desarrollar el sentimiento del deber, la abnegación, la disciplina, el honor, la valentía y el espíritu militar. Estos valores son fundamentales para afrontar no solo los desafíos convencionales, sino también las complejidades de las nuevas formas de guerra (cognitiva, proxy, económica, psicológica, entre otras), donde la fortaleza moral y ética, inspirada en el heroísmo de nuestros Próceres y en la Doctrina Militar Bolivariana, es el principal baluarte de la defensa integral de la nación.

El militar ejerce la función de mandar: de modo que pierde tal condición si deja de emplear su autoridad. Toda facultad que permanece inactiva, se debilita; al dejar de mandar el militar se transforma progresivamente, según las nuevas ocupaciones que lo embarguen, adoptando el aire de un apaciguador. Trata entonces de encontrar en los papeles o en los reglamentos, los medios de su

orientación; pierde el sentimiento de la fuerza especial que debe animarlo en tiempo de guerra, y, el día en que de nuevo se le dé el mando de tropas, carecerá de condiciones para el mando militar.

Por otra parte, cuando el Oficial conserva el carácter del mando, pero sólo ejerce una acción limitada a una unidad muy pequeña o insuficientemente organizada, que no dé idea de una unidad real de guerra, sus facultades de mando también se extinguén. La desorganización se produce cuando el poco efectivo disponible le impide reunir a su Unidad, ejercer el gobierno de ésta, lo cual constituye el verdadero mando en tiempo de paz, produciendo su efecto negativo para la unidad y continuidad de la acción.

Los mismos inconvenientes se producen cuando el militar no hace uso de la Iniciativa Inteligente en el cumplimiento de las órdenes; esto trae como resultado que los subalternos no tomen con ahínco el deseo de alcanzar el fin perseguido y crean que nada puede reprochárseles desde el momento que han ejecutado estrictamente las órdenes recibidas o tomado los dispositivos tácticos marcados por el reglamento.

En consecuencia, es indispensable que el militar ejerza íntegramente el mando que le confiere su grado sin disminución, ni restricción de ninguna especie, única forma de cumplir a conciencia su pesado deber.

La manera de conducirse en el ejercicio del mando depende del carácter y del temperamento del Oficial, no pudiéndose dar en este aspecto sino consejos generales. Lo primero es que el Oficial no debe imaginar que su prestigio aumenta manteniendo a sus subordinados a distancia, tratándolos no como seres inferiores: todos son iguales ante el deber común; es más, puede suceder que algunos de los profesionales o soldados puedan tener Superioridad intelectual o social a la suya. Además, procediendo en tal forma no desperta confianza y simpatía en el personal. El Oficial no debe caer en el extremo opuesto. El Oficial tiene que tratar a sus soldados con benevolencia y cordialidad, pero no incurrir jamás en familiaridad.

3. EL DOMINIO DE SÍ MISMO

Tanto en sus funciones educativas en tiempo de paz, como en la conducción de la tropa en la guerra, el militar necesita poseer serenidad y dominio sobre sí mismo, tanto respecto a sus Superiores como de sus subordinados.

Si el militar llega a encontrarse a la orden de un Jefe que hace del mando una cuestión personal, que se irrita a cada paso y que es presa de emociones violentas, debe tomar inmediatamente la actitud de servicio en la forma más natural, que lo presenta ante su Superior como sujeto a la función que lo cubre y respalda. El subalterno tiene que cuidarse de no aprovechar ninguna situación para hacer resaltar los errores del jefe, porque así cometería una falta mayor; si está en el derecho y en el deber de proteger la dignidad de su grado o jerarquía,

carece de toda razón para demostrar hostilidad o apariencia de hostilidad hacia el Superior.

Cuando un Jefe hable con dureza, el militar no debe demostrar humillación sino mirarlo de frente, con lealtad, rehusando absolutamente salirse de su función, con la actitud de un hombre que solo espera órdenes y a quien nada importa lo demás.

Una de las más duras pruebas a que puede estar sometido un militar consiste en soportar correctamente un reproche en presencia de sus subalternos. Es entonces cuando sufre intensamente y se revelan su amor propio y su dignidad personal, y cuando el respeto y el amor a la disciplina le hacen intolerable ver como se rebaja públicamente la autoridad que inviste. Pero si el militar sabe tener dominio sobre sí mismo, puede llegar a soportar, sin humillación ni indignidad, el choque de la reprimenda. Si esta es injusta y él se ha hecho digno del mando, es seguro que, a pesar de todo, conservará el respeto y la simpatía de su tropa.

Si en circunstancias críticas el militar llega a verse dominado por la cólera, el temor o el resentimiento, debe pensar que sus palabras y sus actos pueden escapar a su control. Por consiguiente, está obligado a observar una actitud impasible, a expresarse mesuradamente y a hacer y decir lo que su función le determine, con claridad, tranquilamente, como si no sucediera nada más. Principalmente, para ejercitar actos represivos, es necesario tener una serenidad plena. Si se encuentra frente a una grave falta a la subordinación, a la disciplina o a los elementos de fuerza de su unidad; si se comprueba que sus órdenes son desobedecidas y que un inferior suyo hace fallar sus disposiciones, el militar debe poner en acción, tranquila y metódicamente, sus facultades represivas, pero con la mayor imparcialidad, reflexión y aplomo.

4. LA EDUCACIÓN POR EL EJEMPLO Y LA ACCIÓN

El Superior es el espejo de sus subalternos; por consiguiente, para estar a la altura de un educador, es indispensable que practique personalmente todas las virtudes que trata de inculcar, siendo forzoso, por lo tanto, que estas se aniden previamente en su corazón; y si por excepción carece de alguna, debe abrigar la firme voluntad de adquirirla por su autoeducación. Nada puede ser más inmoral que predicar virtudes que no se practican. El militar, por el respeto que se debe a sí mismo, por la majestuosidad de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, por el decoro del uniforme que viste, está obligado a dar ejemplo a su tropa en la forma más sostenible. Debe ser el reflejo viviente de la Doctrina Bolivariana y del compromiso patrio heredado de nuestros Libertadores.

Para que su autoridad se imponga en circunstancias críticas, el militar debe estar convencido del valor que desempeña en la sociedad, dando ejemplo de ponderación en toda circunstancia. El ejemplo dado por el militar en las manifestaciones exteriores de respeto y en la expresión de sus sentimientos para con la bandera, el Jefe, los camaradas y los subalternos, son más eficaces,

desde el punto de vista educativo, que las conferencias más elocuentes, puesto que caracterizan así, con demostraciones prácticas externas, las ideas y sentimientos que la palabra no basta para inculcar. Esas manifestaciones y procedimientos deben ser mesurados, sin pompa y sin ruido, significativos, que imprimen a la vida militar el sello de dignidad que la ennoblecen.

El militar debe imprimir a su labor el carácter de una acción metódica, sostenida e incansable. Cuando da una orden no debe repetirla con frecuencia, sino hacerlo una vez solamente; en forma clara e inequívoca, verificando su ejecución. Al principio, este sistema le pondrá en evidencia que muy poco ha quedado de sus órdenes; pero entonces, haciendo uso de energía, enseñará a sus subalternos a cumplirlas de manera más segura. Es así como funciona normalmente la organización militar, y no interviniendo personalmente a cada instante.

Para que sus subalternos se interesen en conseguir los resultados que se propone, el militar debe invocar en toda forma su colaboración, dándoles autoridad y responsabilidad, interrogándolos acerca de su manera de ver las cosas, explicándoles el objeto perseguido y mostrándoles las consecuencias que pueden acarrear la inercia, la carencia de iniciativa, la indecisión, la debilidad de carácter y la falta de conciencia.

Por último, el militar debe estudiar su función, comprender que es un deber y consagrarse completamente a ella, haciendo tabla rasa de los intereses, pasiones y apetitos personales. Adquirido este resultado, no le resta sino actuar con el ejemplo, energía y lealtad; mostrar su actitud y sus palabras sin afectación de ninguna clase. Entonces ser un jefe seguro y digno, consciente de su dignidad, con certidumbre de su deber, capaz de cumplir con la seguridad que confiere una elevada situación moral.

5. ESTUDIO DE LA VIRTUD EN LA FILOSOFÍA Y FORMACIÓN INTEGRAL DEL MILITAR

La virtud no es solo una cualidad deseable en el militar bolivariano, sino un principio rector. Desde la antigüedad, filósofos como Aristóteles y Séneca exaltaron la importancia del dominio de sí mismo, del equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu. En el contexto revolucionario, esta filosofía encuentra un anclaje en el ejemplo moral de nuestro Libertador Simón Bolívar y nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez.

La serenidad, la prudencia, la fortaleza y la justicia deben formar parte del carácter del soldado bolivariano. El ejercicio del mando exige razón antes que impulso, reflexión antes que reacción. El militar debe educarse a diario en el control de las emociones, en el desarrollo de su inteligencia y sensibilidad, y en la búsqueda constante del conocimiento.

El estudio, la pedagogía, la conciencia histórica y la preparación física no son elementos aislados, sino partes integrales del mismo ideal de virtud militar: un soldado completo, integral y comprometido con la patria.

6. LA LEALTAD HACIA EL JEFE Y LA VERACIDAD

La Unidad confiada al Oficial y que este debe saber educar, está llamada a actuar, en la mayor parte de los casos, formando parte de otra Unidad orgánica de mayor importancia; es decir: el Oficial manda su Unidad, pero ésta está a su vez a las órdenes de un Jefe, a quien debe obedecer y a quien lo unen lazos de obligación común que abarcan a todo el conjunto de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Por consiguiente, la situación del Oficial respecto a su Jefe es la misma que la de los clases y soldados frente a él.

En nombre de ese deber común, inspirado en el ejemplo de lealtad de nuestros Libertadores, el Oficial debe saberse a sí mismo como colaborador obediente y leal al Jefe, debiendo contribuir con todas sus fuerzas a que su autoridad se realice. Grave falta comete el Oficial que niega a su Jefe la colaboración a que tiene derecho. Tal proceder no está desprovisto de traición, ya que el Jefe cuenta con esa colaboración no para su bienestar personal, sino en pro de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

A pesar de lo que pudiera suceder, el Jefe tiene el derecho de contar con el concurso leal y completo de sus subalternos; y si este trata de escapar a la subordinación leal, se coloca fuera de su deber y, por consiguiente, de la institución. La subordinación exige que el militar no haga nada contra su Superior inmediato, basándose en el aprecio que le profese un Jefe de mayor rango. Es necesario prestar sincera obediencia al Jefe directo, sin argucias destinadas a presionarlo en determinado sentido o a menguar su autoridad oponiéndole otra de mayor rango. Mucho más grave es influenciar la autoridad del Jefe con la intervención de terceros más o menos poderosos. Tal acto es una especie de traición a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, porque quien lo emplea parece renegar de la disciplina, haciendo prevalecer fuerzas extrañas al organismo militar. La sujeción a la subordinación ha de ser indestructible, resistente a cualquier embate, constante y firme a pesar de las deficiencias y errores del Jefe, que, al fin y al cabo, es también humano.

Todo lo anterior se refiere a la lealtad que se debe al Jefe; pero es más importante que el militar sea leal consigo mismo y con sus subalternos. En primer lugar, cuando cometa una falta o un error debe reconocerlo honestamente, sin humillación, porque así demuestra poseer lucidez y calidad moral, ya que un paso en falso no es una caída. Procediendo con franqueza, el militar continúa siendo un colaborador honrado y reconoce de nuevo la autoridad del Jefe. Y si éste le ha hecho una reprimenda justa y discreta, que ha sido aceptada francamente, no ha quedado suspendida ni un instante la solidaridad entre uno y otro. Con frecuencia se observa que la moderación delicada de un Jefe y la obediencia leal de un subordinado sirven ante todo para aumentar la estimación recíproca.

De la misma manera, cuando el militar en un momento de ofuscación se excede en actos o palabras hostiles para reprimir a un inferior, la lealtad a éste lo obliga a colocarse de nuevo en el deber común que no tolera ninguna hostilidad, y debe hacerlo por medio de una declaración en alta voz que borre todo lo hecho fuera del marco de sus legítimas atribuciones de mando.

La lealtad obliga a ser absolutamente veraz, pues sin la veracidad no se concibe colaboración de ninguna especie. Todo parte o informe falso dirigido a un Superior con el propósito de ocultar la verdad, debe ser severamente castigado. Hay que evitar hasta las pequeñas disculpas que acostumbran algunos Oficiales para ocultar deficiencias o disimular omisiones cuando un Superior inspecciona las unidades. Por supuesto, que es absolutamente correcto que el Oficial haga toda clase de esfuerzos para presentar su tropa en las mejores condiciones posibles durante las inspecciones y revistas que practique su Jefe, puesto que no se trata entonces de engañar a este sino de recibirla dignamente. Pero se comete una deslealtad y se falta a la verdad cuando, al comprobar el Jefe ciertos hechos, se presentan cuentas falsas o se pretende demostrarlas con excusas desprovistas de fundamento.

El amor a la veracidad cobra mayor importancia en la guerra, pues de sus aseveraciones puede, en muchos casos, depender el sentido de las órdenes y aun el éxito de las operaciones. Una falta a la verdad en tales circunstancias, asume las características de un crimen contra la Patria, especialmente en el contexto de la guerra moderna donde la información precisa es vital.

El Oficial que cumple sus obligaciones a cabalidad puede mostrar a su Jefe, hasta en los menores detalles, todos los aspectos de la unidad que manda. Si el Superior le señala ciertos defectos, da una prueba de su franqueza y confianza, debiendo el Oficial suponer que aquel tiene el valor moral necesario para llenar su función y la dignidad de su grado, y que, por otra parte, este proceder del Jefe es al mismo tiempo la mayor regla práctica de conducta en el servicio militar.

7. LA DENIGRACIÓN, LA HOSTILIDAD, LA INTRIGA Y LA MURMURACIÓN

Una de las más graves faltas que puede cometer un militar es la denigración y hostilidad con respecto a sus Superiores. Esta falta se eleva en proporción incalculable cuando se hace con un Jefe en servicio y en presencia de subalternos, siendo un atentado directo contra el deber militar. Antes bien, todo militar está obligado a emplear su autoridad precisamente en sentido contrario, para afianzar la organización con ejemplo y consagración. La denigración es más odiosa cuando se piensa que, quizás si en el mismo momento en que el militar viola deslealmente el pacto de solidaridad que nos legaron los Libertadores, el Jefe a quien traiciona lo observa sinceramente. El militar que en determinadas ocasiones haya dejado escapar apreciaciones malévolas sobre sus Jefes o Superiores, tiene que sentirse desacreditado si, con el correr del tiempo, un acto de benevolencia afectuosa o una prueba de firme solidaridad del

Jefe o Superior vienen a demostrarle que, a pesar de agravios más o menos ciertos, éste no ha dejado de ser el más seguro apoyo de sus subordinados.

La maledicencia del subalterno con respecto al Jefe o sus Superiores es susceptible de producirse de diversas maneras. A menudo es originada cuando el subalterno se siente herido por algún procedimiento erróneo en la consideración debida a su grado o en su dignidad personal, viéndose entonces en la necesidad de defenderse porque no tiene la fuerza moral suficiente para continuar observando el deber de solidaridad, que considera violado por su Jefe o Superior. Otras veces proviene de una reacción personal e inconsciente contra los deberes diarios a que está sometido el militar. El deber tiene sus exigencias duras, pero su autoridad es soberana, pues renegando de él se le deshonra; entonces es cuando, si el Superior debe hacer notar el incumplimiento del militar, este trata de buscar faltas o errores, porque nadie es perfecto. El subordinado que no acepta el deber común a que debe someterse, expresándose mal de su Superior, cree vengarse así de algo que considera como daño personal: de un ejercicio largo y pesado, de una marcha fatigosa o de una llamada al orden.

En la mayor parte de los casos se trata de un chiste o humorada que no se propone disminuir la consideración debida al Superior. Pero tratándose de nuestro carácter, que tiende a no tomar en serio, ni medir las consecuencias de determinadas actitudes, así como de nuestro temperamento siempre dispuesto a rechazar todo lo que signifique hábitos de trabajo y seriedad, hay que alejar de la conducta toda tendencia a caer en la malsana costumbre de expresarse mal del Superior, aunque sea fuera de los actos de servicio, para que no se forme un estado espiritual impropio de la solidaridad y disciplina militar.

Por supuesto que no puede impedirse que militares del mismo grado se comuniquen libremente lo que piensan, bueno o malo, sobre la actuación de sus Superiores; pero en estas expansiones de carácter íntimo, la crítica no debe llegar al extremo de la denigración hostil; pues si un militar sobrepasa el límite de lo permitido en tales circunstancias, tratando de disminuir el ascendiente del Superior o de enfrentarse a su autoridad, comete una falta excesivamente grave.

Hay militares jóvenes que se imaginan que no proceden mal cuando nombran a un Superior con apodo puesto bajo la impresión de algún defecto o debilidad que este haya demostrado; pero tal proceder es incorrecto; propio solo de colegiales irresponsables sin solidaridad moral. El empleo de apodos para designar a un Superior es una falta de respeto muy vituperable que denota una falta de solidaridad e inconsciencia para con la dignidad del uniforme.

Falta mucho más grave es, valerse de la intriga para conquistar posiciones o para malquistar a su Superior. El militar intrigante falsea los principios en que descansa la vida militar y debilita la cohesión necesaria para enfrentar las operaciones psicológicas y de desinformación del adversario en la guerra

moderna. Los ascensos, empleos y recompensas que la nación otorga a sus servidores, son el premio del esfuerzo, al deber cumplido lealmente y a la abnegación desplegada; de ninguna manera es lícito que otro, aprovechándose siempre de la mentira y la calumnia, auxiliar indispensable de la intriga, quite al verdadero merecedor el premio de sus virtudes. Y si se trata de la intriga contra el Jefe, el militar que la emplea mina la autoridad de este, arrastrando en el delito no sólo su propia conciencia, sino la de los Superiores jerárquicos a quienes sorprende con imputaciones falsas. La intriga y la división interna son herramientas que el enemigo explota, por lo que combatirlas es un deber patriótico alineado con la visión de unidad Bolivariana.

La murmuración es una falta moral indigna de un soldado. Cuando un militar que se estima cree violado su derecho, debe hacer ante su Superior el reclamo respectivo; con toda la firmeza que le da su condición de ofendido o postergado, pero no recurrir a la murmuración que aniquila la autoridad del Jefe y arrastra la de quien la emplea. La murmuración es más oprobiosa si se considera que los ataques son hechos a la sombra, no pudiendo la víctima defenderse en modo alguno.

8. EL VALOR, EL CARÁCTER Y EL DEBER CÍVICO DEL SOLDADO

La personalidad del soldado domina por completo el cuadro de las fuerzas militares de un país, decidiendo acerca de la calidad de estas. El soldado es todo en la institución armada; la exalta o deprime según como aplique su acción. Para que la patria está segura, reclama del soldado aceradas energías y acendrado patriotismo, puestos al servicio de un valor personal desprovisto de impaciencias y esperanzas mezquinas.

El Oficial necesita poseer una calidad especial de valor, tanto para desarrollar su acción educadora en tiempo de paz, como para conducir su Unidad durante la guerra. Una síntesis de las virtudes militares necesarias para cumplir con ambos aspectos de su función es lo que constituye el valor moral del Oficial. De ese conjunto de virtudes hay algunas que sobresalen porque definen los rasgos predominantes de la carrera militar. La abnegación proviene de su consagración a sus deberes públicos, que hacen anular el amor propio, la vanidad y la ambición. Cuando estos factores predominan sobre los hombres confiados a su mando, por muchas que sean sus virtudes, se convierten muy pronto en un conjunto desprovisto de valor militar, porque se ha abusado de la función para satisfacer conveniencias personales.

El militar de verdadero carácter debe dar a cada paso pruebas de su convicción; penetrarse de los asuntos que le incumben, tener la atención siempre despierta, reflexionar en caso de duda, remontarse a las causas de los hechos y corregirse a s mismo por mandato imperativo de su fuero interno. Para esto necesita estar animado por un incesante e inquebrantable afán de conocerse y superarse en su propio valor intelectual y moral; ser dueño de gobernar sus facultades, modificarlas e incrementarlas; pero como ese dominio de s mismo es tan poderoso para el mal como para el bien, es necesario que su

dirección moral sea una línea recta, guiada por los principios Bolivarianos y el ejemplo de nuestros Libertadores.

Si es frecuente encontrar militares valerosos e inteligentes, no pasa lo mismo tratándose de hallar militares de carácter. Un militar puede tener una inteligencia despierta, amor por su carrera y valor en el peligro; pero si carece de carácter, se siente moralmente débil. Así, se ve impotente para imponerse reglas, para adoptar y seguir principios definidos de conducta, es decir, no puede gobernarse a sí mismo. El mando flaquea en sus manos; cede por igual a un impulso bondadoso como a uno de irritación; y su tropa no da la impresión de poder irresistible, porque no presente en el Superior al representante del deber estricto, pudiendo en muchos casos no escucharlo ni seguirlo.

El carácter es un elemento esencial de aptitud para el mando. Sin embargo, su valor es dudoso cuando no está basado en la consagración al bien del servicio y de la Patria. Constituye una fuerza de acción benéfica u orientada al mal, según la dirección en que se aplicare. Un militar ambicioso e indiferente al deber, pero apegado al interés personal, es un terrible agente de destrucción en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana; todo lo falsea en su Unidad; el vigor y la persistencia de su voluntad quedan al servicio de sus designios, y quebranta, o desvía, las fuerzas sanas del organismo militar.

Cuando un militar descuida el cultivo de su voluntad y de su carácter, abandonándose al acaso, enmohece su espíritu. Y si necesita emplear una y otra, encontrar que su propia inercia los ha inutilizado, y que, perdido todo poder volitivo, ser presa de la indolencia. La voluntad y el carácter son elementos valorizadores de la personalidad del militar, quien no solo debe satisfacer los dictados de su conciencia, sino presentarse al juicio de su tropa y de la opinión pública con una pureza moral intachable.

El organismo militar está hecho con el fin de poner en acción el Sistema Defensivo Territorial durante la guerra, por medio de la colaboración organizada de las energías individuales y colectivas, encauzadas hacia el deber común. El Oficial es el profesional de este deber y necesita conocerlo, tanto en su esencia moral como en sus formas derivadas, adaptadas a la práctica y expresadas en reglas de conducta positivas.

El Oficial tiene en sus manos parte del poder soberano que le ha delegado la nación. Ese poder se manifiesta por el derecho a la obediencia absoluta y el castigo; en ciertos momentos tiene derecho de vida y de muerte, y su investidura es de tal modo sagrada, que levantar la mano sobre el no es solo un delito, sino un atentado.

Otra misión del militar es el cumplimiento del deber cívico que todo ciudadano tiene con la patria. Por eso necesita estar penetrado de tal deber, y hacerlo practicar por sus subordinados; es decir, tiene que consagrarse absolutamente al servicio de la nación. Su calidad de Oficial no la adquiere

como un título de profesión liberal o lucrativa; la obtiene empeñado en su tarea el honor y la vida.

9. ÉTICA Y MORAL MILITAR EN LA ERA DIGITAL

La transformación digital y el auge de las redes sociales representan un nuevo campo de responsabilidad ética para el soldado de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. En esta era, el uso de las tecnologías de información no puede desligarse del compromiso con la soberanía, la disciplina y el honor institucional.

El militar bolivariano debe tener conciencia del poder de sus palabras e imágenes en los medios digitales, ya que un mensaje malintencionado o una publicación inapropiada puede poner en riesgo la moral de la unidad, la seguridad nacional o la confianza del pueblo. La ética digital exige prudencia, veracidad, lealtad institucional y compromiso revolucionario.

La difusión de información clasificada, la exposición de identidades operativas o el uso de redes para propagar rumores o críticas desleales constituyen actos que vulneran la moral militar. Por ello, se hace indispensable formar en el uso consciente de las herramientas digitales como parte del nuevo perfil del combatiente integral.

10. PRECAUCIONES PARA CONSERVAR DIGNAMENTE EL RANGO DE OFICIAL

El Oficial es el elemento permanente de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana; su vida debe desarrollarse en la forma más pulcra, física, intelectual y moralmente. El rumbo de la institución armada está confiado a su patriotismo, y no caben en las vacilaciones si tiene calidad para sentir la intensidad de sus deberes. El Oficial no es solo el Comandante de tal o cual unidad, sino el profesional que siempre está de servicio en todos los aspectos de la vida militar. Es el Oficial responsable de la existencia de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana y de los principios de fuerza que regulan su marcha. Donde quiera que observa alguna falta, alguna desviación, alguna debilidad, ya sea en su Unidad o en cualquier otra, en la calle y en todo lugar, tiene el deber de intervenir y restituir el orden, porque es el guardián juramentado de la disciplina y del honor militar.

Bajo este aspecto y como representante y maestro del deber nacional, el pueblo, con su habitual perspicacia, tiene fijas sus miradas en él, examina su conducta en todo tiempo y, a veces, de manera rigurosa, y le sigue los pasos porque está en el derecho de esperar que sea lo más perfecto e irreprochable que se pueda. Al pueblo se le pide entera consagración al servicio de la patria; la presta dando sus mejores hijos. Los pone en manos de sus Jefes con sumisión, resignadamente, en la creencia de que el Oficial no despilfarra los tesoros humanos puestos en sus manos, en la seguridad de que tiene inteligencia y conocimientos para emplearlos útilmente, abnegación para

aprovecharlos en beneficio del deber patriótico, y humanidad para velar por ellos y prestarles sus cuidados.

Tales son las garantas que el pueblo espera del Oficial, quien, por su parte, está en obligación de prestarlas realmente, evitando toda causa de errores o de equivocaciones; porque la confianza y el afecto del pueblo constituyen uno de los elementos de fuerza en el militar. El pueblo observa atentamente al Oficial: sus palabras, sus actos, su vida privada; y cuando se convence de que es un fiel guardián del ms sublime deber patriótico, forma a su rededor una atmósfera de confianza y respeto que aumenta su prestigio.

Este es uno de los aspectos más delicados de la vida del Oficial; principalmente en nuestro medio, a causa de las campañas de descrédito o la falta de confianza que pueda predominar en algún sector del pueblo acerca de la moralidad, la utilidad, la eficiencia y el valor del Oficial, a menudo fomentadas por intereses antipatrióticos o injerencias externas. Ya sea por la propagación de doctrinas antimilitaristas, o por la desconfianza del elemento popular que ve erróneamente en el Servicio Militar un factor de opresión, lo cierto es que el Oficial precisa encarar esa situación dando en todo momento, especialmente en público, muestras de su consagración exclusiva al deber y al servicio de la patria, tratando a sus inferiores del modo más humano compatible con las exigencias de la vida militar, reflejando así la unión cívico-militar que es pilar de la Revolución Bolivariana.

Cuando la Fuerza Armada Nacional Bolivariana no era profesional, poco o nada importaba al pueblo las condiciones morales del Oficial: bastaba saber que era aguerrido y valeroso. No sucede hoy lo mismo. El pueblo quiere encontrar en sus jefes todas las cualidades que inspiran la más segura confianza; no le agradan los vanidosos, ni los seres brutales ni arrogantes, ni los que se imponen únicamente por sus galones y su espada, ni los ambiciosos; gusta, en cambio, de los seres dignos, morales, justos, honestos y humanos.

El Oficial debe saber que, a causa de la naturaleza de los contingentes militares que pasan bajo banderas, la mayor parte de los ciudadanos que le observan no siempre comprenden a cabalidad la vida militar, a la que a veces miran con desconfianza; y que si llega el momento de la movilización, los únicos lazos morales que los unen al mayor número de los incorporados, son precisamente esos extremos a veces débiles, formados en los instantes en que el Oficial se exhibe ante el pueblo, con su vida pública y privada. El pueblo no siempre es indulgente con el Oficial; interpreta casi siempre en forma desfavorable el rigor de la disciplina, las palabras, los gestos y las actitudes que dice y adopta; en cambio, siente mayor simpatía por el soldado.

El carácter nacional de su función impone al Oficial diversas obligaciones. Por lo pronto, está impedido de afiliarse a partidos políticos, sociales, religiosos o de cualquiera otra tendencia que pueda comprometer la naturaleza institucional de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Su autoridad tiene que

ser indiscutible a base de ser absolutamente imparcial y sus subordinados no deben tener desconfianza ni repugnancia para servir a sus órdenes. La política partidista destruye las fuerzas morales, mata el estímulo, debilita la cohesión, corrompe la justicia distributiva, para introducir la desconfianza, el favoritismo y el desgano por el trabajo, por el estudio y por la consagración abnegada al cumplimiento del deber.

Para seguir el camino de la dignidad, el Oficial no debe fincar su porvenir en el apoyo que puedan prestarle los poderosos, porque todo sometimiento se cobra generalmente al precio de una abdicación moral. El mayor bien consiste en no obtener por otros lo que se puede alcanzar por sí, y en seguir el destino elaborado con las propias manos. El Oficial que piensa, trabaja y quiere honrar su carrera, nunca debe desear nada del favor ajeno sino lo que pueda realizar con sus propios merecimientos. Dedicándose al servicio de la patria con todas sus energías físicas y morales, recoger siempre el fruto de sus desvelos, aunque éste demore en la sazón, siéndole más grato a medida que le cueste mayor trabajo; en cambio, si sus éxitos los logra por medio del favor, sentirá amargada su vida y no tendrá jamás la satisfacción que da el triunfo de su propio esfuerzo.

Para que la noción del deber penetre en el corazón de los soldados y despierte en ellos la voluntad de cumplirlo hasta el sacrificio, es necesario que el Oficial esté en comunicación moral con sus subalternos, que les hable con convicción, con calor, pues no es posible ordenar actos de abnegación. Otro aspecto del problema que supone conservar dignamente el rango de Oficial, es el que ofrece su vida en relación con los camaradas del mismo cuerpo. En este concepto, debe estar identificado con el sentir de sus compañeros, pero no olvidando que, en la colectividad de los Oficiales, no cabe el predominio de armas, ni ninguna restricción que reste amplitud a la elevación de miras que debe animar a todo Oficial. El Espíritu de Cuerpo es la solidaridad moral que resulta de la identidad de atribuciones y de funciones en la obra común.

11. CÓMO SE CONCIBE EL TIPO DE OFICIAL IDEAL

La Profesión Militar reclama cualidades de primer orden que obligan a inclinarse respetuosamente delante de los hombres que por abnegación deponen todo anhelo de lucro o bienestar, para consagrar su cuerpo y alma a una tarea tan elevada que desgasta sus fuerzas físicas a toda hora, así como su inteligencia, para estar siempre a la altura de su misión, y que requiere un temple moral elevadísimo para cumplir el deber sin esperar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido.

Esas cualidades de primer orden, extremadamente raras en un solo hombre, son: amor profundo por el ideal de servir eficazmente a la patria; calma y serenidad, hasta llegar a lo imperturbable; raciocinio elevado para reprimir los arranques personales; constancia y tenacidad para proseguir sin desmayo la obra emprendida, sin contentarse con resultados insuficientes; sentido justo y

recto para apropiar los medios al efecto deseado; tacto, perspicacia, espíritu de observación y otras más cuya enumeración será larga.

Tal conjunto de cualidades no es innato jamás, de modo que es necesario adquirirlas por medio de una valiosa educación que permita formar la contextura moral del militar hasta hacerlo de una sola pieza e infundirle la dignidad que da la energía necesaria para alcanzar la victoria sobre cualquier adversario y en cualquier escenario, incluyendo los complejos desafíos de la guerra moderna. La pasión inspirada por un ideal noble, como el ideal Bolivariano de Patria libre y soberana, hace nacer las fuerzas que permiten llevarlo a cabo y gobernar el alma vigorosamente, subordinando las pasiones vulgares que sólo ofrecen satisfacción de orden inferior.

El militar debe considerar que al país se le entrega la flor de su juventud con todas sus fuerzas morales y materiales para asegurar su defensa; por consiguiente, su deber es apasionar su voluntad y remontarse a una gran altura moral para adquirir la elevación, la nobleza y la fuerza indispensables para salir airoso en su tarea; haciendo por sí mismo su educación, diariamente, con ahínco, con perseverancia, con pasión. Así podrá adquirir una dignidad moral que le hará rechazar todo acto injusto, toda mentira y toda humillación, y asumir las más grandes responsabilidades.

Todo militar que quiera dar a su autoridad la mayor eficacia, debe comenzar por penetrarse de que la mejor forma de mandar consiste en la colaboración de todas las clases de la jerarquía, haciendo todo esfuerzo para consagrarse a esa colaboración de modo definitivo; tanto en sus relaciones con su Superior como con sus subordinados. Las restantes cualidades militares que deben adornar al militar se derivan de su misma preocupación moral y del ejercicio de la voluntad.

Hay militares que, sin poseer condiciones perfectas para el mando, tienen cualidades poderosas y relevantes, carácter generoso y caballeresco que se entrega espontáneamente a la realización de nobles acciones. Pueden faltarles constancia en el esfuerzo y dotes organizadoras, pero son leales, valientes y buenos, y están animados del sentido del honor y de la solidaridad militar. Pero generalmente estas espléndidas cualidades no bastan para lograr el éxito ante un adversario dueño de sí mismo y más apto para el gobierno de tropas. Estos militares no tienen concepto racional del deber sino instintivo, y carecen de previsión y de reflexión. Aman la guerra por los peligros que entran, por las privaciones que soportan con energía, por todo aquello que excita al hombre y lo lleva a actos sobrenaturales. Este tipo de militar sería ideal si tuviera que pensar en sí mismo, abandonándose enteramente al culto de su yo; pero el militar, antes que todo, tiene que ser guía de su tropa, a la que debe conducir con el mayor tacto.

Al militar no debe bastarle la vultuosidad guerrera, ni desear la guerra para salir de ella con brillo; al contrario, dando ejemplo de completa abnegación, debe desnudarse de toda tendencia ambiciosa, tener el sentido de su

responsabilidad y no desear otra cosa que el triunfo de ideales y aspiraciones de su patria.

Lo que sí debe tener en cuenta todo militar es que, teniendo dotes naturales no muy brillantes, puede adquirir las condiciones de mando más sobresalientes por medio de la reflexión y de la voluntad, gracias a un autoeducación destinada, más que a una ilustración erudita, a forjar su carácter y su espíritu. Pero ese autoeducación debe ser voluntaria, persistente, inspirada por el sentimiento del deber y atender al desarrollo de las facultades personales necesarias.

12. LA FUERZA DE LA VOCACIÓN MILITAR

La vocación militar es la que arrastra a un individuo a abrazar la carrera de las Armas, por la afinidad que tiene con su carácter, con el desarrollo de la vida en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Es una fuerza propulsora que, actuando como reserva de energía, ayuda al militar a ir adelante, dándole entusiasmo para triunfar, optimismo para vencer el desaliento y fe para abrirse paso hasta el cumplimiento de sus obligaciones para con la Patria Bolivariana.

Para que la vocación militar sea legítima, es necesario que el militar esté adornado con cualidades naturales que lo identifiquen con los elevados fines de su misión. No basta la voluntad para legitimar la vocación, pues ella no puede crear esas condiciones naturales que evitan el fracaso en la Carrera. Tampoco basta tener natural inclinación para servir en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana; es preciso conocer a fondo las peculiaridades de la profesión.

La juventud acostumbra juzgar la carrera militar por lo que es precisamente el lado más superficial y menos trascendente, tal como la pompa de los desfiles y el atractivo que presta el uniforme. El joven inflama su espíritu con la arrogancia marcial de los batallones, el redoble de los tambores, la vibración de los clarines, el ondear de las banderas, sintiendo algo que traduce equivocadamente por vocación hacia la carrera de las Armas. Así vive en estado engañoso hasta que las circunstancias del servicio o de la guerra le ponen ante la realidad insospechada. Solo entonces es cuando mide las responsabilidades que entraña esta Carrera, los sacrificios que exige, las penurias que en ella se sufren y la entereza de carácter que impone para mostrarse superior en los momentos de adversidad.

Sin embargo, hay un medio de que el militar pueda suplir, aunque solo sea en pequeña proporción, la propia insuficiencia. Consiste en poner en acción una sinceridad tesonera para desempeñarse decorosamente, ya sea por medio de la educación del carácter y de la voluntad, o por el estudio, el trabajo y la dedicación al desempeño de sus funciones. Es de advertir que tan honesta intención de colocarse a la altura de su tarea es ya un motivo de realce de las condiciones morales del militar.

Solo cuando el militar abraza su carrera con vocación verdadera puede estar preparado para los dos aspectos de su función: obedecer a sus Superiores y mandar a sus hombres, y para cumplir el más esencial de sus deberes profesionales, esto es, perfeccionar su propia contextura moral y labrar el corazón de su tropa. Esa vocación es la que lo anima a proceder sincera y tenazmente, a entregarse por entero en la obra patriótica que le impone su misión, y a estar a la altura de las responsabilidades centradas consigo mismo, con la sociedad y con la patria. Esa vocación es la que le infundir conciencia de su alto deber, caminar erguido y dar la cara al sol, sin que nadie pueda negarle su condición de verdadero patriota.

Si el militar no lleva en su alma amor y decisión por su Carrera, el deber no constituye para él un ideal en la vida, se limita a vestir el uniforme y a afianzar su autoridad ante la tropa no por procedimientos educativos morales, sino por la imposición de su personalidad. Las actividades sanas que definen la condición del buen militar lo encontraron siempre remiso o indolente hasta para el cumplimiento del horario de trabajo, cristalizando su poca actividad en una rutina que anula totalmente su individualidad.

Y es que la fuerza de la vocación militar es lo único que da nacimiento al optimismo, al entusiasmo y la alegría en que se basa la obra moral del militar. El optimismo le comunica fuerza para luchar y fe para vencer. El entusiasmo le da alas para emprender las acciones más brillantes. La Alegría le hace olvidar las rudezas de la vida militar y le comunica nuevos alientos en pro de la victoria.

13. LA INTERPRETACIÓN Y EL ESPÍRITU DE LAS ÓRDENES

El Privilegio de dar órdenes es una manifestación de la autoridad del Superior, quien con ellas indica su decisión, su deseo de actuar y su responsabilidad. Quien imparte una orden debe fijar claramente el objeto que persigue y las intenciones que trata de llevar a la práctica, dejando al subordinado la elección de los medios y procedimientos para el fin propuesto. Por consiguiente, el Superior deja al subordinado una iniciativa en relación con su jerarquía, teniendo en cuenta la capacidad de este y la confianza que haya sabido inspirarle.

Nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana, es un organismo vivo que posee su actividad propia, que está compuesto por un conjunto de Jefes, Oficiales y Tropa que deben reflexionar y colaborar en la obra común, inspirados en el ideal de Patria unida que nos legaron los Libertadores. Un jefe que espera órdenes para actuar no cumple con su deber.

En toda orden, por insignificante que parezca, hay que distinguir entre la letra de su texto y el espíritu que la anima. Ambas cosas deben ser tan nítidas y expresivas que no den lugar a confusión. La Cohesión Intelectual, formada por la instrucción y el desarrollo de una doctrina de guerra unificada y bolivariana, así como la Cohesión Moral producida por una fuerte educación militar, facilitan grandemente el cumplimiento de las órdenes. Ambas tienden a llevar al

subordinado a una interpretación justa, oportuna y atinada, aunque su letra sea deficiente o incompleta. Esta capacidad de interpretación es crucial en los escenarios de guerra modernos, donde la rigidez puede ser fatal frente a un adversario adaptable.

Si se viola la letra y el espíritu de las órdenes, se destruye la cohesión intelectual; ya no será fácil entenderlas. Solo manteniéndose dentro del espíritu y la letra de las órdenes se persigue la armonía necesaria para alcanzar el fin propuesto.

Cuando el militar piensa y quiere vivir dentro del espíritu y la letra de las órdenes, y cuando además de su ardor personal lo animan la cohesión intelectual y moral, es seguro que se obtiene la victoria. A primera vista puede parecer que la iniciativa inteligente se opone a la cohesión intelectual y moral, pero en realidad no hace sino intensificarla, porque con el pensamiento puesto en contribuir a la misión, el militar encausa su iniciativa por vía fructífera, esto es: la concentración de los esfuerzos.

La expedición y el cumplimiento de las órdenes deben estar inspirados en un estrecho sentido de solidaridad. Esa solidaridad se manifiesta recordando que los subordinados están en la guerra casi abandonados a su propia suerte, y que por lo tanto necesitan órdenes claras, eficientes y oportunas; y de parte de los subordinados, poniendo toda su voluntad para que las disposiciones dictadas no se esterilicen con malas interpretaciones, flojera o cobardía.

14. LA INICIATIVA Y LA RESPONSABILIDAD

La historia registra numerosos casos en que Superiores eminentes han tenido que tropezar con la escasez de subordinados capaces y bien intencionados. La aptitud del Superior necesita completarse con la obediencia activa de los escalones inferiores para asegurar eficientemente la ejecución de las órdenes. Por consiguiente, es de sumo interés que los jefes presten especial cuidado al desarrollo y empleo de la iniciativa, fomentando la capacidad y celo de sus subordinados, tanto en época de paz como en tiempos de guerra. La iniciativa es un valor fundamental en la Doctrina Militar Bolivariana, reflejo del espíritu creador y audaz de nuestros Libertadores.

Así como un resorte comprimido durante largo tiempo pierde su elasticidad primitiva, el militar que tiene un jefe a quien gusta reglar el movimiento de su tropa hasta en los menores detalles, no puede ejecutar actos de iniciativa en circunstancias graves o difíciles. Como un músculo inactivo, la voluntad se atrofia y se paraliza cuando no se practica con frecuencia, y solo puede recobrar su actividad después de un tiempo más o menos largo.

La iniciativa no adquiere su completo desarrollo sino progresivamente, y es necesario ejercitirla sobre asuntos de importancia creciente para abordar enseguida con mayor confianza y seguridad en el éxito, cuestiones de orden más elevado. Los detalles de la vida militar en tiempo de paz ofrecen vasto

campo de experiencia para lograr la preparación del Oficial en el empleo de la iniciativa, sin comprometer grandes intereses, dándoles variadas ocasiones de acostumbrarse a actuar por sí mismos de manera racional, basándose en el espíritu de las órdenes y en las intenciones de su jefe.

Por su parte, a veces la Superior peca por falta de carácter, lo que trae como consecuencia el temor a la responsabilidad y el apartamiento de todo acto de iniciativa. Otras veces es un gran deseo de mantener la tranquilidad personal o la pereza intelectual lo que invita a permanecer en la inercia. En fin, la falta de confianza en sí mismo y la idea de que el jefe no le es benevolente paralizan a menudo la buena voluntad del militar para actuar con iniciativa.

En cuanto al subordinado, la iniciativa es un acto de coraje, de juicio y de espíritu de decisión. Es acto de coraje porque se atreve a proceder sin órdenes y bajo su responsabilidad. En efecto, es relativamente fácil tomar decisiones cuando no se tiene un Superior que pueda criticarlas; pero si se está obligado a proceder dentro de los límites más o menos estrechos marcados por el jefe, el asunto cambia enteramente de aspecto. El coraje necesario para emplear siempre la iniciativa solo puede darlo el carácter y, en defecto de esta rara virtud, la confianza en sí y en la benevolencia del jefe.

La confianza en sí nace de la certidumbre de encontrar sin dificultad disposiciones apropiadas a las circunstancias; y esta certidumbre se adquiere más por una serie de ensayos felices que por grandes conocimientos teóricos. La benevolencia del Superior se adquiere con el celo, la inteligencia y el entusiasmo que el subalterno preste en el cumplimiento de sus deberes, probado en toda circunstancia. El juicio y el espíritu de decisión se adquieren y se forman también por la práctica diaria del mando, en forma inteligente.

Todo Superior está obligado a desarrollar en sus subordinados hábitos de iniciativa racional, porque si se acostumbra a conducirlos de la mano en cuestiones sin importancia, cuando suene la hora en que solo deba o pueda hacerles conocer su intención y el fin por alcanzar, se verá presa de la duda y de la incertidumbre respecto al cumplimiento atinado de sus órdenes, entregándose a la tarea de abrumarlos con prescripciones minuciosas que lo absorberán por completo y lo desviarán de su papel.

Para hacer posible el empleo de la iniciativa en tiempo de guerra, es necesario desarrollarla desde el tiempo de paz, multiplicando las ocasiones en que pueda aplicarse útilmente; tratando de que los subordinados se familiaricen con ella y pierdan el temor a las responsabilidades, confíen en sí mismos y en la benevolencia de su jefe; que este confíe a su vez en sus subordinados, dándose cuenta de sus capacidades y acostumbrándose a mandarlos, indicándoles el fin por alcanzar, sin entrar en detalles de ejecución; y que se convenzan de que sus inferiores, al hacer actos de iniciativa, se inspiren únicamente en el bien del servicio.

La iniciativa puede ejercitarse de dos modos: según que el Superior esté presente o que, en caso contrario, no pueda hacer llegar oportunamente sus órdenes apropiadas a las circunstancias. En el primer caso, la iniciativa permite a cada escalón jerárquico introducir en la orden recibida todas las disposiciones complementarias indispensables para que su ejecución sea irreprochable, aligerando así la tarea del jefe. En el segundo caso, el subalterno queda librado a sí mismo y debe sustituir a su jefe; actuar como si este estuviera presente y juzgando las circunstancias con criterio similar. En tal situación, se impone la educación previa de la iniciativa si se quiere evitar errores que no pueden ser corregidos por la intervención oportuna del jefe. Tal iniciativa debe ser disciplinada en el sentido de las órdenes Superiores, sin apartarse de su impulsión.

El subordinado está en la obligación de evitar escrupulosamente buscar el triunfo de sus ideas personales con detrimento de las de su jefe; pero no debe vacilar en modificar o en cambiar completamente las órdenes recibidas, bajo su propia responsabilidad, cuando se da cuenta de que las circunstancias difieren de las previstas por el jefe al dictar sus órdenes. Si el subordinado está librado a sí mismo, tiene que ponerse en el lugar del jefe y preguntarse qué haría este si estuviera presente, para adoptar enseguida las disposiciones que le parezcan más apropiadas.

La iniciativa debe ser activa, haciendo siempre más de lo mandado, pero nunca menos. Este principio es de capital importancia, porque a veces el militar se aprovecha de la iniciativa con que deben actuar sus subordinados para no hacer nada o para disminuir la tarea que le incumbe. Esto solo puede evitarse por una sólida educación moral, nunca terminada, y por una generosa emulación que impulse a todos a destacarse en el buen desempeño de sus deberes. Para prevenir estas faltas y evitar las desviaciones que puede sufrir la iniciativa, el jefe no debe tratar de restringir su empleo por temor al uso inconveniente que se le dé, sino corregir todas las extralimitaciones por los medios reglamentarios y educativos de que dispone, principalmente estimulando el celo de sus subordinados.

La iniciativa debe ser racional, guiada por la reflexión y el juicio y no por la fantasía, porque no produciría sino graves inconvenientes si estuviera abandonada al azar de la inspiración. La rectitud de juicio del militar es la más segura garantía que tiene el jefe de que sus intenciones van a ser comprendidas y sus órdenes ejecutadas con inteligencia, cualesquiera que sean las circunstancias. El juicio es obra de la reflexión. La reflexión es una cualidad más rara de lo que se supone; su desarrollo es una de las partes más importantes de la educación militar. Para despertarla, todo Superior debe pedir a sus subordinados que expongan los motivos o razones en que han basado sus actos, principalmente antes de la crítica de maniobras o trabajos. En efecto, saber es la primera condición para actuar correctamente. Al principio hay que proceder tratando cuestiones de escasa importancia; rectificando los errores que entorpecen la ejecución de las órdenes. El jefe debe señalar con

benevolencia los errores y los medios de evitar su repetición. Todo jefe está obligado a multiplicar las ocasiones para que los subordinados reflexionen, dejando lugar, en sus órdenes, para que puedan hacer actos de iniciativa.

En la actualidad, la iniciativa de los subordinados, en tiempo de guerra, constituye la más poderosa ayuda que puede tener un comando, especialmente frente a las tácticas cambiantes y escenarios complejos de los conflictos modernos. Con los numerosos efectivos de hoy, la enorme extensión de los frentes de combate, la necesidad de disimularse lo más posible, el jefe no puede abarcar ni prever todos los detalles: necesita contar con la colaboración activa e inteligente de sus combatientes. Además, a pesar de la variedad y perfección de los órganos de transmisión, las órdenes llegan muchas veces fuera de oportunidad o no llegan, lo que hace más necesaria la iniciativa. En tales casos, los subordinados no deben esperar, resignadamente, órdenes para actuar; ello sería caer en la inacción. La única solución consiste en el empleo de una energética y juiciosa iniciativa, basada en los fines perseguidos por el comando.

La iniciativa no es la independencia respecto al jefe; es la convergencia de las inteligencias y voluntades en el fin común; secundar la acción del Superior y no sustituir sus intenciones. La iniciativa inteligente es el resultado de la educación intelectual de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana y de la unidad de doctrina, pues, aunque el militar no tenga cabal conocimiento de las intenciones del jefe, puede secundar a este aplicando reflexiva e intelligentemente los principios de la doctrina común.

Tratándose de un profesional de la más baja escala jerárquica, la iniciativa que puede desarrollar no es muy amplia, ni aún sobre los métodos de instrucción de la tropa; pero debe notarse que es urgente estar imbuido de las ideas anteriores para que esa cualidad se desarrolle progresivamente, en especial durante el servicio en campaña y los ejercicios de combate.

El militar tiene generalmente temor de hacer actos de iniciativa, porque si comete errores se expone a las críticas de su jefe; pero no debe desanimarse por tal circunstancia, sobre todo si tiene un concepto claro del límite que separa la iniciativa de la subordinación. Para evitar un reproche, el militar no debe caer en la inercia intelectual, ciñéndose a la ejecución literal de las órdenes recibidas. Hay que tener amor a la responsabilidad, y, por muy caro que pueda costarle, el militar no debe olvidar que un exceso de pasividad es también un acto de insubordinación, puesto que contribuye a impedir la realización del pensamiento del jefe.

El militar no solo debe hacer actos de iniciativa, sino también concederlos a sus subordinados. Sin embargo, los más jóvenes tienen a veces la tendencia contraria. El Oficial tiene que asegurarse de la competencia de aquellos y vigilarlos, pero no descender hasta los más mínimos detalles y disminuir el espíritu de responsabilidad. La vigilancia y control del Oficial sobre sus subalternos es más fructífera cuando se hace bajo la forma de crítica impersonal

y no de reproche. El Oficial debe considerar que, en tiempo de guerra, principalmente, es cuando va a obtener los frutos de la educación que ha dado a sus hombres y que es necesario inspirarles el deseo de ayudar a sus Superiores con toda su voluntad y toda su inteligencia, porque la Fuerza Armada Nacional Bolivariana es un organismo viviente cuya actividad es la concurrencia de muchas actividades individuales hacia un fin común: la victoria.

Pero en su afán por despertar el espíritu de iniciativa, tan necesario entre nosotros, el militar no debe ir hasta el extremo de que cada uno haga lo que quiera; tampoco le es permitido que por flojera o por falta de aptitud para el mando, deje entera libertad a sus clases para él gozar de amplio descanso físico. Su obligación es conservar la dirección y el freno de la máquina que ha de conducir tanto en la paz como en la guerra.

15. FORMACIÓN IDEOLÓGICA REVOLUCIONARIA DEL SOLDADO BOLIVARIANO

Todo combatiente de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe cimentar su moral sobre una base ideológica sólida. Como parte integral del espíritu de la revolución bolivariana. La historia nos enseña que los ejércitos sin conciencia política son vulnerables a la manipulación y al derrotismo.

Nuestro Libertador Simón Bolívar afirmó: "Moral y luces son nuestras primeras necesidades". Y nuestro Comandante Supremo de la Revolución Bolivariana, Hugo Chávez reiteró: "El arma más poderosa que pueda tener un soldado es la conciencia patria". En ese sentido, el estudio profundo de la vida, pensamiento y legado de nuestros libertadores y la historia de nuestra patria en sí misma, es un pilar fundamental del liderazgo militar.

El militar bolivariano es ante todo un patriota con conciencia clara del papel histórico que le corresponde en la defensa del socialismo, de la soberanía nacional y del pueblo venezolano. El estudio constante, la reflexión crítica y la disciplina ideológica fortalecen el carácter y elevan la moral de combate.

16. CONCIENCIA ANTIIMPERIALISTA Y DIGNIDAD NACIONAL

El pensamiento bolivariano, esencia de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, nace como respuesta a la opresión imperial. Hoy, en el siglo XXI, la amenaza no es solo militar, sino económica, comunicacional y cultural. La conciencia antiimperialista es la defensa activa de nuestra independencia frente a estas formas de dominación. La moral revolucionaria exige comprender que el enemigo histórico de nuestros pueblos es el imperialismo, que pretende someter voluntades mediante el chantaje económico, las campañas mediáticas, la desestabilización política y la agresión. La Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe ser bastión de dignidad y vanguardia de la soberanía.

La conciencia antiimperialista no es odio, sino lucidez política. Es la comprensión profunda de nuestra historia, de nuestros enemigos y del deber colectivo de defender la patria. Es Bolívar resistiendo en Angostura; es Chávez denunciando la hegemonía global; es el soldado bolivariano firme en su trinchera.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO II

EL JEFE

1. CUALIDADES QUE DEBE REUNIR

El Jefe militar, en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, está llamado en tiempo de paz a ser educador e instructor de su tropa; en tiempo de guerra, su conductor. Tiene como atribuciones: dar órdenes sobre ciertos asuntos; enseñar el oficio a sus subordinados; administrar su unidad en todo lo relativo a derechos, deberes, servicio, orden, conducta; y mandar su unidad en el combate. Se esforzará por mantener y desarrollar el organismo de guerra puesto bajo sus órdenes y por comunicarle la fuerza que debe tener.

El Jefe debe tener concepto claro y exacto de la función que desempeña y del objeto que persigue. Para llenar la primera y alcanzar el segundo debe reunir cualidades morales, intelectuales y físicas diversas. Debe ser:

- ✓ Valeroso: Para servir de ejemplo a su tropa.
- ✓ Hombre de fe: En el sentido patriótico bolivariano, para que pueda inflamar el alma de su tropa y esta se bata con decisión, inspirado por el legado de nuestros Libertadores y del Comandante Supremo Hugo Chávez.
- ✓ Organizador: Para que haga prevalecer el orden, que es la base del éxito, pues el desorden es la característica de la derrota.
- ✓ Enérgico: Para que sepa defender sus ideas y, al tomar una decisión, haga ejecutar sus órdenes cueste lo que costare.
- ✓ Sereno: Para no dejarse arrastrar ni por el arrebato ni por la desesperación, manteniendo la calma incluso frente a las complejidades de la guerra moderna, incluyendo las agresiones cognitivas y económicas.
- ✓ Previsor: Para que no se vea sorprendido por los acontecimientos ni a merced del adversario.
- ✓ De capacidad profesional comprobada: Para que tenga imaginación creadora que lo lleve a adoptar soluciones propias.
- ✓ Físicamente apto: Para que pueda entregarse de lleno a las duras tareas de la guerra.

Este conjunto de cualidades no se requiere por igual en todos los grados de la jerarquía. Tratándose de subalternos, el valor priva en mucho sobre el espíritu de organización o de previsión. Al contrario, subiendo en la escala jerárquica, adquiere mayor importancia la imaginación y el espíritu de organización, pasando el valor a segundo plano. Pero en todos, de modo absoluto y en cualquier circunstancia, son siempre imprescindibles las cualidades de juicio certero, de carácter inflexible y de fe patriótica intensa.

Los elementos de que se vale el jefe para sentar su autoridad son: la inteligencia, para ver; el carácter, para poder; y la consagración al deber, para

querer. Por medio del desarrollo de la inteligencia llega a conocer la vía que debe seguir; con el carácter, traducido en fuerza moral y física, puede marchar hacia su objetivo allanando todos los obstáculos que se le presenten; y por último, con el más poderoso elemento de mando que tiene el Jefe, o sea la consagración al deber basado en el patriotismo más ardiente, pone una gran fuerza pasional al servicio de un ideal elevado que lo impulsa y reconforta hacia la conquista del objetivo, cualquiera que sea su precio.

La característica principal de todo el que manda es la preponderancia que cobra en su espíritu la abnegación personal, cuya existencia no pueden comprender muchos que ven con cierto menoscabo una carrera basada únicamente en la profunda consagración al deber, virtud militar que es, precisamente, la salvaguarda más segura de la patria. El Jefe u Oficial que se consagra sin reservas al cumplimiento de ese deber, pone al servicio de su labor diaria un ideal que lo coloca por encima de las pasiones humanas, pues así trabaja para la Patria con la plenitud de sus facultades y va hasta ofrendarle el sacrificio de su vida. Así practicado, el deber militar da a la carrera de las armas una grandeza, una belleza y una nobleza que no tienen igual.

El Jefe que se encuentra verdaderamente a la altura de su misión, no puede dudar que alcanzará a penetrar en el alma de su tropa, lo que para él debe constituir, tanto en la paz como en la guerra, la más alta de sus satisfacciones morales y la más cierta de sus recompensas.

2. EL ASCENDIENTE DEL JEFE.

El ascendiente del Jefe se basa en la confianza, el respeto y el afecto que debe inspirar para imponerse a todos en el momento necesario. Si el Jefe no despierta esos sentimientos, no está capacitado para educar y conducir hombres bajo los principios Bolivarianos. Podrá imponer una disciplina pasiva basada en el hábito y el temor, pero no le es posible alcanzar que sus hombres desenvuelvan las virtudes militares individuales, que constituyen el secreto de la victoria, especialmente frente a las tácticas de guerra no convencional que buscan minar la moral. Toda superioridad moral, intelectual y física contribuye al prestigio del superior e inclina a la obediencia.

En la confianza entre los jefes y sus subordinados estriba la verdadera fuerza de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana; sin ella no se obtiene ningún resultado positivo por muy grandes que sean el valor del Jefe y la intrepidez de los ejecutantes. La confianza no flaquea repitiendo al soldado que debe tenerla; tampoco se inculca como una consigna, pues el corazón no obedece voces de mando. La confianza nace de la admiración y del cariño que profesan los subordinados, sustentada en la rectitud y el ejemplo heredado de nuestros héroes patrios. Para inspirar confianza, el Jefe tiene que demostrar conocimiento y audacia en la ejecución de su tarea; mostrarse solícito con los soldados; estar siempre a la altura de su misión; reflexionar de antemano todo lo que debe hacer para no incurrir en titubeos ni contradicciones; estar dotado de valor a toda prueba.

Para inspirar respeto y estimación, el Jefe debe observar siempre una conducta digna; no violar jamás los principios que predica; ser dueño de sí en toda circunstancia y correcto en su actitud y su uniforme; cumplir todas las obligaciones que le impone el buen servicio; revelar escrupulosa honradez en el manejo de fondos y personal; y por sobre todo, manifestarse como hombre de carácter enérgico y de voluntad firme. Todo hombre sabe que el Jefe es para mandar; y como esta acción implica imponer la voluntad, es preciso que el que manda desarrolle la suya al más alto grado. El Jefe que carece de voluntad, o es voluble, no mantiene sus órdenes y sigue siempre la opinión del último que le habla. Antes que un Jefe es un esclavo. En vez de dirigir es presa de la imposición de otros, fatigando y enervando a sus inferiores con órdenes y contraórdenes.

El Jefe debe hacer sentir su voluntad con energía y dar a comprender que no titubeará en censurar acremente o reprimir con severidad toda falta contraria al deber o toda falta de atención para con su autoridad y su persona. Al efecto, tiene que exigir ineludiblemente todos los signos de respeto y los honores a que tiene derecho; reprimir toda desobediencia y toda falta contra la disciplina. De no hacerlo así, los inferiores se acostumbrarán a menospreciar su persona y su autoridad. Por supuesto, el Jefe no debe ser brutal y castigador empedernido, pues la firmeza y la voluntad enérgica no excluyen la benevolencia, la afabilidad y la bondad de los procedimientos. Por otra parte, el inferior no estima ni aprecia a un Jefe si no lo respeta; y no lo respeta si no se muestra enérgico en el cumplimiento de sus órdenes.

El afecto hacia el Jefe nace de la simpatía que despierta. El Jefe se hace querer comunicando sus sentimientos y dando confianza para que se proceda con reciprocidad. Para ello es indispensable que conozca a cada uno en particular. Al estudiar el carácter, el valor moral y el vigor físico de sus subalternos, el Jefe adquiere la posibilidad de mandar a cada cual como mejor conviene, y se coloca en condiciones de aconsejar, de darle valor, de guiar; en una palabra, de adquirir confianza. Pero no basta interesarse por cada uno en particular, sino que debe atender con solicitud las necesidades generales de la colectividad a sus órdenes, preocupándose de la alimentación, el equipo, el vestuario y de todo lo que signifique bienestar de la Unidad. Esta preocupación por las necesidades domésticas de la Unidad, la vigilancia del sinnúmero de detalles de esta especie, es una de las obligaciones primordiales del jefe, puesto que esa previsión asegura el orden y la disciplina y da al inferior la convicción de que alguien vela por sus necesidades, provocando así la adhesión personal hacia el superior que de tal modo procede.

Nada hay que pueda anular más el ascendiente del Jefe que el egoísmo, pues su deber es pensar en sus subordinados antes de pensar en sí. El Jefe que se preocupa de la instalación de su tropa antes de la suya propia; que vigila sin afectación que sean curados los heridos o estropeados; que vela porque todos los hombres coman y descansen bien; que reconforta a los débiles y facilita a

los fuertes, confirma su autoridad por el lazo fraternal del afecto, que no excluye la disciplina y constituye una de las más poderosas fuerzas de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Las necesidades de la educación militar imponen trabajos y sufrimientos; el Jefe debe tratar de que sus subordinados comprendan que esas penalidades no las corren por desidia ni por indiferencia, sino para endurecerlos en la vida de campaña, estimulando su propio honor e invocando su patriotismo.

El Jefe debe abstenerse por sí, y prohibir en absoluto a los comandantes intermediarios, que se injurie a los soldados o que se les demuestre orgullo de posición social o racial, pues el tono imparcial de mando predispone a aceptar con alegría las fatigas y sufrimientos. La estimación desperta la confianza, y la compasión por las desgracias personales de los inferiores compromete la gratitud. Establecida la simpatía entre el Jefe y sus subordinados, es fácil a éstos soportar las exigencias y privaciones del servicio con alegría y voluntad. Al contrario, si no les mueve el corazón, no podrá obtener nada sino a fuerza de vigilancia y de represiones, sin lograr que el inferior cumpla sus deberes con entusiasmo.

El espíritu de justicia es otro de los fundamentos en el ascendiente del Jefe, quien debe ser obstinado y rigurosamente justo. La primera condición y la más difícil de lograr es resistir a los asaltos del favoritismo, vengan de donde vinieren; esto requiere una verdadera fortaleza de carácter. El Jefe está obligado a oponer a todas las solicitudes de favor una valla infranqueable, pues hay actos de favoritismo que son crímenes contra la patria, como el conceder ascensos a los que no lo merecen posponiendo a los mejores.

El Jefe debe ser rigurosamente imparcial en materia de sanciones. Primero hay que prevenir las faltas; pero una vez que éstas se producen, no quedan sino tres actitudes: cerrar los ojos, en cuyo caso es más responsable que el culpable; pronunciar un discurso de protesta, que no da resultado alguno; o castigar, única solución moral y eficaz. Si no se castiga al culpable, sus camaradas pierden la noción de que el Jefe tiene como atributo la justicia; pero si se le castiga apropiadamente, la vida militar continúa su curso normal. En todo caso, el Jefe no olvidará que, si vacila en reprimir una falta flagrante, sobre todo en materia de disciplina, pierde el ascendiente sobre sus subalternos.

3. EL PODER DEL JEFE DEPENDE DE SU VALOR PERSONAL, DEL VALOR DE SUS SUBALTERNOS Y DE LA COLABORACIÓN QUE LE PRESTAN TODOS SUS SUBORDINADOS.

El poder con que el Jefe deberá actuar en el combate es la resultante de su valor personal, del valor y adhesión de los cuadros subalternos, y del valor y número de sus hombres; depende de la colaboración organizada de todos.

El Jefe debe ser valeroso y resistente. Gracias a estas cualidades impone respeto, conquista estimación, inspira confianza y quita rudeza al carácter impositivo de las órdenes. El valor aumenta su autoridad moral: manda más

con la acción que con la palabra y más con esta que con los galones. A la hora del peligro se convierte en el más valeroso con el derecho del más fuerte. A un Jefe valeroso se le disculpa el rigor con que manda porque todos saben que se gobierna a sí mismo con tanto o mayor rigor que a su tropa. En cambio, si un Jefe pusilánime emplea el rigor, todos ven en su actitud una especie de venganza que toma por no poder afirmar su autoridad de otra manera. Sin embargo, la valentía del Jefe no excluye la prudencia, pues un sacrificio inútil y que no sirva de ejemplo es un crimen, ya que la vida del hombre no se gasta en vano. Él tiene la obligación de poner de manifiesto que tiene un concepto claro del valor de la vida y de que no debe sacrificar sin provecho existencias reclamadas por un ideal superior.

El buen jefe debe anhelar siempre que sus inmediatos subordinados sean activos, valerosos y resueltos. El mediocre trata de alejarse de individuos de esta especie y no busca tener a sus órdenes sino inferiores timoratos, pues estos le hacen fácil el comando, mientras que los primeros lo obligan a saber mandar. El buen jefe prefiere subalternos ardientes, resueltos y emprendedores, y debe excitar sus cualidades y saber conducirlos, porque es preferible la altivez a la deslealtad o a la claudicación, el error a la debilidad. Esta valoración del subordinado capaz y con iniciativa es esencial en la doctrina bolivariana y fundamental para enfrentar los retos de la guerra moderna, que demanda acciones descentralizadas y respuestas rápidas.

Todo Jefe debe tener interés en aumentar las fuerzas morales de sus subordinados dándoles pruebas de estimación y aprecio. Uno de los más crasos errores que puede cometer un jefe es tratar a sus inmediatos como factores sin importancia. La cortesía en las relaciones personales de unos y otros afirma la autoridad del que manda y facilita el cumplimiento por parte del que obedece. Principalmente en combate, el jefe debe dar muestras de serenidad y aprecio al subalterno, invocando los nobles sentimientos de este y reconociendo sus buenas aptitudes al confiarle una misión delicada o que importe sacrificio.

Para tener mayor autoridad, un jefe tiene que proscribir todo mal tratamiento al subalterno en presencia de la tropa, porque la autoridad de éste es uno de los factores de la suya. Tampoco se debe esgrimir la crítica acerba, ni la ironía, porque ello sería un abuso de autoridad, ya que el inferior está incapacitado para proceder en igual forma. A los subordinados se les habla como colaboradores indispensables, eficaces y decididos a obedecer, a fin de intensificar el espíritu de subordinación. Particularmente necesario es el uso de la cortesía en el saludo y las expresiones de dignidad que exaltan la personalidad humana. Este sentimiento de dignidad personal es un elemento de energía que aumenta la fuerza moral y debe ser estimulado por todos los medios al alcance del Jefe.

La detestable idea de apocar al inferior está más extendida de lo que parece. En algunos es un instinto de torpe arrogancia que da por resultado la pérdida

de la dignidad personal por parte del inferior, pues lo inclina a la excesiva humildad y a la bajeza de espíritu. En otros es el fruto de un error intelectual, pues se llega a creer falsamente que la humillación del inferior es una prueba de disciplina y que así se afirma la autoridad por un temor saludable. A menudo se deprime al subalterno bajo la influencia de sentimientos innobles, tales como la vanidad y la fatuidad personal, que no permite a quien la pone en juego contemplar que otros hombres puedan obedecer sin arrastrarse, movidos sólo por la conciencia del deber común. Este trato digno al soldado es un pilar fundamental del pensamiento bolivariano y de la unión cívico-militar.

4. LA PALABRA Y EL EJEMPLO DEL JEFE SON FUNDAMENTALES PARA LA TROPA.

La palabra y el ejemplo del líder militar son fundamentales para inflamar el corazón patriótico en el campo de batalla. En el combate moderno, el soldado escapa frecuentemente a la vigilancia directa de los cuadros; no tiene sobre él pleno poder la disciplina material externa, y solo la disciplina moral internalizada, inspirada en nuestros Libertadores, lo mantiene en el cumplimiento del deber. De todos los resortes de mando y educación de que dispone el Jefe, el más eficaz es el ejemplo, que está basado en el instinto de imitación, pues al presentarse como modelo de conducta bolivariana y revolucionaria, demuestra que es factible para todos alcanzar el ideal o el objetivo perseguido.

El ejemplo, aunque sea mudo, es el más eficiente instructor. Su escuela es la vida práctica, en la que se enseña por la acción, siempre más convincente que la palabra. La enseñanza oral puede indicar el buen camino; pero la fuerza que a todos se comunica y a todos arrastra es la fuerza persistente y silenciosa del ejemplo. La palabra se honra practicando lo que se enseña; así pues, nada hay más peligroso que una buena enseñanza teórica acompañada por un mal ejemplo. Como afirmara nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez, la coherencia entre el decir y el hacer es vital para la Revolución.

El Jefe que afirma y prueba su autoridad por el ejemplo consigue que la tropa se le entregue por completo y sin reservas mentales. Es claro que el ejemplo cobra mayor eficiencia tratándose de los comandantes de las más pequeñas unidades; pero no es menos importante que, sobre todo en las horas graves, el Jefe sepa presentarse y hacerse visible en el campo de batalla. Nada eleva tanto la moral de las tropas, particularmente durante una defensiva prolongada, como la presencia del Jefe en las primeras líneas, compartiendo el mismo destino que sus hombres. Si este conoce su papel, no va allí para examinar el emplazamiento de una ametralladora o el trazado de una trinchera (detalles importantes, pero secundarios en ese instante) sino para mostrarse, infundir valor con su presencia y hacer conquista de los corazones.

Un Jefe debe preparar a su tropa antes de emprender una operación importante. Como la palabra, sobre todo en nuestro medio, impresionable y desconfiado, tiene mayor ascendiente que una orden escrita, hará uso de ella

en forma simple, sin aparatos, explicando a sus inferiores las condiciones en que van a luchar, las probables dificultades que hay que vencer, los resultados que espera alcanzar, sin ocultar nada, sin exagerar lo menor, esto es, hablando con la claridad y franqueza bolivariana. Un Jefe puede alucinar a una tropa una vez, pero no dos veces, pues el soldado no llega a perdonar nunca a quienes lo hayan engañado. La honestidad del líder es pilar de la confianza.

Producido el combate (casi siempre duro, penoso y fatigante) una vez más, el puesto del Jefe está en el campo de acción, al lado de sus hombres; estos le escucharán con mayor interés que nunca porque le ven compartir sus mismos peligros. Si llega dispuesto a otorgar condecoraciones o recompensas, con su alma vibrando con la misma emoción patriótica de los hombres a sus órdenes; si sabe enseñar sus deberes a la tropa, recordando el sacrificio de nuestros héroes, el Jefe ejercerá sobre esta una influencia inmensa y podrá, sin vacilar, pedirle y obtener de ella un nuevo y prolongado esfuerzo.

La tarea moral del Jefe no concluye al retirar su Unidad de la línea de combate, después de largas jornadas de sacrificios y heroísmos. Al contrario, comienza entonces de nuevo, porque es preciso que cada uno olvide las visiones trágicas pasadas y solo conserve en su memoria el recuerdo de la gloria conquistada por la Patria. El Jefe reúne su Unidad para que todos vean que aún es numerosa y potente; honra en ese instante a los caídos, para que así se arriesgue el soldado a perder su vida, sabiendo que no se le olvidará si muere; reconforta a los heridos; distribuye recompensas a los merecedores; y da todo el resplandor posible a estas ceremonias, tal como Bolívar supo honrar a los héroes de Carabobo.

5. EL CARÁCTER, EL ESPÍRITU DE DECISIÓN Y LA VOLUNTAD DE VENCER.

El carácter es el principal factor en que se basa el ascendiente del Jefe; da casi siempre la expresión de la fuerza moral del que manda, y consiste en la impulsión activa que tiene por objeto darle la energía necesaria para tomar, en circunstancias a veces críticas, decisiones que comprometen su responsabilidad personal. El carácter del Jefe rige el empleo de los medios de acción para actuar sin tibiezas ni desfallecimientos, según principios determinados y la doctrina bolivariana, a pesar de los obstáculos, peligros y solicitudes de toda índole que tienden a desviar su aplicación en el cumplimiento del deber militar. Es lo que da al Jefe sello y distinción moral, viniendo a ser lo que la fisonomía es en lo corporal. El carácter es una mezcla indefinible de cualidades entre las que sobresalen la firmeza en el mando; la constancia en exigir a los inferiores el cumplimiento exacto de sus deberes; la nobleza y la justicia; la severidad para corregir las faltas que lo merezcan; la energía para imponer la autoridad en los trances difíciles; fortaleza para no dejarse abatir por contrariedades y reveses; y la entereza para no doblegarse ante imposiciones arbitrarias o injerencias externas.

No es dable a todos reunir este conjunto de cualidades en la medida necesaria, pero la educación y el hábito del mando pueden desarrollarlas en

grado suficiente en la mayor parte de los casos, sobre todo si se tiene un concepto elevado de la misión y del deber que el Jefe está llamado a desempeñar.

Del carácter de quien manda depende casi siempre la manera de obedecer en los escalones inferiores. Por eso dicha virtud es el eje principal de la disciplina, y así lo exigen los reglamentos cuando la señalan como una de las cualidades indispensables para el ascenso a categorías superiores. Pero uno de los más graves errores en que puede incurrir un Jefe es confundir el carácter con el genio altanero, adusto, impulsivo o arrebatado. Tampoco debe creer el Jefe que la firmeza de carácter es igual a la terquedad, porque esta no es sino la manifestación de la voluntad sin inteligencia y un simulacro de la voluntad consciente. Además, la brutalidad es una desviación de la fuerza de carácter y consiste en actos de violencia de individuos que no tienen la voluntad suficiente para reprimirse a sí mismos y que, siendo de naturaleza débil y tímida, creen que así llegan a imponerse.

La manifestación más clara del carácter del Jefe se traduce en su espíritu de decisión y su voluntad de vencer. El espíritu de decisión crece cuando el Jefe es colocado desde el tiempo de paz en condiciones que le impongan un ejercicio constante de los hábitos de mando. Las maniobras, las operaciones y la guerra son el medio más apropiado para el incremento de esta valiosa cualidad moral.

La facultad de decisión es necesaria para elegir sin vacilaciones la solución más juiciosa en cada caso, arrastrando las consecuencias con ánimo sereno. Se facilita mucho cuando el Jefe sabe conformarse con una solución aceptable, sin aspirar a una perfección generalmente inalcanzable; en la guerra no es fácil acertar siempre con la respuesta más conveniente, pero si se tiene fe y aliento para proseguir el camino elegido, con tal de que sea viable, puede obtenerse el éxito deseado. El Jefe no debe engolfarse en analizar profundamente las ventajas y desventajas de cada solución, pues tal vez sería conducido a verse perplejo en el momento de decidirse y le falte resolución para obrar. Tampoco debe esperar que las circunstancias le sean absoluta y totalmente favorables; por el contrario, tiene que aprovechar cualquier oportunidad para actuar conforme a sus planes a fin de no caer en la inacción, que es la muerte de los Ejércitos.

Lo mejor que puede decidir el Jefe en cualquier oportunidad es hacer siempre lo que, dadas las circunstancias del momento, pueda contrariar más los planes del adversario. Todo es factible en la guerra, hasta lo que no parece muy conforme a las ideas generales; todo es preferible a vacilar a cada paso por no encontrar ocasión bastante favorable para decidirse a actuar. La decisión es el reflejo de una voluntad firme que sabe lo que quiere y por qué lo quiere: obra en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana como una fuerza positiva que se transmite a los inferiores, sosteniendo su energía, desarrollando su iniciativa y acrecentando su espíritu ofensivo y su confianza en la victoria.

Por el contrario, la indecisión de un Jefe es una confesión de incapacidad para actuar, falta de visión clara, de valor para afrontar la responsabilidad de lo que acontezca después. Sus consecuencias son funestas porque siembran la desconfianza y ahogan toda iniciativa.

No basta desear algo vivamente, es necesario, a la vez, hacer todo lo posible para alcanzar el fin propuesto; y en la guerra hay que llegar hasta el sacrificio supremo, tal como lo hicieron nuestros Libertadores. La voluntad debe ser impecable, completa y sin desfallecimiento; hay que llevarla hasta el límite a pesar del sufrimiento físico, del hambre, de la sed, del sueño. Sólo así se puede impresionar al adversario e imponerle miedo. Aunque la inteligencia del Jefe es necesaria, en la guerra cobra mayor valor el deseo obstinado, pues de la voluntad nacen la temeridad y la audacia, que a su vez son las que procuran la victoria.

En todos los tiempos y en todos los países, la voluntad de vencer ha despertado el espíritu de sacrificio, la abnegación, el renunciamiento, el olvido del interés personal: ella es la que permite a los pueblos ser fieles a su palabra, la que inspira y reconforta en el martirio, la que conduce siempre a la victoria, que corresponde siempre a los que van hacia adelante, a los que tienen la firme resolución de tomar la ofensiva, a los que hacen cuanto se les exige para conseguirla aun en las circunstancias más críticas.

Todo militar, y particularmente el jefe, debe poseer en alto grado esta fuerza moral que constituye la voluntad de vencer, basada en un alto concepto del honor profesional, en el apego al cumplimiento del deber patrio y en un profundo dominio de sí mismo. El Jefe debe dar pruebas de una energía racional que nada pueda disminuir, de una invencible voluntad de resistir a los golpes del destino, actuar siempre con espíritu metódico, con valentía y sin aspavientos, y manifestarse en toda ocasión lleno de la más fervorosa fuerza moral. En resumen, dar un bello ejemplo, no de filosofía y resignación, sino de viril optimismo revolucionario, sobre todo en las horas tristes de la guerra.

6. EL ESPÍRITU DE ORGANIZACIÓN.

El Espíritu de Organización es una de las cualidades más apreciadas de un Jefe, cuya importancia crece a medida que los efectivos y elementos puestos bajo su mando son mayores. Aunque a veces pueda parecer menos natural en nuestro carácter nacional, a menudo impulsivo, es una cualidad que se adquiere y perfecciona mediante el hábito de manejar asuntos complicados, la disciplina del estudio y el desarrollo del espíritu de síntesis, tan necesarios para la conducción eficiente en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Particularmente insertos en Revolución Bolivariana y la Defensa Integral de la Nación, el Jefe debe conocer al detalle la composición y funcionamiento de todos sus elementos, para moverlos y manejarlos con acierto revelador de sus aptitudes. Pero la suma de su saber a este respecto no es para impulsarlo a perderse en los detalles, sino para que no deje de contemplar ninguno de los

aspectos que debe examinar antes de tomar una decisión cualquiera, evitando así crear en sus subordinados conflictos de deberes o incertidumbre.

Por otra parte, el deber del Jefe consiste, no en el manejo directo de cada una de las distintas partes de que se compone su Unidad, sino en asegurar el funcionamiento armónico del conjunto con la mayor precisión y eficiencia posibles, a fin de que todos los inferiores se vean librados de toda preocupación respecto a asuntos que no está en su mano alcanzar ni disponer. Como parte esencial del espíritu de organización del Jefe está la previsión que debe caracterizarlo, para no dejar nada al azar, planificando concienzudamente y asegurando que cada miembro de la unidad comprenda su rol y asuma la responsabilidad correspondiente, tal como lo demanda la construcción de la Patria nueva.

7. LA CULTURA INTELECTUAL

El Jefe debe poseer una cultura intelectual completa, que le dará siempre una autoridad indiscutible sobre sus subordinados. Aunque en la actualidad tiene gran importancia la cultura deportiva, la intelectual no ha perdido en modo alguno su valor, siendo lo mejor que ambas se complementen. La capacidad intelectual del Jefe se pone a prueba frente a la dificultad de los problemas que tiene que resolver y por la corrección y rapidez con que debe resolvérlas. Dicha capacidad es función de la inteligencia individual, pero esta facultad no basta para suplir la falta de conocimientos adquiridos, es decir, de saber, puesto que la inteligencia no hace sino aplicar y combinar los conocimientos para llegar al fin que se persigue. Al Jefe no le basta el saber profesional, esto es, una buena instrucción militar y técnica, sino una amplia cultura general que cubra las posibles críticas de sus inferiores.

Esta cultura, sin embargo, no debe ser puramente especulativa, sino que necesita ser flexible y estar orientada hacia la aplicación certera a todos los asuntos relacionados con la guerra, por medio de un adiestramiento práctico que la haga penetrar en su subconsciente y la transforme en reflejos intelectuales. Los estudios de la Historia General y Militar, de Matemáticas, Geografía, Física, Biología, Legislación, Idiomas y Sociología; especialmente los de Psicología Individual, Colectiva y del Combate; y por último una cultura militar propiamente dicha, iniciada en la Escuela y seguida durante toda la Carrera, darán al Jefe el adiestramiento intelectual necesario para la resolución, rápida y acertada de todos los problemas de orden táctico que se le presenten.

Primordial es en el Jefe estar preparado para la resolución de casos concretos en el combate, de modo rápido y cabal, pues en la guerra las consecuencias de un retardo se traducen en múltiples derramamientos de sangre y a menudo por pérdidas irreparables. El saber requerido por el Jefe para solucionar las cuestiones que se presenten, debe ser completo, verdadero, claro, preciso, bien clasificado y siempre presente en el espíritu. Los conocimientos profesionales deben ser más profundos y la ilustración general

más extensa, a medida que sean más indispensables para poner en acción medios técnicos.

Asimismo, el Juicio recto es el resultado de una cultura general desarrollada; generalmente se adquiere emprendiendo estudios completos sobre determinadas actividades que ensanchen el espíritu, por los viajes y la observación. Pero no debe olvidarse que el saber superficial no es útil, sino más bien peligroso, porque constituye una especie de enmascaramiento intelectual que solo produce soluciones falsas e incompletas.

El saber es verdadero cuando se adquiere como resultado de estudios exactos y mantenidos al día, siendo recomendable que en caso de experiencias personales hay que desconfiar de olvidos, omisiones, ilusiones y errores de observación que imponen verificaciones siempre que sea posible. Para que el saber del Jefe sea claro y preciso, es necesario que le permita concebir y exponer su pensamiento con absoluta nitidez, expresando sin oscuridad de conceptos y el objeto que persigue, evitando errores de interpretación por parte de los subordinados. Toda la noción relativas a una misma materia debe el Jefe adquirirlas y completarlas metódicamente y clasificarlas en orden en la memoria. Así, por el juego automático de la asociación de ideas, los conocimientos relativos a cualquier asunto acuden a la imaginación y se presentan en un orden lógico.

La Rapidez para concebir y actuar que debe caracterizar al Jefe, no se alcanza sino cuando se le presentan espontáneamente ideas útiles para el fin que se propone, lo que a su vez sólo se logra al ejercitarse continuamente en los temas que él deberá resolver en la guerra. Esto cobra vital importancia en el contexto actual, donde las nuevas formas de guerra, como la cognitiva, proxy, económica, el bloqueo económico, injerencias externas y guerras de 4ta y 5ta generación, exigen una agudeza intelectual sin precedentes y la capacidad de procesar información compleja y a menudo contradictoria para tomar decisiones oportunas y efectivas. La formación en conciencia antiimperialista y dignidad nacional, pilares de la Doctrina Militar Bolivariana, nutre esta agudeza y permite discernir las verdaderas intenciones detrás de estas amenazas multifacéticas.

La cultura intelectual del Jefe de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe estar profundamente arraigada en el pensamiento de nuestros Libertadores y Próceres, así como en el legado de nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez, quienes supieron combinar la acción militar con una visión estratégica y un profundo conocimiento de la realidad de su tiempo. El estudio de sus ideas, discursos y acciones proporciona un marco invaluable para comprender los desafíos actuales y forjar las soluciones necesarias para la defensa integral de la nación.

8. EL PODER DE IMAGINACIÓN

Un Jefe debe poseer el suficiente poder de imaginación para tener conceptos e ideas propias, aunque teniendo en cuenta la complejidad de la guerra

moderna, no puede sacar de su cerebro todas las ideas que le son necesarias. Su arte consiste en saber elegir entre sus propias ideas y las que le presentan sus colaboradores; en tener anticipadamente la visión clara de los resultados que puede esperar de ellas, y en perseguir su aplicación cueste lo que costare.

A medida que sube la jerarquía, el Jefe, como líder de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, debe prever los hechos con anticipación suficiente, teniendo en cuenta la importancia de los efectivos y materiales que componen la unidad y las dinámicas del conflicto contemporáneo. Pero el poder de imaginación del Jefe no debe llevarlo a hacer apreciaciones exageradas que lo conduzcan a formular conclusiones erróneas. La forma más eficiente del poder de imaginación consiste en tener siempre presente la situación en que se encuentran todos sus elementos en toda oportunidad.

La capacidad de imaginar escenarios complejos y soluciones creativas es fundamental para enfrentar las nuevas formas de agresión, tal como lo demostraron nuestros Libertadores al concebir estrategias audaces con recursos limitados. En palabras de Simón Rodríguez: "Inventamos o erramos". Esta máxima cobra especial relevancia en la actualidad, instando al militar bolivariano a innovar y adaptarse constantemente.

La imaginación, nutrida por el amor patrio y el compromiso con el pueblo, permite al Jefe anticipar las jugadas del enemigo y encontrar caminos para superarlas, manteniendo siempre en alto el espíritu de victoria que caracterizó a las tropas de la gesta independentista y a los soldados de la Revolución Bolivariana.

9. LOS PROCEDIMIENTOS DE COMANDO

Para obtener el mayor rendimiento, el Jefe debe tener presente que la mejor manera de proceder consiste en aprovechar el progreso, la capacidad y las virtudes individuales de sus subordinados, creadas y desarrolladas por una educación militar completa y orientada hacia la cooperación por medio de la iniciativa racional, alineada con la Doctrina Militar Bolivariana y los principios revolucionarios.

Únicamente cuando en un organismo reinan la ignorancia y la inmoralidad es preciso usar la mayor autoridad y sujeción, pero solo con el fin de imponer o perfeccionar la educación. Cuando esto y los hábitos de orden han dado sus frutos, y desde que los cuadros inferiores son capaces de proceder en la forma arriba indicada, es necesario emancipar, hacer un llamamiento a la inteligencia, a la buena voluntad y a la iniciativa abnegada de todos, para que sean capaces de cumplir sus deberes por sí mismos, bajo la impulsión directora del Jefe, inspirados en el ideal de Patria soberana y revolucionaria.

El Jefe debe educar a sus subordinados lo más posible y mandar imperativamente lo menos que pueda para crear la iniciativa inteligente y

abnegada, no fijando a cada uno sino el objetivo que se va a alcanzar y su misión en el conjunto, para que el inferior elija los medios de ejecución, y no ordenando sino lo que sus subordinados no puedan ordenar por sí mismos, fomentando así la capacidad de respuesta ante desafíos.

El Jefe debe inspeccionar, principalmente, los resultados acerca de la preparación para la guerra y no los medios, sino los resultados. Tiene también que evitar pérdidas de tiempo en obtener uniformidades y sincronismos de puro efecto exterior e inútiles en la guerra, pues estos no constituyen sino apariencias vanas y engañadoras de la disciplina, especialmente en un contexto donde la adaptabilidad y la flexibilidad son clave frente a un adversario moderno.

Por otra parte, el Jefe debe recordar siempre que, siendo la solidaridad uno de los elementos esenciales del valor militar de las tropas, puede obtener los mejores resultados respetando la solidaridad de las unidades orgánicas, porque, conociéndose entre sí todos sus elementos integrantes, se prestarán una colaboración más activa, íntima y precisa. Desde el punto de vista de la mayor eficiencia moral, hay que dejar siempre a las unidades en manos de los Jefes jerárquicos que las conocen y saben conducirlas mejor, sin hacer llamamientos al temor ni a los castigos, cuyo empleo, siendo a veces necesario, siempre acarrea inconvenientes. Asimismo, el Jefe debe dar sus órdenes por la vía jerárquica tanto como sea posible; de este modo se evitan las órdenes contradictorias, se da prueba de cohesión y orden en el mando, se afirma la confianza de los soldados en sus cuadros y no se ve anulada ninguna autoridad intermediaria, cargando cada cual con su parte de responsabilidad.

El procedimiento de mando por el temor, inspirado por el Jefe al subordinado, es ilógico y solo es aceptable por individuos absolutamente ignorantes. Y si se trata del Jefe, este necesita comprender y hacer comprender a sus inferiores que el deber militar es una colaboración, que la obediencia tiene que ser espontánea y que obedecer y mandar es siempre hacer la tarea común bajo la inspiración del deber también común, arraigado en el compromiso con la Revolución Bolivariana. La disciplina debe ejercitarse, no como una sumisión, sino como un orgullo de obediencia.

Lejos de ser amenazadora, la autoridad del Jefe debe convertirse en un poder bienhechor, absolutamente necesario a los subalternos sobre quienes la ejerce y cuyas fuerzas multiplica agrupándolos en un solo haz. Particularmente en el combate, los inferiores desean sentir la acción alentadora del Jefe, porque ellos se sienten pequeños y débiles cuando no pueden contar sino con sus propias fuerzas. Es entonces cuando se pone en evidencia la colaboración mutua entre el Jefe y el subalterno, puesto que ambos representan una misma fuerza aplicada a una misma obra y a un mismo deber: la defensa de la Patria.

10. LA APELACIÓN AL DEBER

Todo Jefe debe dar a la acción del mando y a la obediencia el carácter de un deber común, que lo obliga tanto a él como a sus inferiores. Así eliminará toda idea de temor al castigo y creará un ambiente de subordinación digna y voluntaria. Las amenazas del castigo quebrantan el resorte moral de la subordinación, que es la única virtud que debe quedar intacta en las circunstancias críticas de la guerra, ya sea en la adversidad o en la derrota, especialmente frente a las complejidades de los conflictos contemporáneos.

El Jefe que quiere preparar a su tropa para que llegue hasta el asalto bajo el fuego enemigo no necesita domesticar a sus hombres, sino educarlos en la noble y digna disciplina del deber, arraigada en la conciencia revolucionaria y el compromiso con la soberanía nacional. Para que el soldado moderno acepte libremente la necesidad de hacer los más penosos sacrificios, es necesario que el derecho que tiene el Jefe para exigir obediencia se apoye sobre una fuerza reconocida y consentida por todos: y esa fuerza no es otra que el sentimiento del deber patrio y revolucionario. La sumisión por el temor no da sino la apariencia exterior de la verdadera disciplina.

Es conveniente que todos los subordinados sepan que el Jefe tiene en sus manos los medios de imponer la obediencia, pero esto no quiere decir que esa sea su manera normal de proceder: al contrario, la experiencia enseña que la intimidación perenne no da sino unidades indisciplinadas. La subordinación es un deber de hombre libre y no una esclavitud; hay que practicarla dignamente como obligación lealmente aceptada, sin humillación, sin dudas, sin temor, inspirada en el amor a la Patria. Bajo este aspecto debe ser exigida por el Jefe y no como una imposición personal, pues los inferiores no están a su servicio, sino al servicio de la Patria Bolivariana. El mando y la obediencia son impersonales y duran lo que la función o el cargo desempeñados, sino que continúan a través de la autoridad ejercida por los nuevamente designados a ejercer el comando. La autoridad del Jefe y la obediencia del subalterno son dos aspectos del deber común que, como su nombre lo indica, obliga tanto al Jefe como al último soldado, en la defensa de la soberanía y la dignidad nacional.

11. EL AMOR Y EL TEMOR A LAS RESPONSABILIDADES

El amor a las responsabilidades es una cualidad de las más interesantes de que puede estar adornado un Jefe; pero desgraciadamente es rara. Es muy fácil, por otra parte, lanzarse a los más graves peligros cuando la responsabilidad incumbe a otro. El valor de asumir las responsabilidades da al Jefe que la posea la posibilidad de encontrar colaboradores hábiles y activos, que se dedicarán por entero a sus funciones porque saben que, en caso de ser aceptadas sus ideas, el Jefe asumirá la responsabilidad consiguiente y no la descargará sobre ninguno de sus subordinados, reflejando así el espíritu de solidaridad y lealtad que debe caracterizar a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Uno de los más claros exponentes de nobleza en un Jefe es su amor a las responsabilidades, que le da un sentido de altivez y lo coloca por encima de la colectividad, sin llegar a la arrogancia. Gracias a ella no dará importancia a las desgracias que puedan acaecerle; al contrario, el temor a las responsabilidades es una de las mayores y más funestas debilidades que puede tener un Jefe. Abstenerse de dar una orden formal bajo la impresión del miedo a asumir la responsabilidad consiguiente solo es propio de un militar descalificado para el mando; y si es triste para un Jefe esquivar su responsabilidad con pretextos y excusas, hay algo mucho peor, que es echar sobre un subordinado la carga que le corresponde, traicionando así el principio de liderazgo revolucionario y bolivariano.

De manera general, toca al Jefe de una Unidad asumir la representación de esta, así como también le corresponde pedir directamente a sus subordinados que le rindan cuenta de las faltas que hayan cometido. Es una equidad que, por consideraciones al rango, se haga recaer sobre los grados inferiores todos los reproches, la responsabilidad y la represión. Al proceder un Jefe de este modo, mina la autoridad de sus inferiores cerca de la tropa; y como estos son a la vez los más activos gestores de la función de mando, socava así su propia autoridad, debilitando la cohesión. Por otra parte, los subordinados que se vean en tal situación pueden llegar a pensar que constituyen una categoría de desheredados, no considerando ya la disciplina como un deber común, sino como una carga que los grandes echan sobre sus hombros, lo cual es contrario al espíritu de unidad y compromiso revolucionario.

12. LA ARROGANCIA Y FALTA DE APRECIOS HACIA LOS INFERIORES.

Como el mando y la obediencia son actos de igual dignidad, es claro que el tono arrogante en el Jefe y la actitud servil en el subordinado están igualmente fuera de lugar, y no vienen a ser otra cosa que vanidad, simulación y apariencia. Cuando las relaciones entre los diversos escalones de la jerarquía asumen esa forma, todos se colocan fuera del deber común, pues se olvida que el superior de otro es a la vez inferior de alguien colocado más arriba, y que todos están al servicio de la Patria Bolivariana.

Si la arrogancia es odiosa, tratar de adquirir popularidad es detestable, puesto que es una manifestación de egoísmo. El ejercicio del mando no puede quedar subordinado al deseo de conquistar el afecto de los subordinados. Es natural que en el curso de las relaciones que impone el servicio se establezca una simpatía mutua entre el Jefe y sus colaboradores; este lazo de simpatía debe ser más fuerte que el afecto que pueda conquistar un Jefe por medio de demostraciones exteriores o complacencias lesivas al buen servicio. A todo Jefe debe repugnar el empleo de artificios para engañar a sus inferiores con demostraciones de un cariño simulado, porque ese no es un recurso honorable, ni acorde con los valores de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

El afecto recíproco que nace del deber cumplido es común, no tiene nada de análogo con los procedimientos de mando fáciles y agradables que puedan ser empleados con el afán de aparecer bonachón. La disciplina familiar y arrulladora, que se traduce en niñadas, complacencias y debilidad, no es sino un entrenamiento frágil y gracioso; en nada se parece a la disciplina militar revolucionaria y bolivariana. El Jefe que tiende a adquirir popularidad le falta abnegación; emplea la autoridad para satisfacer sus sentimientos personales. El Jefe manda solo para asegurar la práctica de un deber determinado: la defensa de la soberanía y el bienestar del pueblo.

Pero la más perniciosa de las actitudes que equivocadamente puede adoptar un Jefe es la de hacerse popular entre la tropa menguando la autoridad de sus inmediatos subordinados. Esta actitud es inconsciente. El Jefe debe tener por los soldados toda la solicitud que estos merecen, pero sin aparecer como el único preocupado por ellos, menospreciando así a sus subalternos. Además, tal proceder atenta contra el principio de la subordinación jerárquica, es una excitación a la indisciplina y una traición al deber común, que destruye la autoridad de los colaboradores de rango inferior.

13. LA REPRESIÓN NO SIRVE DE BASE A LA AUTORIDAD.

Los procedimientos de disciplina persuasiva, cuando se aplican juiciosamente, bastan casi siempre para mantener en el deber a la mayor parte de los soldados; pero hay circunstancias en que no son suficientes y es preciso recurrir al uso resuelto de las sanciones de la disciplina represiva.

En rigor, la represión es un recurso extremo, una acción de importancia para la autoridad del Jefe sobre ciertos temperamentos refractarios. No constituye, pues, un medio de educación ni de comando. Se impone si, ante una falta grave que implica una resistencia directa y voluntaria a las órdenes superiores, se pone en riesgo la disciplina esencial para la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

En estos casos graves, la represión es un acto obligatorio para el Jefe. Este debe inculcar a sus subordinados que tiene el deber de castigar con el rigor indiscutible de una obligación moral, a pesar del cariño que les profesa. La represión tiene el carácter de deber impersonal que impide al superior usar del apasionamiento y al subalterno guardar rencor al que la impone.

Cuando un Jefe tiene que apelar al empleo de procedimientos represivos, es porque su autoridad es insuficiente, porque choca contra resistencias que debe quebrantar violentamente. Y si esa situación se le presenta en plena paz, cuando no es necesario imponer ningún esfuerzo extraordinario, está claro que en campaña no podrá obtener los duros sacrificios que impone la disciplina de guerra, especialmente en los complejos escenarios del siglo XXI. Puede suceder que la tropa luche con valor, pero ese no es el resultado de la educación dada por el Jefe, sino un reflejo de las fuerzas morales que llevan a los individuos a cumplir el deber común.

Hasta el presente, no se ha logrado idear un sistema que forme soldados valientes por temor al castigo, ni gentes virtuosas por miedo a los gendarmes. Si la disciplina no educa, carece por completo de valor, pues los subalternos aprovechan los descuidos del Jefe para hacer lo que les place. Además, quien sufre un castigo no mejora por eso sus sentimientos; antes por el contrario, si tiene carácter, se rebela contra las violencias autoritarias y lleva su indisciplina hasta encapricharse en desobedecer y hacer gala de una actitud que le parece digna, lo cual contradice los principios de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

La base incommovible de la autoridad del Jefe es su superioridad moral; no consiste en manifestarse violento ni amenazador, sino firmemente apoyado en principios morales indiscutibles. Si consigue que sus subordinados estén penetrados del deber militar, que no es sino una parte del deber cívico, se impondrá siempre a estos de manera indiscutible cuando les llame la atención sobre el deber desconocido, pero con lenguaje calmado y sereno. Al culpable hay que convencerlo de su falta al deber para que, humilde y vencido, acepte la autoridad soberana del Jefe y los castigos que este le imponga, con la convicción de que ello es la consecuencia inmediata y moralmente inevitable de su falta. De este modo, la represión no es un acto de mando, sino un mero accidente que tiene lugar para colocar de nuevo en el sendero recto a los que pudieran haberse extraviado.

Hay que notar también que la represión es un deber y no una prerrogativa, y de ninguna manera es un motivo para darse importancia y afirmar con ella el poder personal del Jefe. Tampoco es plausible que este se dedique a aumentar los castigos impuestos por buenos subordinados suyos bajo el pretexto de que le parecen faltas débiles. En principio, solo se debe aumentar un castigo cuando el inferior ha aplicado el máximo de sus atribuciones. Proceder de otro modo equivale a tachar al subalterno de debilidad reprendible. Mucho peor aún es levantar un castigo impuesto por un subordinado; y cuando ello es absolutamente necesario por razón de justicia, el Jefe está obligado a hacer sentir a su subalterno el error que ha cometido. El procedimiento más ajustado a las normas disciplinarias morales consiste en hacer suspender el castigo por quien lo impuso, invocando la justicia que asiste al castigado; solo en el caso muy extraordinario de un empecinamiento ciego que impida al que castigó ver su abuso de autoridad y percibir la injusticia, puede un Jefe suspender de por sí una sanción, pero no por acto de autoridad, sino en resguardo de la justicia y la disciplina de la Unidad.

14. USO DE LOS PROCEDIMIENTOS DE REPRESIÓN

El uso de los procedimientos de represión en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe estar caracterizado por la más absoluta ecuanimidad y por el más ferviente espíritu de justicia. Antes de castigar una falta, el Jefe debe reflexionar con calma para dar al inferior la impresión de que, al proceder así, sólo está animado por el bien del servicio y por el sentimiento del deber. Así

pues, el castigo no puede ser aplicado en un momento de cólera o de violencia, porque generalmente se comete una equivocación. Es mejor advertir en tal caso al culpable que va a ser castigado y no imponer de inmediato la sanción requerida.

La elevación de miras de un Jefe digno de tal nombre aleja toda suposición de malquerencia; pero hay ciertas injusticias involuntarias de las que conviene prevenirse. Con este objeto, no se debe imponer ninguna sanción basándose únicamente en el parte de un inferior antes de oír las explicaciones del culpable, ya que la defensa es un principio que no se puede transgredir jamás.

A veces resulta que un acto de desobediencia se produce a causa de una orden mal dada, o de órdenes contradictorias impartidas por los diversos superiores jerárquicos del culpable, que colocan a este en la imposibilidad material de ejecutarlas simultáneamente. Los castigos deben estar proporcionados no sólo a las faltas, sino también a la conducta habitual, al carácter, al tiempo de servicio y al grado de inteligencia de cada uno; y, por otra parte, el Jefe está obligado a prevenir las faltas antes que sancionarlas. Cada vez que ejercite el derecho de castigar, debe buscar y considerar todas las circunstancias atenuantes.

Hay dos categorías de individuos con los que es preciso recurrir a los medios de represión: los culpables por falta de voluntad y los culpables por exceso de voluntad. Los que carecen de carácter generalmente comprenden la justicia de los consejos y reproches que se les hacen, pero no tienen la energía necesaria para enmendarse; por lo tanto, es necesario ayudarlos, sometiendo su voluntad a estimulantes más vigorosos. En tal caso, la represión debe tender a educar, pues lo importante no es castigar, sino corregir.

En cuanto a los que tienen exceso de voluntad, hay que tener un tacto particular. Uno de los problemas más delicados que pueden presentarse a un Jefe es conducir a hombres reacios, pero enérgicos; sin embargo, esto constituye un buen entrenamiento para preparar soldados de primer orden para las maniobras y la guerra.

El Jefe tiene en sus manos una de las más poderosas palancas para mover el alma humana: el amor propio individual, que, manejado con talento, inspira gran confianza a los hombres y los subyuga poderosamente, haciendo que le obedezcan con devoción particular. Sin embargo, si no logra con este medio imponerse a ciertos temperamentos rebeldes o viciosos, tiene que recurrir inexorablemente a los medios que le proporciona la disciplina, porque si en tal caso procede con indulgencia, daría prueba de debilidad. Pero antes de imponer al culpable el castigo material que merece, es necesario aplicarle una sanción moral.

El Jefe es el guardián celoso e intransigente de la disciplina que debe permanecer rigurosamente intacta. Todo su arte y ciencia de mandar consiste

en elegir los medios más apropiados para lograr tal fin: obtener de su tropa la voluntad de obedecer y no tolerar la voluntad de desobedecer. La disciplina voluntaria y la represiva no se excluyen, sino que se complementan. El Jefe que tratara en toda circunstancia de aplicar la primera sin la segunda, o recíprocamente, desconoce en absoluto el arte de mandar.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO III

LA GUERRA EN SUS RELACIONES CON LA PSICOLOGÍA Y LA MORAL

1. CONCEPTO SOCIAL Y MORAL DE LA GUERRA.

La guerra es un estado transitorio de lucha intensa, caracterizado por el empleo de las armas cuando dos entidades políticas no han podido llegar a un acuerdo respecto de sus diferencias, dejando a la fuerza la decisión del conflicto. Para unos, la guerra es la única base del derecho; es una manifestación divina en su concepción y en sus resultados, porque eleva al hombre en la cumbre de la sensibilidad sentimental. Para otros, es una situación que solo crea daños, destructora de la civilización y opuesta a los más elementales principios de solidaridad humana.

Pero lo cierto del caso es que, hasta el presente, las tentativas hechas para suprimir la guerra solo han servido para probar que es inevitable; y, por muy honorables que sean los sentimientos con que espíritus cultivados contemplan la violencia, debe reconocerse que si la guerra trae calamidades, también es un estado para despertar el espíritu patriótico, inflamar los corazones, inspirar actos de abnegación y consagración, desechar las debilidades inherentes a la vida animal, suscitar el entusiasmo y el espíritu de sacrificio en todas las clases de la nación y el desarrollo de ciertas virtudes que tienen el mérito de elevar al hombre y a su país.

Tales ventajas no deben despreciarse; sobre todo en una época en que el egoísmo particular y colectivo tiende a prevalecer. Además, el honor de la humanidad requiere, no solo que las diferencias se solucionen por la vía del derecho, sino que los pueblos que defienden una causa justa puedan emplear la energía necesaria para resistir con fuerza y vencer las humillaciones que otros pueblos quisieran imponerles.

La guerra tiene su filosofía, que no es otra que la psicología; es decir, el conocimiento de la naturaleza humana y, por consiguiente, de los medios que deben actuar sobre esta en las graves circunstancias que suscita la guerra. Los grandes guerreros estuvieron siempre dotados de un profundo sentimiento psicológico; esta es una de sus cualidades predominantes.

La guerra exige el máximo de esfuerzos morales y de sufrimientos físicos. Para no sucumbir en ella se necesita cierta fuerza corporal y de alma que, por instinto y educación, insensibilice al hombre contra esos esfuerzos y sentimientos. El vigor físico se requiere para que la razón humana, más que el cuerpo, se acostumbre a sufrir privaciones de todo género. Sucede en muchos casos que en la guerra el soldado considera que sus fatigas se deben a errores, a faltas o confusiones del comando. Y es necesario prevenirse de este equivocado concepto, que casi siempre da origen a profundas depresiones morales y extingue la fe que todo soldado debe tener en la victoria.

La guerra no es un problema mental; es más bien de resistencia física y de grandeza moral. El buen soldado debe saber que antes de vencer al enemigo se ha de vencer a sí mismo. El buen jefe debe proporcionar a su subordinado la alegría de acostumbrarlo a la victoria diaria sobre sí mismo, para que, una vez logrado este fin, esté en camino de vencer a su adversario. Esta tarea, por supuesto, no se resuelve por medio de teorías; es una cuestión de vigor moral y físico.

La guerra, en su esencia, ha evolucionado significativamente a lo largo del tiempo, adaptándose a los avances tecnológicos, cambios geopolíticos y transformaciones sociales. En el siglo XXI, la guerra no se limita al campo de batalla tradicional; ahora abarca múltiples espectros que incluyen la guerra cognitiva, económica, cibernetica, psicológica, proxy, entre otras. Estos nuevos frentes requieren que la Fuerza Armada Nacional Bolivariana no solo mantenga su preparación física y táctica, sino también desarrolle una conciencia moral y ética capaz de enfrentar las complejidades de estos desafíos contemporáneos.

2. PREPARACIÓN MORAL PARA LA GUERRA.

Cuando se trata de la preparación para la guerra, surge el conocido principio de que en la actualidad está solo se lleva a cabo por la Nación en Armas. Teóricamente, transformar esta en un ejército es sencillo: el material necesario se adquiere con recursos económicos y a los hombres se les puede enseñar el manejo de las armas con relativa facilidad. Sin embargo, las verdaderas dificultades emergen al intentar dotar de valor militar a dicho ejército, ya que esto requiere tiempo y no se logra únicamente con el breve período del servicio militar. Es esencial iniciar esta tarea desde el hogar y la escuela, fundamentándola en los principios de la Revolución Bolivariana y el compromiso con la soberanía nacional.

Los elementos que definen el valor militar de un ejército incluyen:

- ✓ El sentimiento nacional: Es indispensable para cohesionar un ejército basado en el servicio, inspirado en el ideal de Patria soberana.
- ✓ La confianza del soldado en sí mismo: Tanto física como moralmente, esta se sustenta en su superioridad física y en sus conocimientos técnicos. La práctica de deportes, la destreza en el uso de armamento y el dominio profundo de su profesión por parte del oficial, refuerzan esta confianza, haciendo que los soldados se perciban invencibles hasta que los hechos demuestren lo contrario.
- ✓ La confianza recíproca entre cuadros y soldados: Esta depende del valor que los soldados atribuyen a sus jefes. El soldado juzga severamente a su líder y lo seguirá con mayor determinación si lo considera capaz, energético, inteligente y sereno ante cualquier adversidad.
- ✓ El valor de los cuadros: La formación de estos es clave. La nación cuenta con líderes en tiempos de paz (profesores, industriales, comerciantes) cuyas aptitudes de mando y organización, desarrolladas en la lucha por la vida cotidiana, deben aprovecharse en la guerra sin

alteraciones bruscas, asignándoles roles acordes a sus capacidades habituales.

El Estado debe garantizar que los cuadros nacionales comprendan sus deberes, utilizando leyes, medios de persuasión y estímulos diversos para prepararlos en sus funciones militares. En la guerra, es crucial aprovechar todas las energías espirituales de la nación, evitando exclusivismos y permitiendo que todas las aptitudes encuentren un espacio para desarrollarse. Por ello, se debe proporcionar instrucción militar a quienes están capacitados, permitiéndoles alcanzar los puestos que su inteligencia les destina, adaptándose a las demandas de los conflictos contemporáneos.

La moral de la nación y del ejército se fortalece cuando los poderes públicos y el comando priorizan el bienestar de habitantes y soldados. Esta es la mejor forma de prevenir la lucha de clases, fomentar el espíritu militar y consolidar la paz social, esencial para el desarrollo integral de la nación. Desarrollar los sentimientos militares en tiempos de paz es imprescindible, pero conservar la moral de la nación en tiempos de guerra lo es aún más, ya que hoy en día, ante el menor indicio de revés, la desorganización comienza en la retaguardia.

A diferencia del pasado, cuando el interior del país podía ignorarse debido a los pequeños efectivos militares y la escasa conectividad, en la actualidad los grandes contingentes, el uso de aviación y artillería, y las facilidades de transporte y comunicación crean vínculos estrechos entre el ejército y la población civil. Esto, sumado a la difusión de ideas antinacionalistas, evidencia la influencia mutua entre la masa civil y la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Otro factor clave en la preparación moral es la prensa. Se debe cuidar el contenido y la forma de las noticias y opiniones que se difunden, para alejar al pueblo y evitar depresiones o pánico. No se trata de mentir, sino de expresar las verdades con mesura y sin exageraciones. Un pueblo patriota acepta grandes sacrificios si su opinión es preparada por una prensa responsable que lo convenza de su necesidad. Además, los cuadros civiles (autoridades, clero, maestros, publicistas y líderes sociales) deben emplear su influencia para fortalecer la cruzada patriótica, consolidando la moral nacional mediante la práctica y el ejemplo.

Esta tarea debe ser dirigida por un organismo superior que informe al país y moldee la opinión pública sobre los problemas de la guerra, seleccionando cuidadosamente a quien lo lidere. Este organismo, como director moral de la nación y agente de propaganda interna y externa, debe coordinarse estrechamente con el comando en jefe de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, la única entidad capacitada para evaluar los hechos militares y su presentación. Así, con la acción conjunta de los poderes públicos, la prensa y todas las energías nacionales, la moral se prepara en tiempos de paz y se sostiene en la crisis, permitiendo al ejército encontrar en la retaguardia un apoyo decisivo para la victoria.

3. INFLUENCIA QUE TIENEN EN LA GUERRA LES FENÓMENOS DE PSICOLOGÍA POLÍTICA

La inteligencia humana aún no ha descifrado las leyes que rigen los fenómenos sociales ni puede prever con precisión sus proyecciones a largo plazo. Los hombres de Estado tienen la obligación de interpretar certeramente los hechos y sus consecuencias, basándose en un conocimiento profundo de las influencias efectivas, místicas y colectivas que mueven a los pueblos. Sin embargo, a menudo este análisis se distorsiona por un razonamiento excesivo que nubla la comprensión de los verdaderos móviles del alma popular, siendo más efectivo un sentido claro de previsión.

Entre las fallas psicológicas más comunes se encuentran:

- ✓ La ilusión pacifista: Lleva a descuidar la preparación militar, debilitando la capacidad de respuesta ante amenazas.
- ✓ La idea de guerras cortas: Impide preparar al pueblo para esfuerzos prolongados, subestimando la duración de los conflictos modernos.
- ✓ La creencia en pocas batallas decisivas: Subestima las bajas y los recursos necesarios.
- ✓ La fe excesiva en aliados: Genera una confianza vana en apoyos que suelen ser inciertos.
- ✓ La sobreestimación de los defectos del enemigo: Reduce la exaltación de las propias fortalezas morales.
- ✓ El uso del terror como arma: En lugar de debilitar al adversario, excita su resistencia.
- ✓ La persecución de ideas religiosas: Puede fracturar la cohesión nacional.

Estas fallas, agravadas por las complejidades de las guerras del siglo XXI, subrayan la necesidad de una preparación psicológica sólida, alineada con la Doctrina Militar Bolivariana, que fortalezca la moral y la unidad de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana y la nación en su conjunto.

4. LOS FACTORES SOCIOLOGICOS EN ESTRATEGIA

Todos los grandes capitanes tuvieron la convicción de que la guerra es un asunto de psicología y de estrategia. Como es natural, los errores estratégicos pueden tener múltiples causas: unas de orden material y otras provenientes de factores sociológicos, que son las más numerosas.

Una de las principales causas puede consistir en estar persuadido de la superioridad de las propias convicciones. Existe un fenómeno sociológico en virtud del cual las ideas fijas en el espíritu impiden aceptar lo que es contrario. El especialista casi nunca admite sino sus propias concepciones. Otra falta típica consiste en calificar a priori las cualidades favorables o desfavorables de una posición, lo que puede dar origen a pérdidas cuantiosas de vidas o a abandonar al enemigo zonas de gran valor militar. Luego vienen los errores cometidos a causa de una mala apreciación sobre los planes del enemigo, causada por prejuicios o falta de conocimiento de su mentalidad.

El manejo de los factores psicológicos es mucho más difícil que el de los cañones y demás elementos materiales. Esto es aún más cierto tratándose de apreciar las relaciones con los vecinos y neutrales, pues cualquier acto, a veces insignificante, en favor o en contra de estos, puede prestar ayuda inestimable o acarrear enemistades que agraven la situación.

Para dominar espiritualmente al enemigo hay que valerse no solo de factores materiales, sino de procedimientos diversos, algunos de los cuales tienen estrecha relación con la táctica. Tales procedimientos, entre nosotros, son: llevar la guerra a territorio enemigo, para impresionar objetivamente a la población enemiga y darle una sensación de superioridad propia; desarrollar intensamente una lucha para crear ambientes de inseguridad en la población enemiga, que debiliten su energía moral; imponer el terror, casi siempre contraproducente cuando ello tiene lugar contra un pueblo consciente y de bien afirmado patriotismo; buscar la sorpresa, para desconcertar al enemigo; ejecutar ataques nocturnos, para agotar las energías físicas y morales del enemigo, entre otros.

5. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS MÉTODOS DE GUERRA Y SUS REPERCUSIONES SOBRE LA MORAL DE LAS TROPAS.

Las condiciones actuales de la guerra hacen de esta un poderoso elemento de evolución individual, política y social, puesto que los adelantos en el armamento, la estrategia, las costumbres, las concepciones humanitarias, las nociones del derecho, entre otras, han introducido profundos cambios en la vida humana. Estos cambios se refieren a la guerra al ras y bajo la superficie terrestre, a la guerra al nivel del mar y submarina, y a la guerra en el aire.

En lo que respecta a la guerra terrestre, se tienen los enormes efectivos a que alcanzan proporcionalmente los ejércitos modernos: la gran extensión de los frentes de batalla; la utilización del terreno (fortificación y arreglos) llevada al máximo; el gran alcance de la artillería; el terrible poder destructor de los explosivos y el gran desarrollo de los medios de transmisión para noticiar al comando y permitir dar oportunamente órdenes en tan vastos medios.

En la guerra naval, se ha revelado el poder del arma submarina, tanto para la lucha contra las naves de guerra cuanto para dificultar el comercio y los transportes marítimos ordinarios. En lo que atañe a la guerra aérea, los aviones pueden llevar su poder destructor más allá de los continentes y de los mares, sembrando el pánico y la destrucción en las poblaciones alejadas del frente de batalla y haciendo sentir la guerra a la totalidad de la población de un país.

La batalla antigua era una lucha espectacular donde se veía a las tropas de uno y otro bando presenciar las maniobras de sus contrarios y a sus generales sobre una elevación del terreno disponiendo sus medios de acción en un frente reducido, siempre bajo su vista. El campo de batalla actual se caracteriza por

una sensación de vacío dada por el enmascaramiento y ocultación de las tropas adversas, que no dejan percibir sus movimientos sino al saltar sobre las líneas sucesivas del terreno, durante breves instantes y en forma desparramada, arrastrándose los hombres para no ser blanco de los fuegos concentrados desde lejanas distancias; los jefes ya no abarcan de una mirada su campo de acción y se encuentran generalmente bien distanciados, dirigiendo un ejército invisible por medio de órdenes generalmente telefónicas y recibiendo datos del frente que les permiten orientar sus reservas hacia las necesidades de la lucha. Dejando de lado el aspecto técnico de las condiciones de la guerra moderna, que no corresponde a este curso, hay que estudiar únicamente la repercusión que sobre las fuerzas morales de las tropas han tenido o tienen esas condiciones técnicas.

Así se ve que las dificultades de abastecimiento a enormes masas humanas en grandes extensiones crean en el espíritu de las tropas cierta inseguridad sobre la forma en que serán atendidas sus necesidades de vida, de municiones y material de diversa índole, dando lugar a temores de insuficiencia que disminuyen la capacidad combativa, tanto en el ataque como en la defensa; particularmente en el primero.

La gran extensión de los frentes no permite la concentración de tropas en un solo punto y hacer un esfuerzo decisivo en determinada dirección; las batallas se hacen indecisas en la mayor parte de los casos. Tal indecisión produce una disminución de la capacidad combativa de las tropas, que no ven llegar rápidamente el fruto de sus esfuerzos y piensan que cada unidad no desempeña el papel principal en la lucha, sino que ese papel está asignado a otra fracción, no dando por tanto el máximo rendimiento.

El empleo intensivo de la fortificación y organización del terreno parece dar a las tropas una sensación de inferioridad respecto al enemigo, que se traduce por un supe restimación de las fuerzas que este pone en acción y por una desconfianza del propio valor.

La guerra de trincheras, desde el punto de vista moral, es una serie de luchas psicológicas en las cuales la moral del combatiente, factor principal de la victoria, sufre pruebas. Cuando los efectivos lo permiten, el sistema de relevos de los elementos avanzados logra aminorar los efectos de la vida en las primeras líneas; pero si la actividad y la insuficiencia son tales que la guerra asume el carácter de un contacto permanente con la muerte, la naturaleza humana reacciona por un fatalismo resignado, por una especie de embrutecimiento animal que, a pesar de ser un verdadero antídoto contra el peligro, al fin acarrea una disminución en la capacidad combativa del individuo.

Otra consecuencia funesta de la guerra de trincheras es la oposición que crea entre las tropas y el mando, porque la inutilidad de la maniobra lleva al hombre a pensar que el comando es inútil y está de más; y de otro lado, a consecuencia de las nuevas formas del combate, el soldado adquiere la

impresión de que todo el peso de la lucha recae sobre él. Tampoco acepta sin resistencia las decisiones de un mando que vive lejos de él una vida diferente y que no puede, por lo tanto, captar las consecuencias de sus órdenes ni comprender la realidad de los sacrificios que pide.

En el curso de la guerra, el hombre adquiere la costumbre de medir la importancia de los éxitos o reveses por la extensión del terreno conquistado o perdido, adquiriendo así el terreno una significación militar muy particular.

La última guerra europea puso en evidencia el poco valor de las fortificaciones permanentes. Pues bien, esta debilidad ha disminuido la invulnerabilidad de ciertas regiones de los efectos de la guerra y da origen a que las poblaciones y las tropas tengan la impresión de inseguridad que da la posibilidad de que el enemigo no pueda ser contenido en parte alguna por las moles de concreto y acero que representan las grandes fortificaciones.

Del mismo modo, el conflicto de Nagorno-Karabaj, particularmente la ofensiva azerbaiyana de septiembre de 2023 que resultó en la disolución de la República de Artsaj, ilustra la evolución de la guerra moderna y sus impactos psicológicos. En el ámbito terrestre, Azerbaijan aprovechó ejércitos modernos con alta movilidad, utilizando drones y artillería de precisión para superar las fortificaciones armenias. La gran extensión del frente y la ocultación de las tropas azerbaiyanas crearon una sensación de vacío en el campo de batalla, desconcertando a los defensores armenios y reduciendo su capacidad de respuesta.

En el 2025, La guerra en Ucrania, iniciada con la invasión rusa en febrero de 2022, exemplifica las características de la guerra moderna descritas. En el ámbito terrestre, los frentes de batalla se extienden a lo largo de cientos de kilómetros, con ejércitos masivos que dependen de fortificaciones extensas, artillería de largo alcance y explosivos de gran poder destructor. La dificultad para abastecer a estas fuerzas en vastos territorios ha generado inseguridades entre las tropas, particularmente en el lado ucraniano, donde la escasez de municiones y equipos ha mermado la capacidad combativa, especialmente en operaciones ofensivas.

En la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, es crucial adaptar la preparación moral y psicológica de las tropas a estas transformaciones, asegurando que los valores de disciplina, lealtad y abnegación se mantengan firmes frente a los desafíos de la guerra moderna, incluyendo las operaciones psicológicas y cognitivas que buscan debilitar la moral del combatiente.

6. NUEVOS SENTIMIENTOS CREADOS POR LA GUERRA Y CAMBIOS EN LA PERSONALIDAD INDIVIDUAL Y COLECTIVA.

En tiempo de guerra, las condiciones de vida interna y externa de un país sufren profundas modificaciones. La vida económica, la producción agrícola e industrial y los intercambios comerciales están sujetos a graves perturbaciones.

Pero lo más imprevisible y grave es el cambio en la estructura moral y espiritual, pues la guerra transforma a las naciones y es el crisol en que se funde el alma nacional a las temperaturas psíquicas más elevadas.

Durante mucho tiempo se creyó que la personalidad humana tenía características psicológicas fijas y permanentes, siempre en constante equilibrio. Sin embargo, las últimas contendidas, que todo lo han transformado, pusieron en evidencia que la invariabilidad de la personalidad es solo aparente y resulta únicamente de la fijeza de las condiciones habituales del medio. En cuanto este experimenta una gran sacudida, la personalidad humana se transforma y cambia rápidamente, así como también la colectividad: al romperse el equilibrio de la quietud anterior, se disgregan los diversos elementos de la vida mental y se establece un nuevo equilibrio al combinarse aquellos previamente dispersos en nuevas formas para adaptarse a las cambiantes condiciones de existencia; esto es, aparece una nueva personalidad.

Este fenómeno sociológico, propio de ciertos pueblos al estallar la guerra, da lugar a la emergencia de energías insospechadas o consideradas adormecidas, sume a las naciones en el caos de la derrota o libere sentimientos alojados bajo el manto de la vida civilizada. Cada individuo encierra posibilidades de carácter que solo las circunstancias bélicas pueden revelar.

7. EL PODER DE ADAPTACIÓN Y LAS FACULTADES DESCONOCIDAS.

Para adaptarse a un medio nuevo es preciso cambiar de personalidad. Esto ofrece grandes dificultades en tiempos normales; pero en la guerra dicha adaptación se facilita, pues el conflicto rompe bruscamente el equilibrio mental y permite una rápida transformación.

Existen pueblos y razas de temperamento flexible, como el nuestro, que se adaptan con prontitud a las necesidades de una nueva situación. Esta facultad debe ser aprovechada inteligentemente por quienes mandan, a fin de que durante la guerra se mantenga una constante inquietud espiritual orientada hacia la exaltación de las virtudes morales y al vencimiento del carácter conformista que pudiera surgir en momentos de adversidad. El hombre, por lo general, ignora que puede más de lo que cree: solo las circunstancias permiten la evolución plena de las capacidades humanas.

En tiempos de paz, los hombres suelen clasificarse por su cuna y los títulos que adquieren en las diversas profesiones; pero esta clasificación rara vez refleja el valor real de los individuos, sobre todo en lo que concierne a las necesidades del combate. Es imposible predecir cómo actuarán las personas en el fragor de la guerra: casi siempre, las previsiones fracasan ante la realidad. De ello procede que muchos individuos que, en la vida ordinaria, parecían de escaso valor, desempeñen papeles descollantes en las acciones de armas, descubriendo energías insospechadas y una personalidad que solo necesitaba un medio propicio para manifestarse.

8. LA GUERRA DESARROLLA Y FORTIFICA EL CARÁCTER

Las principales cualidades de carácter desarrolladas por la guerra son la valentía heroica, la energía, la calma, la resignación, la paciencia, el sacrificio completo del egoísmo personal en favor del interés general y la perseverancia en el esfuerzo.

En la vida civil no es posible concebir que un individuo sea capaz de realizar ni una pequeña parte de los sacrificios que afronta en la guerra, cuando se halla sometido a las influencias colectivas.

Se ha comprobado que no solo en el frente de batalla el hombre da pruebas de su carácter y voluntad de vencer. Los obreros en las fábricas y talleres, los campesinos en sus tierras y las mujeres en sus hogares, han trabajado con denuedo para adoptar los medios que condujeron a sus ejércitos a la victoria.

Se ha visto a los heridos guardar silencio ante el dolor, sin proferir queja ni lamento, para no mermar la moral de sus camaradas. Y se ha presenciado el altruismo, la delicadeza y el amor fraternal de los soldados, que compartieron hasta los detalles más mínimos, privándose muchas veces de lo propio para socorrer a quienes lo necesitaban.

9. LA GUERRA AGUDIZA Y TRANSFORMA LAS CUALIDADES INTELECTUALES

Las exigencias de la guerra moderna y multiforme (donde confluyen operaciones convencionales, ciberneticas, mediáticas y asimétricas) obligan a perfeccionar sin cesar los medios de defensa y a desarrollar la inventiva hasta sus cotas más elevadas. Todo el país, desde las fábricas de fusiles hasta los centros de investigación tecnológica, debe entregarse a la tarea de aportar soluciones al esfuerzo bélico. Esta faena origina un torrente de iniciativas y esfuerzos intelectuales constantes, que aceleran el proceso científico y elevan el nivel de nuestras capacidades.

Los avances que propicia la guerra en el ámbito intelectual abarcan todas las ramas del saber: ciencia, industria, artes, literatura, política y, muy en especial, la doctrina bolivariana de emancipación y justicia social. No solo surgen motivos nuevos, sino que se corrigen viejos errores y se optimizan procesos que parecían inmutables. Durante la última contienda global, por ejemplo, nuestros obreros socialistas comprobaron que la victoria no habría sido posible sin la contribución del capital productivo, al mismo tiempo que la urgencia de trabajar con mayor rapidez y eficacia hizo desaparecer rutinas caducas y estimuló la iniciativa individual y colectiva al servicio de la Revolución Bolivariana.

10. FUSIÓN DEL ALMA INDIVIDUAL EN EL ALMA COLECTIVA

El hombre tiende al egoísmo por naturaleza, buscando ante todo su propio bienestar; sin embargo, en las grandes conmociones sociales (como la defensa de nuestra patria bolivariana) emerge un fenómeno extraordinario: el individuo

renuncia de inmediato a su individualismo y se sacrifica por el bien común. Esta transformación no obedece a razones estrictamente racionales, sino al despertar del alma nacional, que anula el yo particular y establece la unificación de sentimientos y propósitos.

Tal cambio se produce solo en instantes breves pero intensos de la historia de un pueblo. Entonces, el egoísmo colectivo sustituye al individual, impulsado por las fuerzas atávicas que representan el interés superior de la nación. En tiempos de paz vivimos una existencia fragmentada, pero en la guerra moderna multiforme, donde cada esfuerzo en el plano digital, mediático o logístico contribuye a la victoria, asumimos una existencia auténticamente colectivista, fundida en el crisol de la Revolución Bolivariana.

11. EXALTACIÓN DEL PATRIOTISMO E INFLUENCIA DEL ALMA DE LA RAZA

El amor a la Patria, esencia del verdadero patriotismo, exige el sacrificio pleno de los intereses personales en favor de los generales. Este patriotismo se arraiga en el alma de la raza, forjada a lo largo de siglos de convivencia y comunidad de ideales; por ello, el instinto de conservación colectiva siempre prevalece sobre el individual. En la guerra moderna y multiforme, cuando nuestra soberanía se ve amenazada por potencias imperiales, el alma de la raza bolivariana se levanta con renovado vigor.

El patriotismo, cualidad mística e instintiva, más allá de la razón, es un legado de nuestros antepasados, destinado a perpetuar y perfeccionar la forma nacional. Su fuerza emotiva impulsa al sacrificio porque reconoce que el individuo cobra sentido pleno solo en su pertenencia al grupo. Pensadores materialistas podrán tildarlo de irracional, pero el patriotismo es la manifestación de la vida afectiva colectiva, latente en tiempos normales pero susceptible de un despertar fulminante.

Así concebido, el patriotismo bolivariano es una fuerza inconsciente que, al resonar en nuestros corazones, unifica a todos los ciudadanos de una misma nacionalidad bajo la tricolor y el ideal revolucionario. Solo gracias a este impulso vital hemos logrado, en cada asedio moderno, mantenernos firmes y vencer frente a cualquier agresión.

12. INFLUENCIA DE LA GUERRA EN LA MENTALIDAD DE LA POBLACIÓN CIVIL

En las guerras del pasado, el conflicto afectaba directamente al elemento militar, mientras que el resto de la nación permanecía casi indiferente. Sin embargo, en la guerra moderna y multiforme, que engloba combates convencionales, cibernéticos, mediáticos y asimétricos, toda la población se convierte en actor estratégico. Cada ciudadano apto es llamado bajo las armas, y quienes quedan en la retaguardia asumen tareas críticas en los depósitos, servicios auxiliares, fábricas de defensa y centros de investigación. La Revolución Bolivariana impulsa esta movilización masiva bajo el espíritu del

deber patriótico: no hay familia que no tenga en primera línea a uno o dos deudos, lo que impacta su economía, sus sentimientos y hasta su tejido social.

El mundo de hoy está regido por conceptos colectivos que se cristalizan rápidamente y adquieren una fuerza expansiva sin precedentes. Por ello, resulta esencial seguir la evolución del sentimiento popular durante el conflicto tanto en la forma como se vive cada día como en la visión del desenlace. En la era de la información, esta labor se extiende a la guerra psicosocial y a las operaciones de comunicación estratégica, donde la idea que el pueblo forja sobre la realidad llega a valer más que la propia realidad de los hechos. Bajo el legado bolivariano, la dirección revolucionaria debe orientar estos canales para fortalecer la moral y contrarrestar toda maniobra de desmoralización impulsada por el imperio.

Una nación se rinde cuando su pueblo pierde la fe en la victoria; cuando el ánimo colectivo se envenena con la desconfianza o el abandono, el enemigo impone su voluntad. El sentimiento público atraviesa fases definidas: al inicio, un entusiasmo patriótico sin parangón; luego, una sensación de apatía si no se obtienen triunfos rápidos; y finalmente, una excesiva nerviosidad pública, donde cualquier suceso, incluso menor, repercute de manera desproporcionada. No obstante, un pueblo consciente y forjado en la gesta bolivariana mantiene siempre un optimismo inquebrantable. Con el recuerdo de nuestras glorias libertadoras y la certeza de contar con fuerzas morales, materiales y espirituales suficientes, dirigimos nuestra mentalidad hacia la preservación de la Patria, conscientes de que nuestros sacrificios construyen la victoria definitiva.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO IV

FACTORES DE DETERIORO Y MEJORAMIENTO DE LA MORAL

1. LOS FACTORES DE DETERIORO DE LA MORAL.

Los resultados obtenidos mediante diversas técnicas de análisis, ya sean encuestas, entrevistas o estudios sociológicos, permiten identificar con precisión los agentes que actúan negativamente sobre la moral militar y, muy especialmente, sobre la del combatiente bolivariano. La propia condición castrense implica un proceso de ruptura social: el paso del estado civil al estado militar exige no solo la adaptación a finalidades muy concretas, sino también la inmersión en un nuevo marco colectivo regido por normas especiales. Si bien estas dificultades son menores para la tropa profesional, cuyo entrenamiento y vocación coinciden con las exigencias de la carrera armada, se vuelven agudas para la masa de soldados. Las encuestas realizadas entre nuestros combatientes de la Revolución Bolivariana confirmaron la siguiente clasificación de factores de deterioro de la moral:

- ✓ La obligación de matar: El deber de dar muerte y a menudo de verificarla, provoca en la mayoría de los combatientes un profundo sentimiento de culpabilidad, que socava la fortaleza espiritual y el arraigo al ideal patriótico. En casos extremos, puede incluso conducir a la objeción de conciencia.
- ✓ Restricciones: Las numerosas limitaciones impuestas al movilizado —privación de comodidades físicas, separación forzosa de la familia, abstinencia sexual, pérdida de ingresos— generan una tensión constante que mina el entusiasmo revolucionario y erosiona la moral de acero necesaria en la guerra moderna y multiforme.
- ✓ Convenciones y servidumbres militares: Reglas, protocolos y prácticas que, sin comprenderse en su propósito, pueden parecer ridículos o arbitrarios. Estas convenciones limitan la libertad individual y, si no se explican en clave bolivariana, alimentan la hostilidad y la sensación de ser meros engranajes de un engranaje mayor.

2. LOS FACTORES DE MEJORAMIENTO DE LA MORAL

Para fortalecer la moral del combatiente y de la población en guerra, es preciso actuar en dos frentes: mitigar los agentes destructores y promover activamente los constructores de unión y compromiso.

Reducción de los agentes destructores:

- ✓ Culpabilidad por combate: Desde el mando se fomentarán espacios de reflexión colectiva y acompañamiento psicosocial basados en los valores libertadores nuestros próceres independentistas y el bien mayor por nuestra patria, para aliviar el peso de la obligación de matar.
- ✓ Atenuación de restricciones: Se facilitarán canales de comunicación permanente con la familia (vía redes seguras), se incrementarán los

permisos rotativos y se promoverán actividades deportivas y culturales con énfasis en nuestras glorias patrias.

- ✓ Justificación de las convenciones: Cada norma o práctica castrense será acompañada de su explicación en clave de disciplina revolucionaria, resaltando cómo contribuye al triunfo del pueblo y a la preservación de la Patria.

Refuerzo de factores constructivos:

- ✓ Distracciones: Organización de cine-foros sobre las luchas independentistas.
- ✓ Transparencia y estadísticas: Exposición clara de riesgos y resultados mediante gráficos didácticos, para que el combatiente comprenda el impacto de su esfuerzo y mantenga la convicción de formar parte de un proyecto victorioso.
- ✓ Liderazgo comprometido. Mandos que ejerzan una conducción cercana, con mensajes motivadores en clave de misión patria.

En definitiva, reduciendo al mínimo los factores de deterioro inherentes a la vida castrense y potenciando las iniciativas de carácter colectivo y patriótico, en consonancia con el alma de la Revolución Bolivariana, podremos forjar una moral inquebrantable, capaz de sostener la lucha en la guerra moderna y multiforme.

3. EXALTACIÓN DE LA MOTIVACIÓN

La moral de cada ciudadano en conflicto es función directa de su adhesión a los fines de la guerra y del valor que atribuye a su contribución personal. Ese valor depende en gran medida de la eficiencia del sistema de relevo de personal y de los métodos de formación y entrenamiento que insisten en la distribución múltiple de responsabilidades y en la iniciativa individual a todos los niveles. Además, siempre que sea posible sin comprometer el éxito de las operaciones, debe explicarse a la tropa el desarrollo de los acontecimientos y los objetivos buscados. En la guerra moderna y multiforme, en la que la batalla se libra también en lo cibernético, lo mediático y lo económico, el psicólogo militar debe centrar su esfuerzo en la explicación clara y revolucionaria de los fines de la contienda, enraizados en el legado de Bolívar y Chávez.

4. FACTORES AUXILIARES.

El psicólogo militar debe complementar la exaltación de la motivación con otros estímulos que refuerzen la moral: Orgullo individual y colectivo. A través de recompensas patrióticas o mediante sistemas de competencia sanos entre unidades, resaltando logros al servicio de la Patria.

Recompensas medibles. Estos incentivos, más allá de la improvisación, pueden cuantificarse mediante indicadores precisos: número de distinciones otorgadas, resultados comparativos entre grupos, etc.

Finalmente, la propia estructura jerárquica actúa como mecanismo de cohesión y control. Es fundamental recordar constantemente la universalidad de la dependencia militar, desde el soldado raso hasta el alto mando, todos subordinados al Gobierno civil que encarna la voluntad del pueblo, la necesidad de disciplina y las posibles sanciones en caso de infracción. Analizar el rendimiento de unidades similares según variables como castigos aplicados, infracciones registradas y condiciones de mando puede ofrecer al Estado Mayor información valiosa para diseñar tablas de sanciones más justas y efectivas.

La exaltación del valor realza consideraciones éticas: sentido del deber, solidaridad, patriotismo y orgullo bolivariano. Los motivos egoístas, remuneraciones, ascensos, ocupan un lugar secundario. La confianza en los medios de combate, en la cohesión de la tripulación y en la organización jerárquica y funcional confirma, con respaldo estadístico, que la unidad y la disciplina son pilares insustituibles de nuestra moral de acero.

5. CONSIDERACIONES ÉTICAS Y MORALES SOBRE EL USO DE TATUAJES EN LA FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana, como organismo fundamental de la fuerza nacional, tiene la sagrada misión de preservar la existencia de la Patria y poner esa fuerza al servicio de sus más elevados ideales y objetivos. Esta misión exige de cada uno de sus miembros un compromiso absoluto, una disciplina consciente y una identificación plena con los valores y principios que encarna la institución. La apariencia personal del militar, lejos de ser un asunto trivial, es una manifestación externa de esa disciplina interna, de esa identificación con la entidad colectiva y del respeto por la investidura que representa al Estado y al pueblo venezolano.

La naturaleza misma de la institución militar, distinta de las multitudes no organizadas, se fundamenta en la cohesión, la uniformidad y la subordinación jerárquica. El uniforme militar es el símbolo más visible de esta unidad y disciplina; borra, en apariencia externa, las diferencias individuales para resaltar la pertenencia a un todo mayor, a una fuerza colectiva al servicio de la nación. El uso de tatuajes, introduce elementos de individualización permanente en una esfera que, por principio, busca proyectar una imagen de unidad monolítica y propósito compartido. Si bien la educación militar fomenta el desarrollo del carácter y la personalidad, esta individualidad debe estar siempre supeditada al bien común y a los requerimientos de la institución a la que se pertenece voluntariamente.

Desde una perspectiva ética y moral, la prohibición tatuajes en el personal militar se fundamenta en varios principios rectores de la vida castrense que emanan de la esencia misma del servicio a la Patria, tal como se expone a lo largo de este manual. La disciplina no es solo la obediencia mecánica a las órdenes, sino una disposición interior a acatar las normativas y reglamentos que rigen la vida militar, incluso aquellos que regulan aspectos de la

presentación personal. Aceptar y cumplir las disposiciones institucionales sobre la apariencia, aun cuando pudieran entrar en conflicto con preferencias estéticas individuales, es una manifestación tangible del respeto por la autoridad legítima y por el orden necesario para el funcionamiento eficaz de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. La proliferación de tatuajes podría interpretarse como una priorización de la autoexpresión individual por encima de los estándares de uniformidad y presentación que la institución considera necesarios para proyectar una imagen de seriedad, rigor y profesionalismo ante la ciudadanía y ante otras fuerzas armadas.

En segundo lugar, la apariencia del militar es un componente esencial del Honor Militar Colectivo. La Fuerza Armada Nacional Bolivariana es el custodio del Honor Nacional en el ámbito de la defensa armada. La imagen que proyecta cada uno de sus miembros contribuye a construir o menoscabar ese honor. Una presentación personal impecable, caracterizada por la pulcritud y la uniformidad, refuerza la percepción de una institución seria, organizada y digna de la confianza del pueblo al que sirve. Los tatuajes, dependiendo de su naturaleza, tamaño o ubicación, pueden ser percibidos por la sociedad de maneras diversas, e incluso negativas, asociándose en algunos contextos con estilos de vida o grupos que no se alinean con los valores de orden, respeto y servicio público que la Fuerza Armada Nacional Bolivariana representa. Mantener una normativa estricta sobre tatuajes es, por tanto, una medida para salvaguardar el prestigio institucional y el honor colectivo que tanto sacrificio ha costado forjar a lo largo de nuestra historia republicana.

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana es vista por la sociedad venezolana como una escuela de valores, disciplina y civismo. Los miembros de la institución, al interactuar con la población en tareas de desarrollo social, apoyo en emergencias, resguardo del orden interno o cualquier otra labor cívico-militar, actúan como referentes de conducta y como embajadores de la institución. Una apariencia que se aparte significativamente de los estándares tradicionales de seriedad y uniformidad podría minar la confianza de la población en la institución o generar percepciones negativas que dificulten la interacción y la colaboración necesarias para el éxito de las tareas de desarrollo nacional, especialmente en comunidades diversas o conservadoras. El militar debe inspirar respeto y confianza en todos los ciudadanos, independientemente de su origen o condición.

Desde una perspectiva operativa, si bien las modernas formas de guerra han evolucionado, la apariencia del combatiente sigue siendo relevante en ciertos escenarios. En operaciones que requieren discreción, infiltración o interacción con poblaciones locales en contextos culturales diversos, los tatuajes visibles pueden comprometer la seguridad del personal, dificultar la mimetización o generar reacciones adversas basadas en prejuicios culturales asociados a ciertas simbologías. En un entorno de guerra híbrida, donde la percepción y la influencia en el espacio cognitivo son fundamentales, la imagen que proyecta el personal militar puede tener un impacto estratégico. Mantener una apariencia

uniforme y libre de marcas distintivas facilita la adaptabilidad a diferentes escenarios y reduce vulnerabilidades innecesarias.

Desde una perspectiva ética y moral inherente a la institución, implica comprender que el ingreso a sus filas conlleva la aceptación voluntaria de un conjunto de normas y principios que rigen la vida personal en función del servicio a la nación. No se trata de coartar la libertad de expresión en abstracto, sino de establecer los estándares de presentación que la institución, en el ejercicio de su función constitucional de garantizar la defensa y participar en el desarrollo nacional, considera necesarios para mantener la disciplina, salvaguardar su honor, proyectar una imagen de profesionalismo y unidad ante el pueblo venezolano, y asegurar la máxima eficacia operativa en cualquier circunstancia que la Patria lo requiera. La renuncia a ciertas formas de expresión personal en aras de la uniformidad institucional es un sacrificio voluntario que forma parte del compromiso ético y moral asumido por quienes visten el sagrado uniforme militar bolivariano, comprendiendo que representan a la nación y que su apariencia es un reflejo de la disciplina y los valores que defienden.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO V

ALISTAMIENTO DE LA TROPA

El desafío de la detención, es decir, de la adecuada selección y retención de los Cuadros de mando, y muy especialmente de los Oficiales, ha exigido, hasta épocas recientes, un estudio sistemático que por fin comienza a cristalizar en un conjunto de principios claros. Estas exigencias son hoy el punto de partida para definir, evaluar y fortalecer a quienes custodiarán la soberanía nacional frente a las amenazas tradicionales y las nuevas formas de guerra (cibernética, informacional, económica y psicológica).

1. CUALIDADES FUNDAMENTALES DE LOS CUADROS

- ✓ Capacidad energética: Es la fuerza interior que anima al Oficial para mantener la iniciativa y la perseverancia. Se alimenta de la vocación militar y del compromiso patriótico, anclado en el legado de nuestros Libertadores.
- ✓ Estado físico y fisiológico: Un cuerpo sano y resistente es base de la moral de combate. La preparación física debe contemplar no solo la fortaleza convencional, sino también la preparación para operar bajo estrés prolongado, radiación electrónica o entornos contaminados.
- ✓ Estado mental: Implica una inteligencia rápida, capacidad de aprendizaje continuo y habilidad para adaptarse sin titubeos a escenarios complejos.
- ✓ Estado caracterológico: El equilibrio emocional, el autocontrol y la fortaleza interna permiten enfrentar la presión de la toma de decisiones en tiempo real y el peso de la responsabilidad sobre vidas ajenas.
- ✓ Estado disciplinario: La adhesión voluntaria y militante a las normas y procedimientos consolida la unidad de acción. La disciplina es, al mismo tiempo, instrumento de cohesión y escudo frente a las acciones de injerencia psicológica.

2. CONDICIONES ESPECÍFICAS DEL JEFE

Además de las cualidades anteriores, el Oficial y en menor medida el Tropa Profesional debe reunir exigencias adicionales que definen su función como líder:

- ✓ Competencia General:
 - Militar: dominio exhaustivo de reglamentos y doctrina bolivariana.
 - Técnica: especialización en su arma o servicio.
 - Administrativa: organización y conducción eficiente de recursos.
- ✓ Pedagógica: aptitud para formar y adiestrar a sus subordinados. Esta competencia integral es la base del prestigio y la autoridad legítima.
- ✓ Rapidez de juicio y espíritu de decisión: Un alto nivel mental, unido a la experiencia práctica, redundan en juicios ágiles y decisiones firmes.
- ✓ Confianza en sí mismo y reserva: La certeza en las propias capacidades, sustentada en la competencia, inspira respeto.

- ✓ Discreción y tacto: Habilidades imprescindibles para el manejo de información sensible, la conducción de negociaciones y la armonía en las relaciones jerárquicas.
- ✓ Tolerancia, flexibilidad y adaptabilidad: La versatilidad para convivir con diversidad cultural, racial o ideológica fortaleciendo la cohesión interna.
- ✓ Valor físico, moral y control del miedo: El valor no se define por la ausencia de temor, sino por el dominio del mismo. El miedo es signo de normalidad, y su gestión apoyada en la disciplina y la convicción ideológica, forja el temple del Oficial.
- ✓ Cualidades secundarias: Aspecto digno, comunicación clara, compostura en todo momento: matices útiles, pero nunca sustitutivos de la sustancia de un líder militar.

3. CONDICIONES ELECTIVAS DEL JEFE DE ÉLITE

Para los Oficiales de más alto nivel y de funciones críticas, se exigen virtudes humanas superiores:

- ✓ Inteligencia social: Habilidad para entender y motivar a las personas, equilibrando autoridad y cercanía sin perder el decoro.
- ✓ Lealtad: Fidelidad inquebrantable a la misión, a los reglamentos y al mandato constitucional; eje de la confianza mutua entre jefe y subordinados.
- ✓ Cortesía, buen humor y serenidad: Actitudes que refuerzan la moral y cohesión de la unidad, aún en circunstancias de tensión o crisis.
- ✓ Imparcialidad y objetividad: Garantizan la justicia en decisiones disciplinarias y administrativas, pilar del prestigio institucional.
- ✓ Reconocimiento de errores: La honestidad intelectual para admitir fallos fortalece la credibilidad del mando y promueve un clima de transparencia.

4. CONDICIONES ESPECIALES PARA EL ALTO COMANDO

En los niveles estratégicos se requieren capacidades mentales aún más altas:

- ✓ Originalidad e iniciativa mentales: Crear y adaptar doctrinas, tácticas y tecnologías a escenarios cambiantes, desde conflictos convencionales hasta operaciones híbridas.
- ✓ Imaginación táctica: Visión simultánea de múltiples variables, anticipación de maniobras enemigas y elaboración de soluciones creativas.
- ✓ Inteligencia totalitaria: Capacidad de abarcar totalmente una situación compleja, priorizar sus elementos esenciales y proyectarlos en el tiempo.
- ✓ Inteligencia organizadora: Dirección de operaciones conjuntas, coordinación interarmas y logística estratégica en misiones de gran envergadura.
- ✓ Sentido de las realidades nacionales: Reconocer que la FANB es parte inseparable del cuerpo social. Sus planes han de armonizar con las aspiraciones del pueblo y los objetivos estatales, sabiendo influir y prever la opinión pública en la era de la información instantánea.

CAPÍTULO VI

LAS PERTURBACIONES DE LA GUERRA

1. PERTURBACIONES CAUSADAS POR LA GUERRA EN LA VIDA CIVIL.

La guerra, como fenómeno disruptivo, impone la expedición de leyes y decretos excepcionales que alteran los cimientos de la convivencia social. Si bien tales disposiciones buscan preservar recursos para la Defensa Integral de la Nación, su prolongación genera incertidumbre en el comercio y la industria, erosionando el respeto a la palabra empeñada y debilitando el tejido productivo.

El Estado Bolivariano, heredero del legado de justicia social de nuestro Comandante Supremo Hugo Chávez, asume la responsabilidad irrenunciable de garantizar el bienestar de las familias de los combatientes. Estas, al entregar a sus seres queridos a la sagrada misión de defender la patria, merecen protección integral: acceso a vivienda, salud, educación y seguridad económica. Solo así se preserva la moral del soldado, quien lucha con la certeza de que su sacrificio no será en vano y de que su nación honra su entrega.

Las perturbaciones en la vida civil, exacerbadas en la guerra moderna, trascienden las meras moratorias y suspensiones contractuales delineadas en el texto original. Los nuevos desafíos de las formas modernas de guerra, que incluyen la guerra económica, el bloqueo financiero y las operaciones de desestabilización, tienen un impacto directo y devastador en la vida cotidiana del ciudadano. Las cadenas de suministro se ven interrumpidas, la escasez de bienes básicos se agudiza, la inflación carcome el poder adquisitivo y la infraestructura crítica (servicios públicos, comunicaciones, transporte) se convierte en objetivo estratégico.

En este escenario contemporáneo, la lealtad a la patria se pone a prueba no solo en el campo de batalla militar, sino también en la resistencia civil ante la adversidad económica y social. El patriotismo se manifiesta en la capacidad del pueblo para mantener la moral alta, rechazar la desinformación que busca generar pánico y desconfianza, y colaborar activamente en la defensa integral de la nación, desde la producción de alimentos hasta el fortalecimiento de las redes comunitarias. El Estado, en consonancia con los principios bolivarianos, debe no solo garantizar la subsistencia de las familias de los combatientes, sino también implementar políticas resilientes que contrarresten los efectos de la guerra económica y protejan a la población civil de las agresiones multidimensionales del adversario. La fusión popular-militar-policial se revela indispensable para asegurar que la retaguardia no se convierta en un frente vulnerable explotado por las nuevas formas de guerra, manteniendo la cohesión nacional frente a los embates que buscan minar la moral y la resistencia del pueblo venezolano.

2. EXTINCIÓN DEL ESPÍRITU CRÍTICO

La guerra o las profundas conmociones revolucionarias provocan un desvanecimiento del espíritu crítico, un fenómeno que no se circumscribe únicamente a las clases populares, sino que alcanza incluso a los estratos ilustrados. Esta mengua de la capacidad crítica abre la puerta a la propagación de los mayores absurdos, alimentando principalmente la difusión de noticias e informaciones que no resisten el menor escrutinio racional, dada la imposibilidad material de su concreción. En esos momentos de crisis e incertidumbre, toda observación ponderada, juicio sereno y reflexión profunda parecen desaparecer. La credulidad se impone, y la mayoría acepta de buena fe los relatos de supuestos testigos presenciales, sin detenerse a analizar la verosimilitud o la posibilidad de los sucesos narrados.

3. PERTURBACIONES CREADAS POR LA GUERRA EN LA VIDA MILITAR

El estado de guerra, con su conmoción profunda en el alma nacional, aparta la mentalidad colectiva del acatamiento a las leyes que rigen la convivencia social en los largos períodos de paz. La guerra trae consigo una transposición general de valores; lo que en tiempos de calma era respetable, deja de serlo. Actos que en paz serían crímenes abominables, como las muertes, los incendios y las destrucciones, se transfiguran en virtudes en el contexto bélico. El respeto a la propiedad y a la vida, fundamentos de la civilización, se desvanece ante la cruda realidad del conflicto.

Estas anormalidades perturban igualmente la vida civil, manifestándose en la suspensión de los derechos políticos de los ciudadanos y en la asunción total por parte del poder militar de la tarea de imponerse a todas las voluntades.

El soldado, cuya preocupación primordial y excluyente es la de batirse con valentía, pierde el hábito del trabajo personal diario, acostumbrándose a obtener su sustento sin el esfuerzo laborioso de su brazo o de su intelecto.

Anteriormente, estas perturbaciones parecían menores, en una época en que solo una ínfima parte de la nación participaba directamente en la guerra. Sin embargo, en la guerra moderna, estas disrupciones adquieren proporciones inusitadas. Ello se hace sentir de manera más acentuada en la dificultad que surge posteriormente, en el periodo de paz, para reincorporar a los hombres a la vida jurídica, caracterizada por el irrestricto respeto a las leyes por parte de todos los ciudadanos. Durante el conflicto, el único código que rige la conducta del soldado es la simple voluntad del Jefe; las leyes civiles pierden su valor ante la imperatividad del mando militar. Por ello, el espíritu del combatiente se muestra reacio a aceptar después aquellas disposiciones que no se ajustan estrictamente a la lógica y la disciplina militar.

4. RESENTIMIENTOS CAUSADOS POR LA GUERRA

La guerra, en su intrínseca naturaleza, es fuente inagotable de contratiempos y adversidades, elementos que deben ser considerados en todo problema militar y a los cuales se les ha de asignar un coeficiente de resistencia

calculado con antelación, para no marchar inexorablemente hacia el fracaso. A cada paso, surgen dificultades de todo orden que entorpecen la compleja maquinaria militar. Esta, lejos de ser un bloque monolítico, se compone de factores individuales, hombres y mujeres de carne y hueso, que conservan su propio raciocinio y están sometidos a los impulsos de un alma movediza. A este cúmulo de naturales resistencias se agrega el contacto ineludible con la incertidumbre y la casualidad, produciendo desviaciones de la ruta planificada de magnitudes incalculables.

El conocimiento profundo de estos "resentimientos" o factores de fricción en la guerra otorga al caudillo militar una plasticidad espiritual suprema. Esta cualidad le permite adaptar sus decisiones a las circunstancias cambiantes, modificando incluso en instantes vitales, planes elaborados con parsimonia y dedicación a lo largo de meses y años. Solo esa gran flexibilidad de espíritu, templada en el crisol del deber patrio, puede abarcar y corregir la suma de obstáculos que la casualidad o las condiciones sobrevenidas imponen en la guerra. En este escenario, no se mueven peones de ajedrez ni banderitas o fichas sobre un mapa, sino compatriotas, con sus esperanzas, sus temores y su inquebrantable voluntad bolivariana.

Todo Oficial de nuestra gloriosa Fuerza Armada Nacional Bolivariana tiene el deber sagrado de ponderar su propia moral en toda circunstancia, de conocer sus límites y sus fortalezas, para así saber hasta dónde pueden llegar sus hombres bajo su liderazgo. Así como es vital recordar las prescripciones técnicas relativas al empleo de las diversas armas en el campo de batalla, es igualmente crucial conocer y comprender cuándo, cómo y hasta dónde se emplean las armas morales, que se ponen en movimiento mucho antes que los materiales. El comando lanza a sus hombres al combate con gallardía y determinación, pero jamás debe lanzarlos a ciegas. El resorte moral es el elemento impulsor del mando, y este debe ser graduado con precisión en todas las distancias y en todos los escenarios, incluyendo los complejos frentes de la guerra moderna donde la dimensión psicológica y emocional es campo de batalla estratégico.

5. EN LA GUERRA CAMPEA LO IMPREVISTO

La guerra es, por excelencia, el elemento donde campea lo imprevisto; el reino donde las ocasiones, favorables o adversas, rigen con mayor poderío. Estos factores, caprichosos y determinantes, desbaratan en ocasiones las más sabias y meticolosas combinaciones estratégicas y tácticas, manifestándose tanto en el orden físico como en el moral. Todo Jefe militar, forjado en la disciplina y la dedicación a la patria, debe estar preparado para tenerlos en cuenta y jamás ser tomado por sorpresa. En la guerra bolivariana, no tienen cabida las ideas preconcebidas con rigidez, los conceptos inamovibles ni los cerebros impermeables a la realidad cambiante. El jefe militar de la FANB ha de poseer sentimientos elevados e ideas claras, dotadas de una flexibilidad comparable a la del acero templado. En el arte de la guerra, desde sus albores,

interviene un juego constante de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia, similar a la dinámica incierta del juego de naipes.

Si en la vida no militar es necesario estar preparado para reconocer y enmendar los errores propios, en la guerra, esta serenidad de juicio para rectificar adquiere caracteres de una virtud cardinal, esencial para el acierto en medio de la bruma de la incertidumbre. Máxime si se considera que en el conflicto la comprensión de la realidad se produce a menudo por tanteos, conjeturas y la interpretación audaz de indicios dispersos.

En el orden físico, todo superior tiene la ineludible obligación de prever las medidas que permitan atenuar los inconvenientes derivados de tensiones imprevistas, modificaciones violentas de la temperatura, o cualquier otro factor del entorno que, aunque estudiados en otros ámbitos, impactan directamente en la capacidad de combate. Sin embargo, en lo que concierne al orden moral, lo imprevisto se convierte, casi siempre, en la regla general. Es intrínsecamente difícil conocer con certeza las disposiciones, intenciones y capacidades concretas del enemigo en tiempo real, especialmente en las nuevas formas de guerra, asimétricas y de amplio espectro.

Antes de iniciar las operaciones, es menester formular planes basados en la información disponible sobre las posibles reuniones y movimientos del enemigo. No obstante, dicha información es a menudo incompleta, sesgada o deliberadamente diseñada para engañar. El adversario puede ocultar sus verdaderas intenciones ejecutando operaciones de distracción que induzcan a caer en el vacío y la desorientación. Es precisamente en este escenario de incertidumbre calculada donde se manifiesta en toda su plenitud el valor intelectual y moral del comando bolivariano. Sin abandonar la misión encomendada por la patria, el líder debe introducir rápida y oportunamente en su dispositivo los cambios necesarios para hacer frente a la nueva situación, sin ofuscarse ni dar señal alguna de debilidad, sino actuando con la serenidad, la firmeza de intenciones y la visión estratégica que caracterizan al verdadero conductor de hombres en la guerra.

Pero es, sobre todo, desde el punto de vista táctico, donde lo imprevisto adquiere un carácter determinante. Las batallas y combates rara vez comienzan con un conocimiento preciso y anticipado de las intenciones, la fuerza y el dispositivo del adversario. Es poco lo que, al respecto, puede hacer el Jefe más perspicaz; la situación se va aclarando gradualmente a medida que se desarrollan los acontecimientos en el terreno. Si a esto se agrega que cualquier momento es susceptible de producir un hecho inesperado que modifique, a veces profundamente, la fisionomía de la batalla, un flanco expuesto, una reserva insospechada, un cambio súbito en las condiciones ambientales, se tendrá una visión bastante clara y real del papel preponderante que la incertidumbre juega en las decisiones militares.

La batalla es, en esencia, el choque de dos voluntades contrarias que se enfrentan en un duelo de inteligencia, valor y determinación. De allí que sea preciso prever con anticipación y hasta el límite de lo posible las manifestaciones más diversas del pensamiento y la acción enemiga. Y como el Jefe que dirige una acción no puede estar omnipresente para resolver todas las eventualidades en un frente extenso y dinámico, es menester que sus subordinados estén profundamente compenetrados con sus intenciones y el espíritu de la misión. Ello les permitirá conformar sus órdenes y movimientos a la visión general, y, sobre todo, hacer uso de un fuerte y audaz espíritu de iniciativa para oponerse a los planes enemigos, incluso cuando estos se presenten de la forma más sorpresiva e inesperada.

Para que el militar de toda jerarquía, imbuido del espíritu patriótico bolivariano, salga triunfante en la lucha constante contra lo inesperado, son indispensables dos cualidades intrínsecamente ligadas: el valor y la inteligencia. El primero se manifiesta en el espíritu de resolución inquebrantable; la segunda, en la iniciativa perspicaz o golpe de vista genial que permite discernir la acción correcta en el momento oportuno. Ambas virtudes, cultivadas con esmero, alejan el temor paralizante y educan el ánimo para la toma de decisiones vigorosas y oportunas. El hombre resuelto e inteligente, aquel que combina la audacia con la reflexión, obra sin vacilaciones innecesarias y con la disciplina férrea que exige el combate.

La inteligencia y el valor deben marchar estrechamente unidos, en una simbiosis perfecta, para que generen una solución decidida y eficaz en el teatro de operaciones. La simple inteligencia, desprovista de arrojo, no puede resolver por sí sola las situaciones críticas que presenta la guerra; para ser verdaderamente fructífera, debe despertar en primer término el sentimiento del valor. Este, a su vez, la sostiene en los momentos de duda y la guía por el camino del éxito. No en vano, en los momentos críticos de la lucha, los sentimientos elevados, como el amor a la patria y el honor militar, dominan al hombre con mayor fuerza que las ideas abstractas.

La incertidumbre inherente a la guerra realza de manera superlativa el valor del espíritu resuelto y decidido. En ningún arte como en el arte militar bolivariano puede decirse con mayor propiedad que lo mejor es enemigo de lo bueno. Cuando se presentan las ocasiones críticas y fugaces, más vale resolverlas con rapidez, audacia y una decisión firme, aunque imperfecta, que perder un tiempo precioso en la búsqueda infructuosa de soluciones perfectas que la dinámica del conflicto torna inalcanzables. Para obtener esa rapidez en la decisión y la acción, es imprescindible estudiar la guerra, pero con un criterio eminentemente realista, comprendiendo que en ella las razones del corazón, el temple moral y el arraigado patriotismo, tienen un valor infinitamente más poderoso que el de todas las ideas teóricas adquiridas en gabinete. Además, es necesario que el corazón del combatiente bolivariano esté habituado a estar en perenne conexión con el cerebro, en un equilibrio dinámico que permita la acción informada por la emoción patriótica y la emoción templada por la razón estratégica.

6. SOLO EL ÁNIMO FUERTE RESISTE LAS IMPRESIONES DE LA GUERRA

Solo un ánimo fuerte, templado en la adversidad y nutrido por el ideal bolivariano, puede resistir las impresiones abrumadoras de la guerra. Pero ese ánimo no es aquel que simplemente puede recibir fuertes impactos emocionales, sino aquel que, en medio de la tormenta interior y exterior, permanece en un equilibrio inmutable. Un equilibrio que, a pesar de las convulsiones más violentas del alma, le permite conservar la claridad de juicio y el discernimiento necesario para tomar decisiones acertadas. Mientras una tropa combate con el ánimo en alto, impulsada por el fragor inicial o los éxitos tempranos, no hay ocasión para probar la verdadera fuerza de voluntad del mando; la inercia del avance o la defensa sostenida parecen suficientes.

Pero cuando las circunstancias del combate se tornan desfavorables, cuando el revés se presenta y la fatiga y el desaliento comienzan a hacer mella en la tropa, entonces, y solo entonces, se necesita la voluntad inquebrantable del Jefe. Una voluntad de acero forjada en el amor a la patria y el compromiso revolucionario, capaz de sobreponerse a las desobediencias nacidas del pánico, a la inercia paralizante de las masas, al espectáculo terrorífico de los sacrificios sangrientos y a los temores de responsabilidad que pudieran embargarle en momentos de extrema presión. Es en esos instantes cruciales donde el Jefe debe reunir en sí mismo todos los atributos del mando para erigirse como el amo absoluto de la situación, un faro de fortaleza moral en medio de la tormenta. De lo contrario, si su propio ánimo no es lo suficientemente fuerte, si se deja arrastrar por el peligro inminente o el desaliento colectivo, el Jefe puede llegar incluso a perder la vergüenza, abandonando a sus hombres a su suerte. Tal es la fuerza de ánimo y la energía moral que el Jefe, en cualquier nivel de la jerarquía, tiene el deber ineludible de evidenciar en el combate, cualidades que deben crecer y perfeccionarse a medida que asciende en la escala de mando y aumenta su responsabilidad ante la patria.

El Jefe bolivariano debe poseer la capacidad intrínseca de resistir a las sobreexcitaciones deprimentes que puedan afectar a su tropa en las circunstancias más adversas o en los impensados desastres del combate. Más aún, su grandeza moral se manifiesta al ser capaz de aprovechar esas congojas y crisis colectivas no para sucumbir, sino para enardecer su propio ánimo, transformando la adversidad en combustible para la voluntad de vencer. Y cuando vea a sus hombres, con los rostros pálidos por la fatiga y el temor, con las manos lívidas y crispadas sosteniendo el fusil como si fuera un leño inerte, el Jefe debe, con un gesto de suprema determinación patriótica, golpear su propio pecho con orgullo, henchir sus pulmones con el aire de la libertad, abrir bien sus ojos para encarar la realidad por dura que sea, y sentir en lo más profundo de su ser el impulso irrefrenable de atropellar, de avasallar cuento obstáculo o adversario se interponga en el camino hacia la victoria. Debe entonces elevar su voz, ronca por el esfuerzo y la pasión, para gritar un "¡Adelante!" que se repita incansablemente, acompañado por el gesto energético

y el ademán imperativo que cambien la perspectiva de los suyos, que los impulse, cual torrente incontenible, hacia el enemigo. Un torrente de bravos patriotas con los rostros transfigurados por la ira santa y con las manos empuñando vigorosamente su fusil y su bayoneta, imbuidos de un supremo anhelo de vencer al adversario con la punta de su acero, conquistando la victoria para la República Bolivariana de Venezuela.

7. PREPONDERANCIA DE LOS FACTORES MORALES EN LA GUERRA

El estudio de las guerras a lo largo de la historia, y de manera particular la última gran contienda europea, en la que entraron en acción medios tan poderosos que revolucionaron el arte de la guerra con suma rapidez, ha llevado a algunos espíritus, quizás con una visión exagerada, a considerar que el número, el valor y la moral de los combatientes han sido relegados a un segundo plano. Estos, imbuidos por el deslumbramiento tecnológico, llegan a pensar que la fuerza de un ejército reside casi exclusivamente en las máquinas de guerra de que dispone. Llegando a persuadirse de que, en un porvenir cercano, los avances de la química, la robótica, la inteligencia artificial y la energía dirigida permitirán a unos cuantos técnicos altamente adiestrados aniquilar, sin riesgo aparente para sí mismos, ejércitos enteros y poblaciones enemigas.

Abrazando tales opiniones, se ha llegado a propalar la falaz idea de que, en estas supuestas condiciones, no es necesario sostener un Ejército robusto y profesional, un organismo siempre costoso en recursos materiales y humanos. Semejantes ideas, si llegaran a ser aceptadas por la generalidad de la opinión pública, podrían acarrear consecuencias desastrosas e irreparables para la nación. Para resguardar a nuestro pueblo y a nuestras tropas contra la insidiosa de tales teorías desmoralizantes, y para hacerles frente con conciencia plena, el Oficial de la FANB necesita poseer ideas definidas, racionales y profundamente arraigadas acerca de la perenne e inmutable importancia del factor moral en la guerra.

Tratándose del combatiente, el problema fundamental en la guerra, como ha sucedido a través de la historia y se mantiene vigente en la actualidad, consiste en neutralizar al enemigo con el menor riesgo para la propia vida. Pero por muy valeroso, aguerrido e imbuido de patriotismo que esté un hombre, siempre albergará una natural hesitación al atacar de frente a un adversario que percibe mejor armado o tecnológicamente superior. De allí que la moral inquebrantable del soldado bolivariano necesita, para potenciarse y sostenerse, el respaldo y la superioridad que confiere un material de guerra adecuado, moderno y adaptado a las exigencias de la defensa integral de la nación.

Si pusiéramos en un platillo de una balanza las fuerzas morales, patriotismo, honor, sentido del deber, disciplina, abnegación, conciencia revolucionaria y en el otro las fuerzas materiales como cañones, misiles, drones, tanques, aeronaves, sistemas cibernéticos, la experiencia histórica y la realidad de los

conflictos modernos nos demostrarían, con evidencia incontrastable, algunas verdades fundamentales:

El valor individual y colectivo del combatiente, por heroico que sea, se enfrenta a una prueba de fuego ante la artillería o los sistemas de saturación de área que lo baten desde varios kilómetros de distancia, imponiendo un desafío físico y psicológico extremo. El espíritu de sacrificio supremo de una tropa, por muy valiente que esta sea, se pone a prueba frente a la amenaza de un carro de combate moderno o un dron artillado que puede neutralizarla con una precisión devastadora. El patriotismo más acendrado y el sentido más puro del deber pueden verse desafiados ante el fuego cruzado de una alambrada o un punto fuerte batido por fuegos concentrados de ametralladoras automáticas desde posiciones enmascaradas.

En una palabra, la guerra moderna confirma que no se lucha con hombres únicamente contra material; la importancia creciente de este último factor es innegable y sería un error garrafal subestimarlo. Sin embargo, el error crucial e imperdonable consistiría en creer que el material basta por sí solo para alcanzar la victoria. Las guerras recientes, al igual que todas las contiendas anteriores, han puesto de manifiesto que, a cada innovación tecnológica del beligerante, el adversario opone prontamente una respuesta, una contramedida o un desarrollo propio que equilibra rápidamente la balanza material. Los perfeccionamientos continuos de las armas, lejos de disminuir la importancia del factor humano, aumentan los peligros y exigen en igual o mayor proporción la entereza moral y la capacidad intelectual de todos los contendores.

Asimismo, la historia reciente ha demostrado que el material de guerra más avanzado y perfecto carece de valor decisivo cuando los Oficiales encargados de ponerlo en acción no han sabido emancipar su espíritu de la rutina del pasado, de los conceptos obsoletos, ni han logrado penetrar los secretos de su correcto y audaz empleo en un entorno de combate dinámico y complejo. Y lo que es aún más relevante, el material se vuelve inerte en manos de soldados que, en el dominio moral, carecen de la resolución inquebrantable de luchar hasta vencer o morir por la patria.

La preparación para la guerra, con su estudio meticuloso de la técnica, la logística y la estrategia, es sin duda una ciencia. Pero su ejecución en el campo de batalla, en el fragor del combate y la incertidumbre, es y seguirá siendo un arte. Si bien los medios materiales evolucionan en la guerra cada vez con mayor rapidez y sofisticación, el elemento moral, por el contrario, no cambia en su esencia. Aún hoy, la antigua y profunda concepción de la guerra como una lucha de voluntades entre adversarios es cierta, y en esa contienda el factor moral ocupa el lugar más importante y determinante en la inmensa mayoría de los casos.

La preponderancia del factor moral en la guerra es indudable y se manifiesta en todos los niveles: ya sea que se trate de la lucha entre naciones por la

afirmación de su soberanía, entre ejércitos por la imposición de su voluntad, o entre combatientes individuales en el duelo a muerte. Y como el factor moral es, esencialmente, psicológico, es de vital importancia estratégica estudiar y comprender la psicología de los pueblos, de los ejércitos y, fundamentalmente, del combatiente.

Un Ejército, por potente que sea en recursos materiales, no se considera verdaderamente vencido sino cuando el pueblo que lo respalda, la nación que le dio origen y lo nutre, siente desfallecer su espíritu y pierde la fe en la victoria. La solución militar de un conflicto, la imposición de la voluntad propia en el campo de batalla, es el fin último. Pero las causas profundas que generan la guerra, que la sustentan y que determinan su desarrollo y desenlace no son, en su totalidad, de orden puramente militar.

La voluntad general, cohesionada por el patriotismo, y la organización integral de un pueblo en armas se demuestran con contundencia en su capacidad para producir, movilizar y utilizar las inmensas cantidades de medios materiales y humanos que requiere la guerra moderna. La magnitud de las fuerzas que una nación es capaz de poner en acción en defensa de su soberanía es la medida exacta de su capacidad de trabajo, de su espíritu de sacrificio colectivo, de su resiliencia y de su inquebrantable resolución de vencer. Así entendida, la victoria en la guerra no pertenece únicamente al ejército victorioso, sino a la nación entera, que puede enorgullecerse de una obra colosal en la que han participado íntegramente todos sus componentes, desde el soldado en la trinchera hasta el trabajador en la fábrica y el ciudadano que resiste en la retaguardia.

La guerra moderna, con sus múltiples dimensiones y frentes (convencional, económica, cibernética, mediática, no convencional), cobra un carácter sociológico y moral que no había tenido precedentes en la historia de la humanidad. La intervención de la colectividad, del pueblo organizado en defensa de la patria, es significativamente mayor que en conflictos pasados. Una nación, por poderosa que sea en medios materiales y tecnológicos, puede ser derrotada en una guerra por la falta de visión estratégica y psicológica de sus dirigentes, o por menospreciar las fuerzas morales y la voluntad de resistencia de su adversario y la influencia de los actores neutrales en el escenario global.

Así pues, la preponderancia de los elementos psicológicos y morales se afirma cada vez con mayor contundencia a medida que la guerra adquiere un carácter más nacional, más integral, involucrando la conciencia y la determinación de todo un pueblo en la defensa de su existencia y sus ideales.

8. PREPONDERANCIA DEL FACTOR MORAL EN LA BATALLA

El conjunto de las fuerzas organizadas de un ejército, su potencia y su capacidad de imponerse al adversario, constan de una compleja interacción de elementos que se complementan y potencian mutuamente. Estos elementos son:

- ✓ Sus Fuerzas Materiales: Comprenden el armamento disponible, la magnitud y calidad de los efectivos humanos, las ventajas o desventajas del terreno, la solidez de las fortificaciones y la infraestructura de apoyo, entre otros aspectos tangibles.
- ✓ Sus Fuerzas Intelectuales: Incluyen el nivel de preparación y adiestramiento de las tropas y los mandos, la organización y eficiencia de las estructuras de mando, la calidad del liderazgo, la instrucción recibida, la habilidad táctica y estratégica para la maniobra, y la capacidad de adaptación e innovación.

La fuerza material de un ejército, por sí sola, representa muy poca cosa si no está animada y dirigida por la fuerza intelectual, por el conocimiento, la habilidad y la planificación. Sin embargo, el conjunto de ambas fuerzas, material e intelectual, es casi nulo, carece de la potencia decisiva, sino está imbuido, vivificado y potenciado por la fuerza moral. Es esta fuerza moral la que posee el poder intrínseco de quebrantar la resistencia natural del egoísmo humano, la que decide al combatiente a sacrificar su propia vida por el bien supremo de la patria, la que mantiene la cohesión en medio del caos y la adversidad. El militar nunca debe perder de vista esta verdad fundamental: la guerra se libra con el material apropiado, servido por hombres y mujeres imbuidos de un profundo sentido del deber, y el éxito, la victoria anhelada, depende principalmente, decisivamente, de la formación moral, del temple espiritual y de la voluntad inquebrantable del soldado y del pueblo que lo respalda.

Con una evidencia que la historia ha demostrado incontrastable en innumerables ocasiones, la victoria en una batalla o una guerra no se mide por las pérdidas materiales infligidas al enemigo, pues casi siempre las pérdidas del vencedor, en equipos y hombres, son mayores que las del vencido. Por consiguiente, si el debilitamiento material del adversario no constituye un factor suficiente y definitivo para alcanzar el éxito, es porque existen otros elementos, de un peso específico infinitamente mayor, que determinan la victoria. Y ese elemento crucial, esencialmente moral y psicológico, consiste en lograr infundir en el espíritu del adversario, en sus mandos y en sus tropas, la demoledora idea de que no puede vencer, de que su resistencia es inútil, determinándolo a abandonar la lucha. Este fenómeno de colapso moral, que a menudo se produce por una reflexión lúcida en el Jefe que comprende la futilidad de continuar el derramamiento de sangre, se manifiesta generalmente por un instinto de supervivencia colectiva en el soldado que ha llegado al límite de su resistencia moral y física.

La victoria, en su esencia más profunda, consiste menos en destruir materialmente al adversario, en aniquilar sus recursos tangibles, que en destruirlo moralmente; es decir, en lograr que pierda su voluntad de vencer, que renuncie a la lucha en su fuero interno. Por lo tanto, la batalla es, fundamentalmente, la ruptura de dos equilibrios morales contrapuestos. La victoria corresponde a quien la desea con mayor intensidad, al que sabe sufrir un cuarto de hora más, al adversario mejor templado en la disciplina y la adversidad, al más tenaz en la prosecución del objetivo, a aquel que conserva hasta el último instante la moral más elevada y la fe inquebrantable en el triunfo.

La ruptura del equilibrio moral entre dos ejércitos enemigos en combate puede producirse por diversas causas. Unas veces, porque las tropas, abrumadas por las pérdidas o la fatiga, se acobardan y ceden terreno a pesar de la voluntad decidida y el liderazgo de sus Jefes. Otras veces, y quizás con mayor frecuencia, porque son los Jefes, quienes, perdiendo la resolución de luchar, ordenan la retirada en un momento en que sus tropas, si hubieran sido adecuadamente motivadas y conducidas, aún serían capaces de vencer.

En el primer caso, cuando las tropas se retiran por agotamiento moral, rara vez conocen con precisión sus propias pérdidas o las del enemigo; en el fragor del combate, las nociones al respecto suelen ser vagas e incompletas. Nadie en el campo de batalla declara oficialmente vencedor a uno de los adversarios, ni anuncia el final del combate asignando la victoria a uno y la derrota a otro. Lo que en realidad sucede es que el adversario que abandona la lucha, que cede terreno y renuncia a la ofensiva, reconoce implícitamente en su enemigo una fuerza moral y material superior, se cree ya vencido en su fuero interno, sintiéndose desmoralizado, en el límite de su resistencia y sin desear ya la victoria, simplemente porque se siente incapaz de obtenerla frente a la determinación del oponente.

En el segundo caso, el Jefe, al abandonar la lucha y ordenar la retirada, pierde la batalla fundamentalmente porque él, en su propia conciencia, la cree perdida, y nada más que por eso. La derrota, en este caso, no es el resultado inevitable de la situación táctica, sino el reflejo de un estado de ánimo, de una falta de confianza en sí mismo y en sus tropas. Su decisión de retirarse no traduce sino su propio estado del alma, un alma que no ha sido suficientemente templada en el patriotismo y la voluntad de vencer. Mejor dicho, pesa sobre él la sensación de una derrota que muchas veces no corresponde a la situación real del momento, pues en el campo enemigo, el adversario podría estar sintiendo un agotamiento similar o incluso peor. Lo que realmente sucede es que el Jefe que tiene menos confianza en su tropa, aquel cuyo espíritu desfallece ante la adversidad, ya no posee la resolución necesaria para vencer y, al ordenar la retirada, abandona a su enemigo el fruto de sus esfuerzos y la victoria que, quizás, tuvo en sus propias manos, al alcance de una decisión audaz y una voluntad firme. La batalla, por lo tanto, más allá del balance de bajas o la destrucción material, es una lucha esencialmente moral, un duelo de

voluntades donde la victoria favorece al más decidido, al más tenaz y al que posee la moral más alta.

9. EL MILITAR DEBE ABRIGAR LA CONVICCIÓN DE LA GUERRA

La convicción inquebrantable de la fatalidad inherente a la guerra es un pilar esencial para que el Oficial pueda cumplir cabalmente su misión fundamental de educador militar y para asegurar que sus esfuerzos en este sentido no resulten estériles. A pesar de las nobles aspiraciones de los pacifistas y de la loable organización de entidades internacionales dedicadas a promover y asegurar la paz, la historia de la humanidad nos demuestra que la paz absoluta, la paz definitiva, es una vana ilusión, un estado que solo se alcanza, si acaso, en la quietud final. Pero el universo, con su dinamismo intrínseco, no parece estar cerca de ese fin; manifiesta, por el contrario, un deseo y un poder de vivir y evolucionar, recomendando su historia una y otra vez. Y es precisamente esa historia, marcada a menudo por el conflicto, lo que acelera el devenir y moldea el futuro.

En los albores del mundo, el hombre primitivo no conocía más lazo social fundamental que el de la familia, cuyo origen se hallaba en una necesidad instintiva y primaria: la reproducción de la especie. Las etapas iniciales de esta organización familiar estaban marcadas por su constitución, su desarrollo a medida que nacían los hijos y la agrupación subsecuente de estos en torno al núcleo original. En la especie humana, dadas sus características fisiológicas y psicológicas particulares, la familia ha poseído, desde sus inicios, una organización sólida que la define con precisión y le confiere resiliencia.

Constituida bajo la soberanía natural del padre, la existencia de la familia primigenia fue relativamente sencilla en sus comienzos. La subsistencia se aseguraba sin gran dificultad debido a la escasa densidad de población y a la suficiencia de los medios naturales a su alcance. Además, en aquel entonces, eran pocas las causas de desavenencia y lucha abierta entre las distintas familias, pues la interacción era limitada. No ocurría lo mismo en el interior mismo de la unidad familiar. La quietud y la cohesión solo estaban aseguradas mientras el padre era capaz de imponer su voluntad y mantener el orden. Sin embargo, al crecer los hijos y adquirir autonomía, la autoridad paterna inevitablemente se debilitaba, generando rencillas y, en ocasiones, odios de familia que contribuyeron a gestar las primeras formas de guerra en el pasado remoto.

A medida que el número de familias se multiplicó y la densidad de la población aumentó en los territorios habitables, las condiciones de existencia comenzaron a tornarse más complejas y difíciles. Esta creciente dificultad para asegurar la subsistencia, unida a la envidia que los grupos más débiles sentían hacia los más fuertes, aquellos que lograban proveer a los suyos de mayores comodidades y seguridad, fue generando conflictos recurrentes y nuevas causas para la guerra. La necesidad imperiosa de hacer frente a estas amenazas y de librarse la guerra con éxito indujo a las agrupaciones más débiles

a buscar la fortaleza en la unión, constituyendo así las primeras alianzas y confederaciones. Puede afirmarse, sin ambages, que la sociedad, en sus manifestaciones más tempranas, se formó en gran medida para hacer la guerra, de manera análoga a como la familia se constituyó para los fines de la reproducción y la supervivencia del linaje.

Una vez terminada la contienda, si estas alianzas lograban alcanzar la victoria y no surgían rivalidades internas que las fracturaran, permanecían agrupadas, cohesionadas por el interés común de conservar las ventajas y seguridades que les reportaba su unión estratégica. Si, por el contrario, eran derrotadas en el campo de batalla, los grupos vencidos tendían a fundirse con el vencedor, integrándose a su estructura social y política, o, reconociendo la superioridad del adversario, buscaban nuevas alianzas y estrategias para recomenzar la lucha en mejores condiciones en el futuro. Así surgieron las primeras grandes agrupaciones sociales, formadas y consolidadas en el crisol de la guerra. Por lo que, puede sostenerse que la formación original y la evolución temprana de las sociedades humanas estuvieron intrínsecamente ligadas a la guerra en su forma más simple y directa, aquella destinada a asegurar las necesidades vitales de la comunidad: la guerra de formación social.

La constitución de agrupaciones humanas cada vez más numerosas y el continuo aumento de la densidad de población en los territorios habitables trajeron consigo modificaciones profundas en las condiciones de la vida humana. El hombre, para asegurar su subsistencia y la de su grupo en un entorno de recursos limitados, comenzó a explotar el suelo de manera sistemática, dando origen a la agricultura y a las primeras formas de sedentarismo. Las primeras agrupaciones que lograron desarrollar técnicas agrícolas eficientes y organizar la producción se procuraron rápidamente ventajas de existencia que les confirieron una superioridad manifiesta sobre sus vecinos. La envidia y el resentimiento de estos últimos, privados de tales beneficios, dieron lugar a conflictos recurrentes por la posesión de las tierras fértiles y las riquezas generadas. Las agrupaciones formadas posteriormente, motivadas por la necesidad o la ambición, trataron de apoderarse de las ventajas y recursos de los otros, sobrevino así una nueva y determinante especie de lucha: la guerra de conquista.

Este género de guerras de conquista ha llenado, con sus épicas y sus tragedias, la historia del mundo conocido. Estas contiendas, que mentalidades superficiales y escasas en visión histórica han atribuido casi siempre a la voluntad individual de los soberanos, a las ambiciones de reyes y emperadores, son en realidad fenómenos sociales de una complejidad profunda, difíciles de determinar en sus causas últimas y que dependen de fuerzas colectivas, instintivas e incluso, en ocasiones, desconocidas en su totalidad. Aunque iniciadas formalmente con fines explícitos de conquistas territoriales o de recursos, estas grandes guerras del pasado, al igual que las del porvenir, son a menudo empresas inconscientes en las que los pueblos se lanzan, impulsados

por dinámicas internas y externas que escapan a la plena comprensión racional, con prescindencia incluso de los gobiernos constituidos. Estos, en la mayoría de los casos, no hacen otra cosa que seguir la corriente impuesta por las fuerzas sociales subyacentes y aparentar que la conducen con mano firme.

Ese instinto particular, esa pulsión atávica que lleva a las agrupaciones sociales primitivas a unirse y agruparse cuando las circunstancias externas –ya sean amenazas o la oportunidad de obtener una ventaja, son propicias, es el mismo que guía posteriormente a las agrupaciones más fuertes y organizadas a absorber, dominar o asimilar a los grupos más débiles. Ponen en acción sus fuerzas, militares, económicas o culturales, fuerzas que, en su expansión, no reconocen otro límite real que el que opone otra fuerza análoga y capaz de resistir su embate.

Las tendencias expansionistas, ya sea territoriales, económicas o de influencia cultural, no son exclusivas de las naciones que cuentan con numerosos siglos de existencia, con una larga historia de proyección exterior. Son tendencias inherentes también a las naciones más jóvenes y dinámicas. La prueba más elocuente y tristemente célebre de esta tendencia está constituida por las empresas coloniales que, con el pretexto hipócrita de civilizar razas humanas consideradas inferiores, han tenido y tienen siempre la guerra como medio principal para lograr sus fines de dominación y explotación, o como resultado inevitable de su política intrusiva. Es la tea de Velona, la diosa romana de la guerra, transformada irónicamente y perversamente en antorcha de la civilización, justificando la violencia y la opresión.

Pero lo cierto, más allá de las justificaciones ideológicas, es que, ya se trate de las guerras coloniales de pequeña escala, de las guerras de independencia que han dado origen a nuevas naciones, o de las grandes guerras que han procedido a la formación y consolidación de los estados nacionales, estas guerras de expansión y afirmación constituyen uno de los más poderosos y, paradójicamente, dolorosos factores de cambio y desarrollo social y tecnológico. En un sentido amplio, puede afirmarse que la necesidad de la guerra y la competencia entre grupos es lo que, de manera cruenta, ha impulsado en gran medida el progreso y la evolución del universo conocido.

En el mundo moderno, a pesar de los avances en el derecho internacional y la interconexión global, no es realista ni prudente suponer que la guerra, como fenómeno social y político, desaparecerá por completo. Por el contrario, las causas profundas de conflicto, derivadas de la competencia por recursos, las diferencias ideológicas, las tensiones geopolíticas y los intereses contrapuestos de las naciones, se multiplican y complejizan a medida que aumentan las interdependencias e intereses vitales de las naciones en un mundo finito. Además, la humanidad, en su estado actual de evolución social y moral, no se encuentra plenamente preparada para resolver todas sus diferencias y disputas exclusivamente por la vía del arbitraje pacífico. La historia reciente nos muestra que este medio, por deseable que sea, ha dado incluso, en ocasiones, origen a

guerras que pudieron haberse evitado si las partes hubieran estado dispuestas a imponer su voluntad por otros medios.

El único arbitraje verdaderamente efectivo en la arena internacional, en ausencia de una conciencia global unificada, es aquel que imponga una potencia hegemónica o un grupo de potencias que amparen y hagan cumplir por la fuerza sus resoluciones y dictámenes. En esencia, se trata de una Pax Romana a escala global, la paz que el Imperio Romano ideó en su delirio de grandeza, imponiendo su ley al mundo conocido por medio de la fuerza de sus legiones y una organización social y legal superior para su tiempo. Sin embargo, incluso aquella poderosa nación, en la cúspide de su poderío, sucumbió a su vez al empuje indomable de los pueblos bárbaros, que le impusieron su fuerza brutal de disolución y transformación. En el mundo actual, a pesar de la existencia de organizaciones internacionales, no existe una entidad global cuya fuerza material y moral sea comparable a la del Imperio Romano en su apogeo, capaz de imponer una paz duradera por la fuerza de su autoridad. Además, y esto es crucial desde una perspectiva bolivariana, una paz que solo puede durar mientras se la puede imponer por la fuerza, por la dominación de unos sobre otros, no es una paz deseable ni acorde con los principios de soberanía y autodeterminación de los pueblos.

De modo, pues, que la existencia misma de las naciones soberanas, y en particular la supervivencia y proyección de la República Bolivariana de Venezuela en un escenario global complejo y amenazante, está intrínsecamente ligada a la posibilidad real y efectiva de hacer frente a la guerra con éxito, de defender nuestra independencia e integridad territorial con la fuerza de las armas y la moral. Por consiguiente, es un deber ineludible poner en acción todas las fuerzas vivas del país (políticas, económicas, sociales, culturales y militares) con tal objeto, y hacer cuanto esfuerzo sea preciso para conservar a toda costa nuestra independencia, integridad de nuestro territorio y el decoro y la dignidad de nuestra nación.

Tal es la razón profunda por la cual el militar bolivariano ha de asumir, con plena conciencia histórica y patriótica, la misión capital de preparar, adiestrar y forjar los contingentes y los cuadros de guerra de la nación. Debe vivir y actuar con la certeza, no con el deseo, de que la guerra, en alguna de sus múltiples y modernas formas, llegará. Y esa convicción serena y resuelta de la posibilidad de la guerra, de la necesidad de estar siempre preparados para defender la patria, es una de las fuerzas morales más poderosas, quizás la más poderosa, de las que nos animan e impulsan al cumplimiento cabal de nuestros deberes diarios como soldados de la patria y guardianes de la revolución.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

80
NO CLASIFICADO

CAPÍTULO VII

LAS FUERZAS MORALES EN LA GUERRA

1. LAS FUERZAS MORALES EN LA VIDA NACIONAL.

Las fuerzas morales, lejos de ser una manifestación abstracta que impulsa a las colectividades hacia fines más o menos elevados, constituyen, por el contrario, un producto tangible de las condiciones morales del conjunto de los ciudadanos y de cada individuo en particular. Cuando los pueblos poseen una clara comprensión de sus destinos, cuando anhelan vivir su propia vida libre de las imposiciones del más fuerte, cuando están dispuestos a luchar con determinación para conservar su patrimonio histórico y cultural, en fin, cuando aman su pasado glorioso, sus gestas y exaltaciones patrias, entonces fomentan y desarrollan las fuerzas morales suficientes para la realización plena de sus ideales y aspiraciones nacionales.

El valor moral de los pueblos se forja y se desarrolla, a menudo, en el crisol de las luchas armadas. Para ello, antes de concentrarse exclusivamente en el buen manejo de las armas materiales, es imperativo vigorizar los espíritus de los ciudadanos y templarlos para la guerra, preparándolos psicológicamente y moralmente para los sacrificios que exige la defensa de la patria.

El refinamiento contemporáneo y la abundancia de riquezas naturales en una nación, si bien tienden a hacer la vida corporal más fácil y amable, pueden, paradójicamente, disminuir en gran proporción las energías físicas y la resistencia del pueblo. Esta disminución en la fortaleza física debe ser compensada y contrarrestada activamente mediante el acrecentamiento de las energías morales, si no queremos ver rebajada la dignidad humana y la capacidad de resistencia nacional. Este fortalecimiento moral se alcanza por medio de sanas y energicas campañas cívicas en pro de los ideales nacionales, a través de manifestaciones palpables de desinterés personal y compromiso colectivo en todas las actividades de la ciudadanía, y, fundamentalmente, por el ejemplo y la práctica constante de las virtudes patrióticas que deben dar los gobernantes, las instituciones públicas y privadas, y todas aquellas personas o entidades que encauzan o dirigen la vida moral y espiritual del país.

Cuando las fuerzas morales de una nación decaen, ese debilitamiento no se subsana eficazmente con la mera promulgación de leyes o con lamentaciones colectivas estériles. Su único remedio verdadero yace en el estímulo constante de una sólida educación moral de los individuos, fundamentada en los valores patrios y revolucionarios, y en la promoción de una vida pulcra, transparente e intachable en todas las instituciones públicas y privadas, erradicando la corrupción y la inmoralidad.

2. LAS FUERZAS MORALES EN LA FANB

Las fuerzas morales constituyen, en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, un factor de primera y decisiva importancia. Su preponderancia ha sido consagrada a través de la historia militar en todas las épocas y está reconocida explícitamente en los reglamentos militares de todas las armas y todos los países. Conforman un valor tan antiguo como el mundo mismo; sin embargo, paradójicamente, su actualidad es permanente y vital. Todas las modificaciones y adaptaciones que se introducen en el Ejército, respecto a su organización, disciplina, táctica, doctrina, se basan, en última instancia, en una justa adaptación de todas ellas al corazón humano, a su capacidad de sacrificio, a su valentía y a su resiliencia, especialmente en el momento supremo de la batalla y frente a los desafíos de la guerra moderna. La fuerza intrínseca de las fuerzas morales es, en muchos aspectos, más temible y determinante que la del cañón o el fusil, pues son capaces de crear, al instante y sobre todo en los momentos más difíciles y decisivos del combate, los medios de acción más inesperados y los artificios más variados y audaces, aplicándolos con admirable precisión y oportunidad a las circunstancias cambiantes del terreno y del enemigo, haciendo posible la consecución de esfuerzos que, a primera vista, pudieran parecer extraordinarios o incluso inalcanzables.

Las fuerzas morales comunican un poder invulnerable a los medios materiales de que dispone la Fuerza Armada Nacional Bolivariana para realizar su sagrada misión, para defender con éxito la soberanía y velar por la integridad de la patria con todo su patriotismo físico y espiritual. Las fuerzas morales del Ejército constituyen, sin lugar a dudas, la base más sólida y firme en que se afirma el poder y la capacidad de resistencia de las naciones independientes frente a las amenazas externas e internas. Su conocimiento profundo, su práctica constante y su desarrollo continuo deben ser elevados a la categoría de una convicción militar arraigada indeleblemente en la mente y en el corazón de los Oficiales, desde el más joven subteniente hasta el General en Jefe. Es únicamente gracias a ellas, a la fuerza de su ejemplo moral y a la solidez de su carácter, que los Oficiales alcanzan el influjo y el ascendiente necesarios para hacerse obedecer y seguir con lealtad y determinación por la tropa en toda circunstancia, por adversa que sea. En esencia, solo las fuerzas morales, encarnadas en el liderazgo, permiten al Oficial ejercer verdaderamente el mando.

Dichas fuerzas morales no se imponen por decreto; nacen, crecen y se fortalecen en el alma del soldado, principalmente, por medio del contagio mental que genera el ejemplo personal de los superiores, unido al tacto, la corrección y la justicia en el trato por parte del Jefe. Es así como todos los grandes, desde Bolívar hasta Chávez, han conducido a sus hombres a la victoria, una victoria alcanzada no solo por la brillantez de la estrategia o la superioridad del armamento, sino, fundamentalmente, por el concurso inestimable de las fuerzas morales de las tropas que lideraron con pasión y convicción patriótica.

Para soportar las fatigas extremas y las privaciones inherentes a una campaña militar prolongada, para afrontar sin temor paralizante los peligros reales y psicológicos del combate moderno, las cualidades del corazón, el temple moral y las fuerzas espirituales del alma son tan necesarias, o incluso más, que la habilidad en la maniobra táctica y la destreza en el empleo técnico de las armas. Confiando plenamente en ellas, en su energía moral y en su instrucción militar integral, el soldado bolivariano debe, en toda circunstancia, obedecer a los elevados sentimientos de disciplina, honor y abnegación en el cumplimiento de su deber.

Sin embargo, esas fuerzas morales tan necesarias y vitales para la victoria son, por su propia naturaleza, opuestas al instinto básico de conservación, que, por el contrario, impulsa al hombre a evitar el peligro, a buscar su comodidad y la satisfacción inmediata de sus necesidades básicas. Precisamente, las fuerzas morales deben servir como contrapeso, como dique de contención, para resistir esas tendencias innatas cuando se oponen al cumplimiento irrestricto del deber para con la Patria. Por supuesto, para lograr que el individuo se sobreponga a su instinto de conservación en aras de un bien superior, se requiere que se sienta impulsado por móviles muy poderosos, por ideales elevados y convicciones profundas que hagan germinar en su espíritu la noble idea del sacrificio y le permitan soportar sin debilidades, hasta el límite de sus fuerzas físicas y mentales, las miserias, los sufrimientos y los peligros inherentes al estado de guerra. Asimismo, estas fuerzas morales le permiten resistir a las múltiples influencias internas y externas, materiales y psicológicas, que tienden a desviar o desvirtuarlo del cumplimiento cabal de sus deberes como soldado y ciudadano.

Cuando las guerras eran frecuentes, la educación moral de la tropa parecía realizarse, en cierta medida, por sí sola. Oficiales y Soldados estaban casi permanentemente en campaña, y adquirían, por la fuerza de los acontecimientos, la cohesión, la disciplina y el endurecimiento necesarios en el fragor del combate. Los jóvenes Oficiales se formaban en la práctica, al lado de otros más experimentados, envejecidos en campañas anteriores, aguerridos y diestros en el oficio militar. Los soldados, por su parte, se forjaban al calor de las batallas, desarrollando el valor y la disciplina en la acción misma. Pero hoy, en un contexto de paz relativa o conflictos de baja intensidad, no sucede tal cosa con la misma espontaneidad. Las grandes guerras, los conflictos a gran escala, se alejan cada vez más en el tiempo, aunque las amenazas a la soberanía persisten y se transforman. Y así, se impone con urgencia la necesidad de aprovechar al máximo la instrucción y el adiestramiento en tiempo de paz. Y, aun así, por más voluntad y esfuerzo que se pongan, se constata que estos recursos, por sí solos, resultan insuficientes para infundir en la tropa esa sólida disciplina de guerra, ese temple moral indispensable. Esta disciplina y este temple solo pueden ser logrados plenamente mediante una sólida, constante y profunda educación moral integral, fundamentada en los principios y valores que definen nuestra identidad nacional y revolucionaria.

Las fuerzas morales en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana constituyen, en definitiva, los más poderosos y determinantes factores de la victoria en cualquier escenario y frente a cualquier adversario. Son ellas las que vivifican y potencian el empleo de los medios materiales; son ellas las que inspiran todas las decisiones, grandes y pequeñas, de los Jefes en el campo de batalla; y son ellas las que presiden y dan sentido a todos los actos de valentía, sacrificio y abnegación de la tropa.

3. LA MORAL DEL EJÉRCITO EN RELACIÓN CON LA DEL PUEBLO.

Los deberes para con la patria no se cumplen enteramente con la sola prestación de un servicio regular y mecánico; es indispensable que el entusiasmo fervoroso y un gran ideal patrio se apoderen del alma colectiva tanto del pueblo como de su Ejército. Mientras no se reúnan y armonicen estas condiciones, no debemos esperar la consecución de gestas verdaderamente grandes. Es necesario que el soldado bolivariano sea imbuido por ese entusiasmo y esa pasión que le son indispensables para cumplir sus deberes con serenidad inquebrantable, en cualquier momento y sin titubeos, incluso frente a la complejidad de los escenarios modernos.

Hoy en día, existen razones fundamentales que explican por qué el valor intrínseco de las instituciones militares depende, en gran medida, de la moral y el temple de la nación a la que sirven. La primera es que, en un país democrático y soberano, es la nación misma, a través de sus mecanismos legítimos, la que establece y define su organización militar, reflejando en ella sus valores y aspiraciones. La segunda razón, de vital importancia en nuestra realidad, al integrar al ciudadano común al componente armado, trae consigo al seno del Ejército la moral que prevalece en la nación, una influencia poderosa que impacta directamente en el valor militar y la cohesión de la tropa.

Cuando un país disfruta de un largo período de paz, corre el riesgo de caer en una confianza engañosa, un adormecimiento que puede llevar a la atrofia de los sentimientos viriles y la capacidad de resistencia, si esta peligrosa influencia no es contrarrestada activamente por una educación moral robusta y constante. El despertar de un sueño de tal naturaleza suele ser amargo y doloroso, pues la nación se ve de pronto enfrentada a un peligro real en el que no creía o que se negaba a reconocer. Particularmente, un país como el nuestro, bendecido con riquezas potenciales que despiertan ambiciones externas, puede estar expuesto a realidades muy duras, debiendo encontrarse siempre en guardia, vigilante y preparado contra las posibles amenazas y agresiones, incluso aquellas que se manifiestan en las formas no convencionales de la guerra moderna.

Puede afirmarse, sin temor a equivocarnos, que la moral del Ejército es un espejo que refleja la moral de la Nación. Si esta última no abriga en su seno seguridad, confianza en sí misma y fe en su destino, sin las cuales una tropa está vencida antes de iniciar el combate, es inútil esperar que la victoria corone los esfuerzos y sacrificios de sus soldados en el campo de batalla.

La movilización masiva de todo un pueblo en tiempo de guerra, si bien es necesaria para la Defensa Integral de la Nación, puede ofrecer inconvenientes que impactan la moral de su Ejército. En primer término, la formación rápida de un gran número de nuevas unidades, a menudo sin una tradición previa o lazos sólidos de camaradería, puede ser nefasta para el espíritu de cuerpo y, por consiguiente, para la moral del conjunto de la fuerza. Pero el mayor peligro, respecto a estas tropas de reserva o de movilización, reside en su brusco y a veces traumático paso de la vida civil a la militar, un cambio que exige una adaptación profunda y rápida.

Entre nosotros, es imperativo prestar suma atención a este aspecto crucial de la influencia de la moral del pueblo sobre la de las tropas. Por razones de todos conocidas, los contingentes anuales que cumplen el Servicio Militar pueden no abarcar la totalidad de individuos aptos, dejando a una parte significativa de la población sin la preparación física y moral que la vida militar proporciona. De esta manera, muchas unidades de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, al movilizarse para la guerra, podrían contar con un encuadramiento relativamente pequeño de hombres y mujeres con el temple y la educación militar necesarios para afrontar la dura realidad del conflicto. Adicionalmente, numerosos cuerpos de reserva podrían estar conformados por individuos sin una educación moral militar previa. Por consiguiente, este es un motivo poderoso y determinante para suplir cualquier posible deficiencia numérica con una elevadísima calidad moral en los hombres y mujeres que se incorporan al Ejército. Cada combatiente forjado en los valores bolivarianos deberá servir de ejemplo y guía para muchos que solo conocerán la vida militar cuando la guerra se presente de forma súbita e implacable.

Es importante destacar que no es durante la fase victoriosa de una guerra, cuando el entusiasmo puede enmascarar las debilidades, sino en los duros trances de la derrota o la adversidad prolongada, cuando se aprecia con mayor claridad y crudeza la relación íntima que existe entre las fuerzas morales del pueblo y las de su Ejército.

La derrota de un Ejército moderno rara vez es un simple colapso táctico; es, más bien, la expresión de la descomposición de un conjunto psicológico y moral más elevado, el reflejo del aniquilamiento de la unidad colectiva nacional y la reanimación del individualismo egoísta. La unidad psicológica nacional, a pesar de sus elementos culturales y racionales, se forja y se sostiene, en gran medida, a base de entusiasmo y fe, pero este entusiasmo es difícil de mantener incólume durante un conflicto prolongado y desgastante. Es durante esta crisis moral cuando los sentimientos egoístas y las tendencias individuales ascienden rápidamente al primer plano, minando la cohesión. A la indiferencia general hacia el destino colectivo sigue muy pronto la influencia corrosiva de fuerzas de otro orden (económico, psicológico, social) que se exteriorizan primero por un disgusto colectivo y luego por sentimientos de horror y de odio hacia la guerra misma y quienes la dirigen.

El materialismo, al presentar el bienestar individual como el único objetivo razonable de la vida y el sacrificio en aras de la patria como una funesta tontería o una imposición ilegítima, es susceptible de tener una repercusión profunda y devastadora en la moral de un pueblo, especialmente cuando este carece de los elementos básicos para la vida o enfrenta dificultades extremas para continuar la lucha. Y los peligros que acarrea tal doctrina se incrementan exponencialmente cuando, en una guerra de larga duración, es necesario llamar nuevos contingentes a las armas, incorporando a ciudadanos no plenamente formados en el ideario patrio. Estos peligros también se manifiestan bajo la influencia de las ideas con que retornan a las filas quienes han salido con permiso, la información o desinformación contenida en las cartas y los periódicos del interior, pues la retaguardia, alejada del frente, pero bombardeada por la guerra mediática y psicológica, es más impresionable y se encuentra espiritualmente más vulnerable a asimilar la propaganda disolvente del enemigo.

Por otra parte, estos momentos de dificultad son precisamente aquellos en que la propaganda enemiga se muestra más activa y agresiva. Sus acciones están encaminadas a fomentar por todos los medios posibles las disensiones políticas y sociales internas, a exagerar la miseria económica que pueda estar sufriendo el pueblo como consecuencia de la guerra económica, y a alentar la corrupción general y los antagonismos regionales, buscando fracturar la unidad nacional.

Hay que buscar, pues, las fuerzas morales de la nación y del Ejército en la elevación constante de los corazones, en el cultivo del espíritu patrio y en la fiel observancia de la psicología humana y colectiva. Sin fuerzas morales sólidas, los pueblos se degradan y pierden su capacidad de resistir y proyectarse. Por el contrario, a medida que estas fuerzas son más poderosas y arraigadas en el alma de la nación, el ciudadano convertido en soldado rendirá a la patria una mayor consagración, cumplirá con mayor fidelidad y gallardía el intransigente deber militar, y la nación en su conjunto estará mejor preparada para enfrentar y vencer los desafíos de la guerra en cualquiera de sus manifestaciones.

4. CLASIFICACIÓN DE LAS FUERZAS MORALES.

Las fuerzas morales que impulsan y cohesionan a los pueblos y a sus ejércitos son numerosas y variadas, manifestándose de distintas maneras según los caracteres étnicos, culturales e históricos de cada nación. Sin embargo, para su mejor estudio y comprensión, pueden ser agrupadas en dos categorías principales y claramente definidas: las fuerzas naturales y atávicas, y las fuerzas adquiridas. Las fuerzas adquiridas, a su vez, comprenden aquellas que pueden desarrollarse en el individuo entre el nacimiento y la edad adulta, a través de la educación formal e informal, y, por otro lado, aquellas que se inculcan y fortalecen en el hombre ya formado durante su vida militar activa.

La primera categoría, la de las fuerzas naturales y atávicas, está formada por las fuerzas particulares inherentes a la raza, al acervo cultural y genético de un pueblo. Son, en gran medida, fuerzas inconscientes, pulsiones profundas que están arraigadas en la especie humana por tendencias atávicas, herencia de generaciones pasadas y de la experiencia colectiva. Su conocimiento y comprensión exigen el estudio profundo de la psicología social y de la historia de los pueblos para poder discernir y entender las reacciones colectivas en los períodos de crisis que han atravesado, y para conocer las características individuales y de conjunto del primer y más fundamental elemento que constituye los ejércitos: el hombre y la mujer que lo integran.

La segunda categoría está constituida por las fuerzas morales que se adquieren a lo largo de la vida. Principalmente, se desarrollan por medio de la educación recibida durante los primeros años formativos del individuo, tanto en el seno familiar como en las instituciones educativas, donde se inculcan valores cívicos y patrióticos. Una parte fundamental de estas fuerzas adquiridas se cultiva también en el curso del servicio militar, siendo estas últimas las que tienen una particular e ineludible importancia para los Oficiales de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, porque su desarrollo y consolidación en la tropa son de su exclusiva competencia y responsabilidad. Estas son las fuerzas que es preciso cultivar, fomentar e incrementar de manera constante en el individuo, en general, y en el soldado, en particular. El objetivo es lograr de este último el máximo rendimiento, la mayor entrega y el más alto sacrificio dentro de un medio organizado y exigente como lo es el ejército, y para orientarlo resueltamente hacia la realización de hechos y acciones que materialicen el arraigo profundo que debe tener en el corazón y la mente del soldado el amor a la patria, ese supremo ideal que significa la existencia del hombre sobre la tierra y le confiere un propósito trascendente.

Ambas categorías de fuerzas morales, las naturales y las adquiridas, se relacionan intrínsecamente con el papel de educador que corresponde al Oficial en la sociedad y, de manera específica, en el ejército moderno. Una labor que se torna cada vez más difícil y compleja a medida que el refinamiento material de los pueblos aumenta y que fuerzas antagónicas en apariencia, pero en realidad afines en su propósito de fragmentar y debilitar, propugnan una civilización basada únicamente en el bienestar material, el consumismo y el predominio de unas clases o intereses sobre otros. Estas tendencias buscan menoscabar la elevación moral y la unidad nacional, precisamente los pilares que fortalecen a los pueblos y los hacen capaces de defender su soberanía y su dignidad frente a cualquier adversario en el complejo escenario de la guerra contemporánea.

5. FUERZAS NATURALES Y ATÁVICAS

Las fuerzas naturales y atávicas son aquellas que caracterizan de manera distintiva a una raza o a un grupo humano con una larga historia y experiencia común. En cuanto a las fuerzas morales adquiridas, puede afirmarse que todos los pueblos que poseen una organización social análoga las desarrollan en

cierto grado, variable según su mentalidad general y sus costumbres particulares.

Es evidente que algunas razas o grupos étnicos poseen cualidades naturales específicas que otras no tienen, y viceversa. Esto es particularmente cierto para las agrupaciones sociales que cuentan con una larga existencia común y han compartido condiciones de vida análogas, lo que les permite construir un estado homogéneo con una identidad cultural y moral definida. Sin embargo, en los pueblos que todavía se encuentran en proceso de formación o consolidación de su identidad nacional, las cualidades naturales pueden variar significativamente según los diversos grupos étnicos que los componen, y es posible que no presenten una armonía o una fuerza de conjunto inicial.

Con el tiempo y a través de la convivencia, el mestizaje y la construcción de una historia compartida, estas cualidades pueden fusionarse, dando origen a la postre a fuerzas morales comunes. La potencia de estas fuerzas morales compartidas confiere al país que las posee una cohesión real y profunda, creando facultades guerreras y una capacidad de resistencia colectiva susceptibles de asegurar su existencia y su superioridad frente a los desafíos externos. No obstante, es fundamental comprender que un pueblo logra adquirir y consolidar estas fuerzas morales comunes principalmente cuando las condiciones de existencia y las oportunidades para las diversas fracciones que lo componen difieren poco entre sí, y, crucialmente, cuando estas fracciones se sienten parte de la nacionalidad por su propio y libre consentimiento, identificándose con un proyecto común.

Las cualidades nativas o innatas de una raza o grupo étnico están estrechamente relacionadas con las particularidades del clima, la geografía y el suelo que habita. En un país como Venezuela, de extensión territorial considerable y con una diversidad de climas, paisajes y modos de vida, estas cualidades no pueden ser uniformes en todo el territorio. Esta realidad se acentúa si se tienen presentes las diferencias de vida que históricamente han separado a las distintas regiones del país, así como la pronunciada y enriquecedora diversidad étnica de sus pobladores, resultado de un mestizaje fecundo.

Es por esta misma causa que nuestro pueblo venezolano, a pesar de poseer un potencial moral inmenso, puede no presentar aún en su conjunto una total homogeneidad en cuanto a ciertas cualidades comunes definidas. Esto se traduce, en ocasiones, en una cierta falta de cohesión nacional que es imperativo superar activamente. La vía para lograrlo pasa por el progreso general equitativo, por una educación escolar que fomente los valores patrios y la unidad en la diversidad, y principalmente por la labor encomendada al Oficial de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana en la educación moral y cívica de la tropa y del pueblo en general. Esa cohesión nacional se va obteniendo y fortaleciendo, particularmente, mediante el desarrollo de la personalidad individual en armonía con el colectivo, el cultivo de la alegría y el ardor

contagiosos, el fomento de un sano amor propio individual y colectivo, el deseo genuino de distinguirse por el servicio a la patria y el amor a la gloria de la nación. Es necesario perseverar en esta labor hasta hacer de estos sentimientos una tradición arraigada en el alma venezolana.

La cohesión nacional, ese bien supremo y máspreciado de los objetivos conductores de los pueblos verdaderamente libres, es una fuerza moral de primer orden. Constituye la base inexpugnable del poderío nacional y permite a la nación desafiar cualquier ataque, cualquiera que sea su naturaleza o magnitud, quebrantándolo por completo. Sin embargo, al recorrer las gloriosas páginas de la historia nacional, encontramos confirmación de las cualidades morales innatas de nuestro pueblo, de esa savia indomable que ha corrido por las venas de nuestros ancestros. Un pueblo que, en el apogeo de su grandeza libertaria, llevó sus armas victoriosas hasta remotas fronteras, sembrando la libertad en el continente. Un pueblo que, durante la conquista y el coloniaje, opuso en ocasiones una resistencia fiera y decidida al invasor, provocando levantamientos audaces en pro de su libertad política y su dignidad. Un pueblo que luego se mostró digno heredero de sus ancestros indígenas y precolombinos en las épicas jornadas de la independencia, y cuyo afán guerrero y libertario supo conquistar, tras penalidades sin cuento y sacrificios supremos, lauros inmortales de victoria combatiendo incansablemente por la libertad de América.

Igual tradición de virtudes raciales y personales trajo consigo el conquistador europeo, tenaz en la empresa y valiente en el peligro, aunque a menudo de espíritu inquieto y egoísta en sus fines últimos. Sus huestes pasearon su gallardía por los campos de batalla del viejo y el nuevo mundo con una determinación que, en muchos aspectos, no ha sido superada hasta hoy.

De manera que, con tan buenos y honrosos antecedentes históricos y raciales, poseemos un material humano de primera calidad para echar las bases sólidas de un espíritu nacional robusto y cohesionado. Este espíritu, para manifestarse en toda su potencia y dar una fisonomía clara a la conciencia nacional, solo requiere cohesionarse de manera efectiva mediante la combinación armónica de todas las actividades y energías hoy dispersas. El culto consciente y permanente por las glorias del pasado, por las hazañas de nuestros héroes y heroínas, conferirá a la nacionalidad venezolana una vitalidad y una resiliencia que resistirán cualquier embate o desafío de los acontecimientos históricos en el continente y en el mundo. La fe inquebrantable en el porvenir, en la construcción de una patria justa, libre y soberana, le otorgará una energía capaz de todas las audacias y de todas las reacciones viriles que impongan los sucesos del devenir histórico en el complejo escenario global.

En esta tarea evolutiva de forjar y fortalecer el alma nacional, una tarea que puede intensificarse al máximo para lograr frutos apreciables en un corto período de tiempo, le toca al Oficial de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana

un papel singularísimo y de una responsabilidad histórica inmensa. Principalmente porque un alto porcentaje de los hombres y mujeres que pasan bajo banderas provienen de las masas populares, incluyendo amplios sectores campesinos, constituyendo una materia prima de un valor incalculable, moldeable a voluntad para infundirles el espíritu y los valores que la patria requiere.

Las fuerzas morales nativas y atávicas se manifiestan, es preciso repetirlo, sin una intervención directa y consciente del medio en que se vive en el sentido de su creación ex nihilo; son, más bien, el producto del sedimento histórico y cultural acumulado a través de la acción lenta pero constante del tiempo, un sedimento que se va enriqueciendo a lo largo de las generaciones con la práctica y el desarrollo de virtudes de toda especie, forjando el carácter colectivo.

6. FUERZAS ADQUIRIDAS EN EL HOGAR EN LA ESCUELA

No ocurre de la misma manera con las fuerzas morales adquiridas conscientemente en el curso de la existencia familiar y en la vida escolar. Si bien estas son fundamentales para la formación del ciudadano, su influencia inicial, en términos de arraigo profundo, puede durar menos tiempo que la fuerza telúrica de la tradición y el atavismo histórico. Su potencia, si bien significativa, no puede compararse con la de estas fuerzas primigenias. Sin embargo, si las fuerzas morales adquiridas actúan en el mismo sentido que la tradición y el atavismo, pueden reforzarlos de manera apreciable, creando una sinergia poderosa. Y si obran en sentido inverso, aunque no logren debilitar las fuerzas atávicas sino momentáneamente y en una proporción ínfima, pueden generar contradicciones internas en el individuo y en la sociedad. Por ello, es un deber patriótico procurar celosamente que la educación impartida en el seno de la familia y en la escuela no esté en contradicción, sino en armonía, con la tradición histórica, con las cualidades nativas de la raza venezolana y con los valores fundamentales de nuestra identidad nacional.

Sin embargo, a causa de la impresionabilidad particular de determinados sectores de nuestra nación, a veces propensos a exagerar el impacto de las ideas nuevas o foráneas, en los países jóvenes como el nuestro adquiere un relieve aún mayor y una importancia estratégica la adecuada inculcación de fuerzas morales sólidas desde el hogar y la escuela. Una práctica continuada y orientada irá cristalizando, aunque sea paulatinamente, un espíritu nacional fuerte, decidido y cohesionado, basado en un intenso patriotismo, en el orgullo por lo que es propio de nuestro país, por nuestra cultura, nuestra historia y nuestros logros. A este respecto, debemos analizar profundamente, para emular sus aspectos positivos, la labor desarrollada en la familia y la escuela de otras naciones que han logrado forjar un espíritu nacional robusto, trabajando para desarrollar y reforzar las cualidades nativas de su pueblo en función de un proyecto nacional.

Padres y maestros, en una labor conjunta y coordinada con las instituciones del Estado y la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, tienen la alta responsabilidad y la oportunidad histórica de contribuir de manera decisiva a desarrollar esa fuerza moral indispensable en el ciudadano de una nación que aspira a vivir sus propios destinos con plenitud y soberanía. Un ciudadano que siente orgullo por su país, que tiene conciencia clara de la fuerza material y moral que le corresponde y debe corresponderle en el concierto de los pueblos libres del mundo, y que abriga la convicción profunda y la determinación inquebrantable de hacer por su patria otro tanto, e incluso más, de lo que hicieron sus héroes y heroínas ancestrales, forjadores de nuestra independencia y soberanía.

7. FUERZAS ADQUIRIDAS EN EL SENO DEL EJÉRCITO

Toca ahora abordar las fuerzas morales cuyo despertar, cultivo y desarrollo son propios y distintivos de la vida militar. Estas fuerzas constituyen la parte más importante y decisiva en la preparación para la guerra, forjando el temple del combatiente. Entre ellas destacan: El espíritu de cuerpo, la camaradería, la disciplina y la subordinación, virtudes cardinales que se interrelacionan y se profundizan con la experiencia, y que serán tratadas con mayor detalle en su oportunidad dentro de este manual.

Algunas de estas fuerzas morales son propias y exclusivas del Arma, Servicio o Cuerpo al que pertenece el soldado, generando una identidad y un orgullo particular. Otras son comunes a todas las Armas y Servicios, y deben tener un desarrollo y una potencia considerable para asegurar la convergencia y la unidad de los esfuerzos en el campo de batalla, elementos indispensables para alcanzar el éxito esperado frente al adversario.

Las primeras constituyen lo que tradicionalmente se denomina espíritu de cuerpo, esa manifestación del amor propio colectivo del soldado en todos los tiempos y latitudes, que cifra su orgullo y su identidad en formar parte del Arma o Cuerpo al que pertenece, sintiéndose parte de una estirpe de guerreros con historia y tradiciones. Esta fuerza moral, cuando es mantenida dentro de sus justos límites por Jefes dotados de tacto, sabiduría y liderazgo, produce una emulación saludable y competitiva entre las unidades, y es indispensable para mantener un elevado nivel moral, un valor combativo individual y colectivo de los cuerpos que conforman la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Un Jefe hábil, imbuido del verdadero espíritu militar y patriótico, debe hacer comprender a los individuos de alguna Unidad que se haya distinguido singularmente por su valor o sus logros en el combate, que los laureles alcanzados, la gloria obtenida y el reconocimiento merecido no les corresponden exclusivamente a ellos como individuos aislados, ni son producto de la mera suerte por haberles tocado en suerte realizar un hecho notable. Por el contrario, debe inculcar la convicción de que dichos laureles son patrimonio común del cuerpo respectivo, fruto del esfuerzo y el sacrificio colectivo, y, fundamentalmente, patrimonio de la Nación.

El verdadero Espíritu de Cuerpo, esa fuerza moral poderosa, fecunda y vital para la cohesión militar, se inculca y desarrolla sin constituir un particularismo peligroso, poniendo de manifiesto que los hechos gloriosos realizados en el pasado por una unidad de tropa, y aquellos que le reserva el porvenir en defensa de la patria, no son sino el resultado y la culminación del esfuerzo común, del trabajo de equipo y del sacrificio colectivo, y que el honor del acto glorioso pertenece, en última instancia, al conjunto y la Unidad.

Tratándose de una Gran Unidad, de una agrupación de diversos elementos y Armas, el Espíritu de Cuerpo que expresa su estado inicial se crea y se fortalece haciendo conocer de todas las armas y servicios la historia, las tradiciones y los logros de cada una de las partes que la componen. Esto busca provocar el estímulo mutuo, el respeto entre iguales y la emulación noble que eleve el desempeño de todos. El Espíritu de Cuerpo, así entendido y cultivado, conduce directamente al aumento del sentimiento de camaradería, que es la fuerza más simple y pura del instinto social, una fuerza moral indispensable en el militar, cualquiera que sea su grado jerárquico. Este sentimiento de camaradería debe ser tan poderoso y natural que llegue a dominar las diferencias individuales y los particularismos, para convertirse en el instinto de la ayuda recíproca, ese sentimiento elevado y desinteresado que es el único capaz de hacer desaparecer la envidia, el egoísmo y todas las pasiones vergonzosas que, en muchas ocasiones a lo largo de la historia militar, han comprometido el éxito de la guerra, conduciendo a verdaderos desastres. El desarrollo consciente y constante de esta fuerza moral, la camaradería de combate, constituye el principal objetivo y el cimiento de la disciplina y de la subordinación, virtudes cardinales que, en sí mismas, resumen y expresan toda la educación militar integral.

La disciplina es un elemento indispensable para el funcionamiento armónico y eficaz de toda colectividad organizada, y en lo que concierne a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, es el conjunto de los deberes que, en todos los grados y jerarquías, deben cumplir los militares respecto de los superiores a quienes se debe obediencia y respeto, de los iguales a quienes se debe ofrecer la camaradería y la solidaridad, y de los subordinados a quienes se debe dar el ejemplo constante de virtud, profesionalismo y compromiso patrio.

La obediencia en el ámbito militar debe ser completa e incondicional en lo referente a la misión y a las órdenes legítimas, pero esto no significa, bajo ningún concepto, que deba ser una obediencia pasiva, una palabra nefasta que debería desaparecer del vocabulario militar bolivariano. Por el contrario, la obediencia debe ser esencialmente activa, inteligente y consciente, como corresponde al soldado y al Oficial que tiene confianza en sí mismo, en sus capacidades y en sus Jefes. Una obediencia que emana de la convicción y del deseo sincero de poner toda su energía, su inteligencia y su iniciativa en la ejecución de las órdenes recibidas, buscando siempre el mejor medio para alcanzar el objetivo. La disciplina, en su concepción más elevada, debe

interpretarse como una orgullosa obediencia en el cumplimiento del deber, una obediencia que significa al que manda y enaltece al que obedece.

Esta obediencia activa, que trasciende la mera ejecución mecánica, se obtiene de manera natural y efectiva cuando se posee el instinto arraigado de la ayuda recíproca, también designado como camaradería de combate. Este constituye un sentido fundamental que todo militar debe poseer, un entendimiento claro de que la victoria en la guerra moderna, con sus frentes interconectados y sus operaciones multidimensionales, se obtiene por la convergencia coordinada de todos los esfuerzos, individuales y colectivos, en función de las facultades y capacidades de cada uno. La camaradería de combate es una fuerza moral vital que debe inculcarse y fomentarse activamente en todos los elementos militares, desde la instrucción básica hasta el adiestramiento de las unidades más especializadas.

Debe notarse que no se trata solamente de obtener el enlace moral y la cohesión dentro de un mismo cuerpo de tropa o una misma Arma, sino también y fundamentalmente, entre las unidades de distintas Armas, Servicios y Componentes que combaten lado a lado en un mismo teatro de operaciones. Es imprescindible que cada unidad y cada individuo tengan el espíritu dispuesto a prestar ayuda inmediata y desinteresada al vecino, a la unidad hermana, si este lo necesita, con la plena seguridad y confianza de que este hará lo propio en circunstancias análogas. Aunque son principalmente los Oficiales y los Tropas Profesionales los encargados de tomar las medidas necesarias para articular y dar ese apoyo recíproco, es fundamental que el sentimiento profundo de camaradería esté completamente anclado en el espíritu de todos los integrantes de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, desde el General en Jefe hasta el último soldado alistado. Solo la convergencia inteligente y coordinada de los esfuerzos, impulsada por la camaradería y la unidad de propósito, puede reducir al máximo las pérdidas de fuerza viva, preservar las capacidades de combate y asegurar el funcionamiento armónico y eficaz del organismo militar, un funcionamiento que es el resultado directo de una disciplina consciente y una subordinación voluntaria, sin las cuales no se concibe que pueda existir una verdadera fuerza de conjunto capaz de imponerse al adversario. El hombre es egoísta por naturaleza y, a veces, incluso por la influencia de una educación orientada al individualismo; de modo que no es fácil que penetre profundamente en su espíritu y en su corazón ese instinto de la ayuda recíproca y de la camaradería, virtudes que implican una gran abnegación, un sacrificio del interés personal en aras del bien colectivo.

La enseñanza consciente y reflexiva de la historia militar, tanto nacional como universal, facilita enormemente la tarea del educador militar en este aspecto crucial de la vida castrense. La historia resalta, por un lado, la grandeza y los beneficios tangibles (materiales y morales) de los ejemplos de ayuda recíproca, de unidades que se apoyaron mutuamente para obtener la victoria en combates decisivos. Por otro lado, evidencia las desastrosas consecuencias que han acarreado en algunos ejércitos la falta de cultivo de

esta importante fuerza moral, conduciendo a derrotas y sacrificios innecesarios. Pero la tradición histórica, aunque juega un papel esencial en la formación moral de un ejército, no impresiona al individuo únicamente por el conocimiento frío de los hechos históricos en sí mismos, sino por el sentimiento de continuidad y pertenencia que esos hechos imponen, por la conexión emocional con las gestas de los ancestros. Este sentimiento de continuidad histórica crea entidades morales poderosas y da al sacrificio individual en el presente un sentido noble y trascendente que une el pasado glorioso con el porvenir prometedor. El goce y el orgullo por las victorias alcanzadas en el pasado infunden en el soldado la convicción, casi instintiva, de la invencibilidad de su fuerza moral, y le da la medida de su propia importancia individual en la magnitud del esfuerzo y el sacrificio que se le exige para mantener viva esa tradición de triunfo.

La necesidad de enlazar y coordinar los esfuerzos, tanto materiales como morales, es conveniente hacerla tangible y evidente en las maniobras y ejercicios de adiestramiento, principalmente cuando actúan de manera conjunta diferentes armas y servicios que deben apoyarse mutuamente para alcanzar el objetivo común. Es en estas prácticas donde se puede mostrar claramente a la tropa la necesidad vital de coordinar los esfuerzos, de actuar como un solo puño, sobre todo en el avance coordinado contra el enemigo o en la defensa conjunta de una posición.

Todo superior, en ejercicio de su mando, debe tener el cuidado y la firmeza de sancionar, de manera justa y oportuna, las faltas de actividad, la inercia o la falta de iniciativa en las oportunidades en que se debe actuar con prontitud y determinación. Asimismo, es su deber exaltar, reconocer y recompensar públicamente a aquel que no ha dudado en cumplir su deber, aun a riesgo de enfrentar un gran peligro personal. Así es como se obtiene y se mantiene una disciplina férrea, indispensable para la guerra moderna, una disciplina que no consiste, como creen algunos espíritus miopes y superficiales, en el rigor implacable e inhumano para castigar las faltas en campaña. Por el contrario, la verdadera disciplina constituye el conjunto de las fuerzas morales adquiridas y cultivadas intensamente en tiempo de paz para templar los caracteres, forjar la voluntad y dotar a los hombres de la capacidad de hacer grandes cosas y lograr la victoria a pesar de la adversidad, del caos y de las pérdidas inherentes al combate.

Una de las fuerzas morales fundamentales e indispensables que integran y sustentan la disciplina es la subordinación. Esta virtud esencial une los diferentes escalones de la jerarquía militar, asegurando la comunicación fluida y precisa, la transmisión inequívoca y la ejecución oportuna de las órdenes del Jefe en todos los niveles, así como la transmisión veraz y eficaz del resultado de dichas órdenes y de la situación en el terreno. Esta corriente ininterrumpida de información y mando, similar a la circulación sanguínea en el cuerpo humano, es lo que asegura la vida, la coherencia y la operatividad del organismo militar. A tal efecto, debe ser establecida y mantenida con el método,

la claridad y la unidad de doctrina indispensables para el buen funcionamiento del conjunto. La subordinación tiene por base, por un lado, el respeto irrestricto que el superior debe profesar a la jerarquía que representa, a la dignidad del subordinado y a la iniciativa bien intencionada y fundamentada de este último. Por otra parte, exige del subordinado la obediencia indiscutida a la orden legítima del superior y la consagración absoluta e incondicional al cumplimiento de sus deberes.

Pero no basta que nuestro soldado bolivariano adquiera todas y cada una de las fuerzas morales indispensables que hemos mencionado; es menester, además, que las posea en un grado superior al adversario potencial, para tener la certidumbre, la garantía moral, de que llegado el caso, sabrá conservar con energía inquebrantable el patrimonio sagrado de la nación y defender con éxito su soberanía. Al lado de los factores morales educativos, aquellos que se enseñan y se aprenden, existen otros de orden afectivo, de naturaleza emocional, tales como el sentimiento de superioridad –material o moral– que abriga el soldado sobre sus enemigos, una convicción que potencia su arrojo y su determinación.

Si bien es cierto que el número de efectivos, en la guerra moderna, ha perdido parte de la importancia táctica decisiva que tenía en conflictos pasados, dada la letalidad y el alcance de las armas contemporáneas, ha conservado, e incluso aumentado, toda su significación psicológica. La superioridad numérica, cuando se acompaña de una moral elevada y una organización eficaz, otorga al individuo que forma parte de esa masa un sentimiento de poder irresistible, de invulnerabilidad casi mística. Sus propias fuerzas individuales parecen multiplicarse exponencialmente por las del conjunto al que pertenece. Así, en las paradas militares, los desfiles cívicos y otras manifestaciones de la fuerza y la cohesión, que son como la vivificación simbólica del número y la unidad, el soldado experimenta una sensación de poder colectivo que trasciende y minimiza el marco de sus temores personales.

Estas fuerzas morales superiores, cultivadas en el espíritu del soldado bolivariano y unidas a una buena instrucción militar de la masa y a la íntima y profunda convicción de la fatalidad y la necesidad de la guerra en el Oficial como garante de la paz, deben dar al país una Fuerza Armada Nacional Bolivariana de valor excepcional. Una fuerza capaz de enfrentarse con éxito a cualquier adversario, por más que este sea superior en fuerza material o tecnológica, porque la verdadera potencia reside en la unión de un pueblo, la determinación de sus soldados y la superioridad de su causa.

8. IMPORTANCIA DEL VALOR MORAL Y PROFESIONAL DEL MILITAR

La guerra, en sus diversas manifestaciones a lo largo de la historia y en la actualidad, forma parte de los acontecimientos que la humanidad, en su estado actual de evolución, no ha podido evitar completamente. Ante esta realidad ineludible, es un deber ineludible preverla y prepararse para soportarla en las mejores condiciones posibles, minimizando sus impactos y asegurando la

defensa de la nación. Todo ciudadano de un gran país que valora su soberanía y su libertad debe abrigar la convicción de la posibilidad de la guerra; pero es, sin duda, el militar de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana quien necesita sentir esta convicción de modo más imperativo y profundo. Su comprensión de la inevitabilidad potencial de la guerra confiere a su misión un carácter indispensable y vital para la supervivencia y el desarrollo del país.

La tarea encomendada al militar es vasta y exige un compromiso inquebrantable. Requiere un trabajo personal constante, una dedicación que va más allá del cumplimiento rutinario. Su misión no se reduce a enseñar la técnica de la profesión militar a sus subordinados, aunque esto sea fundamental. Aquel que reduce la Carrera Militar a esta simpleza la concibe como un mero oficio, cuando en realidad es un verdadero apostolado. Un apostolado que comienza por forjar su propio espíritu para la guerra, cultivando las virtudes y el temple necesarios; continúa preparando el espíritu de los contingentes anuales de alistados, brindándoles la educación moral y cívica tan difícil y necesaria en los tiempos actuales, caracterizados por la diversidad de influencias; y, por último, implica formar con excelencia los cuadros de mando inferiores, la espina dorsal de nuestras unidades.

La parte esencial de la misión del militar, esa entrega personal que trasciende lo meramente profesional, unida a la firme convicción de la posibilidad de la guerra como garante de la paz, constituyen las bases fundamentales en las que se apoya la fuerza moral del Jefe. Esta fuerza moral del líder, a su vez, sirve de base y sustento al resto de los factores morales que impulsan y cohesionan a la tropa. El propósito primordial de formar la conciencia militar, de cultivar su espíritu y su intelecto, es acumular en él toda clase de energías (morales, intelectuales y físicas) para poder desplegarlas a manos llenas en los momentos cruciales, cuando la suerte de la patria y la vida de sus hombres dependan de sus decisiones acertadas y valientes.

Es digno de admiración el cúmulo inmenso de conocimientos (materiales, técnicos, tácticos, pero sobre todo morales y humanos) que han debido adquirir los genios militares a lo largo de la historia para alcanzar la "ciencia del éxito", esa capacidad casi instintiva para discernir la acción correcta en el momento oportuno, que resume en sí todo el arte de la guerra. Por supuesto, son pocos los hombres que poseen la capacidad innata suficiente para adquirir tal cúmulo de conocimientos y experiencia en la primera mitad de su vida activa. Pero tampoco debe creerse, a la luz de la historia, que los grandes líderes militares han nacido ya completos y formados; por el contrario, a ellos les ha sido necesario trabajar incesantemente, con una disciplina férrea, para aplicar con éxito las enormes facultades mentales y morales con las que la naturaleza los ha dotado. Gracias a esas extraordinarias facultades pudieron asimilar y sintetizar toda clase de conocimientos teóricos y prácticos, distinguiéndose de aquellos que, aun bien dotados por la naturaleza, necesitan toda una vida de esfuerzo para lograr tanto. Pero, insistimos, esos grandes hombres, esos líderes que cambiaron el curso de la historia, han necesitado trabajar mucho,

con una dedicación inquebrantable. La leyenda de los generales espontáneos o intuitivos, aquellos que supuestamente nacen con el genio militar sin necesidad de estudio ni esfuerzo, es una mentira peligrosa y perjudicial. El genio de los grandes caudillos militares se ha forjado y se forja, fundamentalmente, por el trabajo incesante, la reflexión profunda y la experiencia acumulada.

Como el trabajo de formar su espíritu abarca casi todos los conocimientos humanos relevantes para comprender la complejidad del mundo y la naturaleza del conflicto, el militar necesita poseer una elevada cultura intelectual. Al militar le es indispensable una gran cultura científica, técnica y humanística que, complementada con la instrucción casi exclusivamente profesional recibida en las escuelas y academias militares, lo ponga en condiciones óptimas para trabajar con provecho, comprender el entorno estratégico multidimensional de la guerra moderna y tomar decisiones informadas.

Pero no hay que caer en el error de creer que lo que se estudia en las escuelas y academias militares, por completo que sea, basta por sí solo para formar militares dignos de tal nombre y de la alta misión que les espera. Tanto los profesores como los alumnos deben cuidarse de pensar que los cursos seguidos en estas instituciones constituyen la quinta esencia, la totalidad del arte de la guerra.

El objeto fundamental de la instrucción en los planteles militares es despertar la atención y la curiosidad intelectual de los alumnos, inculcarles una afición genuina por el estudio y el trabajo constante, y generar en ellos el deseo profundo de penetrar en el inmenso y complejo dominio del arte y la ciencia de la guerra en todas sus dimensiones. La enseñanza debe orientarse en el sentido de hacer conocer al alumno las interrelaciones del arte de la guerra con todas las ciencias humanas, de brindarle nociones claras sobre los principios generales que rigen la conducción militar, y de mostrarle cuán extenso y profundo es el campo en el que se le introduce, para que aprenda a ser modesto en su conocimiento y consciente de lo mucho que le falta por aprender. Más tarde, cuando llegue a los cuerpos de tropa y se enfrente a la realidad cotidiana, el militar podrá y deberá complementar la preparación escolar, necesariamente teórica en gran medida, por medio del trabajo personal diario, el estudio continuo y la reflexión sobre la práctica. En este trabajo constante, así comprobará muchas veces que algunas de las enseñanzas teóricas recibidas, aunque útiles como base, pueden ser insuficientes o ilusorias frente a la realidad cambiante del combate. Se dará cuenta de que nuevos factores, tecnológicos, sociales, culturales, intervienen constantemente en el arte de la guerra, y llegará a la conclusión fundamental de que la mejor y única manera de comprender y apreciar la influencia de estos factores, y de prepararse para ellos, consiste en analizar críticamente la historia militar (pasada y reciente, incluyendo los conflictos modernos) y sacar consecuencias personales, aplicables a su propia realidad.

Este procedimiento, el del estudio reflexivo, el análisis crítico de la historia y la aplicación práctica, es el único aplicable a todos los casos y el que puede arrojar resultados de verdadero valor para la formación del Oficial, principalmente en relación con la influencia profunda que han aportado a la conducción de la guerra los perfeccionamientos y la proliferación del material bélico moderno, incluyendo las guerras de cuarta y quinta generación.

Hoy más que nunca, en un mundo de amenazas multidimensionales y tecnologías disruptivas, es indispensable el conocimiento profundo del hombre, de su psicología individual y colectiva, el estudio constante de la historia militar en toda su amplitud y la reflexión crítica sobre la práctica. Esto es esencial para que el Oficial tenga bases sólidas en las que apoyar sus ideas, sus planes y sus decisiones, y para sacar provecho máximo de sus trabajos de estudio y adiestramiento. Y como el campo de sus estudios y responsabilidades es inmenso y siempre cambiante, el Oficial debe emprender investigaciones personales continuas, interesantes pero arduas, que le permitan estar a la vanguardia del conocimiento militar. Es fundamental notar que no le basta con aumentar la extensión de su propio saber; es su deber y su responsabilidad asegurar que sus subordinados directos también aprovechen el fruto de su trabajo, que se formen y crezcan bajo su guía. El militar debe ser, en esencia, maestro de sí mismo, un estudiante perpetuo; profesor y mentor de sus subordinados, formándolos no solo en la técnica sino también en la moral y el espíritu patrio; administrador eficiente y Jefe responsable de su Unidad, velando hasta en sus menores detalles por el bienestar, la moral y la vida del soldado bajo su mando. Todo esto debe realizarlo con una entrega total, sin consideraciones personales ni familiares que menoscaben el cumplimiento del deber sagrado para con la patria.

El trabajo intelectual, el estudio y la reflexión, si bien son esenciales para adquirir la ciencia de la guerra, no bastan por sí solos para cumplir esa larga tarea que es la conducción militar. La ciencia se adquiere principalmente por el estudio y el análisis, pero el arte de la guerra hay que practicarlo, vivirlo; es el resultado de la experiencia, de la vivencia directa de las situaciones de mando y combate.

En los tiempos actuales, influenciados por corrientes de pensamiento individualistas y materialistas, se esparcen teorías que señalan el bienestar individual y la satisfacción inmediata de los apetitos como el único objeto razonable de los esfuerzos humanos. Ahora bien, la guerra, por su propia naturaleza, nunca ha sido una situación propicia al bienestar y a la satisfacción material; por el contrario, exige incomodidad, privación y sacrificio. El éxito en la guerra, la victoria, solo puede coronarse cuando se la conduce con el mayor espíritu de sacrificio, con una abnegación que trasciende el interés personal, y con el más profundo menosprecio por el peligro y la comodidad. Tales ideas, tales principios de entrega y sacrificio, deben ser inculcadas activamente y de forma permanente a los subordinados desde tiempos de paz, preparándolos para la dureza del conflicto. Y esto no es posible, no resulta creíble ni

inspirador, si el Oficial no posee y demuestra él mismo tales cualidades, como si fueran connaturales a su ser. La enseñanza impartida con convicción, fundamentada en el ejemplo glorioso del pasado, en las gestas de nuestros libertadores y en las consecuencias claras que se deducen de la historia, preparan los espíritus para la asimilación de tales virtudes. Pero solo el ejemplo vivo, el ejemplo dado por el Oficial en las circunstancias más variadas y difíciles del adiestramiento y, llegado el caso, del combate, es capaz de hacerlas sentir profundamente en el alma de la tropa y de imponer su práctica. Tal es la razón fundamental por la cual se exige a todos los miembros de la institución militar la estricta observación de los reglamentos y una conducta intachable en los breves, pero intensos períodos de la vida militar que simulan las condiciones de una campaña real. Y es imperativo procurar que esos períodos de entrenamiento intenso, de maniobras y ejercicios en el terreno, sean lo más frecuentes y realista posible. Porque ellos brindan al Oficial la oportunidad inestimable de dar a su tropa ejemplo de resistencia a la fatiga, de energía física y moral, de entereza y buen ánimo frente a las privaciones, las pequeñas contrariedades y todas las dificultades inherentes a las marchas, los ejercicios y las maniobras en tiempos de paz.

Así, a través del entrenamiento constante y exigente, el militar puede entrenar y fortalecer su propia energía y resistencia, acostumbrándose a las condiciones penosas de la vida en campaña, mostrándose indiferente a las solicitudes del confort excesivo, que son, a menudo, la plaga que debilita a los cuerpos de tropa en operaciones o en maniobras prolongadas.

Al Oficial entrenado, aquel que ha forjado su carácter en la disciplina y la superación de las dificultades, le resulta natural y fácil dar ejemplos de resistencia y entereza a su tropa. Pero no ocurre lo mismo con aquel que no ha adquirido las costumbres y el temple de la vida en campaña desde el comienzo de su Carrera militar, y que no los ha conservado mediante un entrenamiento continuo y riguroso.

Si un militar no entrenado no es capaz de subordinar su servicio y el cumplimiento de sus deberes a ciertos hábitos arraigados de comodidad, deberá revestirse de una energía particular, de un esfuerzo de voluntad extraordinario para superar sus propias limitaciones. Pero, cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos conscientes, el militar no entrenado gastará una parte valiosa de su energía (física, mental y moral) en vencer esa tendencia a la comodidad, y siempre se encontrará en inferioridad de condiciones frente al Oficial que posee un entrenamiento adecuado y una formación integral.

Es justo y necesario, por supuesto, proporcionar a la tropa en guarnición todas las comodidades posibles que permitan los recursos disponibles, para asegurar su bienestar y recuperación. Esto otorga a los mandos el derecho moral de exigirle sacrificios, resistencia y máximo esfuerzo en las maniobras o en campaña, donde las condiciones son inherentemente más duras.

Por muy dura y exigente que sea la vida en maniobras y ejercicios de adiestramiento, no es sino un pálido reflejo de la vida real en campaña. En el entrenamiento, las dificultades de abastecimiento son mínimas o inexistentes, las privaciones son raras, no hay causas de depresión profunda inherentes al combate, ni se sienten los efectos reales y aterradores del fuego enemigo. Es principalmente en los cuerpos montados o unidades con mayor capacidad logística donde el Oficial debe ejercer una vigilancia aún mayor en el cumplimiento estricto de las disposiciones reglamentarias. Esto se debe a que su propia organización puede brindarles ciertas facilidades de vida que no conocen las tropas de infantería a pie, por ejemplo. Es vital que todas las tropas, independientemente de su Arma o Servicio, tengan la impresión de que todo marcha correctamente, que el apoyo fluye y que sus necesidades básicas están cubiertas. Esto aumenta la confianza recíproca entre las diferentes armas y servicios, estrechando los lazos morales indispensables en todo organismo militar moderno y eficiente.

Pero la exageración en todas estas cuestiones, tanto en la dureza innecesaria como en el descuido, es tan perjudicial como la falta de atención. El soldado, especialmente en ciertas unidades, solo debe preocuparse por el mantenimiento de su equipo y su propia preparación, mientras que el Oficial tiene una misión mucho más compleja y exigente, que reclama un mayor esfuerzo intelectual, una visión estratégica y una cierta presencia de espíritu, una lucidez mental, que únicamente se alcanza reduciendo su fatiga física a niveles manejables, conforme a los procedimientos que señala el reglamento al tratar sobre sus responsabilidades y prerrogativas.

Falta a su deber, y pone en riesgo el éxito de la misión, el Oficial que exagera su fatiga o sus privaciones, incluso con el fin laudable de dar buen ejemplo de resistencia, si al hacerlo compromete su capacidad operativa. Porque en el momento crucial en que tenga que ejecutar un trabajo propio de su categoría, una decisión vital o una acción que requiere toda su capacidad, podría no tener la energía, la claridad mental y la libertad de espíritu indispensables para ello. Un celo exagerado en este sentido, una falsa demostración de dureza que agota prematuramente las facultades, puede tener graves consecuencias para el éxito de una operación o una batalla. Por lo tanto, el Oficial no debe agotar sus fuerzas físicas y mentales innecesariamente, porque en cualquier momento puede presentarse una situación crítica que requiera un gran esfuerzo, una iniciativa audaz o una gran energía para el bien de todos y el éxito de la misión. Es precisamente en esos momentos de crisis cuando necesita la integridad de sus facultades, su lucidez y su fortaleza. De ahí la importancia de que el Oficial conozca bien su propia resistencia a la fatiga, que sepa cuánto puede dar de sí sin comprometer su fuerza moral, su capacidad de decisión y su poder de mando. Solo la experiencia, el autoconocimiento adquirido en el entrenamiento y la reflexión constante, pueden hacerlo conocer sus fuerzas, sus limitaciones y su temperamento.

El Oficial debe desplegar su energía y su voluntad inquebrantable en todas las circunstancias de la vida militar. Debe trabajar incesantemente para adquirir los conocimientos indispensables que lo conviertan en un Jefe capaz y un líder inspirador. Debe estar profundamente convencido de que su misión, tan grande por la amplitud de su saber cómo por la profundidad de su consagración a la patria, no tiene ninguna otra que le sea superior en el organismo social de la nación. Solo así logrará forjar y poseer esa poderosa fuerza moral que se denomina valor personal del Jefe. Este valor personal, unido a la firme convicción de la fatalidad y la necesidad de estar preparados para la guerra como garantía de la paz, forman la base sólida e inamovible de todas las fuerzas morales necesarias para la guerra, para la defensa integral de la nación y para la victoria.

9. INFLUENCIA DE LAS FUERZAS MORALES SOBRE LA INSTRUCCIÓN MILITAR

En lo que respecta a la instrucción militar propiamente dicha, que abarca el adiestramiento técnico, táctico y físico del soldado, y sus relaciones fundamentales con las fuerzas morales, es imperativo tener siempre presente que estas últimas constituyen su cimiento más sólido e indispensable. Es sobre la base de unas fuerzas morales robustas que se logra que el soldado bolivariano esté siempre en condiciones óptimas para cumplir las tareas más arduas y exigentes, desarrollar la mayor energía y resistencia, aceptar con disciplina y convicción todas las decisiones del Jefe, y, fundamentalmente, triunfar sobre las mayores dificultades y adversidades que se presenten en el entrenamiento y en el combate real. Las fuerzas morales no son solamente indispensables para llevar el combate hasta sus últimas consecuencias, resistiendo hasta el fin, sino que son vitales en todas las circunstancias de la guerra y, de manera igualmente importante, en los períodos de instrucción en tiempo de paz. Particularmente en actividades como las marchas prolongadas bajo condiciones difíciles, que imponen exigencias físicas y una necesidad de resignación y entereza iguales, si no superiores en ocasiones, a las que exige el combate mismo. Esto es especialmente cierto en nuestro territorio, dada la diversidad geográfica de Venezuela, con las dificultades que ofrecen los caminos en terrenos montañosos, selváticos o desérticos, las longitudes de etapas, a menudo largas y agotadoras, y las limitaciones de recursos que pueden presentarse al llegar a las zonas de estacionamiento.

Un individuo no se convierte en soldado simplemente porque sepa manejar su arma, marchar correctamente o ejecutar los movimientos que se le ordenan en el orden cerrado. La instrucción técnica y física solo proporciona al hombre destreza y ciertas fuerzas físicas; únicamente una sólida educación moral, cimentada en los valores patrios y militares, le confiere las fuerzas morales que lo impulsan al sacrificio supremo, a la abnegación y a la búsqueda de la gloria para su patria. El honor militar, el patriotismo profundo y el sentido elevado del deber impulsan a la más noble devoción por el cumplimiento de la misión. El espíritu de sacrificio, la voluntad inquebrantable de vencer y la agresividad controlada aseguran el éxito en el combate. La disciplina consciente y la

solidaridad o camaradería de combate garantizan la acción eficaz del comando y la convergencia armoniosa de los esfuerzos individuales y colectivos hacia el objetivo común. La historia militar y la experiencia de los conflictos modernos han demostrado reiteradamente que tanto las aptitudes para la maniobra y las combinaciones tácticas, por brillantes que sean, como el perfeccionamiento tecnológico del material de guerra, por avanzado que este sea, no bastan por sí solos para conducir el combate a la victoria. Es absolutamente necesario agregar a estos elementos el arte sutil y complejo de manejar, cultivar y potenciar las fuerzas psicológicas y morales del combatiente y de la unidad. Estas fuerzas deben ser conocidas a fondo por los mandos, suscitadas y mantenidas activamente en la tropa, y coordinadas con igual pericia, atención y precisión que los medios materiales disponibles en el campo de batalla.

10. LAS FUERZAS MORALES DE LOS VECINOS EN RELACIÓN CON LAS PROPIAS

Considerando que las instituciones militares de una nación están estrechamente ligadas a su organización política, social y cultural, es necesario estudiarlas con detenimiento no solo en lo que respecta a nuestro propio país, analizando nuestras fortalezas y debilidades morales y materiales, sino también en relación con los países vecinos, tanto aquellos que son probables aliados en la concertación internacional como aquellos que podrían ser adversarios potenciales en un escenario de conflicto futuro.

El estudio profundo de la historia militar, tanto la nuestra como la de otras naciones, particularmente la de nuestros vecinos, permite determinar el valor relativo de las fuerzas atávicas de los pueblos, esas cualidades innatas forjadas a través de los siglos, y de las fuerzas adquiridas, aquellas que se cultivan mediante la educación y el entrenamiento. Asimismo, este estudio comparativo permite analizar la influencia que estas fuerzas, tanto naturales como adquiridas, han cobrado a través del tiempo sobre el desarrollo y la capacidad combativa de los pueblos. Este estudio comparativo es de particular utilidad estratégica para el Oficial cuando se trata de analizar y comprender las capacidades y potencialidades de los probables adversarios.

Sin embargo, en este estudio comparativo de las fuerzas morales y materiales de otras naciones, es crucial evitar el error de sobreestimar de manera exagerada el valor o la capacidad del adversario potencial, puesto que ello no estaría de acuerdo con la realidad objetiva y podría generar un temor infundado. Pero lo que nunca, bajo ninguna circunstancia, debe hacerse es menospreciarlo. Subestimar al adversario, ignorar sus capacidades, su determinación o su moral, envuelve peligros inmensos para el Ejército que así lo haga. A la hora de la verdad, en el momento del enfrentamiento real, podría sufrir la sorpresa dolorosa de una profunda equivocación, pagada con la derrota y el sacrificio de vidas.

De este estudio concienzudo y objetivo de las fuerzas morales propias y ajena, el Oficial debe deducir también todo lo que es necesario trabajar,

planificar y ejecutar en tiempo de paz para desarrollar y potenciar la capacidad militar de la nación, para fortalecer su fibra moral y material, y ponerla en juego cuando sea menester, en defensa de la patria, con todas las probabilidades de éxito a nuestro favor. Es un deber ineludible dar a los Suboficiales y soldados la convicción profunda y serena de la posibilidad de la guerra y de la necesidad de estar preparados; inculcarles con firmeza que la superioridad numérica del adversario, por sí sola, no es sino un pequeño factor del éxito en la guerra moderna; que las fuerzas morales, el patriotismo, la disciplina, la camaradería y la voluntad de vencer, tienen una importancia capital y decisiva. Deben estar convencidos de que, contando con la fortaleza de nuestras fuerzas morales y la justicia de nuestra causa, nada hay que temer, pues la victoria reside en el espíritu indomable del combatiente bolivariano.

De todo lo anterior, el Oficial puede comprender la importancia trascendental del papel social que desempeña en la nación, un papel que va más allá de lo puramente militar y que lo convierte en un educador y un ejemplo para el pueblo. Para cumplir suficientemente con esta alta misión, necesita estudiar incansablemente, poseer convicciones militares profundas y firmes, y cultivar la capacidad de reflexión serena en medio de la incertidumbre. Y cuando, por virtud de sus esfuerzos, su dedicación y el sacrificio de sus hombres, el Ejército nacional logre la victoria que le corresponde por las armas en defensa de la soberanía, el Oficial podrá decir, con orgullo legítimo y la frente en alto, que ha cumplido a cabalidad el deber militar y social que le señala su profundo e inquebrantable amor a la patria bolivariana.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO VIII

ESTUDIO PSICOLÓGICO DEL COMBATE MODERNO

Abordamos ahora el estudio psicológico del combate moderno, un aspecto crucial para comprender la naturaleza profunda de la guerra y la preparación del combatiente, adaptando el texto con una perspectiva patriótica y contextualizada a los desafíos actuales.

El primer elemento, inmutable y fundamental del combate, es el hombre. No son los cañones, ni las ametralladoras, ni las granadas, ni los fusiles los que luchan entre sí; es el hombre quien, imbuido por la voluntad de vencer y el cumplimiento del deber, mata, y es el hombre quien, en el sacrificio supremo, muere por la patria. Cualquiera que sea el adversario externo al que se enfrente el combatiente, lleva en lo más profundo de su ser al más formidable de sus enemigos, de la cual rara vez se habla explícitamente: su propio instinto de conservación. La primera y más intensa lucha que sostiene el combatiente se libra en su feroz interno, una contienda entre la poderosa voluntad de vivir, que emana de ese instinto primario, y su voluntad consciente de vencer, de cumplir la misión y alcanzar la gloria para la nación.

Las manifestaciones visibles e internas de ese instinto de conservación son la idea ineludible de la muerte y el temor que se despierta en el individuo al ser dominado por las emociones desencadenadas en su subconsciente. Estas emociones generan alteraciones físicas y espirituales más o menos profundas, que se traducen en los diversos grados de miedo, desde la aprensión inicial hasta el pánico paralizante. Por tales motivos, el estudio psicológico del combate posee una importancia capital para el Oficial. Gracias a este estudio, puede sacar a la luz los elementos de exaltación que elevan la moral del soldado y los elementos de depresión que la socavan en el campo de batalla. Esto le permite enfocar acertadamente el complejo problema de las fuerzas morales en un ejército moderno y comprender cómo potenciarlas y protegerlas. Por consiguiente, el estudio profundo del miedo, de sus causas y efectos, y de los medios más efectivos para combatirlo o mitigar sus consecuencias, así como el estudio y la promoción del valor como virtud suprema, son fundamentales para la formación integral del Oficial.

La guerra moderna, al arrastrar a pueblos enteros a su vorágine, involucrando a la totalidad de la nación en la defensa integral, causa profundos trastornos en la mentalidad de los individuos. Esto se debe no solo al número masivo de combatientes y actores involucrados en el conflicto, sino también a la ferocidad, la potencia y la sofisticación de los medios de destrucción empleados, superiores a lo que la imaginación más viva pudiera concebir en épocas pasadas. Bajo el influjo demoledor de la guerra moderna, se producen alteraciones psíquicas que pueden aumentar o disminuir drásticamente el valor individual y colectivo de los combatientes.

El Oficial debe conocer a fondo las reacciones espirituales y psicológicas del hombre al pasar bruscamente de su sistema de vida relativamente individualizado en la paz a la vida en común del cuartel y la campaña; de la seguridad cotidiana a la constante amenaza de la muerte o la mutilación inherente al combate; de la conciencia a veces oscura o teórica del deber cívico a la necesidad imperiosa y vital de cumplirlo a cualquier precio en el frente. Debe saber cómo, y en qué tiempo, se producirá esta referida adaptación del individuo a las condiciones extremas de la guerra y qué modificación de la emotividad o de la sentimentalidad será necesario provocar, mediante la educación, el ejemplo y el entrenamiento, para lograr esa adaptación de manera provechosa y efectiva para el combate.

Por consiguiente, este estudio psicológico del combate es de gran amplitud y profundidad, resumiéndose en el análisis del instinto de conservación y de una de sus manifestaciones esenciales: el miedo. Este estudio debe realizarse paralelamente al estudio y cultivo de sentimientos elevados como el sentido de la responsabilidad hacia la patria y los compañeros, el deber ineludible y el sacrificio personal en aras de un bien superior. Pero es crucial tener presente que el problema psicológico del individuo aislado se plantea con caracteres singularmente distintos y matizados, ya sea que se trate del soldado de la tropa o del Oficial, del cerebro que concibe y manda o del brazo que ejecuta la orden.

Posteriormente, es necesario aplicar las nociones de la psicología de las multitudes, un campo que se tratará específicamente más adelante en este manual. Se deben estudiar sus dos aspectos fundamentales en el contexto del combate: el mejoramiento de los individuos dentro de la colectividad militar, manifestado en el espíritu de sacrificio, la lealtad inquebrantable hacia los compañeros y los superiores, y el heroísmo colectivo; o, por el contrario, la desmoralización colectiva, que puede degenerar en pánico, indisciplina y el afloramiento de instintos destructores. Este estudio es particularmente relevante en sus relaciones con la disciplina militar y con las facultades de persuasión, convicción y contagio moral positivo que debe poseer y proyectar el Jefe sobre sus hombres.

Así, a través de este estudio psicológico profundo, el Oficial logrará obtener enseñanzas valiosas concernientes a la psicología del combate. Aprenderá, especialmente, cuáles son los medios más apropiados y efectivos para desmoralizar al adversario, minando su voluntad de lucha, y, al mismo tiempo, cómo impedir la desmoralización de sus propias tropas, manteniendo su cohesión y espíritu combativo. Aprenderá a dominar y vencer los efectos del miedo o del instinto de conservación en sí mismo y en los hombres bajo su mando, a quienes debe inspirar y arrastrar al sacrificio necesario para la victoria. Para ello, deberá adaptar sus procedimientos de mando y su comunicación a la psicología individual y colectiva de sus subordinados, comprendiendo sus motivaciones, sus temores y sus fortalezas.

En última instancia, todo el estudio psicológico del combate moderno se resume en dos conclusiones prácticas y vitales para el militar: desmoralizar al adversario y no dejarse desmoralizar jamás. En la práctica cotidiana, esto consiste en dominar y vencer las emociones, principalmente el miedo paralizante; en conservar la calma y la lucidez del juicio en medio del caos y el peligro; en aguzar constantemente el sentido crítico para discernir la realidad de la ilusión o la propaganda. Y, sobre todo, consiste en inspirar a los hombres bajo su mando, sugiriéndoles con la palabra firme y, fundamentalmente, con el ejemplo personal, las virtudes cardinales del valor, el sacrificio y el heroísmo, valores indispensables para la defensa de la patria bolivariana en el campo del honor.

2. CONDICIONES DEL COMBATE MODERNO

Una vez que se tienen claros los efectos del armamento contemporáneo, el valor estratégico y táctico de la fortificación en sus diversas formas (físicas y tecnológicas), y la influencia determinante de la táctica y la estrategia en la conducción de las operaciones, se posee un concepto cabal de la mecánica del combate en el campo de batalla. Sin embargo, es crucial comprender que dichos elementos, factores de indudable importancia en la consecución de la victoria, no bastan por sí solos para garantizarla. Estos elementos materiales e intelectuales son, en última instancia, medios puestos al servicio de las fuerzas morales, que en todo momento y circunstancia son las que verdaderamente preponderan. Debemos desconfiar de la aplicación simplista de la matemática y la dinámica a las complejas y siempre cambiantes circunstancias del combate real, donde el factor humano y emocional juega un papel decisivo.

Si el objetivo es poner fuera de combate al mayor número posible de enemigos, no es por el placer inherente de destruirlos, sino para acobardar, desmoralizar y neutralizar la voluntad de lucha de aquellos que permanecen en pie. La victoria no la determina el número de adversarios caídos, sino el número de aquellos que quedan desmoralizados, incapaces o indisputados a continuar la lucha. La victoria, en su esencia más pura, consiste en la capacidad y la voluntad de nuestro ejército de seguir batiéndose con determinación, aun cuando el enemigo ya no pueda o no quiera hacerlo. La victoria es algo que trasciende la mera definición conceptual; es, a menudo, difícil de explicar por qué una tropa avanza a pesar de las pérdidas, por qué se le impone la voluntad al enemigo en situaciones de aparente equilibrio, o por qué un soldado desea combatir a pesar del peligro inminente. Ni los más brillantes tácticos ni los más eruditos historiadores logran explicar completamente cómo y por qué una tropa brava y aguerrida, aparentemente invencible, abandona súbitamente el campo de batalla.

Al observar a nuestros soldados, imbuidos de un profundo patriotismo, marchar al combate bajo un fuego violento, o defender una posición con encarnizamiento supremo, que siguen combatiendo aun cuando los cieguen la metralla, como si fueran indiferentes al peligro mortal y como si hubieran hecho de antemano el sacrificio de su vida por la patria, no podemos explicarnos

completamente por qué, en un momento impensado, esos mismos hombres y mujeres que desafían impunemente a la muerte, dejan de avanzar o abandonan su posición, dan la espalda al enemigo y emprenden la retirada o la fuga. No es necesariamente porque la metralla los haya diezmado o causado bajas insopportables, pues el enemigo puede encontrarse quizás en peores condiciones materiales. No es porque se hallen súbitamente presa de un peligro nuevo e imprevisto, pues su Jefe, preparado y vigilante, está atento para hacer frente a cualquier amenaza inesperada con sus reservas y su capacidad de reacción. Retroceden y huyen, en ese momento crucial, porque el miedo, la fría divinidad del miedo, se ha apoderado de sus corazones y ha superado su voluntad de vencer.

La fría divinidad del miedo, con su manto invisible, se cierne sobre todos los campos de batalla, desde las confrontaciones convencionales hasta los frentes no convencionales de la guerra moderna. Se manifiesta de múltiples formas, a menudo tratando de disfrazarse bajo eufemismos como "instinto de conservación", "emoción del combate", "nerviosismo" o "estrés postraumático". Así lo declaran, con honestidad brutal, todos aquellos que han vivido la experiencia directa del combate y comparten francamente sus impresiones. Pero el miedo, esa emoción primitiva, se apodera más fácilmente del soldado, inmerso en la inmediatez del peligro, que del Oficial. Este último, por la naturaleza misma de su función, se encuentra absorto por la responsabilidad del mando que ejerce y por el objetivo superior que debe alcanzar. Esta absorción en la misión ayuda a mitigar la conciencia del peligro personal. Además, el Oficial, por su formación y vocación, debe haberse decidido de antemano a sacrificar su propia vida si fuera necesario, comprendiendo que esta es una de las formas más elevadas de cumplir su deber profesional y el juramento de lealtad a la patria.

En el soldado, el miedo comienza a manifestarse y a dominarlo incluso antes del combate, presentándose bajo la forma de necesidades físicas o psicológicas de todo orden que afloran en los hombres, principalmente cuando abandonan las formaciones compactas y se dispersan para el combate. Durante el combate mismo, algunos pueden flaquear porque la duda comienza a minar su confianza en su propio valor y capacidad, aprovechándose de cualquier pretexto, real o imaginado, para buscar refugio o escapar, si no son inspirados y reafirmados por su Oficial para mantenerse en sus puestos y cumplir con su deber. Existen, sin duda, Jefes y soldados cuyo temple es tan extraordinario que parecen no sentir miedo en absoluto, pero estos son seres de un carácter muy raro y excepcional.

Una circunstancia que ha sido perfectamente comprobada en la historia militar es que los soldados, bajo la presión del combate, a menudo no observan la disciplina del fuego a las pequeñas distancias. Disparan sin apuntar con precisión, más para aturdirse a sí mismos, hacer ruido y, en un intento inconsciente, olvidar el peligro inminente que los rodea. Particularmente, se observó en conflictos pasados que el fuego de fusilería, por ambas partes,

disminuía drásticamente en eficacia al acercarse los adversarios a distancias cortas. Si los ejércitos aguerridos y profesionales de épocas pasadas, formados en un contexto de guerras más frecuentes, pagaron un tributo tan alto al miedo, debemos reflexionar profundamente sobre lo que podría pasar, en las condiciones de la guerra moderna, con soldados de servicio militar de corta duración, con reservistas movilizados apresuradamente y con combatientes sin la instrucción adecuada y la cohesión necesaria si no se les prepara moralmente de manera integral. Para eso está precisamente el Oficial de nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana: para liderar, inspirar y hacer que la tropa domine el miedo y la incertidumbre, tal como supieron dominarlo nuestros gloriosos antecesores en las gestas libertarias.

El móvil, la fuerza interna que impulsa al soldado a superar el temor a la muerte y a mantenerse firme en la línea de combate, no es ciertamente el miedo al castigo en la sala de armas, ni la amenaza de la prisión, no. Hay una fuerza moral superior, una energía espiritual que pone en juego los más nobles resortes del corazón humano, y que mantiene al hombre en su puesto de honor y sacrificio, tal como ha mantenido a sus antepasados en las páginas de nuestra historia. Esa fuerza es el sentimiento claro y profundo de los grandes deberes para con la patria y el espíritu de sacrificio incondicional que imponen el amor a la nación, la lealtad al legado de nuestros libertadores y el compromiso con el proyecto bolivariano.

Pero estos sentimientos tan nobles y tan necesarios, vitales para la resistencia en el combate, no van a inculcarse de manera efectiva en el fragor de la batalla misma, pues sería demasiado tarde. En esa hora crucial, bajo el peso del peligro, la capacidad de escucha y comprensión se ve severamente limitada, y el lenguaje del deber abstracto puede no ser comprendido en toda su magnitud. El Oficial que no haya habituado a su tropa en tiempos de paz, mediante la instrucción constante, el ejemplo y la educación moral, a cumplir con sus deberes militares como parte fundamental de su preparación para la guerra, llegará al combate con una herramienta sin temple, con una espada sin filo, que se quebrará al menor esfuerzo y a la primera adversidad.

No es tratando de convencer a los soldados con discursos de última hora en la víspera del combate como el Oficial logrará hacerse seguir y ser obedecido en el momento de la verdad. El ascendiente moral, esa capacidad de liderazgo que inspira confianza y lealtad, solo lo consigue aquel que ha sabido ganarse el respeto y la confianza de sus subordinados a lo largo del tiempo, mediante la firmeza y rectitud inquebrantable de sus actos, la justicia de sus decisiones y el interés genuino demostrado por todo lo más íntimo que concierne a sus hombres, por su bienestar, sus preocupaciones y sus aspiraciones. Es en el campo de batalla donde el Oficial cosecha, para bien o para mal, lo que ha sembrado en los largos períodos de la paz, en el cuartel y en los campos de instrucción. A medida que un Oficial haya forjado una reputación sólida de ser justo, instruido, firme en sus convicciones, valeroso en el peligro, atento a las necesidades de sus hombres y comprometido con el bienestar de la tropa,

podrá, llegado el combate, reunir todas las voluntades individuales y convertirlas en una sola voluntad colectiva, que es la suya, orientada hacia la victoria. Pero no basta todo lo anterior; es preciso que el ascendiente moral conquistado por el Oficial en el día a día se confirme y se incremente, llegando hasta el paroxismo del heroísmo colectivo, mediante su actitud personal, su ejemplo en el momento del mayor peligro y sus exhortaciones inspiradoras en el fragor de la lucha.

El hombre en el combate se encuentra solicitado y presionado por dos fuerzas antagónicas y poderosas: una negativa, el miedo, esa pulsión primaria que lo impulsa a huir del peligro y buscar la supervivencia individual; y otra positiva, el sentimiento elevado del deber, el amor a la patria, la lealtad a los compañeros y la voluntad inquebrantable de vencer, que tienden a mantenerlo firme en su puesto de combate. Es precisamente la labor fundamental del Oficial lograr que el individuo actúe de tal manera, mediante la inspiración, el liderazgo y la disciplina, que la resultante de la interacción de ambas fuerzas sea siempre positiva, inclinando la balanza hacia el cumplimiento del deber y la ofensiva. El hombre en el combate se encuentra en un equilibrio psicológico inestable, vulnerable; el más ligero soplo, ya sea de pánico o de inspiración heroica, puede empujarlo en un sentido o en otro, hacia la derrota o hacia la victoria.

Si se examinan dos tropas valerosas que avanzan al abordaje, ambas animadas por una voluntad de vencer, se observa que no siempre llegan a entablar un combate cuerpo a cuerpo prolongado. En la mayoría de los casos, una de las partes cede terreno, no necesariamente por haber sido superada materialmente, sino porque ha sido dominada por el miedo, ya sea por las pérdidas sufridas, por la intensidad del fuego enemigo, o por diversas causas psicológicas y emocionales. Y si la energía de los combatientes logra producir una refriega cercana, esta no suele durar mucho tiempo, porque uno de los adversarios no tardará en abandonar la lucha, quizás en el mismo momento en que el otro pensaba proceder de igual manera, en un duelo de voluntades donde el más resistente moralmente se impone.

El Oficial, consciente de esta realidad psicológica, debe educar a su tropa de manera sistemática en el sentido de fortalecer al máximo la voluntad de vencer. Debe lograr que esta voluntad de triunfo penetre en lo más profundo del alma del soldado, persuadiéndole, mediante el adiestramiento y la experiencia simulada en la paz, de que, si se avanza con decisión y coordinación, el enemigo, ante la determinación inquebrantable, tenderá a retroceder o huir. Debe inculcar la convicción de que solo con el esfuerzo continuo, con la perseverancia y la iniciativa, se alcanza la victoria, y de que la mejor y más segura manera de preservar la vida y la integridad es precisamente esa: avanzar y vencer, porque no hay peor peligro que el de huir, que expone la retaguardia y quiebra la moral colectiva.

Tampoco debe olvidarse que el éxito o el fracaso de una operación militar dependen en gran parte de las ideas preconcebidas, de la mentalidad con la que se emprende la acción. A los ojos del soldado, y en la psicología colectiva, la ofensiva es inherentemente precursora de la victoria, sinónimo de iniciativa y determinación. Por el contrario, la defensiva, aunque tácticamente necesaria en ocasiones, puede generar la idea de que se ha renunciado al avance, de que se cede la iniciativa al adversario y de que solo se combate para evitar la derrota, una percepción que puede minar la moral si no se maneja adecuadamente.

Por consiguiente, es de vital importancia estratégica actuar siempre ofensivamente cuando otras consideraciones de fuerza mayor no se oponen a ello de manera absoluta. Los movimientos ofensivos audaces sobre los flancos y la retaguardia de los asaltantes, incluso si se ejecutan con efectivos restringidos, pero con determinación y sorpresa, rara vez fallan en generar un impacto psicológico y material significativo. Repercunden gravemente sobre la moral de los atacantes, sembrando la duda y el desorden. De aquí que sea necesario, y un deber del Oficial, preaver a las propias tropas contra los efectos desmoralizadores de tales movimientos envolventes o de penetración. Esto se logra mediante la educación táctica, el adiestramiento en la reacción rápida y la previsión de contramedidas, analizando constantemente las posibilidades y los métodos de acción del enemigo y las formas más efectivas de burlar sus planes.

Cuando se actúa con tropas que ya han sido batidas, que han sufrido reveses, o que tienen poca consistencia moral debido a su reciente formación o falta de experiencia, una de las maneras más eficaces de levantar sus fuerzas morales, de devolverles la confianza en sí mismos y en la victoria, consiste en empeñar pequeñas acciones parciales exitosas, en aprovechar cada ocasión favorable que se presente para lograr un pequeño triunfo táctico. De esta manera, aunque no se logren éxitos estratégicos apreciables de inmediato, se va construyendo la confianza de esas tropas en su propio valor, en su capacidad para enfrentar al enemigo, y se les convence, paso a paso, de que el adversario no es invencible ni temible, infundiéndoles el espíritu ofensivo.

El soldado venezolano, ya sea proveniente de los centros urbanos o del campo, posee cualidades morales innatas valiosas. El soldado de origen urbano es a menudo impresionable, está dotado de iniciativa e inteligencia, y bien conducido por cuadros de mando competentes y comprometidos, es capaz de protagonizar hechos heroicos señalados en la historia militar. El campesino es, por lo general, incansable, flemático y sereno en el peligro, poseyendo una resistencia física y una calma que son un activo invaluable en el combate prolongado. Sin embargo, ambos necesitan ser conducidos por cuadros de Oficiales valerosos, animados por el profundo sentimiento del deber y con una voluntad inquebrantable de victoria. En ambos casos se ve, pues, que la acción constante, inspiradora y ejemplar de los Oficiales es de todo punto necesaria para la conducción eficaz de sus hombres en el combate moderno, exigiendo

de aquellos un perfeccionamiento constante en todas las facetas del liderazgo y una reserva inagotable de fuerzas morales para la guerra, que les permita guiar a sus tropas hacia la victoria en la defensa de la patria.

3. LOS FACTORES MORALES DEL COMBATE

Los factores morales que forjan la fuerza combativa, esa capacidad intrínseca que confiere a las tropas la voluntad inquebrantable de vencer y que sirve de contrapeso a la fuerza deprimente y paralizante del miedo, varían según la época y el carácter particular de los individuos y los pueblos. No obstante, pueden agruparse, para su mejor estudio y comprensión, de la siguiente manera:

- ✓ Amor a la Patria: El sentimiento más elevado y poderoso, fuente de abnegación y sacrificio supremo.
- ✓ Espíritu de Disciplina: La obediencia consciente y orgullosa, el acatamiento a las órdenes y reglamentos como expresión de unidad y cohesión.
- ✓ Ascendiente del Jefe: El liderazgo moral y profesional del comandante, su capacidad para inspirar confianza, lealtad y determinación en sus subordinados.
- ✓ Camaradería de Combate: La solidaridad profunda entre compañeros de armas, el instinto de ayuda mutua que supera el individualismo.

A estos factores morales de orden general, que los militares tenemos la obligación sagrada de despertar, desarrollar y fortificar constantemente en las tropas bajo nuestro mando, es preciso agregar las cualidades raciales propias de nuestro pueblo venezolano, ese acervo histórico y cultural que nos confiere particularidades distintivas, y las virtudes individuales que es necesario conservar, potenciar y encauzar hacia el servicio de la nación. Entre ellas destacan el ardor guerrero, el amor propio individual y colectivo, y la adhesión profunda y leal a la persona del Jefe como líder y guía.

El ardor guerrero es una cualidad instintiva que impele al combate con determinación y arrojo, a batirse con valentía y a imponerse al enemigo sin contemplación alguna, motivado por la defensa de la patria. Bajo la influencia de este ardor combativo, el combatiente puede transformarse en un ser que parece trascender sus propias limitaciones, que no mide el peligro inminente ni concibe la fatiga paralizante. En el combate moderno, lejos de disminuir, la importancia de este factor se ha conservado plenamente; la tecnología no ha logrado opacar la necesidad del arrojo y la determinación en el enfrentamiento directo, aunque este adopte nuevas formas.

El amor propio, esa autoestima individual y colectiva, es una cualidad que, bien encauzada, puede ser muy explotable en un medio como el nuestro, caracterizado por la diversidad y, en ocasiones, por un temperamento impresionable, particularmente en el hombre de origen urbano con menor propensión inicial a la solidaridad instintiva de grupo. En algunos casos, el amor

propio puede manifestarse como un deseo de distinguirse o el temor a ser subestimado. Es crucial para el Jefe encauzar este sentimiento hacia la voluntad serena y reflexiva de ayudar y proteger a sus camaradas, transformando el individualismo en solidaridad. Por consiguiente, sería ilógico y perjudicial no aprovecharse constructivamente de este sentimiento, opacándolo con restricciones innecesarias, palabras injuriosas o maltratos en la formación o en el combate. El Jefe, para lograr la adhesión incondicional de su tropa, debe brindar a esta su confianza integral, demostrando que cree en sus capacidades y en su valor. Al hacer esto, se duplica el valor intrínseco del soldado y se logra que este ponga su voluntad y su vida al servicio de la voluntad del que manda, en una simbiosis de confianza y liderazgo.

4. ESTADO ESPIRITUAL DEL COMBATIENTE ANTES DE LA ACCIÓN

El hombre es, sin duda, el principal instrumento del combate, que constituye la finalidad suprema de los Ejércitos, su razón de ser en última instancia. Sin conocerlo exactamente, sin comprender cuál es su estado moral, psicológico y emocional en ese instante definitivo que precede al choque con el enemigo, no puede llegarse a ninguna conclusión válida respecto a la constitución más adecuada, la táctica más eficaz y la disciplina más funcional de un Ejército. El estado espiritual del combatiente al comenzar la guerra, antes de los primeros encuentros armados, es el de un hombre o una mujer que ha sido arrancado violentamente de su vida cotidiana, de sus afectos más íntimos, de sus intereses personales y familiares, casi siempre vitales para su existencia y el futuro de sus seres queridos. Uniformado y equipado con rapidez, ha recorrido en penosas condiciones materiales los largos trayectos impuestos por una concentración de tropas, fatigándose a menudo en extremo a causa de la falta de entrenamiento o de la dureza de las condiciones logísticas. Sus costumbres y rutinas han sido trastornadas por completo, y se halla, comprensiblemente, inquieto por el bienestar y la seguridad de los seres queridos que se ha visto obligado a abandonar para cumplir con su deber patrio.

5. EL PRIMER COMBATE

Para el soldado que se apresta a recibir su bautismo de fuego, su primer combate real, la experiencia se presenta como una verdadera crisis pasional, un torbellino emocional caracterizado por un impulso inicial violentísimo que, de no ser controlado y canalizado, puede llevar a un desgaste profundo y una rápida extinción de sus reservas psicológicas y físicas. En el instante en que entra en la zona mortífera de los fuegos de artillería, de los disparos y las explosiones, todas sus energías cerebrales se ponen en tensión máxima; se ve dominado por una angustia física opresiva y una ansiedad moral abrumadora. Puede experimentarse una sensación de profundo silencio interior, mientras por su imaginación desfilan con una rapidez increíble una serie desordenada de cuadros impresionantes, en los que figuran pasajes diversos de su vida, los rostros de sus seres queridos, mezclados en una turbadora confusión con los peligros inminentes que tiene por delante, los impulsos contradictorios de su instinto de supervivencia y de su deber, el recuerdo de los actos heroicos de sus antepasados o de los héroes de la patria, y un sinnúmero de ideas y

sensaciones que turban su mente y lo predisponen a actuar, al menos inicialmente, por automatismo o instinto antes que por reflexión consciente.

Al acercarse más y más al enemigo, la tensión psicológica llega a su punto culminante. En este momento crítico, el combatiente puede reaccionar con el heroísmo sublime de un impulso incontenible hacia el frente, o bien dejarse vencer por el miedo paralizante y ser arrastrado hacia la retirada o la fuga. Este es precisamente el momento en que comienza a manifestarse en las filas el pensamiento colectivo, esa energía grupal contenida hasta ese instante, produciéndose el "englobamiento" de las personalidades individuales en la masa, con la potencialidad de exacerbar tanto las virtudes como las debilidades o desfallecimientos individuales.

Una vez iniciado el combate directo con la Infantería enemiga, o en el fragor del asalto, se observa a menudo una sensación inicial de alivio parcial. Esto se debe a que la acción muscular, el movimiento, el disparo y la propia actividad del combate modifican y, hasta cierto punto, atenúan el efecto paralizante de la emoción pura. Los individuos, la atmósfera mental del grupo, la influencia directa y tangible del Jefe, los sentidos agudizados por el peligro, cobran una sensibilidad muy pronunciada. El movimiento, la propia acción de avanzar o defenderse, puede crear una suerte de embriaguez o trance; el ruido atronador de las armas y, en ocasiones, la música marcial de las bandas de guerra o el sonido inspirador del clarín aumentan la exaltación colectiva y el arrojo.

Terminado el combate, una vez que cesa la acción directa, se produce una fase de gran depresión psicológica, así como un brusco agotamiento de las reservas morales y físicas. Después del asalto y la conquista de las líneas enemigas, cuando llega el período de la organización y consolidación de las posiciones ganadas, comienza el momento psicológico quizás más difícil y vulnerable para el soldado. Esta es la hora en que el hombre, repentinamente, reflexiona sobre el peligro que ha superado, toma conciencia plena de su propia vida preservada y cobra, paradójicamente, un nuevo y redoblado amor a la existencia. Este momento requiere una atención especial del mando para mantener la cohesión y la vigilancia.

6. LA LUCHA DE POSICIONES

En los períodos de estabilización del frente, que caracterizaron parte de las guerras del siglo XX y que, con adaptaciones tecnológicas, pueden presentarse en conflictos modernos, el combatiente se enfrenta al desafío psicológico de tener que franquear el parapeto o la posición que lo cubre y lanzarse al descubierto, a menudo en pleno día, contra un enemigo cuyas posiciones y órganos de fuego ya le son, hasta cierto punto, conocidos, pero del que siempre ha tratado de protegerse. Cuando un soldado permanece mucho tiempo en un sector estático, defendiendo una posición, es probable que se encuentre física y mentalmente fatigado al producirse un ataque enemigo. Si, por el contrario, está recién llegado a la organización defensiva, tiene que batirse en una posición que apenas le es conocida, sin la familiaridad que

brinda seguridad. En la dinámica de la guerra, a veces el soldado es trasladado bruscamente de un sector de relativa calma a un lugar crítico donde se lucha intensamente, sometido de inmediato a una presión extrema. Otras veces, es transportado a toda velocidad desde las líneas de retaguardia hacia las líneas de fuego y allí es bruscamente lanzado al combate, sin un período de adaptación, completamente desorientado y presa de una emoción violenta ante la inmediatez del peligro.

7. EL BOMBARDEO Y EL ASALTO

En la guerra moderna, el combatiente está sometido a dos grandes crisis psicológicas que ponen a prueba su temple: el bombardeo intenso y prolongado, y el asalto a posiciones enemigas. El bombardeo de artillería, aéreo o con cohetes y misiles de larga duración, es una de las pruebas más terribles e impresionantes de la guerra, capaz de minar la moral más fuerte. Muchas veces se han documentado casos de individuos sometidos por varias horas a la avalancha incesante de la metralla, las explosiones y la destrucción, en trincheras inundadas, muertos de hambre, sedientos, exasperados por la fatiga y la angustia, que han salido bruscamente al exterior de la obra de protección en busca de una granada o una muerte rápida que pusiera fin a tanto sufrimiento. En lo que respecta al asalto, la imaginación del combatiente, consciente del peligro que se avecina, puede estar ocupada durante algún tiempo antes de la hora precisa, calculando mentalmente las ocasiones y los lugares en que puede encontrar la muerte al reconocer la zona de ataque que lo separa del enemigo, ese espacio mortal que debe franquear para llegar a batirse, si la ocasión se presenta, cuerpo a cuerpo con el adversario, en un acto de suprema determinación.

8. CONDICIONES EN QUE COMBATEN LAS DISTINTAS ARMAS

Es importante notar que las condiciones y desafíos de la lucha no son idénticas para los combatientes de las distintas Armas y Servicios que componen el Ejército. Elementos como el vehículo de combate (tanque, transporte blindado), la aeronave (avión, helicóptero) o incluso el caballo en ciertos entornos, constituyen en los momentos de crisis un elemento de cohesión y, hasta cierto punto, de protección que puede mitigar el impacto directo del miedo. A menudo sucede que los movimientos y esfuerzos que realiza el hombre para manejar estas máquinas o animales son tan exigentes y requieren tal concentración que actúan independientemente de la influencia paralizante del instinto de conservación. El manejo experto ocupa la atención del combatiente y lo distrae, en parte, del peligro inminente que lo rodea. Lo mismo puede decirse de los artilleros, quienes, en este aspecto, aventajan a los infantes. En efecto, el artillero, ubicado en la posición de su pieza, necesita en el combate un valor especial, una fortaleza mental particular, porque no le es dado aturdirse moviéndose constantemente en el terreno o disparando su arma individual en un frenesí catártico. Debe conservar, en el campo de batalla, la sangre fría, la calma y la precisión bajo presión para operar su pieza con eficacia. Por consiguiente, en la artillería bolivariana, es fundamental desarrollar particularmente el sentimiento de la solidaridad y la responsabilidad colectiva.

Es vital explicar con minuciosidad a los soldados artilleros que, si un apuntador, un graduador o cualquier otro sirviente de la pieza no cumple bien su trabajo, compromete no solo la efectividad y la seguridad de toda la batería, sino que expone la vida de los camaradas del arma de infantería que tienen adelante, quienes dependen del apoyo de fuego de la artillería, cuando su deber sagrado es, precisamente, apoyar a estos compañeros con fuego preciso y oportuno.

En todas las guerras modernas se ha comprobado, felizmente para las naciones que valoran a sus artilleros, que estos han dado alrededor de sus piezas ejemplos no comunes de serenidad, calma y de solidez en el fuego, incluso perteneciendo a unidades recién formadas con reclutas. Esta cualidad moral intrínseca, esta capacidad de mantener la calma bajo presión, se ha aprovechado para dar singularidad a la naturaleza del arma de artillería, a su organización y a su manera de combatir. La artillería se compone de máquinas complejas manejadas por hombres; cada cañón, cada sistema de lanzamiento, constituye un verdadero taller de combate que no funciona sino gracias a la coordinación precisa y sincronizada de los esfuerzos de sus sirvientes, algo que estos comprenden cabalmente. El artillero, inmerso en la operación de su pieza, no concibe al soldado aislado; en artillería no se cuentan los elementos combatientes individualmente, sino por piezas operativas. Además, el Jefe de la unidad de artillería y sus compañeros de arma ejercen sobre el artillero un constante control y supervisión de sus actos, lo que contribuye a que este se conduzca de mejor manera, con mayor disciplina y precisión.

No ocurre de la misma manera con los infantes, los soldados de a pie, la base de todo ejército. Cada uno de sus actos en el combate, hasta el menor movimiento, es la resultante de un triunfo constante de la voluntad sobre el instinto de conservación, de una lucha continua entre el espíritu y la materia, entre el deber y el miedo. El infante es, por excelencia, el combatiente de la proeza individual, de la valentía que se renueva a cada instante en medio del peligro, una valentía que, sin embargo, a menudo se pierde en el anonimato de la masa combatiente. El infante es la multitud que vive la crudeza del combate, sufre las pérdidas y las privaciones, desfallece en ocasiones, se rehace gracias al liderazgo y la camaradería, combate con ferocidad y muere, si es necesario, en la forma más gloriosa, pero, paradójicamente, anónima e ingrata para la historia oficial.

Al comienzo del combate, la infantería está compuesta por unidades normalmente constituidas, con su estructura de mando y sus lazos de cohesión. Pero muy pronto, bajo el impacto del fuego enemigo y el caos del campo de batalla, estas unidades tienden a desintegrarse y entremezclarse, quedando en el frente elementos confusos y dislocados, donde la identidad formal de la unidad se diluye. En ese momento crítico, los Oficiales y la tropa ya no ven más que a sus vecinos más inmediatos, su entorno inmediato de combate. Los grupos de combate pierden su regularidad inicial, dependiendo su valor y capacidad de resistencia del hombre que haya sabido, por su ejemplo y su arrojo, hacerse seguir y obedecer por los que lo rodean. Solo queda entonces

en pie, con el propósito de mantener la resistencia en una posición clave o impulsar el avance hacia el objetivo, la voluntad personal y la determinación inquebrantable de cada combatiente para cumplir por entero su deber para con la patria e ir en pos de la victoria. Los progresos de la infantería en el combate, su capacidad de penetrar las defensas enemigas o resistir sus embates, dependen fundamentalmente del vigor, de la iniciativa audaz y, sobre todo, del corazón, del temple moral de los cuadros subalternos. Porque el medio de acción que no ha cambiado en la infantería a lo largo de los siglos, y que sigue siendo el más poderoso, es el corazón indomable del hombre.

Respecto de los ingenieros militares, esos constructores y destructores en el campo de batalla, puede afirmarse, sin menoscabo del valor de las otras Armas, que ningún soldado de otra especialidad tiene que desplegar, a menudo, mayor valentía serena y sangre fría bajo el fuego enemigo. Tienen que ejecutar, bajo el fuego directo del adversario y sin responder a él en muchas ocasiones, trabajos vitales para el avance o la defensa: construcción de terraplenes, apertura de vías de comunicación, realización de movimientos de tierra, construcción o reparación de puentes. Tienen que ejecutar, a menudo de manera aislada o en pequeños grupos, misiones de destrucción, hacer saltar puentes clave para el enemigo, o cortar alambradas y despejar campos minados que obstaculizan el avance propio. En la guerra de minas, esa lucha subterránea y claustrofóbica, tienen que exponerse constantemente a ser aplastados o sepultados en las galerías. Todo esto requiere un alma templada en el acero de la voluntad, un espíritu de sacrificio silencioso y un heroísmo que, a menudo, no es bien comprendido ni apreciado en toda su magnitud por el comando o por las otras Armas. Y, sin embargo, el trabajo del ingeniero militar no solo es glorioso por el peligro que entraña, sino fundamentalmente útil para el desarrollo de las operaciones y la consecución de la victoria.

9. EL COMBATE MODERNO ES MÁS PENOSO QUE EL DE ÉPOCAS ANTERIORES

Durante la última gran guerra europea del siglo XX, y con la evolución tecnológica de los conflictos subsiguientes, el combate se hizo significativamente más penoso, exigente y psicológicamente agotador que en épocas anteriores, debido a una serie de factores interrelacionados:

- ✓ Mayor potencia del armamento: Particularmente el alcance, la precisión y la letalidad de la artillería en todas sus formas, así como la proliferación de armas de destrucción masiva o de efectos indiscriminados.
- ✓ Aumento y desarrollo de los medios de investigación y vigilancia: La tecnología de inteligencia, vigilancia, adquisición de objetivos y reconocimiento (ISR) ha avanzado enormemente, permitiendo situar y abatir con precisión todo elemento que no esté bien disimulado o enmascarado en el terreno.
- ✓ Empleo intensivo de la aviación de bombardeo y, en su momento, de gases de combate: El uso masivo de la fuerza aérea, con su capacidad para atacar la retaguardia y sembrar el terror desde el aire, y en el

pasado, el empleo de armas químicas, añadieron dimensiones de horror y vulnerabilidad sin precedentes.

- ✓ Ferocidad del combate cuerpo a cuerpo y empleo de la guerra de minas y trampas: A pesar de la tecnología a distancia, el combate cercano sigue siendo brutal, y las tácticas asimétricas, incluyendo el uso extendido de minas, artefactos explosivos improvisados (IED) y trampas, añaden un peligro constante y omnipresente.

A estas circunstancias de orden material y tecnológico, de por sí impresionantes y capaces de minar la moral, hay que agregar otras que se reflejan directamente sobre la moral y el estado psicológico del combatiente:

- ✓ Invisibilidad habitual del enemigo: En la guerra moderna, el adversario a menudo no se presenta en formaciones visibles. La disimulación, el camuflaje, el uso experto del terreno, las operaciones encubiertas y la guerra de guerrillas hacen que el enemigo sea con frecuencia invisible y aparezca súbitamente, generando incertidumbre y tensión constante.
- ✓ Instantaneidad de las pérdidas de vidas: La rapidez del disparo de las armas automáticas y el poder de los explosivos contemporáneos producen pérdidas de vidas instantáneas y a menudo masivas, generando un shock psicológico profundo y constante.
- ✓ Duración y continuidad del peligro: En el combate moderno, el peligro no se limita al momento del asalto o el contraataque. Es constante y omnipresente. Las detenciones que tienen lugar durante un avance, lejos de constituir un descanso, suelen provocar una mayor tensión espiritual en el combatiente, sumiéndolo en un estado de introspección y recogimiento, un momento precursor del sacrificio potencial de su vida en el siguiente movimiento.

La repetición y la prolongación de estas impresiones de peligro constante y abrumador surten terribles efectos, incluso en los caracteres mejor templados y en los soldados más valerosos. El organismo humano, tanto física como psicológicamente, es incapaz de soportar indefinidamente un peligro tan intenso y continuo. Va fatigándose y deprimiéndose paulatinamente, mermando su capacidad de resistencia física y moral. De allí la imperiosa necesidad de comprender a fondo la psicología del combate moderno y de dotar a nuestros soldados de las herramientas morales y psicológicas necesarias para afrontar estos desafíos con entereza y determinación, forjando en ellos una voluntad de vencer inquebrantable al servicio de la patria.

10. LAS EMOCIONES DEL CAMPO DE BATALLA

En el campo de batalla, la emoción que más abruma a la mayor parte de los individuos de tropa es, comprendiblemente, el miedo a la muerte, la supervivencia personal ante el peligro inminente. Pero, tratándose del Oficial, la emoción predominante no es tanto el miedo a la muerte propia lo que le embarga, sino más bien el temor a la sorpresa táctica del enemigo, a la abrumadora responsabilidad de la vida de sus hombres y del éxito de la misión,

a la falta de confianza en la preparación o el temple de sus tropas, al riesgo de ser flanqueado o envuelto por el adversario. En fin, son temores de orden más complejo y estratégico, de lo que con cierta propiedad podría denominarse el miedo moral o el temor al fracaso profesional y al incumplimiento del deber.

Este temor particular de los Oficiales, que trasciende la simple aprehensión por la vida, puede manifestarse incluso en tiempo de paz, durante las maniobras, los ejercicios o las inspecciones exigentes. Se evidencia en una notable confusión de sus ideas, en una dificultad para reaccionar con la lucidez necesaria para dar las órdenes apropiadas a la situación táctica que se les presenta, por simulada que sea. Esta confusión en el mando introduce el desorden en su tropa, aumenta la fatiga innecesaria y pone en exhibición, de manera palpable, la incoherencia del pensamiento del hombre que la dirige. Está de más señalar que esta confusión, que debilita la cadena de mando y siembra la incertidumbre, alcanzará proporciones incalculables si tal situación se traslada al campo de batalla real, donde las consecuencias se pagan con sangre y derrota. Por tanto, el Oficial debe prepararse de manera rigurosa y constante en la paz, mediante el estudio, la reflexión y el entrenamiento realista, para ser dueño absoluto de sus nervios, para mantener la calma bajo presión y para resolver pronta y acertadamente las diversas y complejas situaciones tácticas que se le presenten en la guerra moderna.

La emoción del miedo en el campo de batalla, cuando no es controlada y superada, puede hacer que los individuos se vuelvan moralmente inertes, incapaces de iniciativa, carentes de resolución y sin la tenacidad necesaria para persistir. Bajo su influencia, quedan como embrutecidos, alucinados por el pánico; no ven al enemigo donde realmente se encuentra, sino donde sus temores les hacen suponerlo; pueden llegar a disparar a sus propias tropas por error; huyen incluso delante de una sombra; acogen y esparcen las noticias más inverosímiles y desmoralizantes; se dejan sugercionar por las apariencias más perniciosas. Mientras el miedo no llega al paroxismo, a su punto máximo, los hombres suelen obedecer pasivamente a sus superiores, actuando por costumbre o reflejo. Pero cuando el miedo sube de punto y se convierte en terror incontrolado, ya no reconocen a sus Jefes ni a sus compañeros, no comprenden ni las órdenes más simples, y si obedecen, es por un reflejo condicionado del subconsciente, pero sin poner nada de su voluntad consciente ni de su energía en la acción. El miedo descontrolado vuelve a los hombres como locos, los hace correr en todas direcciones sin rumbo, pueden llegar a matar o herir a amigos o enemigos en su desesperación. A veces, la parálisis es tal que no pueden moverse de su sitio, tienen los miembros temblorosos y se dejan matar sin oponer resistencia. Estos fenómenos psíquicos extremos suelen ir acompañados con frecuencia de manifestaciones físicas como vómitos, diarreas, incontinencia, brote de espuma por la boca, etc., síntomas del colapso del organismo ante la presión extrema.

11. EL CONTAGIO MENTAL, LA SUGESTIÓN Y LA IMITACIÓN IMPULSIVA

Puede afirmarse que existe una actitud moral que identifica, de manera casi universal, a la mayoría de los seres humanos en el combate: la predisposición a ser receptivos a la emoción del miedo. El miedo constituye el peor de los enemigos internos del combatiente, y cuando el hombre logra dominarlo, cuando su voluntad de vencer se impone a ese instinto primario, entonces abre las puertas del triunfo sobre su adversario externo. El miedo se manifiesta bajo diversas formas, desde el simple temor o aprensión hasta la locura temporal, desde el simple temblor incontrolable hasta el terror que paraliza completamente el organismo; y perturba, como ya hemos visto, las facultades físicas, mentales y morales del hombre, minando su capacidad de combate.

En el combate, cada individuo, sin duda, reacciona conforme a su manera propia de ser, a su temperamento, su formación y su experiencia previa. Pero a su vez, se cierne sobre él otra fuerza, a menudo misteriosa en sus mecanismos profundos, pero innegable en sus efectos. Dado que el combatiente no actúa solo, sino inmerso en el seno de sus compañeros de armas, se ejerce sobre él una especie de reciprocidad emocional, una sugestión colectiva que se irradia de un ser a otro y que, según el caso, refuerza o atenúa las emociones individuales de cada uno. De modo que el hombre en combate se ve solicitado por dos clases de fuerzas: una interna, completamente personal, que lo empuja hacia el valor o hacia el desaliento; y otra externa, que actúa a través de la influencia de sus Jefes y compañeros. Esta fuerza externa se manifiesta por excitaciones de la voz y del gesto, por las voces de mando enérgicas, por los reflejos de obediencia automáticos, por las amenazas de represión ante la cobardía o las promesas de recompensas ante el valor. Estas fuerzas externas constituyen lo que se denomina contagio mental, un fenómeno de explicación psicológica aún bastante compleja, pero cuyas manifestaciones en el campo de batalla son bien conocidas, nítidas e ineludibles. Se les encuentra lo mismo en los actos más sublimes de heroísmo y sacrificio colectivo que en los pánicos más vergonzosos y destructivos. Tal cualidad inherente a la psicología de grupo debe ser comprendida y aprovechada hábilmente por los Oficiales para guiar a sus hombres de la manera más efectiva posible hacia la victoria. Pero al hacerlo, es necesario tener en cuenta principios fundamentales: que, para hacerse seguir con lealtad y determinación, es preciso hacerse querer y respetar primero, forjando un vínculo de confianza. También, que, al contagio mental, esa invasión de la conciencia individual por la voluntad o la emoción de otro, se oponen la personalidad propia del sujeto, sus sentimientos personales y las emociones presentes en ese instante. El contagio mental alcanza su máximo de intensidad y efectividad cuando el sujeto es presa de estados afectivos semejantes a los que se le transmiten. Y, crucialmente, que cuando una colectividad, una tropa, espera, febril e impaciente, un suceso emocional importante –la orden de asalto, el inicio de un bombardeo, la aparición súbita del enemigo–, cualquier estímulo o señal puede dar lugar a impulsiones colectivas violentas, a arranques de heroísmo o de cólera irresistible, a pánicos descontrolados o a explosiones de dolor o alegría, dependiendo de la naturaleza de la emoción dominante y del liderazgo presente.

Los fenómenos sugestivos en el combate se encuentran estrechamente ligados a los reflejos de obediencia que despiertan las voces de mando claras y enérgicas, a los movimientos provocados automáticamente por la imitación de los grupos de adelante en un avance, y por los toques de clarines, cornetas y redobles de tambores, señales auditivas tradicionales que provocan una asociación directa, gracias al hábito y al entrenamiento, entre dichas voces y señales y los movimientos o acciones correspondientes que la tropa debe ejecutar de manera inmediata y coordinada.

Como se verá más adelante, la multitud, en su acepción más pura, difiere de la tropa militar en que esta última es inherentemente disciplinada y jerarquizada. Pero ambas tienen una característica psicológica común y determinante: el contagio mental, esa capacidad para propagar las emociones, positivas o negativas, con asombrosa rapidez a través del grupo. La moral de una tropa es, en gran medida, función de la moral y el temple de su Jefe. Si la moral del Jefe se ve levantada por la confianza o el éxito, el contagio mental no tardará en propagarse a sus hombres, elevando el espíritu combativo. Si, por el contrario, la moral del Jefe se quiebra por el miedo o la incertidumbre, el contagio negativo se extenderá rápidamente con consecuencias desastrosas. El contagio mental, bien encauzado, es casi siempre favorable para la transmisión de la audacia, la determinación y la sangre fría en medio del peligro. Bajo su influencia positiva, se excitan la conciencia individual del deber, los sentimientos de honor, de emulación y de sana competencia, a los cuales es enormemente sensible el hombre educado en el culto a la Patria, al Deber y a la figura de nuestros Libertadores.

Ese contagio, esa propagación de las emociones, es más rápido y potente a medida que la tropa se encuentra en un estado de vulnerabilidad psicológica, ya sea abatida por la fatiga extrema, por el hambre y la sed, por un fracaso anterior que ha mermado su confianza, o por la tensión acumulada de un peligro común y prolongado. Al encontrarse en tal estado de agotamiento físico y emocional, la tropa adquiere algunas de las características de la multitud inorganizada: se convierte en un ser colectivo más impresionable, de equilibrio mental y rol inestable, para el cual la imitación irreflexiva se convierte en un gesto tan natural como para toda persona cuya facultad de raciocinio se ve limitada o se encuentra bajo la influencia inferiorizante de una causa externa o interna. Tal es el momento en que la tropa se encuentra más propicia a sufrir los efectos devastadores de un pánico colectivo. Es en estos momentos críticos donde la fortaleza moral del Oficial, su capacidad para irradiar calma, confianza y determinación, se vuelve absolutamente vital para evitar el colapso y reafirmar la voluntad de vencer.

12. IMPORTANCIA DE LA ACTIVIDAD DE LOS OFICIALES

El contagio mental, esa poderosa fuerza psicológica de la que hemos hablado, es la principal herramienta que debe ser utilizada y encauzada hábilmente por los Oficiales para influir decisivamente sobre la moral, el temple

y la determinación de sus soldados. En los momentos de incertidumbre y peligro, los ojos de la tropa se vuelven instintivamente hacia sus líderes; observan continuamente a sus Oficiales, imitan lo que dicen y hacen, tratan de interpretar su estado de ánimo a través de sus actitudes, sus gestos y sus palabras para deducir si la situación se presenta favorable o adversa. La tropa se siente deprimida y su moral decae rápidamente cuando sus superiores dan muestras palpables de desaliento, de miedo o de confusión. En cambio, se ve reconfortada, inspirada y fortalecida cuando los Oficiales revelan calma serena, determinación inquebrantable y audacia controlada frente al peligro, proyectando confianza en sí mismos y en la victoria. Estos sentimientos positivos se ponen de manifiesto de manera más efectiva cuando el superior inmediato vela con diligencia y profesionalismo por la correcta ejecución de los movimientos de sus hombres, señala las faltas cometidas con justicia y las corrige sin alharacas ni desalientos, impartiendo órdenes claras, concisas y oportunas, dichas con voz firme pero reposada, sin agitación ni precipitación que denote pánico. Los movimientos y las acciones de los Oficiales, en cualquier sentido, deben ser deliberados y sin precipitación innecesaria, de manera que no hagan pensar a sus subordinados que sus líderes son presa del ofuscamiento o la pérdida de control.

Es claro que, para dar estos ejemplos de calma, firmeza y sangre fría, manteniendo la serenidad a pesar del peligro inminente, es imprescindible que los Oficiales posean un gran dominio de sí mismos y una enorme fuerza de voluntad, forjada en la disciplina y la convicción patriótica. La prudencia, entendida como la capacidad de discernir el curso de acción más adecuado, y los hábitos adquiridos por el autoeducación constante y el entrenamiento riguroso, ayudan a dominar las impulsiones instintivas, a contener las emociones negativas y a aclarar el juicio en medio de la confusión. Pero este arte de galvanizar los corazones, de inspirar y liderar a los hombres en las condiciones más extremas, no se improvisa; es fruto de un adiestramiento moral y profesional prolongado, de una preparación constante y de esfuerzos continuos para obtener un juicio sereno y objetivo en medio del peligro. Esta capacidad es fundamental para cumplir así la tarea esencial que tiene el Oficial en la guerra moderna: guiar a sus hombres hacia la victoria y el cumplimiento del deber para con la patria.

Pero no basta que el Oficial ofrezca un buen ejemplo personal; su responsabilidad trasciende su propia conducta. Le es imprescindible evitar activamente que ninguno de sus subordinados dé un mal ejemplo que pueda minar la moral colectiva. Esto implica impedir cualquier manifestación pública de desaliento, de miedo descontrolado o de indisciplina; estorbar la difusión de noticias alarmantes, rumores infundados o propaganda enemiga que busquen sembrar el pánico; y evitar, aun por la fuerza si fuera necesario en situaciones extremas, los ejemplos de fuga o abandono del puesto. A tal efecto, el Oficial debe aprovechar todas las ocasiones que le ofrece diariamente su profesión en tiempo de paz: en el ejercicio físico exigente, en condiciones de frío intenso o calor sofocante, en los arenales agotadores, en las subidas y bajadas de la

montaña, en la densidad de la selva, etc. En todas estas situaciones de entrenamiento, debe hacer ejecutar las órdenes que impongan a él mismo y a sus hombres, aunque sea por breve tiempo, una fatiga o un esfuerzo superiores a los ordinarios. Debe provocar, sobre todo, entusiasmo, silencio, disciplina y calma en estos momentos de exigencia física y mental. El Oficial debe tener siempre presente que no basta su valentía personal para guiar el combate o una operación; también necesita poseer y proyectar calma y sangre fría, no solo para sí mismo, sino para comunicársela a todos y cada uno de sus subordinados. Ellos, con sus ojos fijos en él, estarán atisbando sus menores movimientos, sus gestos y sus palabras, buscando en su líder la señal para levantarse hacia la gloria del cumplimiento del deber o, en el peor de los casos, hundirse en la vergüenza del abandono y la derrota.

13. ELEMENTOS QUE DEPRIMEN LA MORAL SOBRE EL CAMPO DE BATALLA

El miedo, esa emoción primaria e ineludible, es el principal elemento que deprime la moral sobre el campo de batalla. El peligro de la muerte, siempre presente e igual en su potencial letalidad en el combate, se manifiesta en cada época y en cada conflicto bajo una fisonomía especial, en relación directa con las armas y las tácticas empleadas. Pero la moral de los combatientes se ve afectada por dichos peligros bajo una forma única y universal, que es la del miedo, el primer y más formidable enemigo interno del soldado en el combate. Los grandes capitanes de la historia militar, aquellos que han conocido la realidad cruda de la guerra, están de acuerdo en manifestar que han sentido miedo en muchas ocasiones y que no creen a quienes aseguran no haberlo sentido nunca. De modo que no puede afirmarse que exista un hombre a quien el miedo no afecte en absoluto en una situación de peligro extremo, y es necesario que esta verdad sea comprendida y aceptada por todos, desde el soldado hasta el alto mando. Porque si se persuade al soldado de que puede combatir sin aprehensión alguna, si se le deja creer, falsamente, que la primera vez solo sentirá una débil emoción pasajera que desaparecerá con el estrépito del cañón y el olor de la pólvora, ese hombre, al enfrentarse a la realidad aterradora del combate, experimentará una desilusión terrible y peligrosa, que puede minar su moral de manera irreparable.

Por supuesto, la mayor gravedad que se puede presentar sobre el campo de batalla, aquello que puede precipitar el colapso moral, es la sorpresa, que es vecina muy próxima del pánico descontrolado. Ser sorprendido por el enemigo en un flanco, en la retaguardia o por una acción inesperada puede desmoronar la moral de una tropa.

Considerando que la moral de una tropa no aguerrida, sin experiencia previa en combate, puede quebrantarse fácilmente en los primeros encuentros, no debe vacilarse en señalar de antemano a los soldados, de manera honesta y profesional, los peligros reales que correrán en el campo de batalla, sin caer en la exageración, pero sin ocultar la realidad. Y como el miedo es y será siempre un elemento de capital importancia en el combate, un factor a considerar en la

planificación y la conducción, hay que estudiarlo a fondo precisamente para dotar a nuestros soldados de las herramientas para evitar que los paralice y para atenuar sus efectos negativos en los combatientes. El miedo es un sentimiento natural, una respuesta instintiva de supervivencia que presenta la forma más simple del instinto de conservación, ese mismo instinto que, llevado al extremo, hace apartar al soldado del combate, que detiene al hombre al borde de un precipicio, impidiéndole avanzar.

Así como el hambre denota una necesidad vital insatisfecha, el miedo advierte un peligro inminente. Pero por muy saludable que pueda ser este sentimiento instintivo como señal de alerta, debe combatírse activamente, porque es una emoción que inferioriza, que limita la capacidad de acción y que hay que dominar con la voluntad, el entrenamiento y la educación moral. Cuando el miedo llega a apoderarse de la conciencia humana y domina la voluntad, hace cometer actos de cobardía y de traición al deber que es necesario impedir a toda costa, incluso con la aplicación de sanciones severas. Existe, sin duda, el derecho natural a sentir miedo como respuesta a un peligro real, pero no existe, bajo ningún concepto, el derecho militar o moral a dejarse dominar por este al punto de abandonar el deber y la misión. Desde el instante en que el miedo ha dado al hombre la señal de peligro, el espíritu pasa en revista fugaz los medios disponibles para oponerse a ese peligro y, acto seguido, toma una resolución crucial: Capitula ante el temor o resiste con determinación. El hombre que, por muy turbado que se encuentre ante el temor del peligro inminente, sacrifica a su deber ineludible el interés mezquino de su conservación personal, ese hombre es un valiente, un héroe en potencia. El que se deja dominar por el temor hasta el punto de que este lo priva de la facultad de actuar con valor y determinación, no es más que un desecho humano en el contexto del combate, con el que no se puede contar para la victoria; un cobarde que, aun teniendo una idea exacta del peligro, imagina y busca activamente medios de evitarlo. Estos medios se manifiestan en acciones como tenderse en el suelo fingiendo una herida cuando sus camaradas se lanzan adelante en el asalto; ocultarse en un foso, una zanja u otro obstáculo esperando no ser visto por el enemigo o por sus superiores; llevar socorros a algún herido de manera innecesaria para permanecer en la retaguardia; perder voluntariamente sus municiones o extraviar su arma para tener un pretexto para abandonar la línea de fuego con la esperanza de no regresar a ella; provocarse una ampolla en el pie o una herida leve a sí mismo para que se le obligue a marchar a la enfermería; o herir a su caballo para que este quede indisponible y así evitar la misión.

Es fundamental comprender que el miedo y la cobardía no son sinónimos; son conceptos diferentes. Se puede sentir miedo, como una respuesta instintiva, y, a pesar de ello, ser valiente, actuando con determinación y cumpliendo el deber. La educación moral del combatiente, cultivada intensamente en tiempo de paz mediante el estudio, la reflexión, el ejemplo y el entrenamiento realista, debe tender precisamente a crear y desarrollar en el soldado hábitos y sentimientos que le faciliten la resistencia al miedo, que le

permitan dominarlo en el momento crucial. Esta tarea es inherentemente difícil y delicada, un aspecto en el que muchos Oficiales quizás reflexionan poco, teniendo la creencia equivocada de que no debe hablarse del miedo en la formación militar porque es un sentimiento vergonzoso o una debilidad que debe ocultarse. La exaltación de la moral, esa capacidad de elevar el espíritu combativo, y la depresión, esa caída en el desaliento, en el campo de batalla son fenómenos psicológicos que pueden afectar a todos los escalones de la jerarquía militar, desde el soldado hasta el Oficial superior, y que tienen sus momentos culminantes en el desarrollo del combate. La depresión de la moral se produce cuando ha sido vencida o neutralizada la voluntad de vencer, esa síntesis de las facultades intelectuales, morales y físicas humanas, que se afirman poderosamente cuando el individuo posee salud, ha tenido reposo adecuado, una buena alimentación y sus sentimientos elevados han sido excitados y motivados de manera moderada pero constante.

14. HAY CAUSAS FÍSICAS Y PSICOLÓGICAS DE DEPRESIÓN

La depresión en el combatiente, esa merma de su moral y su capacidad de lucha, puede tener múltiples orígenes, tanto físicos como psicológicos. Entre las causas físicas existen factores evidentes como las enfermedades que debilitan el cuerpo, las lesiones o sufrimientos, la fatiga extrema acumulada, el hambre y la sed prolongados, y diversas intoxicaciones, ya sean ambientales o por sustancias. La historia militar está repleta de ejemplos que ilustran los efectos devastadores producidos en la moral y el desempeño de numerosos ejércitos a causa de estas privaciones físicas, a veces más letales que las armas enemigas.

Analizando particularmente las causas psicológicas de la depresión en el combate, se encuentran elementos como el temor a lo desconocido, esa incertidumbre que genera la falta de información o la anticipación de lo inexplorado; el temor al aislamiento, a sentirse solo y desprotegido en el fragor de la lucha; y, de manera crucial, la sorpresa, que puede desbaratar los planes y sembrar el pánico.

El temor a lo desconocido actúa poderosamente en el hombre, impulsándolo a exagerar mentalmente el peligro, dando vuelo a su imaginación más sombría y perdiendo el sentido de la medida, la capacidad de evaluar objetivamente la situación. Una atmósfera de misterio o incertidumbre creada por la posibilidad constante de una sorpresa enemiga, sobre todo durante la oscuridad de la noche, en condiciones de visibilidad reducida por la niebla o el humo, o en entornos complejos como la guerra urbana o la selva, predispone a la depresión moral y a la pérdida de confianza. El temor al aislamiento se hace sentir en el combate no solo en el sentido del frente, la distancia con el enemigo, sino también en el de la profundidad, la distancia con las propias reservas y el apoyo. La mayor parte de las veces, los hombres se lamentan, en la crudeza de la lucha, de sentir que "no hay nadie detrás de ellos", y miran ansiosamente hacia atrás, pasándose la voz unos a otros en busca de reafirmación. El Soldado bolivariano que se lanza al combate, imbuido del

espíritu ofensivo, necesita sentir a su retaguardia la presencia tangible de una tropa que lo sigue, que lo sostenga con su avance y que lo recoja si es herido o la situación lo exige. Esta conexión y apoyo mutuo son vitales para mantener la moral.

La sorpresa, entendida como una acción inesperada del enemigo que altera drásticamente la situación, juega un papel primordial en la propagación rápida y devastadora del miedo y el pánico. Se la puede alcanzar mediante una maniobra audaz, atacando los flancos o la retaguardia enemiga en el momento y lugar menos esperados, o haciendo entrar en acción en grandes cantidades, y sobre todo por primera vez, materiales o máquinas de guerra nuevas y desconocidas para el adversario. Estas novedades tecnológicas o tácticas, por su impacto psicológico, pueden desmoralizar profundamente a las tropas enemigas si no están preparadas para ellas.

15. EFECTOS DE LA DEPRESIÓN FÍSICA Y MORAL EN EL COMBATE

Las diversas causas de depresión, tanto físicas como psicológicas, previamente anotadas, originan perturbaciones significativas en el organismo y el espíritu del combatiente. Estas se traducen en un deseo irrefrenable de descansar, que muchas veces llega hasta un estado de somnolencia incontrolable; en un estado de agotamiento extremo y dolor físico, acompañado de una inquietud constante y una angustia profunda; o bien en la conciencia clara de un estado de debilidad general que predispone al desaliento y a la pérdida de la voluntad de luchar. Si el estado depresivo se exacerbá y se prolonga, el individuo puede llegar a no poder ejecutar siquiera ciertos actos automáticos que en condiciones normales realiza sin pensar; titubea al marchar, perdiendo el paso y la coordinación; toma mal la línea de mira de su arma; dispara sin darse cuenta de lo que hace, solo para hacer ruido; escribe temblorosamente; tartamudea; usa mal las palabras al intentar comunicarse. En muchos casos, la depresión profunda lo lleva a no poderse mover, a quedarse como paralizado por el miedo o el agotamiento, o a caer en una agitación nerviosa y convulsiva. Se ha visto a soldados deprimidos presos de una inercia tal, de un colapso moral, que la llegada del enemigo no les causa ninguna impresión de temor o instinto de defensa, dejándose matar en su sitio sin hacer movimiento alguno para protegerse.

Desde el punto de vista fisiológico, los efectos de la depresión profunda en el combate se manifiestan por perturbaciones circulatorias evidentes: debilidad cardíaca, aumento descontrolado de las pulsaciones, baja de la presión sanguínea, enrojecimiento inicial del rostro seguido de una palidez intensa y cadavérica; fuertes contracciones involuntarias de las fibras musculares con opresión en la garganta; incontinencia de orina y evacuación estomacal; las secreciones glandulares se intensifican con sudores copiosos, aumento de la producción de orina y, paradójicamente, disminución de la saliva, generando una sed insaciable. Los músculos de acción voluntaria se perturbarán produciendo temblores que a veces son imperceptibles y otras, agitan de manera incontrolable los pies y las manos; la piel se eriza, poniéndose "carne

de gallina"; la pupila se dilata; los nervios motores pueden paralizarse produciendo una actitud estática e inmóvil o, por el contrario, agitarse en un deseo incontrolable de huir. Y como la irrigación sanguínea de las células cerebrales se modifica por todos estos fenómenos fisiológicos y emocionales, el hombre pierde sus facultades intelectuales superiores, ya no asocia las ideas con claridad, disminuye drásticamente su capacidad para juzgar los hechos objetivamente y para prestar atención a sus obligaciones militares.

Desde el punto de vista psicológico, en el combate se producen perturbaciones importantes y a menudo duraderas en las facultades espirituales e intelectuales del individuo. Estas comienzan por afectar la iniciativa y la capacidad de invención o adaptación, extendiéndose después a la voluntad, ese motor interno que impulsa a la acción. Las facultades más resistentes al embate del miedo y la depresión son a menudo los hábitos automáticos adquiridos por el entrenamiento repetitivo. Estas perturbaciones se manifiestan por la disminución o desaparición del poder inhibitorio de la voluntad del individuo, perdiendo el control consciente de sus actos; la alteración del sentido crítico, de la facultad de juzgar los hechos y las ideas de manera racional; nerviosidad, excitación descontrolada de la imaginación, con una tendencia marcada a exagerar el peligro real. El miedo, en su manifestación psicológica, ofrece una escala de intensidades crecientes, desde la simple inquietud, pasando por la aprensión, la ansiedad, la desazón, el miedo propiamente dicho, el espanto, hasta el terror incontrolable que anula la voluntad y la razón. La persona de temperamento nervioso e impresionable es habitualmente predispuesta a sufrir con mayor intensidad los efectos de los estímulos depresivos más diversos. Existe, además, una tendencia a "centralizar" o asociar el miedo a ciertos lugares específicos, a ciertas personas o a ciertos métodos de combate del enemigo que causaron un trauma inicial. Muchas veces, el hombre se ve influenciado por miedos o traumas que lo agitaron durante sus primeros años de vida, principalmente en los casos de trastornos de ansiedad o neurastenia preexistentes. Nadie puede estar completamente libre de sentir los efectos del miedo en el combate; siendo lo más particular y paradójico que los seres de cierta educación y con grandes responsabilidades llegan incluso a tener miedo al miedo mismo, a la posibilidad de no poder controlarlo.

Por consiguiente, a fin de hacer frente con ventajas decisivas a los efectos psicológicos negativos producidos por el miedo y la depresión en el combate, es absolutamente necesario que la educación y la instrucción militar del soldado en tiempo de paz busquen hacer automático, mediante la repetición constante y el entrenamiento bajo estrés simulado, el movimiento correcto y la respuesta adecuada que ha de servirle en el campo de batalla. El objetivo es que ejerza estas acciones de manera maquinaria, casi por reflejo, incluso cuando sus facultades conscientes estén perturbadas. Asimismo, mediante un entrenamiento incesante de la inteligencia, la voluntad y el juicio, se debe habituar a los Oficiales a tomar decisiones acertadas, rápidas y eficaces en las condiciones más adversas.

Desde el punto de vista exclusivamente militar, los efectos del miedo y la depresión se dejan traslucir de manera más manifiesta en el tiro y en el avance hacia el enemigo. En el tiro, por causa de la dilatación de la pupila que afecta la visión, la puntería no puede hacerse correctamente; se actúa mal sobre el disparador, se dispara instintivamente por hacer ruido, por aturdirse, casi siempre apuntando demasiado alto. Esto no quiere decir, por supuesto, que deba desecharse por inútil la instrucción de tirador en el tiempo de paz; por el contrario, hay que llevarla al máximo nivel de automatismo, para que el soldado actúe reflejamente en el combate con la misma regularidad y precisión que en el campo de tiro, comunicándole así una mayor confianza en su propia eficacia letal. En lo relativo al avance hacia el enemigo, el soldado va cobrando temor al ver caer a sus compañeros, heridos o muertos a su alrededor. De allí la vital importancia de que la vigilancia y el liderazgo de los Oficiales se orienten a mantener la disciplina más firme, a infundir confianza con el ejemplo y la palabra, sobre todo con tropas que no tengan la debida preparación moral y la experiencia previa en combate. Es la disciplina, el ejemplo del Jefe y la cohesión del grupo lo que permite superar el miedo y continuar el avance hacia la victoria.

16. EFECTOS PSÍQUICOS DE LA FATIGA

La fatiga, ese agotamiento extremo que mina la capacidad física y mental, se manifiesta en el combatiente por un sufrimiento físico vago y generalizado, acompañado de un tedio profundo o una angustia opresiva. Es un estado de debilidad que predispone al miedo, al temor y a todas las formas de desaliento, socavando la moral. Produce una necesidad imperiosa de dormir, restringe la claridad del juicio, dificultando la capacidad de razonar y evaluar situaciones, y acarrea perturbaciones significativas de la inteligencia, la voluntad y la capacidad de ejecutar acciones de manera automática y coordinada. La fatiga comienza pervirtiendo la voluntad, adormeciendo los sentimientos morales elevados que han sido inculcados por la educación y despertando, en cambio, los instintos más egoístas y sensuales. A medida que se intensifica, sobreviene la abulia, esa falta de voluntad o energía que lleva a la pérdida de la iniciativa, del poder de decisión y, en casos extremos, de la facultad de obediencia básica. A veces, la fatiga extrema hace a los hombres presa de alucinaciones, haciendo ver agua a los sedientos, comida a los hambrientos y soñar a los insomnes, todo esto mezclado con súbitas y aterradoras apariciones imaginarias del enemigo. Cuando la fatiga llega a su punto culminante, hace perder incluso los hábitos de automatismo en la marcha, el tiro, la palabra, la escritura, o el instinto básico de la defensa personal. La fatiga tiende a desarrollar la docilidad excesiva, la credulidad acrítica y la sugestionabilidad de los hombres, debilitando su personalidad individual y haciéndoles perder su capacidad de resistencia a las emociones negativas, especialmente al miedo y al pánico. En lo que respecta a las facultades intelectuales, la fatiga produce olvido de ideas y de expresiones, dificulta la comprensión de las órdenes recibidas y suprime el poder de distinción y discernimiento. Entre los elementos que producen la fatiga en el campo de batalla, hay que citar, además del

esfuerzo físico prolongado, el sufrimiento causado por heridas o enfermedades, el frío intenso, el calor sofocante, el hambre y la sed, y las diversas intoxicaciones. Por consiguiente, un Jefe previsor y responsable debe hacer todo lo que esté a su alcance para que sus tropas lleguen al campo de batalla bien descansadas y alimentadas, con sus necesidades básicas cubiertas, reconociendo el impacto vital de estos factores en la moral. Y si, por razones ineludibles de la operación, no está en sus manos asegurar plenamente estas condiciones, necesita, al exigir a sus hombres los esfuerzos que demanda la situación, tener muy en cuenta estas circunstancias que disminuyen la capacidad moral y física de los combatientes, ajustando las exigencias y brindando el apoyo necesario.

17. LOS TEMORES Y LA DESESPERACIÓN EN EL COMBATE

Generalmente, una tropa es vencida en el combate cuando ha sido presa de sufrimientos insopportables, del desaliento, del miedo descontrolado o del pánico. Pero la derrota en tal caso, cuando la moral de la tropa colapsa, puede ser temporal o localizada, y casi nunca llega a adquirir proporciones catastróficas si el Jefe y los Oficiales mantienen la serenidad, la cohesión y el mando firme, siendo capaces de reorganizar y reagrupar a los hombres. No sucede lo mismo, y la situación se torna infinitamente más grave y peligrosa, cuando es el propio Jefe, el comandante, quien se encuentra bajo la acción del desaliento y renuncia a emplear sus elementos de combate y sus reservas. Esto puede ocurrir bajo la impresión equivocada de que sus tropas ya no se encuentran aptas para luchar, o porque piensa que la superioridad moral y material del enemigo hace inútil la lucha, o se entrega a la desesperación por reveses anteriores que hayan menguado su prestigio y sus medios disponibles, o siente el temor paralizante de imponer sufrimientos adicionales a sus hombres, o teme asumir las responsabilidades que se derivan de las decisiones en combate.

Una de las circunstancias que debe tenerse en cuenta, y que es un factor de riesgo para el liderazgo, es que hay ciertos Oficiales que pueden ser muy valientes en la acción individual, demostrando arrojo personal, pero son, paradójicamente, cobardes y timoratos en el ejercicio del mando que ejercen sobre otros. Su débil voluntad, su falta de determinación interna, les hace ver siempre mayores dificultades que las realmente existentes en una situación dada; se dejan impresionar excesivamente por los sufrimientos ajenos y vacilan en imponer a sus subordinados la ejecución estricta de las órdenes y los deberes, por temor a que estos se descontenten, se fatiguen o los consideren inhumanos. Estos Oficiales, por su propia limitación en el temple para el mando, no son aptos para recibir un mando aislado y decisivo, y deben ser puestos a órdenes de Jefes muy enérgicos, con carácter y visión. Estos últimos, a su vez, tienen la obligación de desarrollar en aquellos la firmeza de carácter y la voluntad de mando por medio de un adiestramiento sistemático y exigente, demandándoles la ejecución estricta de los deberes más penosos y difíciles, y excitándoles a mejorar sus condiciones morales y profesionales por medio de una decidida autoeducación y auto-superación constante.

El peor enemigo de la resolución de una tropa en la guerra, aquello que más socava su capacidad de acción, es el temor a la responsabilidad en los mandos. Este temor hace que muchos hombres de intelecto superior y con grandes conocimientos, pero carentes de temple moral, no sean capaces de tomar una actitud firme o una decisión pronta y audaz como Jefes, por miedo a perder su reputación profesional, su posición jerárquica o a ser señalados por un posible error. Este temor a la responsabilidad tiene por fuente principal el arribismo, o sea la tendencia al predominio de la ambición personal sobre el bien del servicio a la patria; la pereza, que evita el esfuerzo de la decisión; la falta de confianza en sí mismo, originada a menudo por un adiestramiento intelectual o profesional deficiente, y la carencia de hábitos de mando, de ejercicio de la autoridad y la toma de decisiones en situaciones simuladas. Estas fallas en el liderazgo se originan o se agravan cuando el mando superior es excesivamente centralizador o absorbente, y no deja a los subordinados ocasión de tomar iniciativas, asumir responsabilidades controladas y desarrollar su propio criterio. La mejor forma de remediar esta situación en los Oficiales, de forjar líderes con temple, es inculcarles, de manera profunda y constante, que la falta de iniciativa abnegada en el cumplimiento del deber es un crimen contra la Patria, contra el honor militar y contra la vida de sus propios hombres.

La esperanza genuina en lograr el éxito perseguido, la convicción firme en la victoria, es una fuerza anímica de primer orden que no debe perder jamás el Oficial. El pesimismo, la duda y la desesperación son factores altamente depresivos que menguan el valor combativo de las tropas y hacen estériles los sacrificios. Una imaginación pesimista tiende a ver negro el cuadro de la más halagadora realidad, magnificando las dificultades y minimizando las oportunidades. Y, por el contrario, un espíritu optimista, sustentado en la preparación, la disciplina y la fe en la causa, predispone a la audacia necesaria, disminuye el efecto psicológico de los reveses iniciales y anula la pusilanimidad. La energía en la desgracia, esa capacidad de recuperarse y persistir a pesar de los golpes, es una de las formas más eficaces y admirables del valor moral, y debe anidar siempre en el corazón de todo aquel que manda hombres que tengan que sufrir los crueles padecimientos y las adversidades a que obliga la guerra moderna en todas sus formas. Cuando el Oficial no ha alcanzado, por medio de su educación moral y su auto-disciplina, eliminar o controlar sus temores, su pesimismo y su falta de confianza, la tropa bajo su mando actúa sin conducción firme, pierde la confianza en el líder que debería guiarla y rebaja su moral a límites inconcebibles, comprometiendo el éxito de la operación y la defensa de la patria.

18. LAS FUGAS COLECTIVAS Y LOS PÁNICOS

Las fugas colectivas en el campo de batalla se producen cuando una serie de individuos se encuentran, al mismo tiempo, bajo la influencia de un temor particular, predisuestos a sentir miedo incluso de los peligros más insignificantes, aunque sean reales, y en las que interviene decisivamente el contagio mental. El pánico, sin embargo, no es simplemente una fuga colectiva

desordenada; es más bien la explosión súbita y violenta de un miedo colectivo que ha sido reprimido durante largo tiempo, acumulando tensión psicológica, y que solo necesitaba una chispa, una ocasión mínima, para manifestarse de manera incontrolable. El hombre puede luchar conscientemente contra su miedo instintivo, contra esa pulsión primaria de supervivencia, durante horas, días e incluso semanas enteras; pero llega un momento en que sus reservas psicológicas y emocionales se agotan y no puede contenerse más. El ser humano, en su esencia, solo es capaz de soportar una cantidad determinada de estrés, de tensión y de miedo. Cuando una tropa llega al punto límite de la resistencia al miedo, basta cualquier pequeño detalle, aparentemente insignificante, como un disparo aislado en la noche, un grito de alarma como "¡A las armas!", o frases desmoralizantes como "¡Estamos perdidos!" o "¡Sálvese quien pueda!", para provocar una brusca y violenta explosión de terror. Este terror se propaga instantáneamente por contagio mental, convirtiendo a la tropa en un rebaño descontrolado que no obedece sino a sus instintos más básicos, desbandándose y transformándose en una manada de fugitivos imposibles de contener por la fuerza ordinaria. Esa explosión incontrolada de terror colectivo es lo que constituye el fenómeno del pánico.

El pánico se diferencia de las fugas colectivas en que puede ser causado por un peligro casi siempre imaginario, por una ilusión óptica o una alucinación colectiva que, al propagarse por el contagio mental, aturde y desorganiza a individuos y unidades enteras, arrastrándolos en una fuga alocada, sin dirección ni concierto, a la manera de un rebaño asustado.

Una tropa cualquiera, incluso una que ha demostrado valor previamente, puede ser presa del pánico, aun encontrándose lejos del enemigo directo, si sus fuerzas morales se encuentran enervadas, agotadas o debilitadas por la espera prolongada de una lucha, por el constante peligro al que han estado expuestas, o por la acumulación de fatiga física y psicológica. Es decir, cuando se encuentran en un estado de emoción latente, una olla a presión psicológica, producida por la acumulación de tensión nerviosa.

Una tropa puede sentir miedo, experimentar esa emoción natural ante el peligro, y sin embargo, no desbandarse, mantenerse firme y cumplir con su deber, tal como un hombre individual puede sentir miedo y aun así cumplir valientemente su misión. Pero la explosión de pánico es mucho más probable y difícil de controlar en una colectividad, en un grupo humano, que en el individuo aislado. Esto se debe a la mayor irritabilidad y sensibilidad de las fuerzas psicológicas actuantes en un grupo, a la multiplicación de los incidentes, rumores o señales que pueden provocar el desequilibrio psicológico colectivo, tales como ráfagas mortíferas inesperadas, ataques sorpresivos en los flancos, noticias inquietantes (reales o falsas) que se propagan rápidamente, o la percepción de peligros, a menudo imaginarios, que algunos individuos han "experimentado" y que se contagian rápidamente al conjunto. El pánico tiende a producirse con mayor frecuencia entre las tropas compuestas en su mayor parte por reclutas y reservistas, con menor cohesión y experiencia en combate,

y es más fácil que prenda en tropas inactivas o en reserva que han sufrido fuertes emociones en los acantonamientos o vivaques, o en momentos de relajación aparente, en la tarde o al día siguiente del combate, cuando se piensa estar libre de todo peligro inmediato. Las tropas empeñadas más adelante, en la línea de vanguardia, como tienen mayor actividad y están concentradas en la acción, están menos expuestas al pánico que las fracciones sometidas al fuego enemigo y que no pueden responderlo eficazmente, experimentando una indefensión que genera angustia. Las consecuencias del pánico son muy graves y pueden ser catastróficas para el desarrollo de las operaciones. Principalmente en la noche, la oscuridad, que limita la visibilidad y aumenta la incertidumbre, favorece el pánico, produciendo un desorden terrible; a unos pocos disparos de fusil, a veces de origen amigo, suceden otros y así se propaga el fuego de manera descontrolada, llegando incluso a matarse entre sí las tropas amigas en la oscuridad y la confusión.

Lamentablemente, no hay ejército en la historia que no haya sufrido pánicos en algún momento. Ni siquiera las tropas victoriosas, en el momento posterior al triunfo o en una situación inesperada, se libran de sus efectos potenciales. Y tratándose de pequeñas unidades, compañías o batallones, el pánico es una posibilidad real en el combate. Es también frecuente en las escoltas de convoyes, así como, por razones comprensibles, entre los heridos de las ambulancias y hospitales de campaña. Los hombres que forman las escoltas de convoyes se encuentran generalmente enervados por largas horas de espera, tensión y tedio, lo que merma su capacidad de reacción. Los heridos, por su parte, se hallan agotados por sus sufrimientos físicos, por el impacto psicológico del trauma y por el recuerdo de los peligros corridos.

Asimismo, en unidades que dependen de animales de carga o transporte, como los caballos y las mulas, estos juegan con frecuencia un papel importante en los pánicos, pues se aturden fácilmente con los ruidos fuertes y el caos del combate. Basta que uno o dos emprendan la fuga descontrolada a todo galope para que el resto del animal se sume, generando un tropel que arrolla cuanto encuentra a su paso, sembrando el desorden.

Las tropas colocadas en segundo escalón o en reserva, esperando su turno para entrar en acción, están en contacto con los grupos de cobardes que van formándose con los hombres que se desprenden a propósito de sus unidades para no combatir, fingiendo enfermedades o buscando excusas. Estos individuos, con su actitud, siembran la desconfianza y, a la menor emoción, creyéndose en inminente peligro de muerte, emprenden la fuga con gritos de dolor o terror, arrojando sus armas y equipo, sin obedecer a los Oficiales, presas del delirio y el pánico. Se ha visto ya que el pánico es originado a menudo por peligros imaginarios o exagerados, y es más fácil de cundir a medida que la imaginación de los hombres es menos controlada por la observación objetiva y el sentido crítico. Esto sucede frecuentemente cuando están bajo la influencia de la fatiga extrema, ocasionada por el sufrimiento, el

hambre, la sed, la fiebre o el calor excesivo. Respecto a este último elemento, se ha observado que favorece la propagación del pánico.

Las operaciones nocturnas son un medio particularmente favorable para el desarrollo del pánico, a causa de que la oscuridad no permite observar al enemigo con claridad, ni discernir sobre la verdadera naturaleza del peligro que amenaza. Casi siempre, estos pánicos nocturnos, generados por la incertidumbre y el miedo a lo desconocido, se traducen en desgraciadas matanzas entre tropas amigas en la confusión.

A fin de prevenir, mitigar y limitar los efectos devastadores del pánico en nuestras tropas, es absolutamente necesario impartir a nuestros soldados un entrenamiento físico y moral superior y constante, forjando su temple y su disciplina. Es vital impedir la circulación de noticias alarmantes, rumores infundados o propaganda desmoralizante que pueda minar la confianza. Es un deber impedir, activamente, las manifestaciones de cobardía y sancionar severamente a quienes intenten sembrar el desorden. Es fundamental no dejar inactivas a las tropas por períodos prolongados, ni siquiera lejos del enemigo, manteniéndolas ocupadas en tareas útiles y en constante adiestramiento. En el caso de unidades que dependen de animales, es crucial no abandonarlos jamás, a fin de evitar su dispersión descontrolada que puede generar pánico. En todo momento, se debe imponer una disciplina estricta en todos los actos de la tropa, creando hábitos de orden y obediencia que se mantengan incluso bajo presión. Una vez desatado el pánico en una tropa, los hombres huyen incontrolablemente, perdiendo el control racional. En ese estado, no obedecen ni siquiera por reflejo, porque el terror nubla su comprensión de las órdenes. En esta situación extrema, solo pueden ser gobernables, en parte, por la sugestión fuerte y autoritaria. Lo primero que debe hacerse es tratar de reunir a los hombres por unidades, reagruparlos, encuadrarlos bajo mandos firmes, y ordenarles algunos movimientos de orden cerrado o ejercicios simples para despertar sus hábitos automáticos de disciplina y orden. Luego, una vez recuperada una mínima cohesión, enviarlos de nuevo a sus cuerpos de origen o a nuevas posiciones.

En cuanto el pánico se presente en una tropa vecina, los Oficiales de las unidades contiguas deben redoblar sus esfuerzos para evitar el contagio, actuando con la mayor energía y determinación para aumentar la moral y la cohesión de sus propias tropas. Deben procurar distraer la atención de sus hombres del pánico ajeno mediante una gran actividad física, manteniéndolos ocupados y concentrados en sus propias tareas y en la vigilancia del enemigo. Es el momento de emplear los medios persuasivos, los llamados enérgicos al patriotismo, al honor y al deber para con la patria y los compañeros. En caso de ser insuficientes estas medidas de persuasión y ejemplo, no debe dudarse en emplear las amenazas e incluso la violencia controlada contra los primeros que intenten huir, para detener la estampida y evitar el colapso total. Para que una tropa emplazada en segunda línea o en reserva no se vea arrastrada por elementos que vienen presas del pánico desde el frente, es conveniente

hacerla echar cuerpo a tierra, esperar que pase la avalancha incontenible de fugitivos descontrolados y luego emprender el movimiento, si es necesario, por los medios regulares y bajo el control de sus mandos.

19. MANERA DE DOMINAR Y VENCER LOS EFECTOS DEL MIEDO

Es fundamental distinguir claramente entre el estupor y el miedo en el contexto del combate. El estupor consiste en una repentina emoción, una conmoción inicial que se apodera de un individuo ante un hecho súbito e inesperado, antes de que sus mecanismos psicológicos y fisiológicos funcionen plenamente para infundirle miedo consciente. A medida que es mayor el contraste psicológico entre la expectativa y la realidad impactante, crece la intensidad del estupor. Este va siempre acompañado de algunas de las manifestaciones esenciales del miedo, pero solo dura breves momentos. Es relativamente más fácil dominar el estupor mediante un buen entrenamiento de las tropas, instruyéndolas principalmente acerca de los verdaderos efectos de los fuegos enemigos, desmitificando su supuesta invulnerabilidad y dotándolas de información realista y procedimientos de respuesta. Esto es crucial, pues casi siempre los soldados tienen una inclinación natural a creer que los efectos destructivos de los fuegos son superiores a la realidad objetiva, alimentando el temor.

El problema es mucho más grave y complejo cuando se trata de vencer el miedo en presencia de peligros reales, sostenidos y abrumadores, como los que impone la guerra moderna. Esto es particularmente desafiante para individuos que, habiéndose creído invulnerables o poseedores de un valor inmutable, llegan a pensar, ante la crudeza de la realidad, que han perdido esa invulnerabilidad. En ese instante de quiebre, se ven embargados por un miedo intenso y desmoralizante.

Al Oficial, por su formación, su vocación y su profundo sentido del deber, generalmente le es más accesible dominar el miedo personal. Esto se logra por la noción clara que tiene de su deber para con la patria y sus hombres, por su elevado sentido de responsabilidad, por el ejemplo de valor que debe dar a sus subordinados y por el menosprecio que la cobardía o el descontrol proyectarían sobre sí mismo, sobre su honor y sobre la institución a la que pertenece. El miedo personal tiende a desaparecer casi siempre en el Oficial, o al menos a ser controlado, al llegar el momento crucial en que su deber ineludible lo obliga a tomar parte activa en la acción y a dirigir a sus hombres. La responsabilidad y la misión se imponen al instinto.

El miedo, esa emoción que busca paralizar, se ve confrontado y, a menudo, dominado por el combatiente valeroso mediante diversas fuerzas internas y externas. Entre ellas destacan el aavezamiento progresivo al peligro, adquirido a través del entrenamiento realista y la experiencia controlada; el deseo noble de no mostrarse inferior a sus camaradas, de estar a la altura del sacrificio colectivo; el temor, no a la muerte, sino a que lo menosprecien por cobardía; el amor propio y el orgullo de pertenecer a una unidad de élite; el sentido elevado

de las responsabilidades compartidas ante sus compañeros; y la esperanza legítima en una recompensa, no solo material, sino fundamentalmente honorífica por el cumplimiento del deber y el heroísmo. También aleja al soldado del dominio del miedo la convicción firme y sustentada en la preparación de que la superioridad en el mando, sus Jefes, han hecho todo lo posible para planificar y conducir la operación hacia la victoria; la certeza de que su artillería y los demás medios de apoyo son eficientes y le brindarán el respaldo requerido en el momento preciso; y el conocimiento, basado en la inteligencia y la experiencia, de que la fuerza del enemigo puede ser eficazmente destruida o neutralizada. Sin embargo, el miedo, como instinto natural ligado a la supervivencia, tiene raíces muy profundas y naturales en el ser humano, lo que impide pensar que pueda ser reprimido o erradicado por completo. Lo que sí es posible y necesario es contemplar sus efectos potenciales para atenuarlos, minimizarlos y evitar todas sus manifestaciones externas, aquellas que, por ser sumamente contagiosas en un grupo humano, pueden sembrar la desmoralización, el desorden y el pánico.

El valor habitual, ese arrojo sereno, racional y constante que exige la guerra moderna en todas sus facetas, no es un don natural al alcance innato de todos los hombres. Esta forma de valor, muy distinta de la valentía impulsiva, irracional y momentánea, solo se adquiere y se consolida a fuerza de avezamiento progresivo al peligro simulado y de un entrenamiento riguroso y consciente, tanto físico como moral y psicológico. La prevención del estupor inicial y la disminución sostenida del miedo se alcanzan mediante un entrenamiento bien planificado y ejecutado, por el conocimiento cabal de las sugerencias poderosas –el ejemplo del Jefe, la cohesión del grupo, el ideal patrio– que borran o subordinan en el espíritu humano las reivindicaciones del instinto de conservación, y por el hábito cultivado de dominarse a sí mismo, de ejercer sobre el yo, sobre las propias emociones e impulsos, un imperio absoluto, una voluntad de acero. Una causa adicional que puede contribuir a la disminución del valor combativo de las tropas es la larga duración de la guerra moderna, que somete al combatiente a un estrés prolongado y agotador.

Cualesquiera que sean las cualidades étnicas o individuales innatas del soldado, este se ve constantemente solicitado y presionado por dos tendencias fundamentales y contrapuestas: una optimista, que lo impulsa a la acción decidida, a la confianza en la victoria y al avance; y otra, que, por el contrario, mina sus fuerzas vivas, hace nacer la desconfianza, el descontento, el desaliento y, finalmente, el pánico. La una engendra el valor, el arrojo y el espíritu de sacrificio en aras de la patria; la otra da origen al miedo descontrolado, que a su vez provoca la cobardía y el abandono del deber. En esta lucha interna y externa, la una asegura la victoria, mientras que la otra, si prevalece, provoca la derrota y la ignominia. La tarea del Oficial es asegurar que la tendencia positiva, la voluntad de vencer, se imponga siempre.

20. FACTORES DE LA VICTORIA - EL VALOR Y SUS ELEMENTOS

La victoria, ese ideal supremo y la principal razón de ser de los ejércitos patrios, no es un fin que se alcanza por azar o por la mera acumulación de poder material. Para obtenerla, es imprescindible hacer converger de manera sinérgica todos los esfuerzos morales, intelectuales y materiales, obligando al enemigo a abandonar la lucha mediante la imposición de nuestra voluntad. La victoria consiste, fundamentalmente, en conservar y potenciar nuestro propio valor, individual y colectivo, y en destruir el del adversario, minando su capacidad de resistencia moral y física.

Para el Oficial, la victoria personal y profesional reside en conservar inquebrantable su valentía personal, mantener y exaltar la de sus subordinados, y lograr minar la del enemigo. El ser humano, por naturaleza, considera la vida como un bien precioso a preservar, pero hay circunstancias excepcionales, impulsadas por ideales superiores al mero instinto de conservación, en las que voluntariamente la sacrifica. La condición fundamental para tener éxito en la guerra, para alcanzar la victoria en la defensa de la patria, es que el soldado, el combatiente, esté animado de esta cualidad esencial que es el valor. El valor puede definirse como la facultad de actuar con energía moral, intelectual y física, a pesar de la influencia depresiva y paralizante del miedo, del sufrimiento y la fatiga, despreciando la muerte en pos de un ideal supremo. El desarrollo consciente y constante de este ideal, condensado en un sublime amor a la Patria, y el entrenamiento riguroso en el menosprecio calculado a la muerte y al peligro innecesario, constituyen la base irrenunciable de la educación militar en los ejércitos verdaderamente preparados para la defensa de la nación.

Mientras que el miedo es un fenómeno natural, una manifestación instintiva de la conservación individual, el valor es, por el contrario, una fuerza moral que puede y debe adquirirse y fortalecerse con el entrenamiento constante, la educación y la experiencia. Es, propiamente, una manifestación elevada del instinto de conservación social, de la protección del grupo, de la nación, del proyecto colectivo. El sentimiento que más valor confiere al corazón del soldado, que lo impulsa a superar sus miedos, es el patriotismo; y el campo donde este valor se forja, se demuestra y se perfecciona es el campo de batalla en defensa de la soberanía. El hombre se perfecciona moralmente a medida que abandona sus sentimientos egoístas y comprende que se debe a su familia, a su pueblo y, sobre todo, a su patria. Y cuando logra adquirir la convicción profunda de que su sacrificio personal es necesario para que la patria sobreviva y prevalezca, entonces marcha resueltamente hacia el cumplimiento del deber, incluso a costa de su vida, sin importarle ya tanto el bienestar material individual ni los intereses particulares. Es importante comprender que el valor y la resistencia física no guardan una relación intrínseca directa. Los fornidos matones o bravucones del tiempo de paz son, a menudo, los más cobardes e inútiles en el combate real. En cambio, hombres de temperamento emotivo, dotados de sensibilidad y empatía, se conducen casi siempre admirablemente frente al enemigo, impulsados por el deseo de

proteger a sus compañeros y cumplir con su deber. También hay individuos que, a pesar de una aparente pereza en la rutina, demuestran un valor sobresaliente frente a cualquier clase de peligro real.

Los elementos que intervienen en las demostraciones de valor forman un todo complejo, multifacético, que ofrece los aspectos más variados y que dan origen a diversas clasificaciones del valor: activo, neutro, accidental y continuo.

El valor activo proviene de una fuerte tendencia a actuar resueltamente en el sentido deseado u ordenado por el mando, manifestándose principalmente bajo la forma de la voluntad de vencer, esa fuerza interior que impulsa al hombre a marchar hacia adelante, a superar obstáculos y a lanzarse sobre el enemigo para destruirlo o someterlo. El valor neutro consiste, fundamentalmente, en el dominio consciente o la ausencia de toda emoción depresiva o paralizante. Traduciéndose en la sangre fría, la impasibilidad controlada y la intrepidez, preserva al combatiente del deseo instintivo de la fuga y del atolondramiento o la acción irreflexiva.

El valor accidental es, relativamente, más fácil de manifestar, pues su acción se extiende solo a un período de tiempo determinado, de duración limitada a una situación específica. La expresión común "estuvo valiente tal día" aclara suficientemente este concepto; se refiere a un acto de valor puntual en una circunstancia dada. El valor continuo, en cambio, es mucho más difícil de poseer y mantener. Solo es posible cuando el hábito adquirido por el entrenamiento constante y la disciplina hace su práctica casi inconsciente, una segunda naturaleza. La más bella y elevada expresión de valentía es aquella que permite al hombre que se encuentra en seguridad, sin excitación previa que lo impulse, lanzarse voluntariamente a la lucha, a un peligro conocido y evaluado con frialdad, animado únicamente por un sentimiento de patriotismo intenso, un honor inmaculado o un profundo sentido del deber para con la patria y sus conciudadanos. La valentía verdadera, la que es útil en la guerra, es prudente y se limita a lo preciso para el cumplimiento de la misión, sin fanfarronadas inútiles o exhibicionismo temerario, aunque, ciertamente, hay casos en que es necesario dar un ejemplo visible de arrojo para arrastrar a los vacilantes y levantar la moral colectiva.

El valor en un mismo grupo de hombres puede variar notablemente según las circunstancias cambiantes del combate y la influencia del entorno, sobre todo con individuos de temperamento influenciable. A este respecto, la confianza profunda de los hombres en sus Jefes es un factor de capital importancia para modular y potenciar el valor colectivo. La misma tropa, en circunstancias similares, puede lograr un éxito resonante o sufrir un revés catastrófico, según la manera en que esté mandada, según la calidad del liderazgo que la guíe. Se ha notado históricamente que, en el primer período de las guerras, el valor de los hombres suele ser más brusco e impulsivo, llevándolos a lanzarse, a veces de manera descubierta y temeraria, contra las posiciones enemigas, sufriendo grandes pérdidas innecesarias como

consecuencia. Con el correr de las semanas y los meses, al sufrir en propia carne los efectos del fuego enemigo y experimentar las privaciones de la campaña, las tropas se hacen más cautelosas y, a menudo, desarrollan en los hombres un valor más sereno, calculado y útil. Abrigan el convencimiento de que, para vencer, todo es necesario, menos la temeridad irreflexiva. El valor así considerado tiene una forma más humilde, más interna, menos espectacular, más oscura para el observador externo, pero no por eso deja de ser menos grande ni menos moralmente elevado. En su forma antigua, el valor era a menudo más espectacular, más arrogante, centrado en la proeza individual visible. En una trinchera, un refugio o en un repliegue del terreno en la guerra moderna, el hombre valeroso no tiene, en muchas ocasiones, más testigos de sus hazañas silenciosas que sus vecinos inmediatos, a derecha e izquierda. Su acción visible puede parecer limitada; su único mérito, inmenso, consiste en conservar siempre su sangre fría, el libre funcionamiento de su cerebro y de su voluntad bajo presión extrema.

El valor colectivo de una tropa está en razón directa de la calidad de su encuadramiento, de su liderazgo. No son raros los ejemplos de unidades empeñadas en combate que, luchando con valentía denodada, han flaqueado o colapsado en cuanto han visto desaparecer a sus Jefes, heridos o caídos, o cuando estos han dejado de hacer sentir su autoridad, su presencia y su guía. El valor individual y colectivo se funda en los sentimientos elevados, las creencias profundas y los hábitos individuales y colectivos cultivados. Su parte activa está constituida por sentimientos nobles iluminados por creencias y valores: el patriotismo inquebrantable, el afecto y la lealtad por los Jefes y compañeros, el honor individual y colectivo immaculado, la necesidad de la defensa nacional como imperativo existencial, el sentido de la subordinación voluntaria, el cultivo de la iniciativa y del espíritu de empresa en el marco de la misión. Estos factores, cuando están presentes, determinan al soldado a cumplir espontáneamente sus deberes, no obstante, los peligros y la fatiga, y a hacer el sacrificio supremo de su vida en pos de ideales superiores que trascienden su propia existencia. A estos factores morales primarios, hay que añadir, especialmente en la fase final del combate, otras fuerzas psíquicas activas como la cólera justa ante la agresión y el instinto de agresividad controlada, entendida esta como la manifestación ofensiva del instinto de conservación, que busca neutralizar la amenaza.

Las manifestaciones de valor provienen del temperamento y del carácter de la raza, si es predominantemente agresivo o, por el contrario, más flemático; del espíritu y los hábitos de ofensiva más o menos inculcados a las tropas durante el adiestramiento y la formación, o de otros estados de conciencia como la confianza o la inquietud, la esperanza en la victoria o la desesperación. Los estados afectivos, como el amor a la patria o la indignación ante la injusticia, favorecen la cólera y la agresividad controlada necesarias en el combate. La parte neutra del valor, esa capacidad de resistencia pasiva, está constituida por la resistencia física y mental a la fatiga, la sangre fría y la impasibilidad, que son características que pueden estar presentes en la raza, por el adiestramiento

que hace al hombre avezado al peligro y a las privaciones, y por la confianza firme en el porvenir de la nación.

El valor puramente físico, ese arrojo sin control racional, en el que no toma parte la voluntad consciente orientada por la razón y el deber, es la simple negación del miedo y se conoce a menudo con el nombre de sangre fría, siendo en gran medida una cuestión de temperamento innato. Los hombres del campo, que constituyen un núcleo importante y valioso de nuestras tropas, suelen poseer una sangre fría natural, son flemáticos, poco irritable ante las pequeñas adversidades y relativamente lentos en sus reflejos iniciales. Tienen pocos arranques impulsivos y arrebatos emocionales, pero poseen una gran voluntad, una capacidad de resistencia excepcional y un profundo desprecio al peligro una vez que comprenden la necesidad de enfrentarlo. Son capaces de un valor calmado, de impasibilidad admirable, y no son propensos a arranques bruscos y a una furia ofensiva descontrolada.

La sangre fría, ya sea natural o hereditaria, puede ser desarrollada y fortalecida por la costumbre, por el entrenamiento continuo y la exposición controlada a situaciones de estrés y peligro. La rutina del entrenamiento exigente llega a embotar las sensaciones más intensas y hace que los hombres se vuelvan relativamente indiferentes a las incomodidades y peligros al familiarizarse con ellos. La sangre fría, natural o adquirida, se refuerza significativamente por la confianza en la propia superioridad, fundamentada en la preparación y el liderazgo, y por el optimismo, esa actitud mental que impulsa a interpretar cualquier hecho, por adverso que parezca inicialmente, como un desafío superable, como una oportunidad para demostrar el temple, y que no cesa de reanimar el valor ante las dificultades. En cambio, la sangre fría se ve deprimida y socavada por el fatalismo, esa creencia en un destino ineludible, o por el pesimismo, que hace ver todo como un fracaso o una improvisación, introduciendo la desmoralización y la inacción. Estos elementos activos y neutros del valor, tanto individuales o internos, actúan sobre el individuo aislado o formando parte de una tropa. Su exaltación, su cultivo constante, debe ser uno de los principales fines y objetivos permanentes de la educación militar bolivariana.

Pero cuando el hombre actúa como parte de una tropa, se ve solicitado e influenciado por fuerzas exteriores que ejercen sobre él sus superiores y compañeros. El ejemplo dado por los Jefes, su arrojo y serenidad, o por los más valientes de la tropa; los estímulos mutuos, las palabras de aliento y camaradería; el amor a las recompensas, tanto materiales como, fundamentalmente, honoríficas; las amenazas de sanción ante el incumplimiento del deber y los reflejos de obediencia automática adquiridos por el entrenamiento, todo ello lo impulsa a cumplir sus deberes con mayor abnegación y determinación, superando el miedo individual. Estos factores externos del valor adquieren en nuestro medio, principalmente con los hombres y mujeres provenientes de las ciudades, un temperamento a menudo más excitable y sensible a los estímulos externos, una importancia capital. Su

temperamento vivaz, su amor propio, su ambición legítima de gloria y reconocimiento, su espíritu de emulación, su deseo de alcanzar recompensas por sus méritos, deben ser aprovechados al máximo por los superiores, mediante un liderazgo que combine un sentimiento de confianza en sus capacidades y un control energético pero comprensivo. Un liderazgo desarrollado desde la paz que dé al hombre la sensación constante de que en cualquier momento los ojos vigilantes y atentos de su superior están sobre él, que su Jefe conoce sus debilidades para ayudarlo a reprimirlas, pero que está dispuesto a reconocer y premiar sus esfuerzos y su valor.

El valor colectivo, ese temple de la tropa que se demuestra en la batalla como una fuerza superior a la suma de los valores individuales, tiene sus orígenes más profundos en el alma nacional, en los valores y el ideario del pueblo. Un ejército que actúa movido por un ideal elevado, con la convicción firme de la justicia de su causa y la legitimidad de su lucha, tiene forzosamente que ser valiente y tenaz, superando cualquier adversidad. El conocimiento claro y profundo del ideal que se defiende, de la causa por la cual se lucha, infunde en el militar una acentuación de su valor, una determinación inquebrantable, pues los pueblos que comprenden la causa por la cual combaten, que saben por qué y para qué luchan, dan siempre los mejores soldados, los más valientes y resistentes. Comprendiendo esta verdad fundamental, los grandes capitanes de la historia han puesto siempre especial cuidado en cultivar el espíritu nacional y la convicción en la justicia de la causa en sus ejércitos, reconociendo que este es uno de los factores más importantes para alcanzar la victoria.

21. EL HEROÍSMO

El heroísmo, esa manifestación suprema del valor, implica la certidumbre consciente de la muerte inminente o, al menos, la altísima probabilidad de ella, llevada al sacrificio supremo libremente consentido, a menudo con muy poca o ninguna esperanza real de éxito personal, sino buscando un beneficio para la unidad o la misión. Como el valor mismo, el heroísmo no es patrimonio exclusivo de ninguna raza, clase social o categoría jerárquica; puede surgir en cualquier individuo, impulsado por circunstancias extraordinarias y un profundo sentido del deber y el sacrificio. Puede ser intermitente o eventual, manifestándose en un momento crucial; pero las condiciones de la guerra moderna, con su intensidad y omnipresencia del peligro, exigen al hombre manifestaciones continuas y sostenidas de heroísmo silencioso y resiliente. A la gallardía visible y a menudo espectacular de las cargas frontales de otros tiempos, a pie o a caballo, se contrapone hoy la vida oscura y exigente dentro de las trincheras, oculta dentro de los matorrales en una emboscada, o detrás de los peñascos de las serranías. Presas del fuego incesante del cañón, llenos de barro, sedientos, aplastados física y moralmente por la tensión y las privaciones, los soldados de un ejército moderno a menudo tienen que luchar para vencer, cumpliendo su misión, con casi ninguna posibilidad personal de salir ilesos o con vida. El heroísmo reside hoy tanto en el acto cumbre de arrojo como en la resistencia silenciosa y la perseverancia diaria.

22. EL HÁBITO Y LA EXPERIENCIA EN SUS RELACIONES CON EL VALOR

Estos dos factores, el hábito y la experiencia, juegan un papel preponderante en la forja y manifestación del valor en el combatiente. El hábito se obtiene como resultado directo del entrenamiento constante y de una educación militar que, al cabo de algún tiempo de práctica rigurosa, acostumbra a los soldados a no medir excesivamente los peligros en el momento de la acción, a no hablar de ellos de manera que siembre el miedo, y, fundamentalmente, a no temerlos de manera paralizante. Sin embargo, es crucial comprender que los efectos del hábito sobre el valor solo intervienen de manera efectiva en manifestaciones de peligro de la misma especie o naturaleza que aquellas a las que el combatiente ha sido habituado en el entrenamiento. Por consiguiente, debe tenerse en cuenta que el hábito no tiene acción automática sobre los peligros imprevistos, completamente nuevos o de naturaleza diversa a lo practicado. En cuyo caso, la valentía necesaria para afrontarlos debe buscarse en otra fuente. Y esta fuente no es otra que una decidida voluntad de vencer, un temple interior forjado en principios superiores, una voluntad que no se puede exigir a todos los hombres en todo momento sin un liderazgo adecuado. Por esta circunstancia, la acción vigilante, constante e inspiradora del Jefe cobra una importancia nunca desmedida, guiando y reafirmando la voluntad de sus subordinados. La experiencia real del combate o de situaciones extremas cambia la forma y la noción misma del valor en el individuo. Particularmente los hombres jóvenes, en su arrojo y deseo de probarse, tratan a menudo de romper la monotonía de la vida de campaña prestándose voluntariamente para desempeñar comisiones peligrosas, sobre todo en el servicio de patrullas de reconocimiento o combate, incursiones y misiones especiales. Con estas experiencias, van adquiriendo un valioso avezamiento al peligro que hace su valor más continuo, sereno y calculado.

23. CÓMO SE ABATE LA MORAL DEL ADVERSARIO

Para abatir el valor del enemigo, para minar su moral y su voluntad de lucha, es preciso desalentarlo por todos los medios posibles, tanto físicos como psicológicos. Es fundamental fatigarlo, extenuarlo mediante una agresividad y un hostigamiento constantes, persistentes e incessantes, pero sin producir iguales consecuencias de agotamiento en nuestras propias tropas, manteniendo nuestra capacidad operativa. Es necesario arrojar sobre las posiciones enemigas un alud de proyectiles, de fuego de artillería, aéreo o de misiles, para poner grandes efectivos fuera de combate, generando bajas y destrucción que impacten su moral. Es vital amenazar y actuar constantemente contra sus flancos y retaguardias, generando incertidumbre y obligándolo a desviar recursos. Es crucial difundir en su seno noticias alarmantes, información veraz o desinformación estratégica que siembren la duda y la desmoralización. Es necesario provocar el pánico en sus filas mediante la sorpresa, con acciones audaces y no convencionales. Pero el medio más eficaz y determinante para abatir la moral del adversario, aquel que demuestra nuestra superioridad, consiste en avanzar siempre, en mantener la iniciativa ofensiva, en marchar resueltamente contra él. Porque no hay victoria decisiva

sin ofensiva, sin la voluntad manifiesta de imponer la propia voluntad en el terreno. Para intimidar al enemigo y minar su moral, hay que demostrarle, con acciones, que no se le teme, que estamos dispuestos a enfrentarlo y vencerlo. Quedar inmovilizado en una trinchera, en una posición defensiva o en una línea alcanzada sin progresar más es, en esencia, declararse impotente para el ataque, ceder la iniciativa y, con ello, debilitar la propia moral y fortalecer la del adversario. El gesto ofensivo, la agresión controlada y decidida, es el elemento absoluto e invariable del combate victorioso. Los seres aparentemente más débiles, con menos recursos materiales, pueden hacer retroceder a otros más fuertes cuando están animados por la resolución inquebrantable de avanzar y luchar por una causa justa. En todas las guerras se han visto puñados de hombres, incluso mal armados, introducir el pánico y el desorden en las filas enemigas mediante un movimiento de avance lleno de audacia, determinación y fe en la victoria.

Al lado de estas consideraciones de orden psicológico, existe un factor de orden material que reafirma la idea de que el valor enemigo solo puede ser doblegado, en última instancia, con el movimiento hacia adelante, con la ofensiva. Una tropa inmóvil en una posición defensiva, por bien fortificada que esté, no puede abatir eficazmente con sus fuegos sino una cierta extensión limitada de terreno. Esto permite al asaltante que avanza con determinación colocarse a voluntad dentro o fuera de esa zona batida, encontrar puntos débiles y, lo que es fundamental, mantener a sus hombres sujetos a los lazos de comando y cohesión, lejos de la influencia desmoralizadora de la pasividad bajo fuego. Si el asaltante avanza, el defensor solo puede, en el mejor de los casos, debilitarlo y detenerlo temporalmente, pero no lo destruye ni lo desmoraliza fundamentalmente con la sola acción defensiva. Por tanto, no ha alcanzado un resultado verdaderamente decisivo. Para lograr este resultado decisivo, será preciso que, al ser detenido el atacante, el defensor salga de su posición y avance sobre aquel, forzándolo hacia la retirada, es decir, el abandono de la defensiva y la pérdida de la iniciativa.

Cuando se logra la retirada inicial del enemigo, se ha obtenido un éxito, pero es un éxito incompleto si aquel queda en condiciones de rehacerse un poco más atrás, reorganizar sus filas y mantener a sus tropas obedeciendo a su comando, capaces de emprender una nueva acción colectiva coherente. El resultado decisivo, la victoria total, solo se logrará haciendo que esa retirada enemiga se convierta en fuga desordenada; cambiando su desaliento inicial en desesperación total, su miedo controlado en pánico incontrolable. Esto se logra obligando a los elementos más débiles del adversario a romper la cohesión moral y física, introduciendo el desorden y la confusión en sus filas y el desaliento profundo en los corazones enemigos. Urge, pues, emprender la persecución encarnizada y violenta, aprovechando el desconcierto del enemigo en retirada, hasta que no se tenga por delante sino una masa informe de fugitivos, embrutecidos por la fatiga, el temor y la pérdida del mando. Una masa sorda a la voz de sus Jefes, rindiéndose a discreción o disparando descontroladamente por todas partes en su desesperación.

Después de una acción en la que el enemigo haya sido duramente tratado, sufriendo pérdidas significativas y un colapso moral, este necesitará un tiempo más o menos largo para rehacerse, reagruparse y recuperar una mínima cohesión. Necesitará un tiempo mucho mayor aún para abandonar su miedo y volver a combatir de manera eficaz y organizada. Al infingirle esta derrota, nuestro ejército habrá adquirido el poder necesario para imponer al adversario un ascendiente moral que facilitará el resto de la campaña y sembrará en el ánimo del vencido el convencimiento profundo y duradero de su derrota total, un factor determinante para el desenlace final del conflicto.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO IX

LAS MULTITUDES Y LA TROPA

1. DIFERENCIAS ENTRE LA PSICOLOGÍA INDIVIDUAL, LA DE LAS COLECTIVIDADES Y LAS MULTITUDES

El estudio de la psicología humana, tanto en el individuo aislado como en colectividades y multitudes, es de vital importancia para el Oficial. Es indispensable conocer y comprender las leyes psicológicas que rigen el comportamiento de las tropas, ya que dichas leyes, en muchos casos, parecen estar en aparente contradicción con las que se refieren a la psicología individual. La psicología de una colectividad organizada no está formada por la simple yuxtaposición o reunión de las psicologías individuales que la integran; difiere de ellas del mismo modo esencial que la combinación química de varios elementos se diferencia fundamentalmente de la simple mezcla de los mismos. De modo, pues, que toda colectividad, al conformarse y cohesionarse, adquiere una personalidad propia, una mentalidad distintiva y una sensibilidad particular que le son inherentes.

Sin embargo, no basta que un número más o menos grande de individuos se reúna accidentalmente en un espacio para considerar que constituyen una colectividad en el sentido psicológico profundo de la palabra. Para que un conglomerado de individuos adquiera un alma colectiva, es decir, para que se convierta en una colectividad psicológica con características propias, es necesario que existan ideas comunes, propósitos compartidos o emociones predominantes en sus componentes, elementos que actúen como aglutinantes. Una multitud psicológica, en cambio, es el resultado de la reunión, a menudo fortuita, de individuos que se encuentran impresionados simultáneamente por una idea, un espectáculo particular, un evento inesperado o un peligro percibido. Existe una gran variedad de multitudes, desde la formada por los asistentes a un espectáculo teatral, deportivo o cultural, hasta una banda de agitadores fanáticos o una concentración popular espontánea.

Desde el punto de vista militar, a la tropa hay que considerarla, inicialmente, como una colectividad de homogeneidad variable. Esta homogeneidad dependerá de si sus reclutas o reservistas han sido incorporados más o menos recientemente, de su nivel de adiestramiento y cohesión. Sin embargo, esta colectividad, esta "multitud" en formación, está mandada, instruida y guiada por una colectividad infinitamente más homogénea y cohesionada: sus cuadros profesionales de Oficiales y Suboficiales, forjados en la disciplina, el estudio y la vocación de servicio. Los caracteres generales que diferencian la psicología de las colectividades organizadas, como la tropa, de la del individuo aislado son significativos: Intelectualmente, la multitud, sin un liderazgo y una estructura que canalicen su pensamiento, puede ser inferior en capacidad de análisis al hombre aislado. Pero desde el punto de vista sentimental y, por consecuencia, en los actos que puedan ser impulsados por sentimientos colectivos, la multitud puede manifestar extremos, siendo capaz de actos de abnegación y heroísmo

sublimes, o, por el contrario, de actos de crueldad o pánico descontrolado. Todo depende, crucialmente, de la orientación moral y psicológica que se le dé a la colectividad, de la sugestión positiva y de la conducción firme e inspiradora que le imprima el caudillo, el Jefe militar.

Menos egoísta que el individuo aislado, la multitud, la colectividad cohesionada como la tropa bolivariana, está predisposta, si es bien liderada, a los sentimientos generosos, a la consagración al ideal, al sacrificio por la patria y al heroísmo colectivo. Cuando un hombre forma parte de una colectividad organizada pierde, por un lado, una parte de su individualidad y autonomía absoluta, mientras que por otra adquiere un cierto número de caracteres y cualidades particulares al organismo, a la unidad, al Ejército al que pertenece. Una multitud amorfa, sin dirección, sin principios que la guíen, es siempre inferior, en capacidad constructiva o resolutiva, a la suma de los diversos individuos que la componen. Una colectividad organizada, cohesionada y bien dirigida, como un Ejército disciplinado y motivado por un ideal patrio, al contrario, puede alcanzar un nivel de eficacia, de resiliencia y de capacidad superior al de la simple suma de los elementos individuales que la forman. Tal es el fenómeno que se observa en los ejércitos disciplinados y con alta moral, en los que prevalecen cualidades de valentía, paciencia, abnegación y sacrificio que no poseen jamás, en el mismo grado o con la misma constancia, cada uno de los hombres y mujeres que la constituyen individualmente.

2. EL CONTAGIO MENTAL Y LA SUGESTIÓN EN LAS MULTITUDES

Desde el momento en que los hombres se reúnen, de manera organizada o espontánea, unos ejercen sobre otros una cierta influencia, a menudo inconsciente, que tiende a unificar su manera de pensar, de sentir y de actuar. Una vez que se forma este estado de espíritu compartido en una colectividad, basta la menor causa, el más mínimo estímulo, para que esta se emocione de manera brusca, rápida y generalizada. Una tropa que teme la aparición súbita del enemigo por sus flancos o su retaguardia, si oye el grito angustioso de "¡Allá viene!", lanzado por algún individuo temeroso, casi siempre de manera injustificada, puede ser presa de un súbito pánico que se propaga como un incendio. En las colectividades, a los fenómenos de contagio emocional hay que sumar los fenómenos sugestivos, esa receptividad aumentada a las ideas y emociones que se transmiten. Estos fenómenos sugestivos solo pueden ser resistidos eficazmente por ciertos individuos de personalidad acusada, con un fuerte temple interior y un alto sentido crítico, pero que suelen ser un número muy corto dentro de la masa. Estos individuos, cuando mucho, pueden intentar una diversión, una acción contraria, para intentar llevar el pensamiento de los otros hacia una preocupación distinta o romper el flujo de la emoción negativa.

En algunas ocasiones decisivas de la historia militar, ha bastado una palabra oportuna, un gesto audaz o una acción ejemplar y certera de un líder para impedir desgracias irreparables o para revertir una situación crítica. Muchos Oficiales, en momentos culminantes del combate o de una crisis, han podido afirmar de manera más eficaz su personalidad, su liderazgo y su influencia en

el campo de batalla, controlando o encauzando las emociones colectivas. Por el contrario, la ausencia de liderazgo efectivo en esos instantes cruciales, sumada a los fenómenos sugestivos negativos, explica la desorientación completa, el colapso moral y la derrota de algunas tropas en el combate, incluso cuando las condiciones materiales no eran totalmente adversas.

3. SENTIMIENTOS, IDEAS Y MORALIDAD DE LAS MULTITUDES

La multitud, en lo que respecta a su sentimiento y conducta, presenta una serie de características distintivas. Es inherentemente impulsiva, volátil, irritable y altamente sugestionable. Tiende a ser crédula, a exagerar tanto las percepciones como las reacciones, a adoptar ideas simplistas y a manifestar intolerancia hacia la disidencia. Puede ser, en su manifestación negativa, autoritaria e irresponsable, dejándose llevar por emociones básicas sin control racional. Sin embargo, y paradójicamente, la multitud, bien encauzada y motivada por ideales elevados, es a la vez capaz de todo el heroísmo, el sacrificio supremo y la abnegación en aras de una causa común.

En su grado inferior de organización y cohesión, la tropa militar puede presentar, inicialmente, los caracteres colectivos de una multitud inestable. Exhibe su inestabilidad ante la adversidad, sus sobresaltos emocionales, sus bruscas alternancias entre sentimientos elevados de arrojo y momentos de depresión o pánico. Por lo tanto, una colectividad de esta naturaleza, aunque esté compuesta por individuos potencialmente valerosos y posea bellas cualidades guerreras latentes, es prácticamente inservible para los fines exigentes de la guerra moderna, pues su rendimiento es siempre aleatorio e impredecible.

El valor moral de una tropa, su capacidad de resistir y vencer, es la resultante compleja de diversos factores que interactúan. Entre ellos destacan, fundamentalmente: el espíritu nacional que la nutre, la educación preliminar recibida en la sociedad y la educación militar específica impartida en la institución armada. El espíritu nacional influye poderosamente sobre el valor del ejército porque este emana directamente de la nación a la que sirve, vive dentro de ella y recibe constantemente el soplo del medio ambiente, de los valores, las creencias y las aspiraciones que prevalecen en el pueblo. Como sucede en todo organismo vivo que interactúa con su entorno. Un pueblo rico, adormecido por el bienestar material y la comodidad, que no cree o no valora la preparación para la defensa porque esta viene a turbar su quietud y su status quo, no podría, en igualdad de otros factores, dar origen a un ejército animado de un espíritu de sacrificio y un temple moral excelentes. A menos que este ejército vislumbre la guerra, la defensa de la soberanía, como su razón de existencia primordial, logrando así librarse de la influencia debilitadora de los agentes externos o internos que tiendan a disminuir su valor moral y su compromiso. Históricamente, los pueblos que han enfrentado mayores privaciones o amenazas a su existencia, con menor apego a la comodidad material de la vida, a menudo han dado soldados con un valor militar más acentuado y una mayor capacidad de resistencia.

Mirando en conjunto, el valor y la eficacia de un ejército dependen también, en gran parte, de la solidez, la visión y el compromiso de las instituciones civiles y políticas del país. Cuando los organismos directores de una nación no están preparados o no logran dar al conjunto del ejército una fuerte impulsión moral, un liderazgo claro y un respaldo decidido, es cuando se hace más necesaria una fuerte organización interna en el ejército, una disciplina férrea y una educación moral profunda que contrapese o corrija las condiciones naturales desfavorables en que pueda moverse la institución armada, expuesta a las debilidades del entorno social. La educación premilitar, impartida desde la juventud en la sociedad, se impone como una necesidad fundamental ante la gran dificultad, y casi imposibilidad, que existe de llenar plenamente la tarea compleja de desarrollar convenientemente el valor moral, el sentido del deber y la disciplina en los hombres y mujeres que forman un ejército basado en el sistema de la nación en armas y con un servicio militar de corta duración, característico de los ejércitos modernos de conscripción o movilización masiva. Tal es el motivo principal por el cual es imperativo desarrollar las cualidades morales, el carácter y el espíritu cívico en la juventud venezolana antes de que alcance la edad militar, tratando de inculcarles desde su infancia, en el hogar, la escuela y las organizaciones juveniles, un amor sin límites por la Patria bolivariana, el sentimiento profundo del deber, la noción del sacrificio y la abnegación por el bien común, y el instinto de la solidaridad y la cohesión social. Solo esta educación moral integral permite mantener al hombre firme frente al peligro, a pesar del instinto natural de conservación que lo impulsa a huir. Las mejores tropas, equipadas con el material más avanzado, no podrían alcanzar éxitos verdaderos si no estuvieran animadas por un ardiente patriotismo y una fe inquebrantable en la justicia de su causa.

Un gran pueblo, un pueblo consciente de su historia y de su destino, amenazado en su dignidad, en su libertad o en su patrimonio, no perece ante la adversidad sino cuando se abandona a sí mismo, cuando pierde la fe y la voluntad de luchar. Un pueblo con un espíritu indomable hace frente al peligro sin arredrarse, desarrollando fuerzas morales superiores a las del adversario, una resiliencia inquebrantable, hasta lograr imponer su voluntad y asegurar su supervivencia. No basta que la masa armada tenga un elevado espíritu militar y un claro concepto del honor y de las armas en tiempos de paz. Existen circunstancias adversas en la guerra, períodos de reveses, privaciones extremas y peligros constantes, que ponen a dura prueba la solidez moral de los soldados no profesionales, de aquellos que no han forjado su carácter en años de servicio continuo. En estas situaciones críticas, la acción deprimente de los peligros y las privaciones se renueva sin cesar, y su duración imprevista puede causar en el hombre de mediana contextura moral un cierto enervamiento que, tras un pequeño revés inicial, puede acarrear una derrota de proporciones insospechadas, si no se reacciona a tiempo. Para mantener en alto los corazones, para sostener la moral a pesar de las vicisitudes de la fortuna y los golpes del destino, es necesario cultivar y desarrollar al máximo en el combatiente grandes virtudes que tienen su origen y su fuerza en el

patriotismo ardiente que debe animar el heroísmo de los soldados. Los educadores de la nación, tanto civiles como militares, no solo deben desarrollar el valor moral del ciudadano, sino también su espíritu militar, esa disposición a enfrentar la adversidad con disciplina y entereza.

El espíritu militar, que capacita al combatiente para aceptar sin debilidades el dolor, la posibilidad de la muerte prematura, las privaciones extremas y la disciplina inflexible y a menudo penosa, depende de una serie de factores interrelacionados. Pero, principalmente, depende de la educación moral dada al pueblo, de la exaltación constante de sus valores indiscutibles, de su historia y de sus héroes. Porque, aun cuando ese espíritu combativo exista en estado latente en el corazón popular, es necesario cultivarlo activamente, nutrirlo y recordarlo constantemente para que no degenera, se empobreza o se pierda como un suelo abandonado. El espíritu militar basa su fuerza y su vitalidad en los recuerdos gloriosos del pasado patrio, en una educación viril que fomente la disciplina, el sacrificio y el honor, así como en la estimación y el respeto de que goce la profesión militar en la sociedad y del lugar que ocupe el ejército en las ceremonias públicas y en la conciencia nacional.

Algunos literatos y filósofos, en su afán de proponer utopías o por incomprendimiento de la realidad, han pretendido ver un antagonismo irreconciliable entre el espíritu militar y el espíritu democrático. Y en nombre de este sofisma, preconizan, absurdamente, la supresión de los ejércitos, juzgando que constituyen meras supervivencias de un pasado obsoleto del que no debería quedar huella. Un despropósito inaudito, pues el Ejército, las Fuerzas Armadas Nacionales Bolivarianas en nuestro caso, son precisamente una indispensable garantía para el sostenimiento, el oficio y el amparo de la Ley, de las instituciones democráticas y del Estado de Derecho, nacidos de la voluntad del pueblo. Si la nación que goza de instituciones democráticas no posee en alto grado respeto por la Ley, que es un contrato social libremente consentido, y no observa una fuerte disciplina cívica y social, lleva rumbo fatal a la anarquía y al colapso. El Ejército es, por tanto, un recurso fundamental para hacer cumplir las leyes y preservar el orden constitucional. El espíritu militar, correctamente concebido y practicado, jamás está en oposición con el espíritu democrático; por el contrario, son complementarios y necesarios para la existencia de una república libre y soberana.

Las tropas que, además de tener confianza en sí mismas y en la efectividad de sus armas, la tienen también, y de manera inquebrantable, en sus Jefes, alcanzan un valor moral y una cohesión considerables, convirtiéndose en una fuerza invencible. Los Oficiales de toda jerarquía deben, por todos los medios a su alcance y con un esfuerzo consciente y constante, esforzarse por inspirar esa confianza absoluta en los hombres y mujeres que tienen a sus órdenes. Desde luego, la confianza se inspira por la dignidad intrínseca de quienes mandan, por un espíritu cultivado con elevación moral e intelectual, por el ejemplo personal de sacrificio y arrojo, por el olvido completo del interés propio en aras del bien colectivo, por la consagración absoluta a sus hombres, a los

que hay que infundirles la convicción profunda de que su Jefe está con ellos en cuerpo y alma, compartiendo los mismos peligros y privaciones, para que así, juntos, sirvan ambos únicamente a la patria. Ya no se trata, solamente, de los grandes hechos heroicos espectaculares, como en el tiempo en que el ascendiente del Jefe dependía únicamente de su valentía física en el combate singular. Hoy, en la guerra moderna, solo gracias a su alto valor moral, a su competencia profesional, a su inteligencia y a su liderazgo ejemplar, el comandante de una tropa ganará el respeto, la estimación, el afecto y la confianza incondicional de las masas armadas que le están encomendadas, convirtiéndolas en una fuerza moral y combativa cohesionada.

El valor de los cuadros de mando, de los Oficiales y Suboficiales, y su correcta elección y formación, es una de las preocupaciones más urgentes y serias del comando de un ejército moderno. El alto mando no debe perder ocasión de evaluar constantemente las aptitudes, el temple y las capacidades de sus auxiliares subalternos, identificando y promoviendo a los más aptos. No es un problema que se resuelva improvisadamente la reconstrucción de los cuadros de mando durante una guerra larga. A veces, hay una pronunciada falta de cuadros, principalmente después de combates o batallas importantes que generan bajas significativas; otras veces, hay una plétora aparente, sobre todo cuando regresan a las filas los heridos o convalecientes y se encuentran con que sus puestos han sido ocupados por reemplazos. De modo, pues, que el comando necesita proceder con mucha precaución, tino y justicia en lo que respecta a los ascensos y asignación de responsabilidades del personal subalterno, siéndole imposible tener en cuenta, en estas decisiones cruciales para el bien del servicio, los intereses particulares o las conveniencias individuales.

4. EL ESTADO MORAL DE LA TROPA

El estado moral de una tropa, su cohesión y su capacidad de resistencia, se caracteriza fundamentalmente por su grado de resistencia y entereza frente a las durezas, privaciones y peligros de la vida en campaña y el combate. Dicho estado moral es lo que diferencia verdaderamente a una tropa de otra; principalmente en la actualidad, en que la guerra, más allá de la confrontación material, es un conflicto de voluntades y de fuerzas morales, y el combate tiene por objeto primordial quebrantar la voluntad de resistencia y de lucha del adversario. El valor moral de la tropa, su capacidad para perseverar, depende directamente del valor moral de los individuos que la integran, pero, más esencialmente aún, del estado moral colectivo que se crea y se mantiene en toda Unidad organizada y cohesionada. Este estado moral no es fijo ni inmutable; varía constantemente, influenciado por el liderazgo, las circunstancias y el entorno, y es susceptible de alcanzar grados muy diversos, desde la exaltación heroica hasta la depresión profunda.

La "locura" transitoria de las multitudes inorganizadas, ese estado de excitación incontrolada que puede llevar al pánico o la violencia irracional, una vez que desaparece, no puede renacer fácilmente en la misma forma. Al

contrario, el entusiasmo controlado y consciente de una tropa forjada en los ideales patrios cobra nuevo valor y potencia en la acción; es un estado psicológico que, si bien implica una ruptura temporal del equilibrio mental ordinario por el predominio de elementos sensibles y pasionales, puede suministrar, de modo excepcional, un valor práctico inmenso y una capacidad de sacrificio que todo Jefe hábil debe saber aprovechar y encauzar hacia la victoria. Cuando una colectividad es presa del fanatismo irracional, demuestra que su organización es superficial o debida al azar, inestable y pasiva en su esencia; cuando la anima el entusiasmo, en cambio, es porque posee bases sólidas y tradiciones que la sustentan, móviles justos y una verdadera unidad de propósito que le permiten sobrevivir a los sobresaltos pasionales y las adversidades, tal como una máquina bien construida resiste las más fuertes presiones y exigencias. El fanatismo que colapsa es la muerte de la multitud, su dislocación, el abandono de su caudillo o su ideal. Al contrario, pasado el arrebato inicial del entusiasmo, la colectividad organizada y con principios, que ha podido cultivarlo y canalizarlo, retorna a la calma, a la vida normal y a una actividad fecunda, fortalecida por la experiencia compartida.

5. CONDICIONES DE QUE DEPENDE Y FACTORES QUE INTERVIENEN EN EL VALOR MILITAR DE UNA TROPA

El valor militar de una tropa, esa capacidad intrínseca para el combate que la hace efectiva en el campo de batalla, es un factor de una complejidad tal que no puede apreciarse teóricamente de manera completa en los problemas militares durante la paz, ni reducirse a cálculos matemáticos simples. A lo más, se podría suponerlo en forma de un coeficiente aproximado al evaluar los medios de acción con que se cuenta. Sin embargo, el valor militar de la tropa asume en la guerra real una importancia capital y, a menudo, determinante. El Jefe militar está obligado a evaluarlo escrupulosamente y de manera continua al apreciar cualquier situación que se le presente, reconociendo su impacto en la planificación y la conducción de las operaciones. El valor militar de la tropa depende de la calidad moral, profesional y de liderazgo de sus cuadros (Oficiales y Suboficiales) y de sus efectivos humanos; de su instrucción y adiestramiento integral; de su estado moral colectivo (cohesión, disciplina, espíritu de cuerpo); y, aunque en menor medida, de la importancia y modernidad de sus medios materiales. Todos estos factores interactúan dinámicamente, influyendo en la capacidad de una tropa para resistir la adversidad y lograr la victoria.

6. INFLUENCIA DE LOS CUADROS SOBRE EL VALOR MORAL DE UNA TROPA

Hay una expresión militar, bastante justa y lapidaria, que sentencia: "Tanto valen los cuadros, tanto vale la Tropa". Esta máxima encierra una profunda verdad psicológica y organizativa. Tropas compuestas por individuos mediocres en su formación inicial, pero fuertemente y competentemente encuadradas por Oficiales y Suboficiales de alta calidad moral y profesional, pueden tener un

valor militar superior al de unidades compuestas por individuos potencialmente más aptos, pero con cuadros de mando débiles o insuficientemente preparados. El ascendiente moral, el liderazgo y la influencia que los cuadros poseen sobre las tropas bajo su mando les permiten exigir a estas esfuerzos extraordinarios, superar limitaciones y mantener la cohesión incluso en las situaciones más críticas. La influencia del Jefe sobre la tropa es preponderante, pues el espíritu de las masas organizadas jerárquicamente se forma, en gran medida, con las actitudes, los ejemplos y las decisiones de los hombres que las mandan y las guían. El papel de los Jefes es más importante y decisivo a medida que la colectividad militar funciona con una mejor articulación de conjunto, está mejor organizada, entrenada y comandada. Esta es la razón fundamental por la cual, en el ámbito militar, se afirma que la tropa vale lo que vale su Jefe, ya que este es el principal factor que moldea su espíritu y su capacidad combativa.

A primera vista, podría parecer que no hay una diferencia perceptible entre el fundamento del prestigio del caudillo de una multitud inorganizada y el Jefe de una agrupación militar disciplinada. Ambos buscan influir y dirigir a un grupo de personas. Pero hay una diferencia capital y esencial que queda establecida al analizar la psicología de la falta de éxito o la derrota en las empresas acometidas. En el caso de la multitud, al enfrentar un revés o el peligro real, esta suele ser presa del espanto y del pánico, y, al percibirse perdida, el caudillo que antes seguía ciegamente se ve abandonado por completo, dejándolo a su suerte. Este fenómeno psicológico, normal e invariable en los casos de la multitud desorganizada, es, afortunadamente, excesivamente raro y solo se presenta con caracteres anormales y excepcionales en el seno de un ejército verdadero, forjado en la disciplina y la lealtad. Abandonar a un caudillo en desgracia, tal es la regla general en la plaza pública, donde la lealtad es efímera. Abandonar a su Jefe vencido en el campo de batalla, en cambio, es lo excepcional, porque el verdadero soldado, aquel imbuido del espíritu militar, da, por el contrario, ejemplo de fidelidad, lealtad y entereza en la derrota, buscando reorganizarse y resistir junto a su líder. Otra diferencia fundamental que crea una separación absoluta desde el punto de vista psicológico y moral entre la multitud inorganizada y el ejército disciplinado, es la naturaleza de los sentimientos que se manifiestan en el éxito o en la esperanza de alcanzarlo. La buena fortuna o el éxito de un caudillo de multitud se mide, a menudo, por el grado de fanatismo irracional que logra inspirar en la masa que arrastra, un fanatismo basado en la emoción y la irracionalidad. La buena fortuna y el éxito del Jefe de tropa, en cambio, se aprecian por su preparación consciente, por la confianza racional que inspira en sus hombres, por la colaboración activa y el compromiso que pide a sus subordinados, no por la obediencia ciega.

7. EL FANATISMO MULTITUDINARIO Y EL ENTUSIASMO DE LAS TROPAS

Un Ejército bien conducido, imbuido de disciplina y valores elevados, es, por su propia naturaleza, refractario al fanatismo irracional y destructivo, pero es siempre permeable al entusiasmo noble y controlado. Entre ambos términos, fanatismo y entusiasmo, existe un abismo similar al que separa los hechos

patológicos de los estados psicológicos normales y saludables. El fanatismo se apodera del alma con una tendencia morbosa, ciega e inflexible, a menudo basada en la intolerancia y la irracionalidad. El entusiasmo, por el contrario, es quizás la más noble de las pasiones del espíritu; si bien, como toda pasión, impone su exclusivismo y puede determinar la ruptura temporal de un equilibrio mental ordinario, es también una virtud que, sin atrofiar la inteligencia ni anular la voluntad racional, desarrolla momentáneamente los límites y las capacidades más elevadas de la naturaleza sensible y moral del hombre. El fanatismo carece de luz propia, a menudo se alimenta de la oscuridad y el odio; trae la inefabilidad del espíritu, tiene causas y móviles que son difíciles de determinar razonablemente; es una forma pasiva y a menudo destructiva del sentimiento. El entusiasmo, por el contrario, es luminoso y vital; es el desarrollo consciente y positivo de las actividades pasionales y morales del individuo y del grupo. El fanatismo y el entusiasmo, ambos contagiosos en un grupo, desaparecen frecuentemente de una manera tan brusca como aparecieron, dejando el espíritu en su primitiva quietud. Sin embargo, el fin es distinto: el fanatismo, al disiparse, saca al individuo de esa locura pasajera que lo caracterizaba, a menudo dejándolo vacío. El entusiasmo, al pasar, deja en la tropa una "racha" de ánimo positivo, una fortaleza en una sensibilidad vigorosa. Hay otra consideración que profundiza aún más la diferencia fundamental entre el individuo de una muchedumbre inorganizada y el soldado de un ejército disciplinado. El primero, inmerso en la masa sin dirección, no puede tener ninguna iniciativa real, es como el grano de arena que el viento agita sin control. El segundo, el soldado bolivariano, en cambio, a la hora crucial en que la iniciativa individual es permisible o necesaria para el éxito de la misión, encontrará en las esferas superiores de su psicología individual –su inteligencia, su voluntad, su sentido del deber– que no han sido disminuidas sino preservadas y desarrolladas por la educación moral militar, la inspiración fecunda y la capacidad de acción necesaria para la cooperación de los esfuerzos comunes, es decir, para el logro del objeto final, que es la victoria colectiva y la defensa de la patria. Una multitud se constituye bruscamente, bajo la presión de un acontecimiento inesperado, bajo la sugestión de un sofisma o una emoción pasajera; cada uno de sus elementos constitutivos no es sino un instrumento inconsistente, fácilmente manipulable, susceptible de romperse y dispersarse en las manos de un caudillo infortunado. La multitud no tiene tradición real, pertenece únicamente a la hora que pasa, muere sin legar patrimonio duradero. El Ejército, por el contrario, nacido para los fines superiores de la defensa de la Patria, se ha mantenido, transformado y perfeccionado a lo largo de la historia. El soldado de hoy ha conservado la valentía, el honor y la determinación de sus mayores y de los hombres de armas que le precedieron en las gestas libertarias; posee, además, la herencia moral y profesional forjada, poco a poco, por el esfuerzo nacional, transmitida indefinidamente de generación en generación, del soldado de ayer al de hoy y bien pronto al de mañana. El Ejército no pertenece al instante fugaz del presente; tiene raíces profundas y sólidas en el seno del pasado, en la historia de la nación, y se proyecta a desconocidas alturas en el futuro, como ramas portadoras de los frutos que garantizan el porvenir y la soberanía de la patria.

8. EL CAUDILLO DE UNA MULTITUD Y EL JEFE DE UNA TROPA

El caudillo de una colectividad informal, de una multitud, es un individuo que posee una personalidad, un carisma o un prestigio, natural o adquirido, a menudo vigoroso, pero cuyo liderazgo se basa principalmente en la emoción, la afirmación categórica y la repetición constante de ideas simples, a menudo sin fundamento racional. Como la multitud, por su propia naturaleza, no razona de manera lógica ni analítica, no puede ser influenciada eficazmente por una discusión racional y seguida. Al contrario, su imaginación está siempre activa y es altamente susceptible, dejándose impresionar por las ideas más disparatadas con tal que la seduzcan emocionalmente, le causen admiración o refuerzen sus prejuicios existentes. A tal punto llega esta sugestionabilidad que la mayor falsedad, si es presentada con suficiente convicción y repetición, puede convertirse para la multitud en un dogma incuestionable que afirma y repite con energía. Para que la multitud acepte las ideas que se le exponen, se le deben presentar en bloque, bajo una forma simple, categórica y sin que sea necesario explicarle su origen o su fundamento racional. De allí que la multitud, en su estado más puro, tienda a escuchar y seguir las voces más enfáticas y a menudo falsas, y no a los espíritus refinados, a los idealistas que intentan dispersar su atención sobre diversos temas complejos o que apelan a la razón. El error, en la multitud, no se descubre casi nunca por el análisis interno, sino cuando ya ha producido daños irreparables o consecuencias desastrosas.

Una multitud, en su comportamiento colectivo, puede cometer excesos, actos de violencia o destrucción, de los que serían incapaces sus componentes individualmente considerados, en su fuero íntimo y con su conciencia individual. Esto se debe a que el alma de las multitudes es de naturaleza fundamentalmente afectiva y nace espontáneamente de poderosas corrientes pasionales simples, a menudo básicas e irracionales. Al contrario, el alma de un ejército, que se pone de manifiesto por su moral, su cohesión y su capacidad de acción, lejos de ser producto del azar y de las pasiones descontroladas, es una afirmación lenta, reflexiva y conscientemente dirigida. Sigue, en gran medida, el desenvolvimiento psicológico y moral de la nación a la que pertenece, pero posee componentes propios, cultivados y fortalecidos por la educación y el entrenamiento, que son principalmente de origen intelectual, racional y basado en valores. El individuo que forma parte de una muchedumbre inorganizada se entrega, en ocasiones, por entero y sin resistencia a la violencia de las pasiones colectivas, olvidando su individualidad y, a menudo, que su abandono al instinto puede acarrearle graves peligros personales. Por el contrario, el individuo que se somete a las exigencias rigurosas del servicio militar y del combate, lo hace principalmente cuando reconoce, consciente o inconscientemente, la utilidad superior de su misión para la colectividad y la significación trascendente de su sacrificio personal en aras de la patria. Por consiguiente, como en la moral del ejército, en su formación y mantenimiento, interviene de manera fundamental la inteligencia individual y colectiva, hay que establecer una clara distinción entre ella y la

unidad psicológica de las muchedumbres, cuya esencia reside principalmente en las fuerzas afectivas e irrationales.

La multitud inorganizada está caracterizada por la incoherencia psicológica, por la ausencia de una estructura interna lógica y disciplinada. Mientras que los elementos que constituyen el ejército, en contraste, están unidos entre sí por lazos estrechos y conscientemente establecidos, tales como la idea directriz que los conduce (la misión, el objetivo, el ideal patrio) y el papel individual que juega en su seno cada soldado. Un papel que no es sino un diminutivo, una representación a escala de la función global del grupo, de la unidad a la que pertenece, en la que están cinceladas en miniatura las cualidades básicas requeridas para dicha función colectiva. En la muchedumbre, cada cual tiende a perder su personalidad individual bajo la influencia sugestiva del caudillo o de la emoción colectiva, un fenómeno pasivo, de sugerencia inconsciente y, a menudo, irreflexiva. En la colectividad militar, el soldado, el Oficial, cada individuo, subordina su voluntad a la del Jefe por medio de un acto de conciencia voluntaria, racional y disciplinada, como es la disciplina militar consciente, que exige las actividades más sensibles y elevadas del espíritu humano: el deber, la responsabilidad, la lealtad. Hay quienes, erróneamente, sostienen la necesidad de crear para la colectividad militar una psicología artificial, supuestamente adecuada al papel que está llamada a desempeñar en la guerra, haciendo que sus componentes pierdan sus sentidos psicológicos superiores, es decir, la inteligencia, el juicio crítico y la voluntad autónoma, reduciéndolos a funciones cerebrales básicas y reacciones automáticas. Pero esta teoría, que busca "animalizar" al soldado, se refuta contundentemente afirmando que la disciplina militar verdadera no es una manifestación de pasividad o anulación de la personalidad, sino de actividad consciente, de una voluntad orientada hacia un fin superior. Que no se forma al soldado por tendencias regresivas, involutivas; que esta tarea de forjar al combatiente no es el fruto de la involución, sino de la evolución moral y profesional. Y que no es castrando al hombre, anulando su individualidad y su inteligencia, como se forma al soldado integral. Por el contrario, el hombre debe llevar al Ejército lo mejor de su espíritu, su inteligencia, su iniciativa y su carácter, y no puede considerársele en el seno de este como un sometido pasivo; él se somete voluntariamente a la disciplina y al mando en aras de un ideal y un propósito compartido.

Es por ello que tanto los poderes públicos de la nación, los líderes civiles, como los Jefes de mayor jerarquía del Ejército, en quienes se resume la gran tarea de la conducción de la guerra en todas sus dimensiones, deben prestar un interés primordial y constante al estudio de los movimientos de la opinión pública, tanto en el frente de batalla como en la retaguardia y en el interior del país, y al análisis profundo de los factores que la crean y la influyen. Es vital el análisis minucioso de la prensa, de los medios de comunicación en tiempo de guerra; si está bien orientada y comprometida con la defensa nacional, es una garantía invaluable para alcanzar la unidad mental necesaria en la nación y puede ser un factor determinante de la victoria. Si, por el contrario, está

desviada de su propósito fundamental, puede convertirse en un poderoso elemento derrotista, sembrando la duda y la desmoralización. Es crucial prestar una atención exquisita a la redacción de los comunicados a la prensa referentes a las operaciones militares, teniendo siempre en cuenta el principio de que, si en caso de éxito hay que solidificar y satisfacer el espíritu del público con información veraz y oportuna, en caso de revés o dificultad, no es posible ocultar la verdad por mucho tiempo sin generar desconfianza. En la mayor parte de las ocasiones, es preferible que las autoridades hagan conocer a la opinión pública los contratiempos sufridos, aunque siempre excitándolos a confiar en el triunfo final y a comprender las dificultades que pudieran estarse desarrollando detrás de las líneas enemigas. Asimismo, hay que seguir atentamente el proceso histórico de la psicología de las multitudes durante los grandes movimientos revolucionarios que han agitado la humanidad, extrayendo lecciones para comprender la dinámica social. Es fundamental aprovechar los conocimientos relativos a la psicología de las multitudes, tanto en su versión positiva como negativa, para establecer y mantener la disciplina popular y la cohesión social en los duros trances de la guerra moderna, donde la retaguardia es también un frente. Por supuesto, la orientación dada a las multitudes, las conclusiones emanadas del análisis de tan numerosos y complejos factores, deben condensarse en fórmulas simples, claras e impresionantes que hagan efecto en el seno de todas las capas sociales, movilizándolas hacia el esfuerzo común. En cuanto a la personalidad de los grandes jefes políticos o militares, es preciso estudiarla, analizarla y comprenderla a fondo, incluso en tiempo de paz, investigando especialmente las causas o elementos que aumentan o disminuyen su prestigio, su ascendiente y el arraigo que tienen en las masas populares. Asimismo, es necesario estudiar y definir las características psicológicas, morales y profesionales que debe reunir el Comandante en Jefe de las Tropas, los Oficiales Superiores en los altos mandos y, de manera crucial, los Oficiales que están en contacto directo y diario con la tropa, en la línea de mando. Todos estos conocimientos teóricos y prácticos se complementan de manera invaluable con los antecedentes históricos de algunos caudillos o líderes típicos, no solo en el ámbito militar, y la forma como estos han actuado en diversas situaciones de crisis: en las huelgas, en las rebeliones, en la comisión de delitos colectivos, y en fin, en los grandes movimientos sociales y revolucionarios.

9. DIFERENCIAS PSICOLÓGICAS ENTRE LAS MULTITUDES Y LAS TROPAS

Una vez examinadas las características psicológicas que definen a las multitudes, resulta imperativo establecer un contraste preciso con las tropas. La distinción esencial radica en que las tropas, a diferencia de las masas desorganizadas, se encuentran estructuradas, capacitadas y debidamente encuadradas. Cuando la cohesión prevalece y el liderazgo es efectivo, nuestras tropas poseen una disciplina arraigada, forjada en la instrucción rigurosa y la educación militar bolivariana; un profundo amor propio institucional y personal;

y la prudencia nacida del justo temor ante el fragor del combate, elementos que no coexisten de forma intrínseca en las multitudes.

Las multitudes se caracterizan por la coexistencia de ideas a menudo contradictorias y una marcada ausencia de discernimiento crítico. Solo una idea logra permear en su conjunto cuando su simplicidad la transforma en un estado casi subconsciente, decantándose finalmente en un sentimiento colectivo. Las nociones que prenden en las multitudes se propagan con asombrosa celeridad, sin que medie un análisis racional de su contenido. Generalmente, se presentan a través de imágenes potentes y expresivas que impactan directamente en sus sentidos. Las multitudes carecen de convicciones sólidas; se adhieren ciegamente a las creencias y emociones que circulan en su seno, influenciadas por factores como el origen, las tradiciones, la estructura social o la educación recibida. Son proclives a ser arrastradas por ilusiones, a menudo elevadas a la categoría de hechos irrefutables por una propaganda eficaz, cediendo a la realidad solo cuando esta disipa inexorablemente dichas quimeras.

Para influir en las multitudes, es fundamental comprender sus sentimientos profundos; el razonamiento lógico rara vez ejerce un impacto significativo. Notables pensadores que intentaron guiar a las masas exclusivamente mediante la fuerza de sus ideas, con contadas excepciones, pasaron desapercibidos. No obstante, las multitudes pueden manifestar una elevada moralidad en su concepción más pura, evidenciada en la abnegación, la consagración a una causa, el sacrificio supremo y la búsqueda de la equidad. Responden con vigor a los sentimientos de gloria y honor, al amor incondicional por la Patria y al fervor por sus creencias, virtudes que, en no pocas ocasiones, elevan moralmente a individuos que, de manera aislada, no se verían impulsados por tales principios. Sin embargo, es crucial reconocer que esta moralidad colectiva tiende a ser inconsciente. Si a lo largo de la historia las multitudes hubiesen actuado siempre bajo el frío dictamen de la razón, es cuestionable si la humanidad habría alcanzado el progreso impulsado por las corrientes civilizatorias.

Este entendimiento de la psicología de las multitudes cobra una nueva dimensión en el contexto de las modernas formas de guerra. La influencia en el espacio digital, la propagación de desinformación y la manipulación de emociones colectivas a través de plataformas y redes sociales, son tácticas que buscan explotar precisamente las vulnerabilidades psicológicas de las masas descritas históricamente. La organización, disciplina y pensamiento crítico que caracterizan a nuestras tropas se erigen como barreras fundamentales frente a estas amenazas híbridas, donde el frente de batalla no se limita al terreno físico.

10. APLICACIÓN DE LOS CONOCIMIENTOS DEDUCIDOS DEL ESTUDIO DE LAS MULTITUDES A LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA

Adquirir un conocimiento profundo sobre el movimiento de la multitud reviste una importancia estratégica, especialmente en las fases iniciales de un conflicto. Este período es caldo de cultivo para la manifestación exacerbada de las características fundamentales de la psicología de las multitudes: el fanatismo inquebrantable, el desaliento infundado, la atracción por lo inverosímil y la propensión a dar crédito a noticias falsas o manipuladas. En la era de la guerra de información, la capacidad de identificar y contrarrestar estas dinámicas en la población civil y, potencialmente, en elementos desafectos, es tan crucial como la planificación de operaciones en el terreno.

Dada su impulsividad, versatilidad e irritabilidad inherentes, las multitudes son extremadamente susceptibles a estímulos externos, incluso si estos cambian constantemente. Estas impulsiones adquieren tal fuerza que pueden anular el interés individual. Las multitudes pueden desear algo con frenesí, pero esta vehemencia suele ser efímera, pues carecen de la capacidad de reflexión sostenida y de una voluntad perdurable. La premeditación no forma parte de la esfera sentimental de las multitudes. Su impresionabilidad varía notablemente entre distintas culturas y temperamentos: es vívida y momentánea en pueblos de temperamento nervioso o irreflexivo; mientras que resulta menos permeable en temperamentos flemáticos.

Impulsadas por la sugestionabilidad y una credulidad a menudo ciega, las multitudes orientan sus sentimientos con pasmosa rapidez en una dirección predeterminada y aceptan cuanto se les presenta sin someterlo al filtro de la crítica racional. Las leyendas y relatos más fantásticos se propagan en su seno con vertiginosa velocidad. En cuanto a sus sentimientos, aceptan la primera distorsión de los hechos o las ideas que les llega, convirtiéndose en presa fácil de la sugerencia y el contagio mental, lo que les permite aceptar incluso lo inverosímil o las quimeras que les sean infundidas.

Debido a la exageración y el simplismo que caracterizan sus sentimientos, la multitud es ajena a los matices y las medias tintas. Su tendencia a la hipérbole se ve reforzada por la aprobación mutua a través de la sugerencia colectiva. La simplicidad y la exageración disipan la duda y la incertidumbre. La más mínima sospecha de antipatía se metamorfosae instantáneamente en odio enconado. Conscientes de estas tendencias, quienes buscan movilizar a las masas a menudo recurren a la afirmación categórica, la repetición constante y la exageración de sus ideas, prescindiendo de la necesidad de demostración lógica. Cuando los individuos actúan imbuidos del espíritu de multitud, experimentan la sensación de que su fuerza moral individual se multiplica exponencialmente. Por ello, al sentirse poderosas, las multitudes creen que también les asiste la razón en todo, que todo les está permitido y que nada escapa a sus capacidades.

Para las multitudes, el sentido de la responsabilidad individual se disuelve, lo que las hace proclives a cualquier exceso y capaces de traducir en actos los deseos más absurdos. En marcado contraste, la responsabilidad individual que distingue al hombre que forma parte de una sociedad organizada y consciente de su rol, le impide dejarse llevar por los instintos más primarios.

La intolerancia y el fanatismo inherentes a la multitud la llevan a considerar las ideas, sean verdades o errores, como absolutas e incuestionables. Consciente de su aparente fuerza, busca imponer sus tendencias por la vía de la coacción si es necesario. Por estas mismas razones, la multitud no valora ni respeta sino los actos de fuerza, interpretando la bondad como un signo de debilidad. La multitud puede elevarse a cimas insospechadas en la intensidad de sus sentimientos o descender a abismos de bajeza; sin embargo, esta fluctuación no se manifiesta en el ámbito de la intelectualidad. Por el contrario, el espíritu militar que debe animar a un pueblo consciente y libre no se fundamenta en una disciplina pasiva que convierte al hombre en un autómata sin conciencia, sino en una disciplina activa, voluntariamente asumida y acatada por la mayoría. Gracias a esta disciplina consciente, el soldado digno de la Patria Bolivariana acepta sin reparos la orden recibida, por ardua que sea su ejecución, empleando toda su energía, destreza e inteligencia para cumplir el objetivo asignado con la mayor excelencia posible.

En el contexto del servicio militar de duración variable, se hace más perentorio que nunca el cultivo del espíritu militar en la nación mediante una educación sólida desde la infancia. El secreto de la victoria en las guerras contemporáneas reside no solo en la sofisticación de los medios tecnológicos de destrucción, sino fundamentalmente en el temple y la moral inquebrantable de los combatientes. La verdadera confianza en sí mismo no es el entusiasmo volátil e irreflexivo de milicias improvisadas que, si bien pueden mostrar arrojo momentáneo ante el peligro, son susceptibles de colapsar rápidamente y dar paso a la desconfianza y la sospecha generalizada. La auténtica confianza en sí mismo es un sentimiento arraigado en el conocimiento preciso de las propias capacidades y limitaciones, que no se extingue en los momentos de mayor adversidad. En lo concerniente a la educación militar, existe un consenso en reconocer que los principios fundamentales para infundir los valores esenciales en el alma de los jóvenes que abrazan la carrera de las armas han variado poco en su esencia a lo largo del tiempo.

Es imprescindible que en el espíritu de cada miembro de la FANB arraiguen los principios de cohesión, solidaridad, subordinación voluntaria y obediencia consciente, y que se desarrolle en ellos un profundo sentido de la nobleza y excelencia del servicio de las armas. Al respecto, debemos ser cautelosos y no confundir la educación cívica general con la educación moral militar, esta última forjada de manera indeleble en el seno de las unidades militares. La educación moral militar despierta virtudes y cualidades que son tan indispensables para el buen ciudadano, para el trabajador dedicado y para el soldado ejemplar. La fuerza moral por excelencia que debe cultivarse y florecer en cada soldado de

la Patria es la voluntad inquebrantable de vencer. Esta voluntad se manifiesta en la tenacidad, el arrojo en el combate y la capacidad de perseverar en la lucha, incluso cuando las circunstancias parezcan desfavorables. Jamás podrá considerarse vencido un ejército que conserva esta voluntad de victoria; la derrota de una tropa se consuma únicamente cuando cree estar vencida. Como sentenció nuestro Libertador, "Quien no espera vencer ya está vencido".

La fuerza moral ejerce una influencia determinante en la actitud de las tropas en el campo de batalla. El combatiente forjado en las situaciones de guerra mantiene la serenidad bajo presión y posee un valor moral superior, pues lleva consigo la certeza de su propia fortaleza y la confianza en sus compañeros y su mando. Esta confianza mutua da origen a la cohesión indispensable, que se desarrolla gradualmente a través de la convivencia diaria en las unidades, los apoyos recíprocos y la creación de lazos inquebrantables de camaradería y hermandad que se consolidan y magnifican en el fragor del combate. Así, este espíritu se extiende progresivamente a las diferentes unidades, forjando el espíritu de cuerpo, una de las fuerzas morales más poderosas en el arte de la guerra.

Tanto en campaña como en combate, el espíritu de cuerpo constituye una palanca estratégica formidable en manos de los Jefes que poseen la visión y la capacidad para crearlo y sostenerlo. Su origen se remonta a los albores de la civilización, a la época en que las tribus se organizaban y adoptaban signos y símbolos distintivos para reconocerse y afirmar su unidad. El grito de guerra de la tribu ancestral y el del regimiento moderno, el pabellón nacional y las insignias que identificaban a las legiones de antaño, comparten una raíz común en la necesidad humana de identidad y pertenencia colectiva. El espíritu de cuerpo fomenta entre las unidades una sana emulación que, a lo largo de la historia militar de nuestra Patria, ha sido el motor de innumerables actos de heroísmo colectivo, demostrando que la unión y el propósito común multiplican la fuerza individual en la defensa de la nación.

11. LA EVOLUCIÓN Y LA CRISIS DE LA MORAL DE LAS TROPAS

Cuando la confrontación bélica se prolonga en el tiempo, se observa una evolución fundamental en la moral de las tropas, más allá de las fluctuaciones diarias que naturalmente experimentan. Las tropas noveles, al inicio, suelen manifestar un ardor inquebrantable y estar imbuidas de sentimientos patrióticos y generosos. Sin embargo, carecen de la experiencia directa del campo de batalla y no han dimensionado aún la magnitud de las fatigas, tanto físicas como psicológicas, que impone la vida en campaña. Poseen gran valentía, ciertamente, pero son también muy impresionables, susceptibles a experimentar picos de entusiasmo desbordado o momentos de profundo desaliento. Intentan suplir la falta de experiencia con el ímpetu del valor.

No obstante, es preciso reconocer que, en el contexto de la guerra moderna, caracterizada por su dinamismo y complejidad, esta sustitución no resulta plenamente eficaz. Por ello, se torna imperativo que el mando de este tipo de

tropas ejerza un liderazgo firme, prudente y sereno. Es crucial observar con suma atención las reacciones morales que surgen tras los primeros encuentros con el enemigo, momentos en los que estas unidades deben ser empleadas en las condiciones más favorables posibles para minimizar el impacto inicial y consolidar su temple.

El período inicial de una campaña suele ser relativamente breve. Las duras realidades del campo de batalla fuerzan una adaptación ineludible, cuya intensidad varía en función de la calidad de los cuadros de mando y de la tropa misma. Superada esta fase, el soldado aprende; comprende que el éxito solo se alcanza mediante la conjunción coordinada de esfuerzos individuales y colectivos. Comienza a ponderar las situaciones con mayor frialdad y a evaluar a sus superiores con un criterio más formado por la experiencia. No rehúye el sacrificio de su vida si es necesario, pero requiere percibir probabilidades fundadas de victoria o contar con el respaldo visible y decidido de un superior. Es en esta etapa crucial donde se revelan verdaderamente los talentos y la fortaleza de carácter de los individuos. La moral se convierte entonces en un resorte potente que impulsa la acción, al tiempo que se desarrolla y consolida un sentido aguzado de la realidad. Esto, a su vez, otorga al mando la capacidad de concebir y ejecutar operaciones audaces con tropas que han alcanzado buenas condiciones morales.

Pero con el devenir del tiempo, el desgaste inherente al conflicto se acentúa implacablemente. Los cuadros, tanto superiores como subalternos, que constituyen la argamasa del ejército, sucumben ante el fragor continuo, volviéndose más cautos y, en ocasiones, desconfiados. La fuerza moral del ejército se ve gradualmente mermada, y sobre ella pesa el recuerdo imborrable de los sacrificios pasados. Las operaciones militares, en este punto, a menudo solo son viables gracias al apoyo creciente de medios materiales, a pesar de lo cual los resultados obtenidos pueden ser escasos y costosos. De allí que se requiera toda la experiencia, la sabiduría y la energía indomable de los Jefes para contrarrestar el desaliento que acecha. Si no se detiene a tiempo, este desánimo puede comprometer gravemente el desenlace de la guerra y la seguridad de la nación.

Durante el transcurso de una guerra, el estado moral de una tropa puede experimentar crisis, tanto de desarrollo lento y profundo como súbitas y violentas. Estas últimas se manifiestan a menudo en forma de pánicos colectivos y se deben principalmente a sorpresas tácticas o a la percepción repentina de un peligro inminente. Sin embargo, una misma causa desencadenante puede producir efectos dispares: desde la fuga desordenada seguida de la dispersión de las fuerzas, hasta el repliegue táctico y controlado de una posición para reorganizarse y enfrentar nuevamente al adversario con renovada determinación. La capacidad de reacción de una tropa ante la sorpresa depende directamente de su nivel de entrenamiento, su cohesión interna y su experiencia previa en combate.

Aunque el Jefe tiene el deber inexcusable de minimizar la posibilidad de ser sorprendido, las sorpresas totales no pueden ser evitadas por completo en la guerra. Por consiguiente, es imperativo, de manera paralela, fortalecer constantemente la moral de la tropa y dotarla de las herramientas psicológicas y tácticas para reaccionar favorablemente ante las situaciones que pueden desencadenar el pánico. Para alcanzar este objetivo vital, es fundamental, en primer término, monitorear permanentemente el estado moral de la tropa, prestando atención a cada indicio y siguiendo de cerca todas las variaciones que puedan afectarlo. Esta tarea, lejos de ser sencilla, exige del Jefe una dedicación constante a la mejora de la instrucción militar. En algunos casos, será necesario incluso reformularla desde sus cimientos, una labor que rara vez resulta del agrado inmediato de los soldados, pero que bajo ninguna circunstancia debe servir de impedimento para que el Jefe cumpla con su propósito estratégico de elevar la moral y la capacidad de combate.

Además de la instrucción, es esencial proporcionar a la tropa la mayor suma de bienestar posible en su alimentación, alojamiento, comunicaciones con sus seres queridos, vestuario, espacios de recreación y permisos, siempre que sea compatible con las exigencias ineludibles de las operaciones y el servicio, y que las circunstancias lo permitan. Un soldado que se siente cuidado y valorado por su mando es un soldado con una moral más alta y una mayor disposición al sacrificio.

Posteriormente, y no menos importante, se encuentra el fomento decidido de la camaradería. Esta no debe limitarse al interior de cada componente o especialidad, sino extenderse horizontal y verticalmente: entre las distintas Armas, entre los Oficiales de Estado Mayor y las tropas, y fundamentalmente, entre el Jefe y sus subordinados. El espíritu de justicia debe prevalecer en la distribución equitativa de las recompensas por el mérito y en la aplicación imparcial de las sanciones por las faltas. El contacto personal y genuino entre el Jefe y su tropa es insustituible. La confianza del Jefe en el soldado debe ser palpable, y este, a su vez, debe poder confiar plenamente en su superior. Para ello, el Jefe debe comunicar, si bien no siempre la totalidad de la verdad en aras de la seguridad operacional, sí la parte necesaria y relevante, pero jamás engañar a sus hombres. El soldado que percibe que ha sido traicionado o engañado por su superior pierde irreversiblemente la fe en el mando, erosionando uno de los cimientos más vitales de la cohesión y la moral militar.

Este apartado sobre la moral y sus crisis adquiere particular relevancia en el contexto de la guerra híbrida y de desgaste. Los desafíos no se limitan al combate convencional; incluyen operaciones psicológicas destinadas a minar la moral de la tropa y la población civil, el impacto de la fatiga mental y el estrés prolongado, y la necesidad de mantener alta la motivación en escenarios donde el enemigo no siempre presenta un frente definido. La capacidad de nuestros líderes para identificar, gestionar y mitigar estas crisis morales, manteniendo la resiliencia del individuo y de la unidad, es una capacidad operacional crítica en el siglo XXI.

12. EL VALOR DEL MATERIAL

A los elementos de carácter puramente moral que cimientan el valor combativo de una tropa, debemos agregar, con igual énfasis, la relevancia estratégica del material del que dispone. La insuficiencia de medios materiales en el campo de batalla no puede ser compensada, por más grande que sea la valentía individual de los soldados o la habilidad táctica del Jefe. La guerra moderna no se libra únicamente con la determinación de los hombres; requiere el soporte tecnológico y logístico indispensable.

Este factor material incrementa directamente la confianza del soldado en sí mismo y, crucialmente, en la capacidad de su Jefe para proporcionarle las herramientas necesarias para cumplir la misión y preservar su vida en la medida de lo posible. Solo cuando se cuenta con medios materiales en cantidad y calidad adecuadas, las distintas unidades y especialidades pueden desplegar la totalidad de su potencial de fuego, establecer sistemas de transmisiones seguras, redundantes y de amplio alcance, y garantizar el flujo constante de suministros vitales.

En consecuencia, el material de guerra posee un valor intrínseco que jamás debe ser subestimado. Cuando una tropa está dotada con los recursos materiales necesarios y suficientes, ello estimula poderosamente su valor moral. Saber que se cuenta con el armamento, el equipo y el soporte logístico adecuados para enfrentar al enemigo en igualdad o superioridad de condiciones, robustece el espíritu de lucha y la certeza en la posibilidad de alcanzar la victoria, elementos esenciales en la defensa de la soberanía y la independencia de la Patria Bolivariana. En las modernas formas de guerra, donde la superioridad tecnológica a menudo busca imponerse, garantizar que nuestras tropas cuenten con el material idóneo y en condiciones óptimas es una tarea estratégica de primer orden para proteger a nuestros combatientes y asegurar el éxito operacional.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

164
NO CLASIFICADO

CAPÍTULO X

LA MORAL EN LA FUERZA ARMADA NACIONAL BOLIVARIANA

1. CONCEPTO DE LA NACIÓN EN ARMAS

La concepción de la Nación en Armas, entendida como la movilización total de un pueblo para su defensa, tiene raíces profundas en la historia, habiendo sido implementada con notable eficacia por civilizaciones antiguas como la romana. Esta idea, que decayó durante la Edad Media con el auge del feudalismo, resurgió con vigor durante la Revolución Francesa, evolucionando desde llamamientos voluntarios y levantamientos en masa hasta el establecimiento del sistema legal de conscripción que hoy prevalece en la mayoría de las naciones. Pioneros en su aplicación exitosa a gran escala en el siglo XIX fueron los prusianos, quienes sentaron las bases de ejércitos nutridos por la ciudadanía.

En nuestra República Bolivariana de Venezuela, el criterio moderno de la Nación en Armas se consagra en nuestra Constitución, que establece las obligaciones militares para todos los ciudadanos y ciudadanas aptos para la defensa de la Patria. El valor intrínseco de este sistema reside en la vasta reserva de hombres y mujeres con educación militar básica que proporciona, un capital humano de valor incalculable para la defensa nacional. Esta realidad impone al Oficial la sagrada obligación de formar integralmente al soldado. De tal manera que, al concluir su servicio, este ciudadano se convierta a su vez en un propagador activo de los ideales de patriotismo, deber patrio, disciplina consciente y cohesión nacional que ha internalizado en el seno de nuestra Fuerza Armada Bolivariana, contribuyendo así a cimentar en la ciudadanía esos principios cardinales para la concepción de la defensa integral de la nación. La colaboración inestimable que pueden ofrecer los licenciados se potenciará al inculcarles la conciencia de que deben contribuir por todos los medios a la instrucción militar básica de los ciudadanos, siempre bajo la dirección y disposición de las autoridades militares competentes.

A pesar de su probada eficacia, el sistema de la Nación en Armas enfrenta detractores que abogan por la primacía del ejército profesional. Sin embargo, la historia de nuestra propia lucha por la independencia y las gestas militares a nivel mundial ofrecen la más contundente refutación. Los ejércitos que representan el sentir y la voluntad de una nación en armas, imbuidos de un profundo amor por su tierra, siempre han demostrado una capacidad de resistencia y victoria superior frente a ejércitos mercenarios o puramente profesionales, cuyo compromiso a menudo se basa en el cálculo. Es posible derrotar a un ejército convencional, a un grupo político o a una dinastía, pero a una Nación en Armas, decidida a defender su soberanía con todas sus fuerzas, solo se la vence si esta renuncia a luchar, algo impensable para el pueblo venezolano cuando se trata de salvaguardar su dignidad y libertad.

El soldado ciudadano, al integrarse a las filas de nuestra FANB, aporta con su juventud todo el vigor moral y físico de una generación comprometida, trayendo consigo sus creencias más arraigadas y sus sueños de una Patria próspera y segura. Se entrega sin reservas cuando se invoca el nombre sagrado de Venezuela, nuestra Patria amada, y al término de su servicio no aspira a otra recompensa mayor que la satisfacción del deber cumplido y un certificado que avale su buena conducta y dedicación. El profesional, en contraposición, tiende a operar sobre la base del cálculo y la conveniencia; combate bajo sus propios términos, puede mostrar escepticismo y carecer de la capacidad de sentir esas emociones patrióticas profundas que impulsan al soldado ciudadano a los más grandes sacrificios por su nación. La fortaleza moral de un ejército reside, en gran medida, en la conexión indisoluble entre el soldado y el pueblo al que pertenece y defiende.

En el contexto de las nuevas amenazas y las guerras híbridas, el concepto de Nación en Armas cobra una relevancia aún mayor. La defensa integral de la nación exige la participación activa de todos los sectores de la sociedad, organizados y preparados para resistir en todos los ámbitos: militar, económico, político, social y cultural. La formación militar básica de la ciudadanía no solo nutre la reserva para la defensa armada, sino que fortalece la conciencia nacional, la resiliencia ante la injerencia externa y la capacidad de la población para actuar coordinadamente en situaciones de crisis, desastre o conflicto.

2. INSTITUCIONES MILITARES

Las Instituciones Militares, columna vertebral de la defensa de una nación, pueden ser consideradas el crisol donde se forja y se pone a prueba el patriotismo de un país y su determinación para mantener su posición en el concierto global. Intrínsecamente dinámicas, estas instituciones se adaptan y transforman en función de las épocas, las circunstancias geopolíticas y los avances tecnológicos. Se perfeccionan de manera constante y alcanzan su máxima operatividad y relevancia durante los períodos que preceden o siguen inmediatamente a las grandes crisis y los conflictos que solo pueden ser resueltos mediante la acción militar.

Es fundamental comprender que las Instituciones Militares solo pueden florecer y ser efectivas cuando son plenamente compatibles con el carácter nacional, con la idiosincrasia y los valores del pueblo al que sirven, y cuando son aceptadas por la generalidad de la ciudadanía como una necesidad ineluctable para garantizar la paz y la soberanía. Cada ciudadano, desde su esfera de acción, debe contribuir a su fortalecimiento y perfeccionamiento. De igual manera, todas las autoridades del Estado tienen el deber irrenunciable de brindarles su apoyo decidido y su concurso pleno.

Solo cuando estas condiciones se cumplen a cabalidad, nuestras Instituciones Militares estarán en capacidad de generar los resultados esperados el día que la Patria se vea amenazada y el peligro aceche. Esto se fundamenta en un principio militar de validez eterna: nada verdaderamente

significativo puede improvisarse en la guerra. Cuando llegan las horas críticas para una nación, esta solo podrá recoger el fruto de lo que ha sembrado con previsión, disciplina y esfuerzo constante durante los tiempos de paz. La historia militar de Venezuela, y la universal, confirman inequívocamente este aforismo, que, por otra parte, constituye el argumento más sólido en favor de una preparación militar constante y una inversión estratégica en la formación de nuestras tropas y el fortalecimiento de nuestras instituciones. La improvisación en defensa y seguridad se paga con la soberanía y la libertad.

En la era de las guerras no convencionales y las amenazas multidimensionales, la solidez y adaptabilidad de nuestras instituciones militares son más cruciales que nunca. Deben ser capaces de integrar nuevas tecnologías, doctrinas y estrategias para enfrentar adversarios que operan en múltiples dominios: ciberespacio, guerra psicológica, inteligencia artificial, entre otros. Su perfeccionamiento constante no solo implica la modernización de equipos, sino, fundamentalmente, la elevación moral e intelectual de sus miembros, garantizando que sigan siendo el baluarte inexpugnable de la dignidad y la independencia de la República Bolivariana de Venezuela.

3. LA FUNCIÓN DEL EJÉRCITO; SUS DEBERES Y RESPONSABILIDADES

Una Nación, más allá de ser una mera agregación de individuos, constituye una colectividad humana dotada de una personalidad propia, con una vida colectiva que le permite pensar y actuar como un ente único. En el contexto global actual, las naciones, para salvaguardar su existencia y defender sus legítimos intereses, se ven a menudo compelidas a emplear la fuerza o la astucia estratégica.

En el caso de la República Bolivariana de Venezuela, el órgano fundamental de la fuerza nacional es nuestra gloriosa Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Su función primaria y sagrada es preservar la existencia misma de la nación venezolana, garantizando su independencia, soberanía e integridad territorial, y poner esa fuerza al servicio de los más elevados ideales y objetivos de la Patria, que trascienden lo meramente militar para abarcar la justicia social, la humanidad y el bienestar de nuestro pueblo.

A diferencia de concepciones imperialistas o hegemónicas, que buscan la satisfacción de apetitos expansionistas, la humillación de naciones hermanas o la anexión territorial por la vía de la fuerza, los objetivos de una nación con principios morales sólidos, como la nuestra, son inherentemente morales. Buscan la justicia, la equidad y el respeto a la dignidad humana. Una nación puede, en teoría, emplear su fuerza militar para fines inicuos o humanitarios. Sin embargo, en cualquier circunstancia de conflicto, a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana le corresponde ejecutar el acto de fuerza con profesionalismo y contundencia, conforme a las directrices del legítimo mando político-estratégico de la nación. Su deber es actuar una vez declarada la confrontación, operar durante su desarrollo y con el único fin de luchar, cuando

se han agotado todas las vías diplomáticas y la existencia misma de la Patria está comprometida.

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana no tiene más alta misión que cumplir su función como organismo de fuerza de la manera más perfecta y eficaz posible. Su honor y su Ley moral suprema radican en hacer hasta lo imposible para neutralizar y derrotar al adversario que amenaza la paz y la soberanía nacional. Una vez alcanzada la victoria militar, el papel de la Fuerza Armada culmina en el ámbito del combate. Corresponde entonces a los órganos de dirección política de la nación ejercer la victoria con justicia, moderación y sabiduría, evitando el abuso de poder o la imposición de condiciones que respondan a apetitos mezquinos o a los designios que pudieron haber inspirado la guerra en el bando derrotado.

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana no es responsable directa de la moralidad, los móviles o la justicia de la lucha, ni de la equidad o humanidad de las condiciones impuestas al vencido por los órganos directivos. Asumir ese rol significaría extralimitarse en sus funciones, suplantar al legítimo poder de dirección de la nación y generar un desorden de gravísimas consecuencias para la institucionalidad y la estabilidad de la República. Es al organismo directivo a quien compete tomar la decisión estratégica de emplear la fuerza y dar inicio al combate. Una vez iniciadas las hostilidades, la Fuerza Armada debe emplear la fuerza con vigor, destreza, coraje y un espíritu de completa abnegación por la Patria. Bajo estas premisas, su honor se mantiene incólume, incluso si la causa de la guerra fuera injusta en su origen o si la nación hiciera un uso indebido de la victoria. La nación confiere a su Fuerza Armada el carácter de mandatario para representarla en la lucha armada; le entrega su Bandera Tricolor, símbolo sagrado de nuestra independencia y soberanía, para que la haga ondear con gallardía frente al enemigo, inspirando la convicción de que la Patria está siempre presente en cada combate y en el sacrificio de sus hijos e hijas. Si la Fuerza Armada flaquea o permite que su Bandera sea abatida, reconoce que en sus manos se ha quebrantado la voluntad nacional y que la Patria queda a merced del adversario.

Durante el desarrollo del conflicto, la Fuerza Armada Nacional Bolivariana no tiene obligación de congraciarse con el adversario; es el único juez de su conducta en combate, inspirada únicamente por su propio honor institucional y el más alto respeto por sí misma. Las consideraciones humanitarias hacia los seres indefensos no responden a un cálculo para ganar favor con el enemigo, sino a un imperativo moral intrínseco, a un compromiso con la dignidad humana que emana de su propio honor y respeto por los principios bolivarianos. La razón de ser de la Fuerza Armada, su papel natural, su Ley y la condición esencial de su existencia, es que debe emplear la fuerza nacional, en caso necesario, con la máxima energía y determinación, cualesquiera que sean los móviles que guiaron a la nación a entrar en guerra. Es decir, la función de la Fuerza Armada constituye un deber absoluto hacia la nación venezolana en cualquier circunstancia que ponga en riesgo su existencia o soberanía.

La Ley moral de la Fuerza Armada en la guerra es el Honor Militar Colectivo, que constituye el secreto de su fortaleza moral y le confiere la confianza necesaria para realizar los esfuerzos supremos que exige el cumplimiento de su función nacional. Los sentimientos que otorgan esta inquebrantable seguridad son la consagración absoluta a la nación, el coraje indomable y el respeto irrestricto por sí mismo. Estos sentimientos son la esencia del Honor Nacional, la única Ley moral que rige el empleo legítimo de la fuerza en defensa de la Patria.

Es fundamental destacar que la función de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, en el marco de la Constitución Bolivariana y la concepción de defensa integral, trasciende la mera preparación para la guerra. Incluye una participación activa y protagónica en el desarrollo nacional, contribuyendo al bienestar del pueblo, a la ejecución de planes y proyectos de infraestructura, salud, educación, y a la promoción de la economía productiva. Esta dualidad de funciones fortalece el vínculo entre la Fuerza Armada y el pueblo, consolidando la unión cívico-militar indispensable para la defensa y el progreso de la nación en los complejos escenarios actuales.

4. LAS FUERZAS VIVAS QUE ANIMAN AL EJÉRCITO

La Fuerza Armada Nacional Bolivariana no es una mera estructura inerte; es un organismo viviente, cuyo núcleo de mando puede transmitir al conjunto directrices estratégicas y órdenes precisas que movilizan las potentes fuerzas materiales que residen en cada uno de sus elementos. Sin embargo, esta capacidad de transmisión y ejecución, aunque fundamental, no es la única condición que define al ejército como un ente con vida propia. Si solo funcionara de esta manera, sería comparable a una máquina, apta quizás para operaciones en tiempo de paz, pero insuficiente para los supremos fines de la guerra y la defensa integral de la Patria.

Para cumplir su misión en todo momento y circunstancia, nuestra Fuerza Armada debe estar animada en cada una de sus partes por energías intrínsecas que van más allá de las transmisiones jerárquicas, las disposiciones superiores o cualquier otra forma de mando. Estas energías vitales son el motor de su acción: la iniciativa proactiva en todos los niveles, una vibrante actividad intelectual y moral, el honor individual y colectivo como estandarte, el justo orgullo por la profesión militar y el grado alcanzado, y, sobre todas ellas, la arraigada conciencia del deber común hacia la Patria.

No debemos confundir estas energías positivas con la represión. La represión no es el medio para asegurar el funcionamiento armonioso del organismo militar, sino una herramienta necesaria, utilizada con justicia y rectitud, para restablecer el orden cuando ha sido perturbado y para apartar aquellos elementos que, con su accionar, desvían el curso regular del desarrollo y cumplimiento de las misiones de la Fuerza Armada. Lo que confiere a nuestra institución su carácter de organismo vivo, sano y robusto,

es la colaboración sinérgica y el apoyo mutuo que se brindan sus distintos componentes en todos los grados de la jerarquía, cohesionados por esa poderosa fuerza moral que es la conciencia del deber compartido al servicio de la nación.

La organización material, la dirección técnica y la estrategia son herramientas esenciales para coordinar y potenciar las fuerzas del ejército en la acción, pero no son capaces de generar por sí mismas las fuerzas morales y de acción que residen en el alma de la tropa y los cuadros. En un ejército minado por la desmoralización, la estructura orgánica se convierte en una armazón frágil; la estrategia más brillante y la técnica más avanzada resultan inoperantes, pues solo las energías morales poseen la capacidad de acción potente y transformadora. En tal estado, el comando se disloca al primer embate del adversario. Todo se desvía, se pervierte y se diluye en la inercia, el egoísmo y los intereses individuales.

Si bien existen situaciones donde una voluntad firme desde los altos mandos es indispensable para la ejecución de un acto determinado, ello no implica que el Jefe deba suponer que la obediencia y la subordinación de sus inferiores se obtienen únicamente por temor a las medidas coercitivas. De igual manera, el subalterno jamás debe concebir que su deber se reduce a una espera pasiva y a la obediencia mecánica de la orden autoritaria del superior. En todos y cada uno de los escalones de nuestra estructura jerárquica, es la conciencia clara y profunda que cada miembro posee de los deberes y atribuciones que le corresponden en la vasta obra común de la defensa y el desarrollo nacional, lo que impulsa las voluntades y las inteligencias individuales a actuar con iniciativa y diligencia en el sentido indicado por el mando legítimo.

Y es, de manera particular, el cuerpo de Oficiales Bolivarianos el elemento constitutivo que, a modo de reservorio inagotable de fuerzas vitales y foco irradiador de la vida institucional, se encuentra presente y activo en cada rincón del organismo militar. Cada Oficial tiene la misión fundamental de imbuirse en la masa de la tropa, conocerla, comprenderla y guiarla, inspirándola a actuar siempre en el sentido del deber general hacia la Patria. Del valor intrínseco del cuerpo de oficiales, de su cohesión interna, de su formación integral y de su conciencia cabal del deber, depende en gran medida la fuerza vital y la capacidad de respuesta de nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Esta fuerza vital no se crea por la simple transmisión jerárquica de órdenes superiores. Si así fuera, le faltaría la inteligencia táctica, la iniciativa oportuna y la consagración personal que deben animar la acción militar en los escenarios complejos de la guerra moderna. La solidez, la energía y la eficacia del comando solo se conciben, se desarrollan y se aseguran mediante el cultivo constante de la actividad intelectual y moral de los Oficiales, brindándoles la ocasión y los medios para ejercer plenamente la iniciativa y la responsabilidad que les corresponden por su grado y función. Es precisamente en el campo de batalla, o ante las exigencias del desarrollo nacional, donde estas actividades

se manifiestan con mayor plenitud y constituyen la esencia misma del liderazgo efectivo.

Es solo a través de la vitalidad y energía inherentes a los elementos distribuidos en la estructura del Ejército, es decir, por medio del liderazgo y la iniciativa de los Oficiales y Clases en contacto directo con la tropa, que el Mando Superior puede ejercer influencia real sobre unidades y hombres inmersos en el combate. Especialmente en aquellos momentos críticos donde la acción del adversario fragmenta las formaciones, genera confusión y pone a prueba el temple de los individuos; donde los superiores pueden caer o encontrarse imposibilitados de abarcar todos los frentes y peligros simultáneamente, impartiendo órdenes en todas direcciones. Es en estas circunstancias extremas cuando el Oficial, formado integralmente, se erige como el único capaz de discernir con claridad dónde reside el deber común, y está presente en todas partes donde su presencia es requerida para guiar e inspirar a sus subordinados con el ejemplo y la palabra precisa.

En todas las circunstancias de la guerra, y también en las tareas de desarrollo nacional, es imperativo que las acciones y reacciones de la Fuerza Armada se produzcan de manera inmediata y efectiva, particularmente en contacto directo con el adversario o ante las necesidades del pueblo. Dicha capacidad de respuesta reside en la energía moral latente en el momento y lugar precisos. Esta energía es la conciencia perfecta, clara, activa y comprometida del deber militar bolivariano. Es un deber que debe ser ejercitado, cultivado y reforzado en todo tiempo, tanto en la instrucción como en el servicio diario, para tener la certeza inquebrantable de poder contar con ella en la plenitud de su potencia cuando la Patria lo demande en el campo de batalla o en cualquier otra tarea fundamental para su progreso y bienestar.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO XI

LA EDUCACIÓN MORAL

1. LA EDUCACIÓN MORAL

La instrucción, por más completa que sea en cualquier ámbito de la actividad humana, y de manera crucial en el seno de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, resulta incompleta si no se desarrolla de forma paralela o no se fundamenta sólidamente en la educación moral. Esta necesidad imperiosa de la educación moral del combatiente está reconocida en todos nuestros reglamentos vigentes y acompaña la existencia misma de los ejércitos desde tiempos inmemoriales. En todo tiempo se ha proclamado que la fuerza moral prevalece y determina a la fuerza física; que la instrucción técnica en el manejo de sistemas de armas o en tácticas específicas, si bien esencial, no es la tarea más compleja para el Oficial. Las destrezas en evoluciones, el manejo del armamento y los conocimientos técnicos que se imparten al recluta son muy necesarios, sin duda, pero no bastan por sí solos para forjar a un verdadero soldado de la Patria. Este se forma, ante todo, por el desarrollo profundo del sentimiento de la disciplina consciente, el respeto hacia sus superiores y la estructura jerárquica, la inquebrantable confianza en sí mismo y en sus compañeros de armas, y la emulación constante de las acciones más nobles y heroicas al servicio de Venezuela.

La historia militar, universal y particularmente la de nuestra gesta independentista, demuestra fehacientemente que los factores determinantes del éxito en el campo de batalla no son primordialmente los materiales o técnicos, sino los de naturaleza moral: el arraigado sentimiento del deber patrio, el amor incondicional a la Bandera Nacional, la lealtad a la República y la confianza plena en los Jefes y sus decisiones. Solo así la disciplina se convierte en una fuerza efectiva en medio de los peligros y la incertidumbre inherentes a la guerra.

Nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana es, en esencia, la gran escuela forjadora de ciudadanía para la Patria. En su seno, los sucesivos contingentes de la juventud venezolana adquieren y consolidan los más elevados sentimientos de patriotismo, la disciplina necesaria para la convivencia social y el trabajo productivo, y un sentido del honor que los acompañará toda la vida. El ciudadano o ciudadana que pasa por sus filas recibe una educación viril y completa que ejerce, a la postre, una influencia determinante en sus destinos personales y en el devenir de la nación misma, elevando el nivel moral de los individuos y, por ende, el de la sociedad en su conjunto. Esta educación no solo prepara para la defensa, sino que capacita para la participación activa y consciente en el desarrollo integral del país.

El tiempo que el Oficial dedica a impartir conocimientos técnicos (como el manejo de armas, la fortificación de posiciones, el servicio interno de las unidades, el servicio de guarnición y otras materias esenciales) es, sin duda,

tiempo bien invertido y necesario. Sin embargo, el tiempo consagrado a la educación moral, aquel que siembra y hace germinar en el espíritu del soldado la luminosa idea del sacrificio por la Patria y la abnegación absoluta en su defensa, posee una importancia cuyo valor se mide en cada instante. La misión principal y más trascendente del Oficial es precisamente esa: el desarrollo constante de las fuerzas morales en sus hombres y mujeres.

Ante todo, el Oficial tiene el deber ineludible de enseñar al soldado la razón de ser del deber militar, el significado profundo de la pesada obligación que implica el servicio en tiempo de paz, la nobleza de los sacrificios que se le exigirán en campaña, y la necesidad vital de la obediencia y la disciplina para la cohesión de la fuerza, así como la elevación constante de los sentimientos de patriotismo y solidaridad con sus conciudadanos. La relevancia de esta labor educativa se acrecienta a medida que la duración del servicio militar varía y que el avance de la sociedad incorpora a las filas elementos con mayor acceso a la información, o imbuidos de ideas que, si no se orientan correctamente, podrían resultar disolventes para la unidad nacional. El ciudadano de hoy, más informado, demanda comprender las razones profundas por las cuales debe estar dispuesto a arriesgar su vida por la Patria y a obedecer a sus superiores, sabiendo que le será más sencillo cumplir con estos deberes supremos cuando conozca la necesidad y la justicia que los fundamentan.

Otra causa que subraya la imperiosa necesidad de la educación moral es la diversidad de procedimientos tácticos en el combate moderno, los cuales, cada vez más, se basan en el desarrollo y la aplicación de las fuerzas morales, tanto individuales como colectivas. Estos procedimientos a menudo exigen que el soldado actúe aislado o alejado de la guía inmediata de sus Jefes, forzándolo a superar su propio instinto de conservación. Esto implica reemplazar la cohesión física, que antes se sustentaba en formaciones densas, con una cohesión moral poderosa. Esta cohesión moral permite orientar las energías dispersas de los individuos hacia el logro del fin común: la victoria y la salvación de la Patria.

La educación moral, cimentada en un profundo sentido del patriotismo, permite que el soldado no solo desarrolle la inteligencia y la iniciativa que demanda la guerra moderna, caracterizada por la dispersión y la autonomía en el cumplimiento de misiones, sino también la valentía y la voluntad indomable para afrontar el peligro más extremo, incluso a riesgo de su propia vida. Particularmente, en el soldado que proviene de nuestras áreas rurales o de cualquier otro sector social, es vital cultivar la conciencia del sacrificio necesario y del heroísmo potencial, el espíritu de solidaridad con sus compañeros de armas y con todo el pueblo venezolano, y el sentimiento de que debe ayudar a sus conciudadanos como si se tratara de sí mismo, comprendiendo que, si falta a su deber en un momento crucial, pone en peligro la seguridad y la existencia de la nación entera. Esta labor, de complejidad considerable, no recae exclusivamente en la Fuerza Armada; corresponde por igual a los padres y madres de familia en el hogar, a los maestros y profesores en las escuelas y liceos, y a los Oficiales y cuadros de mando en la institución militar. El deber del

Oficial en esta empresa es aún más imperioso si se considera que las virtudes cardinales en las que descansa la fuerza moral del Ejército y, por extensión, de la nación, son a menudo combatidas por ideologías disolventes o por teóricos ilusos que, soñando con utopías de paz perpetua, predicen falazmente que el cumplimiento del Servicio Militar es una carga inútil o gravosa para el pueblo, socavando la disposición ciudadana para la defensa.

2. FUNDAMENTO MORAL DÉ LA EDUCACIÓN EN EL SENTIMIENTO DEL DEBER EN GENERAL

La idea misma del deber, eje central de la educación moral, implica simultáneamente la concepción de un bien superior y la conciencia clara de que la consecución de este bien es una obligación ineludible para el individuo y la colectividad.

El ser humano, en su esencia, vive, siente y piensa. Tiende a considerar como un bien todo aquello que potencia su existencia, que la hace más intensa, más amplia y más plena. El bien puede manifestarse de manera real, siendo percibido directamente por nuestras facultades y sentidos, como la salud que disfrutamos, la amistad sincera que cultivamos o el conocimiento científico que adquirimos. Pero también existe un bien ideal, aquel que solo podemos concebir por analogía o generalización a partir de los bienes reales, como la aspiración a la inmortalidad del legado patrio, el amor infinito a la humanidad o la búsqueda de la verdad absoluta a través de la ciencia y la conciencia. Cada vez que el hombre reflexiona sobre la existencia de un bien, emerge casi simultáneamente la noción de la necesidad y el deber moral de trabajar por su realización y preservación. Esta idea del deber, cultivada y fortalecida por la educación sistemática y el progreso de la civilización, se arraiga en el individuo hasta convertirse en un sentimiento profundo y en una inclinación natural de su espíritu.

La primera etapa en la vida del individuo, y de las colectividades en sus fases iniciales, está gobernada por el instinto primario de supervivencia. Progresivamente, se afianza el imperio de la razón, y la educación y la civilización obran la transformación, elevando el cumplimiento del deber de un acto consciente a un hábito arraigado en el carácter. En cuanto a la voluntad, esa facultad humana forjada y desarrollada por la educación individual y colectiva, se pone inicialmente al servicio del instinto, pero de manera sucesiva y progresiva, se subordina al dictamen de la razón y a la inclinación innata hacia el bien. Esta evolución del sentimiento del bien y del deber se transmite al individuo a través de la educación formal e informal, y se consolida en los pueblos mediante el avance y la profundización de su civilización y su cultura.

El sentimiento del deber, y particularmente el deber militar, es una cuestión de orden eminentemente social, pues no es posible concebir al ser humano aislado; su existencia cobra pleno sentido en relación con los demás miembros de su especie, es decir, en sociedad. La sociedad, para garantizar las mejores condiciones de vida en común, la armonía y la seguridad, establece un conjunto

de normas, principios y, en muchos casos, sanciones para aquellos que desconocen sus deberes o se resisten a cumplirlos en perjuicio del colectivo. Existen, sin embargo, preceptos de moralidad que no están plasmados explícitamente en leyes escritas, pero que no por ello son menos obligatorios para la conciencia individual y colectiva. Son las costumbres morales arraigadas, cuya infracción no conlleva una pena legal. Precisamente, esta ausencia de sanción formal es lo que confiere a tales costumbres un carácter moral más elevado, situándolas por encima de la mera legalidad, como expresión de los valores más sublimes de un pueblo. El deber para con la Patria, la lealtad a la Bandera, el espíritu de sacrificio por el bien común, son ejemplos de estos deberes morales que, sin estar siempre codificados en leyes, son el fundamento ético de nuestra Fuerza Armada y de la sociedad venezolana.

3. DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO

Los deberes que el ser humano tiene para consigo mismo están intrínsecamente ligados a la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento en los ámbitos físico, intelectual y moral. El deber primordial de conservar la vida implica para todo ciudadano y soldado la obligación de mantener una higiene rigurosa y preservar su salud, activos fundamentales para el servicio a la Patria. Conlleva, asimismo, el deber y el derecho inalienable a la legítima defensa cuando su vida, o la de otros, se ve amenazada, actuando con coraje y determinación. Incluye también la obligación de proveer a su subsistencia y la de su familia mediante el trabajo digno y productivo, contribuyendo así al engrandecimiento económico de la nación.

El hombre posee el deber sagrado de cultivar y desarrollar su razón, la facultad que lo eleva por encima de aquellos que se rigen únicamente por el instinto. Una de las vías más excelsas para nutrirla es el estudio constante, abordado con un criterio de libre comprensión que fomente el pensamiento crítico, pero despojado de toda presunción o arrogancia intelectual. El estudio debe ser sincero, es decir, libre de la influencia distorsionante del sentimentalismo o el interés personal. Debe practicarse con tolerancia genuina hacia las ideas ajenas, incluso si difieren de las propias, y sin restricciones mentales que puedan velar o deformar la verdad. La búsqueda de la verdad y el conocimiento, con humildad y apertura, son deberes que fortalecen el espíritu del militar y del ciudadano.

Entre los deberes relacionados con la sensibilidad y el autodominio se encuentra la temperancia, que se manifiesta en un equilibrio virtuoso, equidistante tanto del ascetismo extremo, que niega la naturaleza humana en su totalidad, como del abuso desmedido de los placeres sensoriales, que la envilece. Ambos extremos son nocivos, pues el ascetismo es una forma de negación de la vida, mientras que el abuso disminuye las energías físicas y morales, degradando al ser humano y "animalizándolo". El cultivo de la temperancia es un deber que fortalece la voluntad y la capacidad de resistir las tentaciones que puedan menoscabar el cumplimiento del deber.

El ser humano tiene el deber irrenunciable de fortalecer y desarrollar constantemente su voluntad, esa fuerza interior que le permite dirigir sus acciones. Esta voluntad debe ser puesta al servicio del bien, es decir, orientada por la razón iluminada por los principios éticos y guiada por las inclinaciones más generosas del alma humana. La voluntad se manifiesta de diversas formas, y una de sus expresiones esenciales es la paciencia, la capacidad de abstenerse y soportar con entereza las adversidades, las fatigas y las privaciones inherentes a la vida, y de manera particular, a la vida militar y al servicio a la Patria.

El valor militar, virtud cardinal del combatiente, se revela en dos aspectos interrelacionados: la paciencia necesaria para soportar las duras fatigas, las privaciones del servicio y la espera tensa en el fragor de la batalla; y el esfuerzo denodado que impulsa toda actividad, poniendo en juego la totalidad de las energías hasta el sacrificio supremo por la causa justa.

El valor cívico, quizás menos ostentoso que el militar pero igualmente vital, se manifiesta en la vida cotidiana y a menudo procede de la propia inspiración moral del individuo, haciéndose patente en acciones realizadas de forma aislada en defensa de los principios o el bien común. El valor moral, por su parte, consiste en la entereza de sostener una opinión sincera y fundamentada, incluso cuando esta se opone a la opinión general o a la corriente predominante; o, lo que es aún más raro y admirable, en la humildad y la valentía de reconocer el propio error cuando la evidencia así lo demuestra. La voluntad férrea y el valor en todas sus manifestaciones, solo alcanzan su verdadero significado y valía en función del objeto que los inspira; es decir, deben estar motivados por un fin digno, elevado y al servicio del bien de la colectividad y de la Patria.

El cumplimiento o incumplimiento de estos deberes personales tiene consecuencias directas en el desarrollo de las virtudes o los vicios que afectan no solo al individuo, sino al tejido social en su conjunto. Así, por ejemplo, el alcoholismo, como manifestación de la falta de temperancia y autodominio, constituye un grave peligro social, pues genera la degeneración del individuo y afecta a la familia y la comunidad. En contraste, el trabajo honesto y dedicado, como cumplimiento del deber de proveer a la subsistencia, contribuye de manera fundamental al engrandecimiento económico y social del país, elevando la calidad de vida de sus ciudadanos. Estos deberes personales, lejos de ser aislados, guardan estrechas relaciones de reciprocidad y fortalecimiento mutuo. La temperancia, por ejemplo, implica el ejercicio de la razón para discernir el camino correcto y el uso de la voluntad para resistir las pasiones que desvían del cumplimiento del deber y del servicio a la Patria.

4. DEBERES PARA CON LA PATRIA

El ser humano, por su propia naturaleza social, tiene deberes ineludibles que cumplir respecto a sus semejantes por el simple hecho de compartir la condición humana. Dichos deberes, esenciales para la convivencia armónica y la construcción de una sociedad justa, pueden clasificarse en dos grandes categorías: los deberes de Justicia y los deberes de Fraternidad.

Los deberes de justicia, en su esencia, son más bien deberes de abstención. Se fundamentan en ese sentimiento moral universal que nos obliga a no hacer a otro aquello que no deseamos que nos hagan a nosotros mismos. Implican el respeto irrestricto a los derechos y la dignidad de los demás, de la misma manera que aspiramos a que los nuestros sean respetados. El respeto a la vida ajena es tan sagrado e inviolable como el respeto a la propia. Si la vida de un semejante se encuentra amenazada, el deber moral y, en muchos casos, el deber legal, nos impelen a defenderla con la misma determinación con la que defenderíamos la nuestra. El respeto a la libertad individual condena toda forma de esclavitud y opresión, y justifica la intervención legítima del Estado para garantizar que la prestación de servicios o cualquier otra interacción social se realice en un marco de libertad y equidad. El respeto a la libertad moral se manifiesta en la tolerancia activa hacia el pensamiento, las creencias y la conciencia de los demás, siempre que no atenten contra los principios fundamentales de convivencia, y se acompaña de la virtud de la modestia, que nos previene de imponer nuestras ideas de manera arrogante. El respeto a la propiedad, entendida en su función social y como fruto del trabajo lícito, desempeña un papel insustituible en la organización de la vida colectiva, pues sobre él se fundamenta gran parte de la actividad económica y el progreso material de la sociedad.

La trascendencia de todos estos deberes de abstención es inmensa, ya que regulan y orientan la vida social en innumerables situaciones que no pueden ser contempladas exhaustivamente por la legislación escrita. De esta manera, dejan un amplio y fértil campo para el ejercicio cotidiano de la moralidad y la ética ciudadana, que complementan y elevan el marco legal.

Mientras que los deberes de justicia implican una abstención (no hacer daño, no interferir indebidamente), los deberes de Fraternidad tienen un concepto imperativo y proactivo: nos obligan a hacer por los otros aquello que deseamos que ellos hagan por nosotros. La justicia, si bien es una virtud fundamental que consiste en el respeto a los derechos ajenos, no es la más meritoria en su expresión más sublime. La Fraternidad, en cambio, resume y eleva el amor al prójimo a su máxima expresión. Si la justicia nos obliga a respetar la vida de un semejante, la fraternidad nos impulsa a salvarla, incluso a riesgo de nuestra propia existencia en un acto de heroísmo y solidaridad. Si la justicia demanda que respetemos los bienes ajenos, la fraternidad nos impone el deber de ayudar a quien lo necesita en caso de adversidad. Si la justicia prohíbe engañar al prójimo, la fraternidad nos obliga a orientarlo y a enseñarle la verdad para su bien.

El deber de solidaridad, concepto de vital importancia en la construcción de nuestra República Bolivariana, es una síntesis virtuosa de la justicia y la fraternidad. Su manifestación más elemental reside en la conciencia de la interdependencia recíproca que existe entre todos los elementos que constituyen un organismo moral y social: la nación. La solidaridad humana se expresa en múltiples dimensiones: económica, física e intelectual. Desde el punto de vista económico, todos los seres humanos somos tributarios unos de otros a través del intercambio de bienes y servicios, una dependencia que se manifiesta en el espacio global y local. Asimismo, las generaciones presentes nos beneficiamos del capital social, cultural y material acumulado por las generaciones precedentes, una dependencia que se proyecta en el tiempo histórico. Físicamente, la solidaridad se evidencia en aspectos como el contagio de enfermedades (que subraya la necesidad de salud pública colectiva), la transmisión hereditaria de rasgos y predisposiciones, y la influencia del entorno compartido. Intelectualmente, vivimos en un constante intercambio de ideas, heredamos y enriquecemos el vasto acervo de conquistas científicas y culturales acumuladas a lo largo del tiempo, y compartimos tendencias intelectuales y valores forjados en la historia colectiva.

Cada ciudadano venezolano es solidario de sus semejantes y de la sociedad en la que vive, no solo por las ventajas y oportunidades de las que disfruta, sino también por las leyes e instituciones que lo protegen y garantizan su bienestar y seguridad. Es necesario, por tanto, que cada miembro de la sociedad, y de manera especial cada integrante de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, reconozca con buena voluntad y compromiso activo sus deberes como asociado a esta gran empresa colectiva que es la construcción y defensa de la Patria, participando activamente en su desarrollo y progreso en un espíritu de justicia, fraternidad y solidaridad revolucionaria.

“PAGINA DEJADA EN BLANCO A EX PROFESO”

CAPÍTULO XII

EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN MILITAR

1. LA EDUCACIÓN, LA INSTRUCCIÓN Y EL ENTRENAMIENTO MILITARES SON INSEPARABLES

La formación militar es un proceso integral y continuo que no admite divisiones artificiales en compartimentos estancos. Resulta ilógico concebir la educación militar como un conjunto de partes inconexas, cuando en realidad todos sus componentes se compenetran e influyen mutuamente de manera constante. Es un error conceptual, presente en algunos enfoques, considerar la educación física totalmente desligada de la educación intelectual, o imaginar que esta última carece de relación alguna con la educación moral. Observamos que en la formulación de algunos programas de instrucción estas áreas se separan y se les asignan tiempos distintos, olvidando que, fundamentalmente, la educación moral es una necesidad permanente, inherente a cualquier actividad militar y, por tanto, inseparable de ella.

El entrenamiento del soldado bolivariano debe estar dirigido simultáneamente al fortalecimiento de la voluntad y al desarrollo de las capacidades físicas. Busca potenciar al mismo tiempo el vigor moral y la resistencia física del combatiente. Así, formas esenciales de la voluntad como la resistencia a la fatiga prolongada y el desprecio consciente al peligro, virtudes cardinales en la guerra, se adquieren y consolidan gracias a un entrenamiento físico exigente que incluye desafiar la intemperie, adaptarse a condiciones adversas, realizar largas marchas con equipo, someter al organismo a esfuerzos intensos y continuos, y, fundamentalmente, adquirir el dominio consciente del cuerpo a través de la fuerza de la voluntad.

La educación, la instrucción y el entrenamiento son, por consiguiente, el resultado de un trabajo diario y están intrínsecamente ligados. Incluso en los ejercicios más elementales, se presentan oportunidades propicias para inculcar en el soldado la necesidad imperiosa del coraje, el valor del esfuerzo individual y colectivo, y la disciplina como principio vital. La camaradería forjada en la adversidad compartida, la consagración absoluta al deber patrio y la disposición al sacrificio supremo se ponen a prueba y se consolidan, de manera especial, en la instrucción de combate. Si estos valores no se vivencian y refuerzan en el entrenamiento para la guerra, se corre el riesgo de que la instrucción se quede en un mero ejercicio vacío de contenido moral.

El Oficial tiene la responsabilidad ineludible de emplear todos sus recursos profesionales y su capacidad pedagógica para que en cada ejercicio, en cada sesión académica, en cada acto del servicio, tanto dentro como fuera del cuartel, se relacionen de manera explícita los problemas y conocimientos exclusivamente técnicos con los principios y valores esencialmente morales. Debe mantener siempre la idea fija de formar soldados no solo hábiles en el manejo de las armas y la táctica, sino también inteligentes, proactivos y

enérgicos, capaces incluso de asumir el rol de sus superiores en caso de que estos caigan en el campo de batalla, garantizando así la continuidad del mando y la misión.

Una instrucción técnica sólida y bien impartida es el mejor medio para infundir en las tropas la inquebrantable voluntad de vencer. Solo los espíritus superficiales son incapaces de concebir que cada acto, incluso aquellos de carácter rutinario o propio del servicio diario, puede y debe ser aprovechado como una oportunidad valiosa para educar y formar mejor al soldado en valores y principios. Precisamente, la educación de la tropa resulta más fructífera y eficaz cuando se realiza de manera práctica y objetiva, aprovechando las situaciones del entrenamiento real, que cuando se limita a la exposición de teorías abstractas sujetas a un horario rígido y desvinculado de la práctica.

La instrucción técnica posee un objetivo material e inmediato: dotar al soldado de las destrezas y conocimientos necesarios para operar sistemas, ejecutar procedimientos y desempeñarse en el terreno. Sin embargo, este objetivo material debe estar validado y potenciado por la animación moral que impulsa al soldado a afrontar con determinación las pruebas y peligros inherentes a la guerra. El combatiente debe comprender plenamente que todas las enseñanzas, los procedimientos de instrucción y cada aspecto de su formación son necesarios para la guerra y, más ampliamente, para la defensa integral de la nación y su desarrollo. Constituyen un conjunto armónico del cual ninguna parte puede separarse sin menoscabar el todo. La educación militar, en su sentido más amplio, prepara al ciudadano no solo para el combate, sino también para ser un miembro útil y consciente de la sociedad, capaz de participar activamente en las tareas del desarrollo nacional, aplicando la disciplina, la organización y los valores adquiridos en la institución castrense.

2. FACTORES MORALES DE LA VICTORIA - EL VALOR Y SUS ELEMENTOS

La victoria, entendida como la consecución exitosa de los objetivos militares y la preservación de la soberanía nacional frente a la agresión, es el ideal supremo y la principal razón de ser de toda fuerza armada digna de su nombre. Para alcanzarla, es indispensable lograr la convergencia sinérgica de todos los esfuerzos: morales, intelectuales y materiales, con el fin de obligar al enemigo a cejar en su empeño y abandonar la lucha. La victoria, por tanto, consiste fundamentalmente en conservar nuestro propio valor y cohesión moral, al tiempo que logramos minar y destruir el valor y la voluntad de lucha del adversario. Para el Oficial, la victoria en su esfera de acción se traduce en la capacidad de mantener incólume su valentía personal, sostener, inspirar y exaltar la de sus subordinados, y abatir la moral combativa del enemigo con acciones decididas y liderazgo ejemplar.

El ser humano, por naturaleza, considera la vida como un bien preciado y fundamental. No obstante, existen circunstancias sublimes, particularmente en la defensa de la Patria, donde, obedeciendo a impulsos ancestrales y a un compromiso moral superior al mero instinto de conservación individual, el

soldado venezolano está dispuesto a sacrificarla voluntariamente por la causa sagrada de la libertad y la soberanía. La condición fundamental para alcanzar el éxito en la guerra es que el soldado esté animado por esa cualidad esencial que es el valor. El valor puede definirse como la facultad inquebrantable de actuar con energía moral, intelectual y física, a pesar de la influencia paralizante del miedo, el sufrimiento físico o moral y la fatiga extrema, despreciando la muerte en aras de la consecución de un ideal supremo: la defensa de la Patria Bolivariana y sus más altos valores. El desarrollo de este ideal, condensado en un amor sublime e incondicional a Venezuela, y el entrenamiento riguroso que forja el desprecio consciente al peligro y a la muerte cuando el deber lo exige, constituyen la base fundamental de la educación militar en los ejércitos verdaderamente comprometidos con su nación.

Mientras que el miedo es una respuesta natural, una manifestación del instinto de conservación individual inherente a la condición humana, el valor es, por el contrario, una poderosa fuerza moral. Es una cualidad que se adquiere, se cultiva y se fortalece mediante la educación consciente, el entrenamiento constante y la vivencia de experiencias desafiantes. En su esencia más profunda, el valor en el contexto militar es una manifestación del instinto de conservación social; es la disposición a sacrificar el bienestar individual por la supervivencia y el bienestar de la colectividad, de la nación a la que se pertenece.

El sentimiento que más potemente nutre el valor en el corazón del soldado es el patriotismo, ese amor arraigado por la tierra, la historia, la cultura y el pueblo venezolano. El campo de batalla es, sin duda, el escenario donde este valor y este patriotismo se ponen a prueba de manera definitiva y se manifiestan en su máxima expresión heroica. Sin embargo, la labor educativa para fomentar el valor y el patriotismo se realiza de manera continua durante todo el proceso de instrucción. En la instrucción militar, se ponen en juego la voluntad, la energía y otras facultades que perfeccionan el espíritu del combatiente. Por otra parte, todo hombre o mujer que aspira a ser verdaderamente útil a la Patria requiere de una instrucción sólida, complementada de manera indispensable con una educación integral, especialmente en el ámbito moral y cívico.

La educación y la instrucción militar, aunque estrechamente relacionadas y complementarias, poseen matices que las diferencian. La instrucción está principalmente dirigida al cerebro, buscando transmitir conocimientos técnicos, tácticos y procedimentales. La educación, en cambio, debe trascender lo meramente cognitivo para llegar al corazón, al alma del soldado, despertando en ella los valores más elevados, moviéndola a la acción por ideas nobles, el amor a la Patria, la solidaridad con el pueblo y la vocación de servicio que se extiende también a las tareas del desarrollo nacional y la protección civil en tiempos de paz o calamidad. La educación moral, en particular, forja el carácter y la fibra ética indispensable para que la instrucción militar se emplee siempre

al servicio de causas justas y elevadas, y para que el soldado actúe con honor y humanidad en cualquier circunstancia que la defensa de la nación lo exija.

3. PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA EDUCACIÓN MILITAR

La historia de los conflictos armados ha demostrado, de manera categórica, que la valía real de los Jefes y la tropa reside, en última instancia, en la fortaleza de su carácter. Por ello, la educación militar en nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe tener como norte fundamental el desarrollo integral del carácter de cada uno de sus miembros. Es crucial comprender por carácter no solo las cualidades inherentes o innatas del individuo, sino, y de manera preponderante, el conjunto de hábitos forjados a través de la disciplina y el esfuerzo constante que han desarrollado o modificado esas potencialidades iniciales. El carácter, en este sentido, es la manifestación palpable del espíritu del soldado tal como ha sido moldeado por su formación y experiencias.

Los principales elementos que definen un carácter militar sólido son: la atención focalizada en la tarea, la capacidad de reflexión ponderada antes de actuar, un juicio certero en situaciones de incertidumbre, la iniciativa oportuna y audaz, una disciplina consciente y arraigada, la perseverancia inquebrantable ante la adversidad y una voluntad férrea al servicio del deber. Ninguna de estas cualidades vitales se adquiere por la mera lectura de textos o por consideraciones puramente especulativas. Es indispensable poseer la potencialidad para ellas y, sobre todo, ejercitárlas de manera constante y rigurosa, de la misma forma que se ejercitan los músculos del cuerpo para adquirir destreza y agilidad física. De igual manera que un individuo no podría convertirse en músico o pintor dominando únicamente la teoría de la armonía o el color, tampoco se puede adquirir una educación militar efectiva mediante recitaciones memorísticas, vagas y carentes de la vitalidad que solo otorga la práctica.

Para toda forma de educación genuina, el principio fundamental reside en aprender, practicar y repetir correctamente la materia o habilidad correspondiente hasta ejecutarla con perfección. La repetición sistemática, orientada por un propósito claro, crea reflejos y automatismos necesarios para la acción rápida y eficaz, especialmente en el ámbito militar. Y solo cuando el trabajo se realiza con plena conciencia de su significado y objetivo, se puede tener la certeza de poseer los conocimientos y destrezas necesarios para el cumplimiento del deber. Esta regla de oro no admite excepción, ni siquiera en la formación intelectual del individuo; el conocimiento se consolida con la práctica y la aplicación consciente.

La voluntad indomable, la perseverancia tenaz y la iniciativa proactiva no brotan del razonamiento abstracto ni se aprenden exclusivamente en los libros. Solo se adquieren, se fortalecen y se desarrollan a fuerza de hábito constante, escapando en gran medida a la influencia exclusiva de la especulación teórica. El esfuerzo, y sobre todo el esfuerzo perseverante y sostenido en el tiempo,

constituye la base ineludible de toda educación que aspire a formar caracteres sólidos.

Nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana se erige así como un agente transformador y un maravilloso catalizador del mejoramiento nacional. Permite, de manera simultánea, desarrollar en la juventud el gusto por la disciplina física y por los hábitos saludables de higiene, fundamentales para el bienestar individual y colectivo; forja la sangre fría necesaria para actuar bajo presión; moldea la voluntad para superar obstáculos y un juicio certero para tomar decisiones; cultiva la solidaridad entre compañeros de armas y la disciplina como pilar de la cohesión institucional. Todo ello es posible a condición de que el Oficial jamás olvide que la educación que imparte a su tropa debe ser, ante todo, eminentemente práctica y orientada a la acción y al servicio a la Patria.

Es un hecho ineludible que el Oficial educador, con su accionar diario, deja una huella profunda en la personalidad y el carácter de los hombres y mujeres bajo su mando. Los soldados, de manera consciente e inconsciente, tienden a emular la rectitud, la energía moral y las convicciones de los Oficiales que los guían; pero, lamentablemente, también pueden adquirir los defectos o las malas costumbres de sus superiores si estos no ejercen un liderazgo ejemplar. Por consiguiente, dado que el Oficial tiene la capacidad de influir decisivamente en las virtudes que transmite a sus subordinados, es indispensable que él mismo esté animado por un deseo constante de superar cualquier debilidad personal, por un ansia insaciable de superación profesional y moral, por una satisfacción genuina en el servicio bien cumplido, y por una fe inquebrantable en sus propias fuerzas morales y aptitudes para liderar y educar. La ejemplaridad del Oficial es el primer y más poderoso principio de la educación militar bolivariana, fundamental también para inspirar la participación activa de la tropa en las tareas del desarrollo nacional, demostrando con el ejemplo que la disciplina y el esfuerzo son motores de progreso para toda la sociedad.

4. EL PROBLEMA ACTUAL DE LA EDUCACIÓN MORAL DEL SOLDADO

El desafío de la educación de la tropa impone al Oficial la doble exigencia de ser un excelente instructor en las artes militares y un educador moral ejemplar. Esta última faceta es, sin duda, la más compleja, especialmente si se considera la profunda evolución social experimentada en los últimos años y el impacto de los nuevos escenarios de la guerra moderna en la mentalidad individual y colectiva.

En lugar de lamentarse infructuosamente por la disminución de la autoridad tradicional, de oponer resistencias estériles a las nuevas corrientes de pensamiento y de atrincherarse en barreras del pasado para contener la ola de individualismo que caracteriza a gran parte del mundo contemporáneo, es más productivo y necesario que el Oficial realice un examen de conciencia honesto y profundo. Debe estar dispuesto a adaptar y cambiar sus métodos de educación, buscando comprender genuinamente a los jóvenes reclutas, quienes a menudo son juzgados de manera superficial y precipitada basándose en apariencias.

Quizás, conociéndolos mejor, el Oficial pueda encontrar más rápidamente las claves para remediar las deficiencias o problemas que puedan presentar.

Es innegable que las condiciones de vida en el seno de la familia, en las comunidades y en la nación misma han experimentado cambios significativos, mientras que, en ocasiones, los métodos educativos militares han permanecido inalterables. Se observa una crisis de autoridad, un fenómeno complejo que presenta un doble aspecto en la sociedad actual y que impacta en el ámbito militar. Por un lado, se manifiesta un acentuado individualismo y una aversión a la autoridad impuesta sin razón, lo que puede traducirse en una resistencia a los reglamentos percibidos como arbitrarios y una desconfianza hacia los Jefes cuyo liderazgo no se considera legítimo o inspirador. Por otra parte, paradójicamente, existe en el ser humano una profunda necesidad de orden y una inclinación a reconocer la autoridad legítima cuando esta se ejerce con conocimiento, justicia y carácter. El desafío para el Oficial educador reside, por lo tanto, en conciliar estos aspectos aparentemente divergentes y orientarlos de manera que marquen un rumbo claro para la formación del verdadero soldado de la Patria.

La autoridad, en su sentido más profundo y legítimo, no proviene de la imposición ciega, sino del respeto ganado a través del conocimiento, la experiencia, la coherencia ética y la capacidad de liderazgo. En algunas esferas de la sociedad se ha erosionado el respeto a la autoridad, y se ha instalado la costumbre de cuestionar o decir "No" sin fundamento. Ante estos hechos innegables, todo educador militar debe analizar las causas profundas de estas tendencias y combatirlas con todas sus fuerzas, no desde la represión, sino desde la persuasión, la educación en valores y el ejemplo personal.

La juventud que ingresa a la Fuerza Armada, a menudo proviene de entornos donde el control parental ha sido insuficiente, donde no han conocido una mano firme que corrija a tiempo los primeros desvíos de conducta, donde han tenido que asumir responsabilidades de jefes de familia a edades tempranas debido a las condiciones socioeconómicas, o donde han estado expuestos a malos ejemplos. Muchos de ellos, influenciados por las dinámicas sociales contemporáneas, pueden manifestar ciertos sentimientos de superioridad o escepticismo hacia las generaciones precedentes, rebelándose inicialmente al rigor de la disciplina militar y encontrando cierto placer en demostrar que ya no son como los "buenos muchachos de antes". En esencia, pueden manifestar una tendencia a desafiar la autoridad de los superiores.

Para contrarrestar esta tendencia y forjar la lealtad incondicional que caracteriza al soldado bolivariano, es fundamental establecer una relación basada en una intimidad permitida por la jerarquía, una cercanía que fomente una comunidad de sentimientos y propósitos entre el Oficial y los hombres bajo sus órdenes. Si el soldado percibe que el Oficial y los cuadros de mando actúan con razones sólidas, que buscan genuinamente su bienestar y, sobre todo, que están comprometidos con la gloria y el progreso de la nación, la educación

moral será mucho más fructífera. En este contexto, la confianza mutua es indispensable, y el Oficial tiene el deber primordial de inspirarla con su conducta. Es preciso advertir que, en muchas ocasiones, el joven recluta siente que no se confía en él, se siente herido al percibir que se le pretende dirigir sin conocerlo verdaderamente, y es entonces cuando comienza a manifestarse una rebeldía interior, el primer síntoma de la crisis de autoridad en el ámbito individual.

El segundo aspecto de esta crisis es una consecuencia directa del primero. Los individualismos exacerbados tienden a buscar afinidades y agruparse rápidamente, pudiendo desembocar en conflictos internos o, en un contexto social más amplio, en la lucha de clases, como una reacción inevitable a los excesos del individualismo sin contrapeso ético.

Analizando los dos tipos de soldados nacionales a los que tradicionalmente se ha hecho referencia (el de las poblaciones urbanas y el campesino), se observa que, en esencia, ninguno es intrínsecamente indisciplinado. El proveniente de las poblaciones urbanas de mayor densidad puede manifestar una inquietud espiritual y, en ocasiones, extralimitarse en la confianza que se le otorga. Sin embargo, siente una profunda necesidad de ser comprendido por sus superiores y valora positivamente ver en ellos energía, firmeza y liderazgo. El soldado de origen campesino, por su parte, suele mostrar humildad y cierta desconfianza inicial. Necesita ser tratado con afecto sincero y rectitud inquebrantable, pero también se siente cómodo y seguro bajo la autoridad de un superior energético, justo y sagaz. De manera que ambos, a pesar de sus características de origen distintas, coinciden en la facilidad con la que aceptan la disciplina y la autoridad del Oficial cuando esta se ejerce con propiedad. Uno aspira a una autoridad libremente reconocida y aceptada, le agrada entregarse voluntariamente a la causa y le desagrada sentirse coaccionado a someterse sin razón. El otro desea sentirse protegido y guiado por una fuerza superior que lo ampare y lo conduzca al éxito colectivo.

La crisis de autoridad en nuestro contexto venezolano, si bien puede tener manifestaciones individuales, no se produce casi nunca por una tendencia intrínseca y generalizada del hombre venezolano a la indisciplina, sino más bien por la influencia indirecta de las nuevas ideas y dinámicas sociales que agitan al mundo contemporáneo, y también, significativamente, por una posible falta de comprensión profunda de la tarea esencial que tiene el Oficial como educador y formador de ciudadanos para la defensa y el desarrollo. El Oficial debe tener siempre presente que la valía de la educación que imparte no depende únicamente de la nobleza de los principios que enseña, sino, en una medida crucial, de sus propias cualidades como educador y líder moral.

La nueva generación que se incorpora a nuestras filas, a medida que avanzan los niveles de alfabetización y acceso a la información, es cada vez más consciente de su individualidad y sus derechos. Por consiguiente, la lógica impone que la educación militar sea también, en gran medida, una obra

individual y personalizada, adaptada a las particularidades de cada recluta. El Oficial, en este contexto, tiene el sublime deber de ganarse el corazón y la lealtad de cada uno de sus hombres y mujeres, no solo a través de la instrucción técnica, sino fundamentalmente mediante la educación moral y el ejemplo personal. Debe poner de manifiesto sus propias buenas cualidades personales, sus ideales patrióticos, su energía y su compromiso, en una palabra, su personalidad íntegra al servicio de sus subordinados y de la Patria. Así, obtendrá por el entusiasmo, la admiración y el respeto que inspire, lo que quizás en épocas pasadas se alcanzaba con la imposición ciega de la autoridad.

Nadie conquista el respeto y la lealtad de sus hombres si no merece conquistarlos con su propio accionar. Al Oficial se le confía en cada recluta un ser humano en potencia, moldeable, al que debe transformar no ya por métodos caducos o por la simple aplicación de sanciones punitivas, sino comunicándole animación, impulsándolo constantemente a su perfeccionamiento moral, físico e intelectual. Debe inspirarlo para que ponga toda su voluntad y energía en el cumplimiento de su deber, para que posea la fuerza interior que lo impulse a ir hasta donde el deber patrio lo exija, y para que desarrolle la capacidad de discernir y escoger siempre el mejor camino que conduzca al éxito de la misión y al bienestar de la nación, contribuyendo activamente desde la Fuerza Armada al desarrollo integral de Venezuela.

5. LA EDUCACIÓN INTELECTUAL, DE LA INTELIGENCIA, DE LOS SENTIMIENTOS Y DE LA VOLUNTAD.

Es indispensable establecer una distinción clara entre la educación intelectual y la mera instrucción. La instrucción, si bien vital, se enfoca principalmente en la transmisión de conocimientos específicos y habilidades técnicas. La educación intelectual, por su parte, trasciende la acumulación de saber; su propósito fundamental es formar el espíritu, desarrollar la capacidad de análisis crítico y moldear un carácter capaz de enfrentar los desafíos. La verdadera cultura intelectual en el ámbito militar no reside únicamente en poseer un vasto caudal de conocimientos, sino en haber adquirido una fuerza de atención y de voluntad que permita concentrarse eficazmente sobre cualquier problema que deba resolverse, por complejo que sea. La obra de la educación intelectual, en su sentido más amplio, se enfoca en potenciar la inteligencia, refinar la sensibilidad y fortalecer la voluntad. Interesa de manera crucial tanto al Oficial en su desarrollo personal como a la formación sólida de los cuadros de mando en todos los niveles de nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

La capacidad intelectual de un individuo en el ámbito militar se mide por la facilidad con la que aborda y resuelve problemas de diversa índole, por la corrección y rapidez con la que llega a soluciones acertadas, y por el número de situaciones complejas que es capaz de manejar en el menor tiempo posible con eficacia y eficiencia. Esta capacidad depende del saber, es decir, de los conocimientos adquiridos y organizados de forma coherente en la memoria.

Pero, sobre todo, depende de la oportunidad y la facilidad con la que ese saber acumulado se aplica de manera pertinente a los casos particulares que se presentan en la realidad operacional. Saber algo es muy distinto a tener la habilidad de aplicar instantáneamente ese conocimiento para resolver un problema concreto bajo presión. Esta última habilidad es obra de una inteligencia ágil y, en sus más altas expresiones, de una imaginación creadora, que se apoya para su correcta aplicación en un juicio certero y una razón que opera con frialdad y objetividad en medio de la incertidumbre.

Las combinaciones estratégicas de los grandes estadistas y los grandes capitanes de la historia militar a menudo parecen simples cuando se analizan en retrospectiva y con la calma de la teoría. Sin embargo, las inteligencias capaces de concebir y resolver esos problemas con rapidez, exactitud y pertinencia, sin agotamiento mental ni pérdida de energía o lucidez en el fragor del momento, son cualidades infinitamente raras y, en su manifestación suprema, requieren la capacidad del genio. Un Oficial Bolivariano es, ante todo, un hombre de acción, y la rapidez en la ejecución de las decisiones debe ser una cualidad primordial en su desempeño. El plan estratégico más brillante concebido por un Jefe sería completamente inútil si su aplicación se retrasa hasta después de que la oportunidad táctica ha pasado. La rapidez de ejecución efectiva es fruto de un entrenamiento intelectual constante, que se cultiva a lo largo de toda la vida militar, enfrentando y resolviendo situaciones diversas. Los Oficiales se encuentran a cada paso frente a casos concretos, a menudo inesperados, que exigen una resolución instantánea. Su memoria debe proporcionar rápidamente los conocimientos relevantes para referirlos al caso particular que enfrentan. Su inteligencia los combina de inmediato, permitiendo establecer la situación con claridad y discernir el curso de acción más apropiado. Finalmente, ejecutará su decisión con la determinación y la fuerza de voluntad necesarias para llevarla a cabo con éxito.

La primera condición indispensable para que la inteligencia opere en condiciones óptimas es que el saber adquirido sea claro, preciso, completo y esté bien organizado en la mente, de manera que acuda de forma inmediata a la primera requisición que la situación exija.

Los sentimientos, por su parte, ejercen una influencia considerable en todos los actos humanos, y de manera particular, desde el punto de vista militar, presiden la mayoría de las situaciones inherentes a la guerra, precisamente porque esta es una actividad protagonizada por hombres y mujeres con emociones. La acción de los sentimientos se hace sentir poderosamente sobre la percepción de la realidad, la capacidad de recordar información relevante, la imaginación para visualizar escenarios y el juicio para tomar decisiones. En tiempo de paz, un centinela puede pasar por alto detalles importantes en su área de responsabilidad; pero en tiempo de guerra, nada escapará a su observación agudizada, porque sus sentimientos estarán sobreexcitados por la conciencia del peligro y la importancia de su misión. En tiempo de paz, un soldado puede requerir meses de instrucción para aprender el manejo y empleo

de un sistema de armas complejo; pero en tiempo de guerra, su necesidad y el contexto emocional lo impulsarán a aprenderlo incluso en cuestión de horas, especialmente si sabe que deberá utilizarlo al día siguiente para defender su vida y la de sus compañeros. En tiempo de paz, el estado de ánimo del individuo tiende a ser más estable, predisposto al optimismo o a la calma. Pero en tiempo de guerra, su estado espiritual puede cambiar drásticamente de un momento a otro, influenciado por las noticias que recibe de su hogar, del frente de batalla, o por la percepción inmediata del éxito o el revés en las operaciones.

Como todas las facultades humanas, la sensibilidad y la capacidad de manejar y orientar los sentimientos se desarrollan con el ejercicio consciente. Para ello, es necesario provocar y gestionar emociones diversas, ya sea mediante la vivencia directa de experiencias desafiantes en el entrenamiento, a través de representaciones estéticas que inspiren (como la música patriótica, el arte militar o la literatura épica), o mediante la práctica de ritos y ceremonias que fortalezcan la cohesión y el sentido de pertenencia a una tradición gloriosa.

Nada es tan elocuente ni deja una impresión tan duradera en el alma del soldado como el espectáculo de la realidad, el enfrentamiento con situaciones que exigen valentía, abnegación y camaradería. De allí la necesidad de recrear, en la medida de lo posible, escenarios que se asemejen a la realidad del combate en el entrenamiento. Sin embargo, como el Oficial no siempre tiene la posibilidad de materializar la realidad en toda su complejidad, debe valerse de otros medios educativos para provocar en el soldado los sentimientos patrióticos, guerreros y de servicio que son esenciales para la defensa de la nación. La lectura de la historia militar venezolana, la recitación de pasajes heroicos, el cine que exalta los valores nacionales y otras herramientas pedagógicas pueden ser empleadas eficazmente con este fin. El uso de ritos y ceremonias militares se justifica por la ley psicológica que vincula los estados de conciencia elevados con las actitudes corporales y la acción colectiva, fortaleciendo el sentido de pertenencia, la disciplina y la disposición al sacrificio por la Patria.

Sin embargo, las ideas nobles y los sentimientos elevados, por sí solos, no constituyen más que tendencias potenciales a la acción. Es absolutamente necesario el concurso de la voluntad para llevar esas ideas y sentimientos a la práctica efectiva en el cumplimiento del deber. La educación de la voluntad es un proceso que debe proseguir a lo largo de toda la vida, y de manera particular, es una cualidad superior e indispensable para el militar. No basta con tener grandes concepciones estratégicas o planes brillantes si se carece de la voluntad inquebrantable para ejecutar lo proyectado sin desfallecimientos ni tibiezas ante los obstáculos. En muchas ocasiones, la inteligencia, por brillante que sea, influye menos en el éxito final que una voluntad obstinada y perseverante, capaz de resistir el sufrimiento físico, superar las torturas morales y mantenerse enfocada en el objetivo. Pero la fuerza de voluntad no se adquiere de forma instantánea; requiere un entrenamiento cuidadoso y

sistemático en la acción, enfrentando pequeños desafíos diarios para construir progresivamente esa fortaleza interior.

La base fundamental de la educación de la voluntad es el conocimiento profundo y honesto de sí mismo. El militar, como cualquier individuo que aspire a la excelencia, debe examinar su conciencia con frecuencia, con total franqueza e imparcialidad, para identificar sus debilidades y dedicarse con valentía y constancia a combatirlas y superarlas. Es necesario desafiar las impulsiones negativas del espíritu y las tendencias al facilismo, confiando además en que la inteligencia, cultivada y orientada por principios éticos, ayuda a tomar decisiones acertadas mediante la reflexión madura y desapasionada. El militar bolivariano debe tener confianza en sus capacidades y en su preparación, pero sin caer jamás en la presunción arrogante que nubla el juicio y aleja a los subordinados.

El conjunto armónico de los sentimientos elevados de un hombre y la fortaleza de su voluntad constituye su carácter. Este carácter, si bien posee una base hereditaria y está influenciado por factores inconscientes como los instintos y orgánicos como la edad, la raza, el clima, las condiciones de vida y las enfermedades, es fundamentalmente moldeado y modificado por los hábitos adquiridos a lo largo de la existencia. Si bien el hombre tiene poca acción directa sobre los factores hereditarios y los hábitos adquiridos en la primera infancia o por la influencia del entorno social, puede modificar significativamente su carácter mediante la adquisición consciente y perseverante de hábitos nuevos y virtuosos que fortalezcan su moral y su disposición al servicio.

El hábito, en este sentido, desempeña un papel de extraordinaria importancia en la educación, especialmente en la educación de la voluntad. Por ello, la educación más sólida y duradera es aquella que cada individuo se da a sí mismo, forjando buenos hábitos a través de la práctica constante del bien y del cumplimiento del deber. La mejor escuela para fortalecer la voluntad no se encuentra únicamente en los grandes gestos heroicos, sino en los pequeños actos de disciplina, esfuerzo y superación que la vida ofrece a diario al individuo para que este se perfeccione continuamente. Un militar con una voluntad fuerte, forjada en el día a día, estará mejor preparado para servir a la Patria no solo en el combate, sino también en las complejas y perseverantes tareas del desarrollo nacional, donde la constancia y la determinación son tan cruciales como en el campo de batalla.

6. LA EDUCACIÓN FÍSICA Y MORAL

La educación física que se imparte en el seno de nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana debe estar orientada bajo un doble aspecto fundamental: el desarrollo integral del potencial físico del hombre y la promoción de hábitos de higiene rigurosos. Es indispensable que cada soldado y soldada bolivariana comprenda la importancia trascendental que el entrenamiento físico reviste para su propia salud, su capacidad de combate y, en última instancia, para el

vigor de la raza y el futuro de la Patria. Un entrenamiento físico sistemático se traduce en un aumento palpable de la intensidad vital, en un mejoramiento funcional de los músculos, los órganos y los sentidos, elementos todos cruciales para el cumplimiento eficaz de las misiones en cualquier escenario.

Pero la educación física va más allá del simple desarrollo muscular; posee una gran influencia positiva sobre la educación moral e intelectual del combatiente. Todo esfuerzo que fortalece el cuerpo, de manera inherente, mejora y templa el carácter. Para superar los sufrimientos y la incomodidad inicial que a menudo generan los ejercicios físicos intensos, se requiere poner en juego una considerable fuerza de voluntad, forjando así la determinación y la perseverancia. La práctica constante de deportes y actividades físicas que demandan coordinación y decisión cultiva la sangre fría necesaria para actuar con calma bajo presión. El trabajo físico disciplinado disipa el tedio y la apatía, manteniendo la mente activa y el espíritu alerta. Los ejercicios que demandan destreza y vigor agudizan la facultad de atención y concentración. Por otra parte, es evidente que el trabajo intelectual, el estudio y el análisis que demanda la vida militar y el servicio a la nación, requiere de un buen estado de salud general, pues mente sana en cuerpo sano es un aforismo de eterna validez. La educación física, por lo tanto, no solo prepara para la guerra, sino que contribuye a formar ciudadanos disciplinados, saludables y con la energía necesaria para participar activamente en el desarrollo y progreso de la Patria.

7. LA ACCIÓN PERSONAL DEL SUPERIOR

En ningún momento se manifiesta con mayor intensidad la obediencia y la capacidad de sacrificio del soldado bolivariano que en el fragor del combate o ante una misión crítica por la Patria. Sus ojos se fijan constantemente en la figura del superior, cuya valentía, serenidad bajo el fuego enemigo y determinación inquebrantable constituyen el ejemplo más poderoso y sugestivo, capaz de inspirarlo y hacerlo capaz de desplegar todas sus energías, toda su audacia y estar dispuesto a realizar cualquier sacrificio por la causa sagrada de Venezuela.

El prestigio genuino del Oficial no se construye únicamente en la teoría; emana fundamentalmente de su conducta intachable en las situaciones de mayor riesgo y presión. Pero para ejercer un liderazgo efectivo y duradero, es indispensable que el Oficial desarrolle y mantenga constantemente la solidez de su propio carácter, cultive su saber profesional con humildad y dedicación, demuestre bondad y preocupación genuina por el bienestar de sus subordinados, y al mismo tiempo, mantenga una firmeza inquebrantable en la toma de decisiones y el cumplimiento de la disciplina. Solo así podrá cimentar de modo indiscutible su autoridad moral sobre sus subordinados. El carácter de un superior, en esencia, es una manifestación adaptada de la fuerza moral interna, que al volverse más activa y consciente, confiere al individuo la energía indispensable para tomar, en las circunstancias más críticas, decisiones trascendentales que comprometen su responsabilidad personal y el destino de la misión. Esa fuerza interior, ese temple, le permite emplear los medios a su

disposición, por considerables que sean, para actuar sin debilidades ni vacilaciones, inspirándose siempre en los principios éticos y militares definidos, a pesar de los obstáculos, los peligros inminentes y las tentaciones de cualquier orden que puedan intentar desviarlo de su recto proceder al servicio de la Patria.

El carácter debe poseer un temple aún más firme y una solidez a toda prueba en los Oficiales de menor jerarquía, aquellos que se encuentran en contacto directo con la tropa en la primera línea. Esto se debe a que la conducción inmediata del combate, a causa de la dispersión inherente a las operaciones modernas y los escenarios de guerra híbrida, escapa cada vez más al control directo de la autoridad superior en tiempo real. La iniciativa del Oficial subalterno, guiada por principios sólidos y un carácter firme, es crucial para mantener la cohesión y la eficacia en momentos de caos e incertidumbre.

El valor profesional del superior, entendido como su competencia técnica, su conocimiento táctico y su experiencia, posee asimismo una importancia estratégica. Constituye el elemento esencial de la confianza que el superior inspira en su tropa. De manera recíproca, un Oficial que no tiene confianza en la capacidad, el coraje y la lealtad de sus hombres y mujeres, no se atreverá a exigirles los esfuerzos y sacrificios de los que, bien motivados y liderados, son plenamente capaces por el bien de la Patria.

El Oficial Bolivariano siente una profunda satisfacción al ser amado y respetado por sus hombres y mujeres, porque sabe que el día en que compartan el campo de batalla o enfrenten una misión de alto riesgo por Venezuela, el afecto y la lealtad hacia su persona los impulsarán a ejecutar actos de valentía y heroísmo que contribuirán de manera decisiva al éxito de la causa sagrada de la Patria. Tiene la seguridad inquebrantable de que ninguno retrocederá o vacilará cuando él los conduzca con determinación hacia el cumplimiento del deber. El Oficial de fe, ante todo y por encima de cualquier otra consideración, debe poseer a sus hombres en la mano, no por coacción, sino por el ascendiente moral que ejerce; lograr que confíen plenamente en él, que escuchen su voz como la guía segura y que, en todas las circunstancias difíciles, sus ojos y sus pensamientos se vuelvan hacia su figura en busca de dirección, ejemplo e inspiración. En una palabra, el Oficial y su tropa deben conformar una sola entidad cohesionada por el espíritu de cuerpo, la confianza mutua y el compromiso con la Patria. La acción personal del superior, tanto en tiempo de paz mediante la educación constante y el ejemplo diario, como en tiempo de guerra liderando desde el frente, tiene la mayor influencia sobre el valor moral de la tropa. La confianza plena que esta deposita en aquel constituye el elemento esencial de su cohesión interna y es, junto con el arraigado sentimiento del deber patrio, el mejor y más sólido fundamento de la disciplina militar, indispensable tanto para la victoria en el combate como para el éxito en las tareas de desarrollo nacional encomendadas a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

8. LOS PRINCIPIOS GENERALES DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR

La instrucción militar, entendida como el proceso de capacitación técnica y táctica del soldado, es esencialmente individual en su ejecución. Por consiguiente, todo instructor en nuestra Fuerza Armada Nacional Bolivariana, para lograr el éxito en su labor formativa, debe conocer a fondo al ser humano en general y, de manera particular, a cada uno de sus hombres y mujeres. Este conocimiento individual debe abarcar tanto los aspectos físicos, evaluando sus capacidades y limitaciones corporales, como los aspectos intelectuales y morales, comprendiendo su inteligencia, su nivel de conocimiento previo, sus sentimientos, la fortaleza de su voluntad, la solidez de su carácter y la naturaleza de su amor propio. Para lograr este conocimiento profundo y necesario, es indispensable observar atentamente a cada soldado, interactuar con él, ganarse su confianza y comprender sus particularidades. La mayor parte de los jóvenes que conforman nuestros contingentes, si bien poseen un potencial formidable, pueden ser inicialmente de naturaleza reservada o tímida; requieren ser tratados con confianza y comprensión para que se abran y muestren sus capacidades, una labor de acercamiento y conocimiento que es esencialmente individual y personalizada.

Una vez que se conoce a los hombres y mujeres de manera individual, es necesario agruparlos, no por criterios superficiales como la talla o asignando números intercambiables, sino buscando similitudes de carácter, aptitudes e incluso ritmos de aprendizaje, porque es natural que unos comprendan las enseñanzas más rápidamente que otros, y no todos poseen la misma fuerza física, ni el mismo nivel de instrucción previa.

Los grupos de instrucción así conformados, basados en afinidades y aptitudes, no siempre coinciden con la estructura orgánica de la unidad a la que el soldado será asignado permanentemente. Por consiguiente, el Comandante de la unidad debe emplear a sus cuadros de mando y a sus instructores aprovechando sus aptitudes y especialidades de la mejor manera posible. Debe asignar a cada instructor los grupos para los que esté más capacitado, buscando suboficiales o clases cuyo carácter se preste mejor a facilitar la adaptación inicial, tanto física como moral, de los reclutas a la vida militar. Posteriormente, a medida que avanza la formación, se procederá a una nueva reagrupación de los hombres y mujeres conforme a la especialidad técnica que corresponda a su asignación definitiva en la estructura de la unidad.

Todo instructor en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana está obligado moral y profesionalmente a obtener de sus subordinados los mejores resultados posibles, tanto en calidad como en cantidad de lo aprendido. Para lograrlo, debe poner en juego la noble emulación entre los individuos y los grupos, inspirando un espíritu de competencia sana que impulse a cada soldado a superarse a sí mismo y a sus compañeros. Es fundamental identificar y potenciar las habilidades particulares de cada combatiente, buscando tener en cada sección, escuadra o pelotón, excelentes tiradores, operadores expertos en diferentes sistemas de armas, corredores con gran resistencia física y, sobre

todo, hombres y mujeres de absoluta confianza para ejecutar tareas críticas en circunstancias determinadas.

El instructor eficaz debe saber exactamente lo que quiere lograr con su instrucción, pero debe perseguir sus objetivos con energía, con un método pedagógico claro y adaptado a las necesidades de la tropa, y siguiendo una progresión racional y bien planificada. Es necesario querer solo lo posible, es decir, establecer metas realistas y alcanzables en cada fase de la instrucción. No se debe desgastar la energía de los instructores ni la de los instruidos en detalles superfluos, sino concentrarse en los aspectos fundamentales y esenciales para la formación del soldado y el cumplimiento de la misión. La progresión de la instrucción no es una línea recta e inamovible; puede experimentar retrasos o aceleraciones dependiendo de factores como las condiciones meteorológicas, el desarrollo previo de la instrucción cívica y educativa del recluta, o las exigencias operacionales. La progresión debe ser una guía flexible para el trabajo formativo, una herramienta que orienta, y no una cadena rígida que esclaviza y limita la adaptación a las circunstancias. Una instrucción militar bien concebida y ejecutada no solo prepara para la guerra, sino que dota a los ciudadanos de habilidades, disciplina y valores que son directamente aplicables a las tareas de desarrollo nacional, convirtiéndolos en agentes de progreso para Venezuela en cualquier ámbito en el que se desempeñen.

"Tengamos una conducta recta y dejemos al tiempo hacer prodigios."
-Libertador Simón Bolívar